H.K. CHRISTIE

LAS MENTIRAS QUE CONTÓ



LOS CASOS DE MARTINA MONROE - LIBRO 11

LAS MENTIRAS QUE CONTÓ

LOS CASOS DE MARTINA MONROE

LIBRO 11

H.K. CHRISTIE



Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con sucesos reales es pura coincidencia.

Derechos de autor © 2024, 2025 de H.K. Christie

Diseño de cubierta de Odile Stamanne

Reservados todos los derechos.

No se podrá reproducir ninguna parte de este libro de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor, a excepción del uso de citas breves en una reseña literaria.

Si desea utilizar material de este libro, deberá obtener un permiso previo por escrito poniéndose en contacto con el editor en:

www.authorhkchristie.com

Primera edición: 2024 (en), 2025 (es)

Para Charles T. Snickerdoodle

ÍNDICE

1. Candace
2. Martina
3. Martina
4. Martina
5. Candace
6. Martina
7. Martina
8. Martina
9. Candace
10. Martina
11. Martina
12. Martina
13. Candace
14. Martina
15. Martina
16. Martina
17. Candace
18. Martina
19. Martina
20. Martina
21. Candace
22. Martina
23. Martina
24. Martina
25. Candace
26. Martina
27. Martina
28. Martina
29. Martina
30. Martina
31. Candace
32. Martina

33. Martina
34. Martina
35. Candace
36. Martina
37. Martina
38. Martina
39. Martina
40. Candace
41. Martina
42. Martina
43. Martina
44. Martina
45. Martina
46. Martina
47. Martina
48. Candace
49. Martina
50. Martina
51. Martina
52. Martina

Acerca del Autor

1

CANDACE

SEIS MESES ANTES

Su mirada perdida jamás se borraría de mi memoria. Tampoco podría olvidar aquellos ojos mientras el arma le apuntaba directamente a la cara. Negó con la cabeza y lloró, asegurando que todo había sido un error. Y entonces, pum. Como un petardo en la peor de las noches.

Un disparo directo a la cabeza.

Al recibir el impacto, cayó y la sangre salpicó por todas partes. Y había trozos..., trozos de lo que antes había sido él.

El corazón casi se me salía del pecho, incapaz de procesar del todo lo que había ocurrido. Me zumbaban los oídos por el disparo.

Daba igual que apartara la vista, porque siempre estaría ahí.

Estaba tan quieto.

No hubo convulsiones. Ni lamentos de dolor. Un disparo y se acabó. Su vida, extinguida.

Sabía que el muerto no era precisamente un pilar de la comunidad. Estaba podrido por dentro. Pero seguro que no siempre había sido así. Ninguno de nosotros nace malo. Nos convertimos en nuestras circunstancias, nuestras decisiones y nuestros errores. Quizá tomó demasiadas malas decisiones y quedó atrapado en aquella vida.

Apenas capaz de apartar la mirada, lo hice solo un instante para ver a la persona que le había arrebatado la vida. Me tapé la boca con la mano y esperé que no me hubiera visto ni oído. Lo siguiente que sentí fue la corriente de aire que levantó al pasar corriendo junto a los arbustos tras los que me escondía. El tirador desapareció en un instante, igual que el hombre que yacía muerto en el pavimento.

Una vez que perdí de vista al asesino, me quedé paralizada. Luchar, huir o paralizarse. Nunca sabes cómo vas a reaccionar. Pero a partir de ese momento supe que no lucharía ni huiría..., o que no podría hacerlo.

Agazapada tras el arbusto, examiné el parque con la mirada. Por el sendero, cerca del parque infantil y de una arboleda, un hombre corpulento corría hacia el muerto. Aquel hombre que corría era un luchador. No como yo. Me había quedado pasmada como un conejillo asustado cuando debería haber huido como si me fuera la vida en ello. O, como mínimo, haber pedido ayuda. ¿Por qué no había llamado a la policía?

¿Debía correr? ¿Podía hacerlo? Salí de detrás del matorral y me miré. Un escalofrío me recorrió al ver una salpicadura oscura en mis vaqueros. Su sangre en mi tela vaquera. Estarían sucios para siempre, y supuse que yo también lo estaría.

¿Alguien lo echaría de menos? No lo conocía muy bien. Lo único que sabía era que no era bueno y que no tenía mujer ni hijos, o al menos eso parecía. Solo traía desgracias, ¿no? ¿Hacía eso que estuviera bien?

El hombre corpulento llegó, con sudor en las sienes, me vio y dijo:

—¿Ha visto lo que ha pasado? ¿Ha llamado a la policía?

Incapaz de responder, me pregunté qué me pasaba. Era como si estuviera teniendo una experiencia extracorporal. Estaba formada para ayudar a enfermos y heridos, así que ¿por qué no había corrido hacia el hombre para intentar salvarlo? ¿Era porque habría sido en vano? ¿O porque pensé que era un golpe de suerte? El tirador había logrado lo que yo no pude. O quizá pensé que era la voluntad de

Dios. Dios enmendando un error y sonriéndome desde el cielo. Justicia.

—¿Ha visto lo que ha pasado? —Negó con la cabeza—. Joder, para este tío es demasiado tarde. Está muerto, bien muerto.

Sí, lo estaba. Estaba bien muerto. ¿Me alegraba? ¿Era eso lo que yo había querido? Para mi horror, supe que una vez sí lo quise. Pero al pararme a considerar las consecuencias, me di cuenta de que tenía una madre que lo echaría terriblemente de menos. Lloraría cada año por su cumpleaños; su pena por perder un hijo nunca desaparecería. ¿Miraría fotografías y pensaría en los buenos tiempos antes de que él se transformara en alguien a quien ya no podía reconocer? ¿O era ella tan horrible como él?

Todo el mundo es el bebé de alguien. Yo no quería que lo mataran. Esos pensamientos habían sido teóricos. Como decir que deseaba que lo borraran de la faz de la tierra. O esperar que pudiera sentir el dolor que yo había sentido.

—Señora, ¿ha llamado a la policía? —preguntó un segundo chico, más joven y con un chándal negro.

Negué con la cabeza, todavía sin poder hablar.

Sacó un móvil y marcó mientras explicaba la situación.

—Hay un hombre muerto. Sangre por todas partes. Parece una herida de bala en la cabeza.

Si fuera capaz de romper mi silencio, podría explicar exactamente lo que había pasado, porque lo había presenciado. Y había visto al tirador. ¿Me vio él a mí? Si lo hizo, ¿vendría a por mí? Si declaraba a la policía, tendrían mi nombre. Cuando llegara a juicio, podría encontrarme. La fiscalía me sentaría en el estrado y toda mi vida, lo que quedaba de ella, se esfumaría en ese instante.

Caí al suelo, un zumbido resonó en mis oídos y unas pisadas se apresuraron hacia mí. Unas manos fornidas me sujetaron justo antes de que mi cabeza se estrellara contra el cemento. Mi salvador gritó, no sé a quién, para pedir una ambulancia. Después de eso, me quedé mirando al hombre sin vida y escapé de la escena hacia mi propia oscuridad.

2

MARTINA

Bajé el arma, invadida por una mezcla de adrenalina y desolación. La habíamos encontrado, pero no a tiempo. No era uno de esos casos en los que les sonreiríamos a las cámaras para anunciar que, después de tanto tiempo, la habíamos encontrado con vida. En su lugar, Hirsch se pondría ante el atril con la mirada atormentada y describiría lo que habíamos descubierto.

Eliza Mitchell solo tenía dieciséis años cuando desapareció, cinco años antes. A pesar del tenue olor a descomposición, cuando abrí la puerta y enfoqué con la linterna el cuarto improvisado del garaje, estaba segura de que la encontraríamos con vida; probablemente en muy mal estado, pero viva. Para eso me había preparado. Eso esperaba. Pero la escena que me encontré me arrebató esa esperanza en un instante.

Desde el umbral de la puerta, grité:

—¡Hirsch!

Sus botas retumbaron en el suelo mientras entraba corriendo.

—¿Has encontrado algo?

Incliné la cabeza hacia la prisión casera que había construido nuestro sospechoso y le expliqué:

—Hay un cuerpo dentro, pero parece que lleva muerta un tiempo. Quizá seis meses. —El pelo y el tamaño aproximado se

parecían a los de Eliza, y el corazón me decía que era ella. Las pruebas tendrían que confirmar su identidad y el forense nos lo diría con certeza, pero, si yo estaba en lo cierto, la habían matado poco después de que anunciáramos que la Unidad de Casos sin Resolver del departamento del sheriff del condado de CoCo se hacía cargo de su desaparición.

Hirsch agachó la cabeza y la negó. Conocía esa expresión. Era una mezcla de derrota, rabia y tristeza convertida en una enorme bola de desesperación.

La habíamos encontrado, pero solo podía imaginar el horror que la joven Eliza había soportado durante su cautiverio. Únicamente el forense podría decirnos exactamente qué le hizo ese monstruo, pero estaba segura de que fue inhumano.

—Llamaré al equipo de criminalística y al doctor Scribner —dijo Hirsch—. Recogeremos todas las pruebas y descubriremos qué le ha pasado.

No creía que los detalles fueran a traerle consuelo a la familia, pero saber dónde estaba, eso sí les daría algo para seguir adelante con sus vidas. Para no pasarse cada momento intentando que los transeúntes, los medios o la policía siguieran buscando a su pequeña. Sabiendo dónde estaba Eliza, podrían empezar a sanar y, con suerte, encontrar una forma de seguir adelante.

Recé una pequeña oración por Eliza y su familia, para que encontraran la paz y con el tiempo aprendieran a continuar con sus vidas. Aunque la brillante luz de Eliza se hubiera extinguido, no significaba que ellos no pudieran seguir. Por todo lo que había averiguado sobre Eliza, era una chica afectuosa, amable y brillante. No querría que su familia sufriera.

La notoriedad de Hirsch y de la Unidad de Casos sin Resolver nos había dado cierta reputación: si nos hacíamos cargo de tu caso, encontraríamos a tu ser querido desaparecido o a su asesino, que acabaría en la cárcel. Por desgracia, eso daba a las familias de las víctimas quizás demasiadas esperanzas de que encontraríamos a su desaparecido con vida. Era raro que ocurriera y, sinceramente, habíamos tenido suerte con todas las personas desaparecidas que habíamos recuperado con vida.

Vincent se acercó a mí con expresión sombría.

—La cosa está fea, ¿eh?

Asentí, sintiendo cómo el peso de la situación se me echaba encima.

—Lleva ahí mucho tiempo. Simplemente la dejó ahí, no la enterró ni nada.

—Haremos que su cara salga en todos los informativos. Lo encontraremos, Martina.

Nuestro trabajo solo estaba a medias. Habíamos encontrado a Eliza, suponiendo que mi identificación fuera correcta, pero no habíamos encontrado al hombre que la había secuestrado y, finalmente, asesinado.

Basándome en la vigilancia y en la búsqueda del día anterior, parecía que nuestro sospechoso llevaba un tiempo sin pasar por la casa. Por desgracia, creía que debió de ver en las noticias que reabríamos el caso, mató a Eliza y huyó. A veces los anuncios ayudaban; otras, ponían nerviosos a los culpables y los obligaban a tomar medidas drásticas para evitar que los atraparan. Puede que fuera exactamente lo que había pasado. Y eso me llenó de una pesada sensación de fracaso. Si no hubiéramos dado la rueda de prensa, a lo mejor ella seguiría viva y habríamos podido llevarla a casa.

Sacudiéndome esa horrible constatación, me di una charla mental de ánimo y seguí adelante. Era hora de poner la foto del asesino en todas las cadenas de ámbito nacional para alertar a la gente y capturarlo. No se le podía permitir seguir libre para hacerle esto a otro ser humano.

encerrarlo y tirar la llave.

—Sí, lo haremos. Hirsch está hablando por teléfono con el equipo de forenses para que vengan a recogerla a ella y a las pruebas.

—¿Hay algo más ahí dentro con ella? —preguntó, asomándose para ver el espacio en penumbra a mi espalda.

—Solo un colchón viejo y sucio, una sábana manchada y botellas de agua vacías… —Mi voz se apagó, sin querer seguir pintando aquel cuadro espantoso.

—¿Quizá deberíamos cerrar la puerta entonces?

Había un leve hedor que todos conocíamos y no nos gustaba nada. Pero antes de que pudiera responderle, mi teléfono vibró y miré la pantalla.

—Tienes razón. No hace falta que esté abierta.

Tras cerrar la puerta con suavidad, contesté al teléfono, intentando mantener la voz firme.

—Hola, mamá. ¿Qué pasa?

—¿Cómo va todo, Martina?

¿Era una llamada de cortesía? Mamá no solía llamar durante el día, especialmente cuando estaba inmersa en un caso.

—Estoy en la escena de un crimen.

—Oh, lo siento mucho. Te dejo.

—Tengo un minuto. ¿Qué es? ¿Es por Barney? ¿Por Zoey? ¿Está todo bien? —pregunté, y mi mente se centró al instante en mi hija y mi perro, temiendo que algo fuera mal.

—No, los dos están bien, cariño. Solo llamaba para ver cómo estabas y si querías venir conmigo a visitar a Darren este fin de semana.

La respuesta corta era no.

Habían pasado seis meses desde que recibí la llamada anónima insistiendo en que Darren era inocente. En ese momento, se me encendió un ápice de esperanza de que liberaría a Darren, que él enderezaría su vida y que yo recuperaría a mi hermano después de demasiado tiempo. Zoey podría conocer por primera vez a uno de sus tíos biológicos. Habría abrazos y lágrimas y chocolate caliente junto al árbol de Navidad. Pero no fue así como salieron las cosas. La vida rara vez sale como esperamos. Debí haber sabido que mi hermano, que se había pasado toda su vida adulta trabajando para el lado oscuro, seguía metido en él.

Tras su encarcelamiento y declaración de culpabilidad, mamá y yo fuimos a visitar a Darren para verlo y contarle lo de la llamada. Insistió en que era alguien que me estaba tomando el pelo. Que él era, de hecho, culpable de todos los cargos. Le pidió perdón a mi madre y luego llamó al guardia para que lo llevara de vuelta a su celda. Se me rompió un trozo del corazón al ver a mi madre derrumbarse. Darren casi había destrozado a mi madre. A pesar de

su confesión, mamá lo visitaba casi todas las semanas. Insistía en que conocía a su niño y que estaba mintiendo. No podía haber matado a un hombre a sangre fría.

Negación.

Era la primera fase del duelo, y mamá se había quedado atascada ahí. Como su hija, intentaba estar a su lado siempre que me necesitaba. Incluso estando en la escena de un crimen. No era justo que tuviera que recoger los pedazos que mi hermano había dejado, pero así era la vida. No siempre era justa.

Habían sido unos seis meses frenéticos, y una parte de mí quería investigar el caso de Darren para demostrarle a mi madre de una vez por todas que todo era verdad, pero había otras prioridades.

Para empezar, Zoey se había graduado en el instituto y estábamos preparando su marcha a la universidad… Mi niña se iba a la universidad. Uf. No quería que me lo recordaran. Otro gran cambio, y no estaba segura de estar preparada. Solo íbamos a quedarnos Barney, mi perrito peludo, y yo. Era extraño pensar que me había resistido a las súplicas de mamá y Zoey por tener una mascota, teniendo en cuenta que era mi único compañero de arrumacos que me quedaba.

—Tendré que mirar mi agenda, mamá. Te llamo luego.

Levanté la vista y me di cuenta de que Hirsch probablemente intentaba averiguar con quién estaba hablando.

Después de colgar el teléfono y volverme hacia Hirsch, dije:

—Mi madre. Quiere que vaya a visitar a Darren.

—¿Sigue insistiendo en que es inocente?

—Sí.

Hirsch estaba totalmente convencido de que Darren era tan culpable como que el sol sale cada día. El detective Leslie, a quien conocía bien y con quien había trabajado en la Unidad de Casos sin Resolver original, fue quien arrestó e investigó a Darren. Y el fiscal Greggs, otra persona a la que respetaba, lo procesó y firmó el acuerdo de culpabilidad. Había pruebas, había un testigo ocular y él se había declarado culpable. Lo único que no encajaba era la llamada telefónica que afirmaba que Darren no había matado a ese hombre.

No se lo había admitido ni a Hirsch ni a mi madre, pero aquello seguía molestándome. Mi instinto todavía me decía que algo no cuadraba. ¿Por qué alguien me llamaría para decirme que era inocente si no lo era? Desde un teléfono de prepago imposible de rastrear. Quizá debería dejarlo pasar. Pero ese no era exactamente mi estilo. Necesitaba zanjar el asunto. Por mi bien y por el de mi madre.

En cuanto encontráramos al asesino de Eliza, investigaría el caso de mi hermano. Porque si, por la más remota casualidad, la llamada no era un engaño y mi hermano era inocente… necesitaba demostrarlo.

3

MARTINA

La música atronaba al fondo del pasillo, una mezcla de alguna canción horrible sobre el verano y la voz de Zoey, despreocupada y en armonía con el ruido. Me golpeó con fuerza la idea de que el mes que viene la casa se quedaría en silencio. Zoey se iría a la universidad y solo quedaríamos Barney y yo para llenar el vacío, y Barney no era de hacer mucho ruido. Solo hacía notar su presencia de forma audible cuando alguien llegaba a la puerta, llamaba al timbre, dejaba un paquete o si no le prestaba suficiente atención.

Bajé la vista hacia el cachorro peludo y le dije:

—¿Vamos a ver qué está haciendo Zoey?

Me miró con esos grandes ojos marrones de cachorrito e interpreté su mirada silenciosa como una afirmación entusiasta.

¿Estaba perdiendo la cabeza? ¿Era esto lo que pasaba cuando tu única hija se preparaba para abandonar el nido, o era simplemente un síntoma de la mediana edad o, quizá, solo las excentricidades de tener perro? Antes de Barney, nunca había entendido a la gente que vestía a sus mascotas con modelitos ridículos o a los que paseaban a sus gatos con correa. Pero sospechaba que me había convertido en una de ellos.

Barney y yo fuimos a toda prisa por el pasillo. Al acercarnos, llamé con los nudillos al marco de la puerta abierta de Zoey. Era una

escena que guardaría en mi memoria para siempre. Entre los pósteres con purpurina de la pared y una estantería a rebosar de novelas, Zoey, que llevaba una camiseta adornada con un arcoíris brillante y unos leggings rosas, bailaba y cantaba mientras miraba su cama, sobre la que había una maleta abierta. ¿Estaba haciendo ya la maleta?

—¿Cómo va eso? —le pregunté con un deje de sentimentalismo en la voz.

Bajó el volumen y dijo:

—No sé cómo decidir qué llevarme a la universidad. A ver, la habitación de la residencia es muy pequeña, pero necesito toda mi ropa y todas mis cosas —se lamentó, con la voz teñida de ansiedad. Como si fuera una señal, Barney corrió hacia ella, pidiendo atención, y Zoey le rascó con cariño detrás de las orejas—. No me dejarán llevarme a Barney, ¿verdad?

—No se admiten mascotas —afirmé con decepción fingida, aunque, en privado, sabía que una vez que Zoey se fuera a la universidad, solo seríamos Barney y yo. Pasaríamos nuestros ratos libres acurrucados en el sofá, él a mis pies mientras yo me deleitaba con un documental sobre crímenes reales o me perdía en un libro.

—A lo mejor deberías empezar por meter tus cosas favoritas.

—Es una idea genial, mamá. Además, Davis no está tan lejos, así que siempre podría volver a casa si necesitara algo —hizo una pausa, con un brillo juguetón en la mirada—. No convertirás mi cuarto en un gimnasio ni nada por el estilo, ¿verdad?

Le aseguré con una sonrisa:

—No convertiré tu cuarto en un gimnasio, te lo prometo.

—Te tomaré la palabra.

—Dalo por hecho.

Su tono cambió a uno de curiosidad casual.

—Oye, que hoy vas a visitar al tío Darren, ¿no?

Como me sentía culpable de que mi madre estuviera tan disgustada por la situación de Darren, cedí y acepté ir a visitarlo. Aunque era mi hermano, no dejaba de ser un asesino convicto. Se me hacía raro visitar la Prisión Estatal de San Quentin para reunirme con un familiar, teniendo en cuenta que ya había estado allí para

interrogar a sospechosos. A mí, como a mi madre, me costaba creer que fuera capaz de asesinar, pero tenía que recordarme que, durante nuestra vida adulta, él había vivido en un mundo muy diferente al mío.

—Ese es el plan.

—¿A qué hora llega la abuela?

—Dentro de unas horas.

Zoey se dejó caer en su cama y se sentó con las piernas cruzadas al lado de la maleta. Me miró con una expresión seria.

—¿De verdad es un mal tipo?

Suspiré, sopesando cómo explicar la complejidad de la naturaleza humana.

—La adicción no te convierte en una mala persona, ni tampoco vender drogas. No por sí solas, al menos. Una mala persona hace cosas malas tanto a la gente mala como a la buena. No es que él sea una mala persona, pero ha hecho algunas cosas muy malas, y la verdad es que ya no lo conozco tan bien. Cuando éramos niños, era mi hermano mayor que solía meterse conmigo. Luego empezaron las drogas, bastante pronto, cuando estábamos en el instituto, y… bueno, no mantuvimos el contacto.

—Pero la abuela lo visita todo el tiempo. Debe de ver algo en él, ¿o es solo cosa de madres? ¿Tú me visitarías en la cárcel si asesinara a alguien?

Todo el mundo era capaz de asesinar, pero me costaba creer que Zoey pudiera hacer algo así, aunque en la vida no hay nada seguro.

—Por supuesto que sí.

—Todo el mundo tiene algo bueno, ¿no? ¿No es eso lo que dices siempre? Pero también tenemos un poquito de maldad.

Sus preguntas llevaban a alguna parte. ¿Estaba Zoey interesada en conocer a Darren? Siempre la había mantenido alejada tanto de él como de Clark. Se movían en ambientes turbios y, considerando lo que se le imputaba —que había matado a alguien—, era obviamente una decisión parental acertada.

—Sí, creo que eso es verdad. ¿Por qué lo preguntas?

Me pregunté si de verdad era posible encontrar algo bueno en alguien como el hombre que secuestró a Eliza, la mantuvo como

rehén durante cinco años y luego la asesinó y dejó su cuerpo en un garaje. Aún no lo habían atrapado, a pesar de que su cara estaba en todos los noticiarios. Teníamos voluntarios pegando su foto por todas partes, ofreciendo una recompensa por información que llevara a su captura en ciudades de toda América. Era imperativo atraparlo antes de que hiciera daño al hijo de otra persona.

—Bueno, digo, no sé... Es como cuando estuvimos en la iglesia el fin de semana pasado. Hablaban del perdón y de la bondad que hay en todos nosotros, y me pregunto si… si quizá… podría conocer a Darren —su voz se fue apagando, dejando la pregunta suspendida en el aire.

Quería conocer a su tío. Supuse que no era una idea tan extraña; al fin y al cabo, era familia, y yo no había hablado mucho de ninguno de mis hermanos antes de la condena por asesinato de Darren. Le había pedido a mi madre, cuando vivía con nosotros, que tampoco los mencionara. Aun así, de vez en cuando me mantenía al día, por ejemplo, si seguían vivos y en la zona de la bahía. Recibíamos llamadas de vez en cuando; normalmente, uno de los dos, o ambos, necesitaba algo.

—¿Qué te parece esto? —le ofrecí con cautela—. Hablo con el tío Darren y con la abuela para ver si a él le parece bien conocerte.

Me sentí culpable incluso por sugerir que tenía que consultarlo con Darren. Solo lo había visitado una vez desde que estaba en la cárcel y otra antes de que firmara su declaración de culpabilidad. Ambas veces, me preguntó por Zoey, como si quisiera conocerla, saber de ella. Pero no me gustaba la idea de que mi hija fuera a San Quentin. Era un mundo del que había intentado protegerla. Pero se estaba convirtiendo en una adulta y el mes que viene estaría viviendo a dos horas de distancia, en la Universidad de California en Davis. Mi pequeña, sola, lejos de mí.

Zoey asintió.

—Vale, me gustaría conocerlo. ¿Y cómo es Clark, tu otro hermano?

—Pues, la verdad, llevo sin hablar con él el mismo tiempo que llevaba sin hablar con Darren. Pero la abuela sí habla con él. Sospecha que también está metido en actividades delictivas.

Preferiría no traerlo por aquí —dado que el cincuenta por ciento de mis hermanos eran asesinos convictos, no sabía si Clark era igual de peligroso y no pensaba arriesgarme.

—¿De verdad? Pues a mí me gustaría conocerlo también. ¿De verdad crees que nos haría daño? Es tu hermano —dijo, frunciendo ligeramente el ceño.

Los miembros de una familia eran capaces de cosas horribles. Los que más daño nos hacían solían ser los que una vez nos habían querido, o los que se suponía que debían querernos.

—Hablaré con la abuela y veré qué dice sobre Clark.

Independientemente de lo que mi madre pudiera decir sobre Clark, yo seguiría estando un poco en contra de que conociera a Zoey. Más bien muy en contra.

—Bueno, a lo mejor necesita nuestra ayuda. Podríamos quedar en un lugar neutral o algo así —sugirió Zoey con un tono esperanzado.

O había criado a una hija excesivamente optimista, o era la juventud, siempre capaz de ver las cosas con un potencial positivo; del tipo que ve el vaso medio lleno. Yo normalmente también era así, pero cuando se trataba de mi hija, no dejaría que nadie se acercara lo suficiente como para hacerle daño si estaba en mi mano evitarlo.

Pero supuse que Zoey tenía razón. Al fin y al cabo, yo era voluntaria en un centro de rehabilitación. ¿Sería muy diferente intentar ayudar a mi propio hermano? Tendría que hablarlo con mi madre y ver si Clark estaba en vías de rehabilitación, como aquellos del centro que querían ayuda. Si Clark no la quería, no iba a forzarlo.

—Son todo excelentes argumentos —admití.

-Sí, ¿no sería como tu trabajo en el centro de rehabilitación? Que, por cierto, ¿cómo va? ¿Crees que va bien? ¿Estás conociendo a gente que está cambiando su vida? —preguntó Zoey con esos curiosos y grandes ojos azules.

—Va muy bien. A muchos de los pacientes parece inspirarles cómo conseguí estar sobria, y cómo lo consiguió la abuela, y cómo nos hemos mantenido así tanto tiempo.

—Mamá, eres una inspiración, de verdad —dijo, de forma bastante dramática. Iba a echar de menos ver su cara todos los días: sus brillantes ojos azules, su carácter alegre, su música alta, su amor por la purpurina y el brillo.

Me senté en la cama a su lado y bromeé:

—¿No crees que estás haciendo la maleta un poco pronto?

—Solo estoy organizándome. Es un ensayo para no ir con prisas en el último momento.

Así era mi Zoey: organizada, puntual, previsora. ¿Qué haría sin ella? ¿Quién me animaría en medio de un caso terrible como el de Eliza, o lidiando con el encarcelamiento de mi hermano? No es que esa responsabilidad debiera recaer en mi hija.

Justo cuando mis pensamientos cambiaban, Barney saltó a mi regazo, como si respondiera a mi pregunta silenciosa de que él me alegraría el día; mi cachorrito con amor incondicional, veinticuatro horas al día, siete días a la semana, trescientos sesenta y cinco días al año.

Y podría visitar a Zoey, y podríamos hablar por teléfono. No quería ser demasiado agobiante. Quería que viviera la vida universitaria, pero odiaba que fuera a estar fuera de mi vista, tan lejos durante tanto tiempo; siendo realistas, durante el resto de su vida.

Le rasqué a Barney detrás de las orejas y le sonreí.

—¿Quién es un buen chico? —le arrullé.

Mi móvil vibró y lo saqué.

—Es Hirsch. Tengo que cogerlo.

—Guay —dijo Zoey mientras subía el volumen de su música y seguía bailando y cantando igual que antes de que yo entrara en su cuarto.

Con una sonrisa, salí de su habitación y contesté la llamada.

—Hola, Hirsch, ¿qué pasa?

—Lo tienen —dijo.

—¿A Sergei Antonov? —el hombre dueño de la casa donde se encontró el cuerpo de Eliza Mitchell y presunto asesino.

—El mismo. Alguien lo vio en el condado de Humboldt. La gente de allí lo ha detenido. Nos están esperando. ¿Tienes tiempo para

venir con nosotros y traerlo de vuelta?

—Claro que sí. ¿A qué hora salís? —pregunté, preparándome ya mentalmente para el viaje.

—En unos treinta minutos. Tengo que terminar unas cosas en casa, pero luego estaré listo para ponerme en camino.

—Vale, te veo en tu casa.

Perfecto por partida doble. Atrapábamos a un asesino horrible y yo evitaba ver a mi hermano en la cárcel. Un respiro temporal. Con Sergei bajo custodia, aprovecharía el tiempo libre para sumergirme en el caso de Darren. ¿Era mi hermano realmente un asesino, como tantos de los criminales a los que había localizado y llevado ante la justicia? Si lo era, ¿cómo afectaría eso a mi madre?

4

MARTINA

SERGEI ANTONOV NO SOLTABA PRENDA; NI a nosotros, ni a los lugareños, ni a nadie. Las únicas palabras que musitó fueron:

—Quiero un abogado.

No era nada raro. Había intentado borrar su rastro, escondiéndose en una comunidad rural del norte, pero nuestra campaña mediática había funcionado. Un vecino lo vio en una gasolinera y dio el aviso. El sheriff del condado de Humboldt no dudó, entró, lo arrestó de inmediato y llamó al condado de CoCo. Fue otra victoria agridulce. El malo pasaría el resto de su vida en prisión, pero una vida inocente había sido arrebatada y destrozada, junto con su familia. El único consuelo era que Sergei Antonov no podría volver a hacerle daño a otra chica, ni a ningún otro niño, nunca más. Deberíamos estar celebrándolo, vitoreando, pero algo en mis entrañas me robaba esa alegría. Era lo que venía después.

—¿Qué te pasa, Martina?

Hirsch me conocía demasiado bien.

—¿Estamos seguros de que le va a caer perpetua? ¿Se creería que esa era la razón de la cara de desesperación que tenía?

—Kiki y el equipo forense no han terminado de procesar todas las pruebas recogidas en la casa, pero ya han procesado suficientes y

están bastante seguros de que vamos a tener un caso sólido contra él. No puede hacerle daño a nadie más —me tranquilizó Hirsch.

Seguro que más pruebas apuntarían hacia él y acabaría en la cárcel, que es donde deben estar los criminales.

La espinita que tenía clavada era que mi hermano era un criminal, y yo iba a tener que demostrar su culpabilidad o su inocencia. Él insistía en que era culpable, así que, en teoría, lo único que tenía que hacer era reunir las pruebas y explicárselo a mi madre… y volverle a romper el corazón. Lo que más me preocupaba era el efecto que tendría en ella. Ya había tenido que aumentar su asistencia a las reuniones de Alcohólicos Anónimos debido al estrés. Pero, por suerte, contaba con una sólida red de apoyo: no solo los demás miembros de AA y su patrocinadora, sino también Zoey, yo y su marido, Ted.

—Eso es genial. No queremos que nadie más salga herido —dije, intentando centrarme en lo positivo.

—Te conozco un poco mejor que eso, Martina. ¿Qué pasa de verdad?

—Bueno, se suponía que hoy iba a visitar a Darren. Mamá ha estado insistiéndome en que lo vea más. Yo había accedido, pero entonces, cuando me han llamado para decirme que Sergei estaba detenido, he cancelado la visita. Como te puedes imaginar, a mamá no le ha sentado bien, pero ha dicho que lo entendía.

—¿Por qué te molesta eso? ¿De verdad querías ver a Darren?

—No es eso. Quiero zanjar este asunto, Hirsch. Necesito demostrarle a mi madre que es culpable, o que no lo es. Tengo que examinar su caso.

Sus ojos se abrieron de par en par y dijo:

—¿Estás segura de que quieres hacer eso? Es posible que nada de lo que le enseñes le haga cambiar de opinión. Es su hijo; puede que nunca crea que es realmente culpable. No me imagino pensando que Audrey fuera capaz de algo así. No estoy seguro de que ninguna prueba física fuera suficiente.

—Puede que sea verdad, pero a mí también me ronda la cabeza. Me dice que es culpable, que lo hizo, pero esa llamada telefónica… No he podido quitármela de la cabeza.

Probablemente no era el momento adecuado para sacar el tema del caso de Darren. Había sido un día largo. Tal como estaba, Hirsch tenía ojeras y la camisa arrugada y medio fuera del pantalón.

—A lo mejor necesitas demostrártelo a ti misma también. Quizá de eso es de lo que se trata en realidad.

¿Por qué tenía que ser tan perspicaz?

—Creo que sí.

Se enderezó y se pasó los dedos por el pelo.

—Bueno, a estas alturas, los expedientes del caso son de dominio público, ya que el caso está cerrado. Ya conoces al detective Leslie, y yo te ayudaré en todo lo que pueda, Martina, pero no quiero que te hagas ilusiones. Firmó una declaración de culpabilidad. Aunque encuentres lagunas en el caso, si no lo exculpas al cien por cien, seguirá en la cárcel hasta que cumpla sus veinticinco años.

—¿Qué quieres decir? —Seguro que, si había lagunas, el fiscal del distrito lo investigaría.

—Solo digo que tienes una habilidad especial para encontrar lagunas en todo. Incluso si encuentras algo que no se hizo exactamente como tú lo habrías investigado, o como tú lo habrías demostrado, no significa que sea inocente. Me preocupa que te metas en un callejón sin salida. Es decir, ¿qué pasará si se pone en duda una sola prueba? ¿Vas a luchar por esto o vas a intentar conseguirle un nuevo juicio? Se declaró culpable. No hay mucho que se pueda hacer. Salvo un indulto del gobernador, no creo que puedas deshacer su declaración.

Debo admitir que, en mi tiempo libre, que solía ser en mitad de la noche, había estado investigando condenas por asesinato anuladas, y bueno, no eran un camino de rosas. Di con la página web del Proyecto Inocencia, e incluso con todos los éxitos que tenían sacando a gente inocente de la cárcel, a menudo tardaban nueve, diez, quince años en conseguirlo. Podría ser que, en el remoto caso de que Darren fuera inocente, me llevara toda su condena de veinticinco años demostrarlo y sacarlo de prisión. Pero tenía que intentarlo.

—¿Te parece bien que pregunte por ahí, que hable con Leslie y con el equipo forense? No estaré en la comisaría a título oficial.

—Creo que te encontrarás con que la gente cooperará contigo porque eres una de los nuestros. Así que, por supuesto, cooperaremos.

—Te lo agradezco. —Y entonces me quedé mirando al suelo, procesando toda la información. ¿En qué estaba a punto de meterme? ¿Descubriría todos los trapos sucios de la vida de mi hermano? Probablemente encontraría cosas que no quería saber, cosas que siempre había supuesto, pero que no tenía pruebas que las respaldaran. Él mismo me había dicho que había hecho cosas muy malas. Eso fue cuando se declaraba inocente, para luego cambiar a una declaración de culpabilidad.

Bueno, si era un caso sencillo y él era culpable, no debería tardar mucho en demostrarlo; entonces podría pasar página, y con suerte mi madre también. Y si lo hicieron todo según las normas, no había nada de qué preocuparse. Pero como dijo Hirsch, si había una laguna en cualquier paso del proceso judicial contra mi brother, la encontraría. Sin embargo, me tomé en serio la preocupación de Hirsch. ¿Sería capaz de mirar hacia otro lado si no había tenido un trato justo, si el acuerdo de culpabilidad se había precipitado porque sabían que no tenían un caso sólido? ¿Podría dejarlo pasar? Ni siquiera era una pregunta. No podía, y no lo haría.

5

CANDACE

SEIS MESES ANTES

MIENTRAS MIRABA FIJAMENTE la alianza de oro que llevaba en el dedo, sentí que no quería quitármela nunca. Aún recordaba cuando Travis me la puso el día de nuestra boda. Estaba guapísimo con su esmoquin negro, un pañuelo de bolsillo de color lavanda y una cala blanca prendida en la solapa. El sol brillaba y sus ojos marrones refulgían como diamantes de chocolate. Tenía una lágrima en los ojos cuando me deslizó el anillo en el dedo y prometió amarme hasta que la muerte nos separara. Había cumplido su promesa, en su mayor parte.

Había asistido a suficientes reuniones del grupo de apoyo como para haber oído la misma historia una y otra vez. La mayoría de los miembros del grupo afirmaban que no eran capaces de señalar el día exacto en que todo cambió, el momento en que todo se vino abajo. Pero yo sí podía. Era vívido y se reproducía en mi cerebro tantas veces que deseaba poder borrarlo. Deseaba no poder recordarlo, pero lo recordaba.

Fue el día de su accidente.

Travis volvía a casa del trabajo en coche. Me había llamado antes de salir del parque de bomberos para decirme que estaría en casa

en treinta minutos. Le prometí que tendría la cena lista, ya que ese día libraba. Una de las ventajas de ser enfermera: tenía varios días libres entre semana. Esos días podía jugar a las casitas, preparar la cena y abrir una botella de vino. Estaba ilusionada porque acabábamos de decidir empezar a intentar tener nuestro primer hijo.

Cuando no llegó, empecé a preocuparme, y cuando por fin recibí una llamada de su móvil, estaba que echaba chispas y a punto de cantarle las cuarenta. Pero la voz al otro lado no era la de Travis. Era un agente de policía que me decía que mi marido había sufrido un accidente terrible y que se encontraba en la unidad de cuidados intensivos del Mount Diablo Medical Center.

Ese fue el momento en que todo cambió.

Más tarde, me enteré de que el accidente se había producido porque Travis había esquivado un ciervo en la carretera. Muy propio de Travis, siempre preocupándose por los demás, por las criaturas grandes y pequeñas. Era difícil guardarle rencor a un animal. También me enteré al llegar al hospital, con mi hermana, de que lo estaban operando. No estaban seguros de si iba a sobrevivir, y unas horas más tarde, me dijeron que viviría pero que no estaban seguros de si volvería a caminar. El médico me explicó que había tenido suerte y que podría haber muerto. Me sentí agradecida, pero cuando Travis se despertó al día siguiente y escuchó la noticia, se quedó desolado.

Era un bombero que ya no podía caminar. Ni apagar incendios.

Después del accidente, no sabía qué iba a hacer. Cayó en una profunda depresión, pero luego transformó esos oscuros pensamientos en rabia y, milagrosamente, esa rabia se convirtió en determinación. Se esforzó mucho en la fisioterapia y volvió a caminar, pero seguía sintiendo mucho dolor.

Todo el mundo me decía que era un milagro que pudiera caminar y que el dolor remitiría, pero era insoportable y seguía sin poder trabajar. Nuestra economía se había visto afectada, viviendo de mi sueldo de enfermera, pero con el tiempo, empezó a parecer que estaba mejor, con menos dolor. Pensé que la pesadilla por fin estaba llegando a su fin, y decidimos que era el momento de volver a intentar tener un bebé.

Y lo hicimos.

Lo intentamos una y otra vez, y unos meses después, sucedió. Íbamos a tener un bebé. Travis estaba eufórico y yo no cabía en mí de gozo. Estaba a punto de tener todo lo que siempre había deseado.

Pero entonces, Travis empezó a comportarse de forma extraña. Al principio, pensé que era porque, después de todo, no estaba tan seguro de lo del bebé, a pesar de que siempre habíamos dicho que ambos queríamos tener hijos. Simplemente estaba más irascible, decía que le dolía, y luego volvía a estar bien. Era frustrante, y me culpé a mí misma por no haber visto las señales antes.

Debería haberlas visto antes.

Pero en mi feliz cerebro de embarazada, no me permití pensar en eso. Pensar en cómo estaba milagrosamente mejor en un minuto y al siguiente no.

No fue hasta que el cheque de la hipoteca fue devuelto que examiné más de cerca nuestras finanzas. Se estaba retirando dinero de nuestra cuenta de forma regular.

—¿Para qué es este dinero? —le había preguntado a Travis.

—Material médico —me dijo al principio, pero no había ningún material médico nuevo que yo pudiera encontrar.

Discutimos.

Y nos reconciliamos.

Y lo dejé pasar.

Quería a mi familia feliz. Quería que Travis fuera feliz. Quería ser feliz y que nuestro nuevo bebé viniera al mundo con unos padres que se quisieran y no se pelearan todo el tiempo.

Como último recurso, les pedí dinero a mis padres. Me hizo mentir. No podía decirles que Travis había estado sacando dinero de nuestra cuenta y se negaba a reconocerlo.

—Déjame ver el material médico —exigí finalmente.

—No tengo por qué enseñarte nada —dijo con veneno y las pupilas dilatadas.

Entonces lo supe: eran las drogas.

Todas las señales habían estado ahí.

Cuando lo confronté, se negó a admitirlo. Suplicándole, le prometí que lo apoyaría mientras buscaba ayuda. Él solo se enfadó más, y un día se fue, se llevó casi todo lo que quedaba en nuestra cuenta bancaria y no volvió en veinticuatro horas.

El terror se apoderó de mí mientras todos los pensamientos sobre dónde podría estar y qué podría estar haciendo se adueñaban de mí.

Pero regresó, y cuando lo hizo, iba colocado hasta las cejas. Su última hazaña me obligó a volver a casa de mis padres a pedir más dinero y a abrir una cuenta que Travis no conocía, para asegurarnos de que seguíamos teniendo casa y electricidad.

Cuando se acabó el dinero, fue cuando las cosas se pusieron realmente mal. Finalmente confesó que había estado comprando fentanilo; por lo visto, era el analgésico más barato y efectivo. Pero su cuerpo estaba desarrollando tolerancia y necesitaba dosis más altas. Sabía que no podíamos seguir así. Le rogué que buscara ayuda, y finalmente cedió. Fue exactamente a una reunión y luego se negó a volver, diciendo que no era un adicto, que era culpa del médico que necesitara analgésicos. Y que si las drogas eran tan malas, ¿por qué se las había recetado el médico?

Excusas.

Era culpa del accidente. Era culpa del médico. Era culpa de todos los demás. Quizás. Pero era culpa de Travis que se negara a buscar ayuda.

El día que murió, habíamos tenido una discusión horrible sobre su consumo de drogas, sobre nuestras finanzas, sobre nuestra casa y sobre nuestra familia. Lo amenacé con dejarlo si no buscaba ayuda. Se marchó furioso.

Nunca más lo volví a ver con vida.

Lo encontraron en su coche, muerto por una sobredosis. Había tomado demasiado. No pudieron determinar si fue accidental o a propósito.

Casi me derrumbé, preguntándome cómo iba a criar a nuestro bebé yo sola. ¿Cómo podría seguir adelante sin mi compañero? Pero entonces, empezaron las pérdidas y los calambres. Y en lo que pareció un instante, ya no tenía ni marido ni hijo. Todas mis

esperanzas y sueños se habían esfumado. Casi lo había tenido todo —un marido, un hijo— y ambos me fueron arrebatados por culpa de las drogas.

Había pasado un año desde que lo había perdido absolutamente todo, y no me parecía justo. Las drogas mataron a mi marido, y la gente que se las vendió, sabiendo que era un adicto, eran los culpables. Se lo llevaron a él. Se la llevaron a ella. Tenían que pagar.

No me quedaba nada, excepto mi trabajo. E incluso mi supervisora podía sentir mi dolor y ver mi falta de energía. Después de una baja, me trasladaron a una zona «menos intensa» del hospital. Lo único que me mantenía en pie era saber que tenía un nuevo propósito.

Encontraría a la persona que le vendió las drogas a Travis, y pagaría por lo que le hizo a mi marido, a mi bebé; una niña que nunca tuvo la oportunidad de conocer a su padre, ni de vivir, ni de respirar una sola vez. Ese traficante me lo quitó todo, y yo iba a quitárselo todo a él.

6

MARTINA

Me acerqué al encargado del archivo con seguridad. Solo nos habíamos visto unas pocas veces, pero recordaba que llevaba quince años en el cuerpo y que, tras sufrir una herida de bala en la cadera, ya no podía trabajar en casos activos y había decidido esperar a su jubilación en el departamento de archivos. La mayoría de los agentes estarían bastante descontentos con el cambio, pero él insistía en que trabajar en el departamento de archivos le permitía mantenerse en contacto con sus viejos colegas y conocer a otros nuevos.

—Martina, ¿cómo te va? ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Roger.

Con una sonrisa nerviosa, respondí:

—Necesito un caso cerrado recientemente.

Me tendió una tablilla con un formulario y dijo:

—Vale, firma aquí, anota todos los detalles y te lo traigo enseguida.

Me quedé mirando el papel, dándome cuenta de que estaba a punto de escribir el número de expediente del caso..., el caso en el que mi hermano se declaró culpable del asesinato de un hombre inocente. Él afirmaba que lo había matado y que yo tenía que dejarlo estar, pero algo no me cuadraba y no pensaba rendirme

hasta tener todas las pruebas y los hechos en mi poder. Le demostraría a mi madre, y a mí misma, lo que mi hermano había hecho.

Con una sonrisa torcida, el encargado del archivo se adentró en la zona de estanterías y yo empecé a caminar de un lado a otro, preguntándome cuántos agentes de la ley consultarían expedientes de asesinato que incluyeran a miembros de su familia. Seguramente no muchos, aunque durante mi etapa en la Brigada de Casos Sin Resolver habíamos descubierto algunas manzanas podridas en el Departamento del Sheriff del condado de CoCo.

Mientras caminaba, intenté pensar en lo que la investigación podría revelarme sobre mi hermano. Cosas que nunca podría «des-saber». ¿Querría mi madre conocer cada uno de los detalles de lo que había hecho su hijo? ¿Descubriría también fechorías de mi otro hermano, Clark? A veces la ignorancia es una bendición, y yo estaba a punto de hacerla añicos.

—Martina, ¿eres tú?

Al girarme hacia la voz familiar, me quedé helada y dije:

—Ah. Hola, Leslie, ¿qué tal?

—Bien. ¿Qué haces por aquí?

—Estoy echándole un vistazo al caso de mi hermano.

Frunció sus cejas oscuras.

—¿Ah, sí?

—Mi madre no se quita de la cabeza la idea de que es inocente, aunque él siga afirmando que no lo es. Solo intento encontrar toda la información posible para explicárselo. Para que quizá pueda pasar página.

La detective Leslie, la agente que lo detuvo y la persona que había construido el caso contra mi hermano, y yo habíamos sido compañeras. Trabajamos juntas durante unos años en la Brigada de Casos Sin Resolver. Hacía años que no trabajábamos juntas, pero yo sabía que era buena en su trabajo. No creía que fuera a descubrir nada turbio en la gestión del caso. Simplemente..., no sabía qué esperaba encontrar.

—Bueno, avísame si puedo responderte alguna pregunta. Sé que algo así puede ser difícil de superar. Sobre todo para una madre.

—Te lo agradezco.

Roger regresó con el expediente, lo dejó sobre el mostrador y entonces miró a la detective Leslie y dijo:

—Vaya, si es una de mis detectives favoritas. ¿En qué puedo ayudarla?

Le di las gracias rápidamente al encargado y saludé a Leslie con la mano mientras agarraba el expediente de mi hermano y salía a toda prisa.

A PESAR de la buena disposición de Hirsch y del resto de los detectives del condado de CoCo para ayudar, decidí llevarme el expediente del caso a mi despacho en Drakos Monroe. No me parecía correcto revisar el caso de mi hermano en el departamento del sheriff porque, en cierto modo, estaba investigando a los detectives del condado de CoCo. A solas en mi espacio privado, respiré hondo y leí el expediente.

Una hora más tarde, me eché hacia atrás y negué con la cabeza.

El nombre de la víctima era Toby June, un conocido traficante de drogas. La víctima había recibido un disparo a quemarropa, uno en la cabeza con un arma del calibre 22, que lo mató en el acto. La pistola nunca se encontró. Por lo tanto, no podían vincularla realmente con Darren. La única prueba física que apuntaba a Darren era la bolsa de plástico llena de pastillas de fentanilo en el bolsillo de la víctima, que tenía las huellas dactilares de Darren por todas partes. Eso era irrefutable, pero no probaba que Darren lo hubiera matado. El móvil que figuraba en el informe era rivalidad.

Toby June era un traficante rival que invadía el territorio de Darren. No era raro que un grupo de traficantes eliminara a otro si invadía su territorio. Era un móvil sólido. Las pruebas ciertamente apuntaban a Darren, pero no demostraban sin lugar a dudas que él fuera el autor del disparo. Y no podía quitarme de la cabeza el hecho de que lo único que señalaba a Darren como el autor eran el testimonio del testigo ocular y las huellas en una bolsa de droga.

Podría haber varias razones por las que Toby tuviera una bolsa de droga de mi hermano. Darren era traficante, pero eso no significaba que también fuera un asesino.

Un solo testigo ocular no sería suficiente para procesar a alguien, sobre todo sin pruebas físicas como residuos de pólvora en las manos de Darren o el arma homicida que corroboraran el crimen. El caso no llegó a juicio porque Darren había confesado y firmado un acuerdo con la fiscalía. Si hubiera ido a juicio, ¿estaría ahora en libertad?

La única testigo ocular, Candace Mason, había sido fundamental para meter a mi hermano en la cárcel. Como civil, eso debía de haber sido muy extraño. Pensar que tu testimonio, junto con la corroboración de las huellas dactilares en la droga que había en el bolsillo de Toby, metió a un hombre en prisión durante veinticinco años. Me preguntaba si la habría cambiado de algún modo o si se alegró de ayudar. Si yo viera a alguien matar a otra persona, estaría deseando ayudar.

Las pruebas circunstanciales ciertamente apuntaban a Darren, pero no demostraban sin lugar a dudas que él fuera el autor del disparo.

¿Y quién era Toby June? No había muchos detalles sobre él, su vida o sus afiliaciones en el mundo de la droga. Todo lo que decía el informe era que era un «traficante rival». ¿A qué organización pertenecía? Había muchísimas bandas y organizaciones de narcotraficantes en la zona de la bahía. Habría esperado que la detective de homicidios consultara con el equipo de narcóticos para recabar esos detalles. Quizá la detective Leslie lo había hecho, pero simplemente no constaba en el informe. ¿Por qué no estaba en el informe?

¿Y en qué organización de narcotraficantes estaba metido Darren? Eso tampoco figuraba en el informe. Entonces, ¿cómo sabían que Darren y Toby eran rivales?

¿Y por qué iba a dejar Darren la droga allí? Si fue lo bastante listo para deshacerse de la pistola, ¿por qué dejó la droga con sus huellas por todas partes? ¿Y por qué no se llevó el billete de veinte dólares que Toby tenía metido en el bolsillo?

Me eché hacia atrás en la silla y me rasqué la barbilla. ¿Por qué dejaría Darren la droga? ¿Por qué mataría a un traficante de poca monta como Toby June? Seguro que una advertencia lo habría mantenido alejado de su territorio. Quizá todas esas eran preguntas para mi hermano mayor. Suspiré y pensé: Parece que al final voy a tener que visitar a Darren.

7

MARTINA

Mi hermano accedió a ponerme en su lista de visitas. No ha sido difícil. Él quería que lo visitara, y mi madre también. Por supuesto, no le expliqué por qué iba a ir ni que estaría sola. Fue un poco rastrero, pero mi instinto me decía que no me recibiría si supiera mis verdaderas intenciones.

No me van los engaños, pero necesitaba la versión de Darren de lo que había pasado y quería cotejarla con la declaración de la testigo ocular. Si había alguna discrepancia en su historia, o en la de ella, la encontraría. O corroboraría la cadena de acontecimientos y le explicaría a mi madre que no cabía duda de que su hijo era un asesino.

La verdad es que no quería tener que darle esa noticia. Mi versión para quien preguntara era que estaba intentando ayudar a mi madre a pasar página pero, por supuesto, Hirsch me caló enseguida, pues sabía que era yo quien albergaba un atisbo de duda sobre la culpabilidad de mi hermano.

Darren y yo éramos prácticamente unos desconocidos desde la adolescencia, pero lo recordaba de cuando éramos pequeños. No siempre había estado en el lado equivocado de la ley. Sí que tenía cierta inclinación a meterse en líos, pero eso no lo convertía necesariamente en alguien malo o malvado. Habiendo conocido a mi

hermano en su infancia, sabía que no era el tipo de niño que arrancaba las patas a las arañas o torturaba animales. Era un chico normal al que le gustaba jugar al béisbol y montar en bici. No cambió hasta que las drogas entraron en escena. Claro que siempre había sido un hermano mayor fastidioso que se metía conmigo por ser la única chica de la familia, pero nada en mis recuerdos de la infancia apuntaba a que estuviera podrido por dentro.

Crecer no fue fácil para él, ni para mí, ni para Clark. Nuestro padre nos abandonó antes de que yo tuviera uso de razón. Éramos pobres, nuestra madre era alcohólica y vivíamos en una caravana. No era precisamente una receta para el éxito. Siendo sincera, las drogas y una vida en la sombra eran el camino más probable para todos nosotros. Pero mientras que Darren y Clark consumían drogas más duras, yo elegí el alcohol. La adicción estaba en nuestro ADN y ninguno de nosotros pudo escapar de ella.

Me invadió la culpa.

Quizá debería haber sido más compasiva con ellos. En lugar de eso, me creí mejor que ellos. Tras alistarme en el ejército, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados, conocí a Jared y tuve a Zoey. No quería que nada ni nadie hiciera daño a mi familia, y decidí hacer todo lo posible por protegerlos, incluso darles la espalda a mi madre y a mis hermanos. Pero no era mejor que ellos.

¿Quién era yo para juzgar?

Todos veníamos del mismo sitio. Y no podía negar que eran parte de mí, estuvieran o no en mi vida.

Incluso tras darme cuenta de aquello, no me atrevía a preguntarle a mi madre por Clark, para saber si él querría conocer a Zoey. Era natural que ella quisiera conocer a sus tíos, pero yo no estaba preparada. Llena de dudas, recordé cómo mi madre y yo nos habíamos reconciliado varios años antes, después de que ella dejara la bebida y me encontrara en la cama de un hospital. Si mamá y yo podíamos estar limpias y retomar el contacto, quizá Zoey tuviera razón. Todos éramos capaces de redimirnos. Incluidos Darren y Clark.

La puerta se abrió y mi hermano entró en la sala, escoltado. Tenía un ojo morado que adquiría unos colores espantosos y había

perdido peso desde la última vez que lo vi. Se sentó, me miró directamente a los ojos y dijo:

—Hermanita, ¿qué tal estás?

—Estoy bien. ¿Tú cómo lo llevas?

Se encogió de hombros.

—¿Dónde está mamá?

Era hora de sincerarse.

—Hoy solo estoy yo. Hay algunas cosas de las que quería hablar contigo sin que mamá estuviera delante.

Darren asintió lentamente y se recostó en la silla.

—¿Por qué estás aquí, Martina?

Estaba molesto, pero tenía que saber que se lo preguntaría tarde o temprano. ¿No se daba cuenta de cómo su actitud displicente afectaba a su familia?

—¿Sabes que estás matando a mamá? ¿El hecho de que estés aquí, que insistas en que eres culpable? —¿Por qué he dicho eso? Mi plan no era atacarlo. Pero la situación me enfadaba tanto, y algo en su comportamiento me encendió. Indiferencia. Eso era. Y él no tenía derecho a mostrarse indiferente.

Se removió en el asiento.

—Es porque lo soy. No sé por qué no puede aceptarlo.

—Porque es tu madre y, como madre que soy, no sé si yo podría aceptarlo tampoco. Pero estoy intentando ayudarla. Quiero que pase página. Quiero que acepte que eres culpable y que vas a estar aquí los próximos veinticinco años.

—Menos, si mantengo mi buena conducta.

Su afirmación me dejó pensativa.

—Mira, quiero ayudar a mamá. Quiero poder demostrar de forma definitiva lo que pasó. Creo que es importante para que se recupere.

Echó un vistazo por la sala antes de decir:

—¿Qué quieres saber?

—Quiero que me cuentes qué pasó aquel día. Dónde estabas, quién estaba allí, cómo acabó la droga en su bolsillo, qué pasó con la pistola… todo.

Soltó un suspiro, miró hacia la puerta y luego dijo:

—Era tarde y había quedado con Toby. Dijo que necesitaba pillar.

Pero él era un camello. Un camello rival. ¿Por qué iba Darren a darle a Toby parte de su mercancía? Me guardé la pregunta para mí, con la intención de que Darren siguiera hablando.

—Sabía que había estado vendiendo en mi territorio, así que acepté quedar y cerramos el trato. Le di la bolsa de fentanilo, él me dio el dinero y después le dije que se había acabado para él y le pegué un tiro en la cabeza.

Lo dijo de forma monótona, sin emoción, sin remordimiento. Indiferente.

—¿Qué hiciste con la pistola?

—La tiré a la bahía.

—¿Cuándo la tiraste?

—Justo después de dispararle. Me subí al coche, conduje hasta el puerto deportivo de Bay Point y la lancé.

—¿Y qué tipo de pistola era?

—Una del 22.

Su historia era plausible.

—¿Por qué dejaste las drogas?

Darren guardó silencio.

—Le diste drogas. Hicisteis un trato, acabas de describírmelo. ¿Por qué no las recuperaste? ¿Por qué dejarías atrás una droga en perfecto estado cuando podrías vendérsela a otro?

Se movió en el asiento.

—Bueno, después de dispararle, solo quería largarme de allí, ya sabes, antes de que hubiera testigos.

Ladeé la cabeza y él pareció sorprendido, sin entender por qué reaccionaba así a lo que había dicho.

—Pero hubo un testigo.

—Ah, yo… no vi al testigo, pero oí que había uno. Ese fue mi error.

No había visto a la testigo ocular. No tenía sentido. ¿Cómo pudo la testigo verlo todo y aun así ser invisible para Darren?

—¿No recuerdas haber visto a un testigo?

—No. Pero había mucha gente en el parque. Ya sabes, es un lugar conocido para trapichear y, normalmente, cuando se cargan a

alguien, todo el mundo mira para otro lado. Nadie habla con la policía.

Entonces, ¿por qué este testigo era diferente? ¿Quién era Candace Mason y, si estaba allí comprando y vendiendo droga, por qué hablaría con la policía?

—Entonces, ¿trapicheabas en ese parque habitualmente?

Darren asintió.

—¿Con qué organización trabajas?

—¿Organización?

—Venga ya. No es mi primer día de trabajo. ¿De dónde sacas la mercancía?

Miró hacia la esquina de la sala y dijo:

—Sabes, ha pasado un tiempo. No me acuerdo.

Me estaba dando largas. No iba a delatar a su proveedor, que muy probablemente llevaba a un camello mucho más grande, un capo de la droga. No iba a chivarse de ellos.

—Sabes que puedo averiguarlo, ¿verdad? —le pregunté.

No iba a delatar a nadie, lo cual probablemente era inteligente, considerando que podrían llegar hasta él en la cárcel. Continué:

—¿Hay algo más que puedas contarme sobre ese día que me ayude a demostrarle a mamá que lo que dices es verdad, que eres culpable?

—Mira, Martina, agradezco la visita, pero tienes que creerme bajo palabra. Acabo de decirte que estaba vendiendo en mi territorio. Acepté quedar, le di la droga. Le dije: «Esto es lo que te pasa por vender en mi territorio», y le disparé, y luego salí corriendo para que nadie pudiera identificarme.

Notaba que Darren se estaba frustrando conmigo y con mis preguntas.

—Si era un camello rival, ¿por qué iba a pensar que podía comprarte droga?

Los ojos ambarinos de Darren se abrieron de par en par y apartó la mirada. Estaba mintiendo o evitando mi pregunta. ¿Por qué?

Se me aceleró el pulso.

—Darren, si no lo hiciste, puedo ayudarte.

Se volvió de nuevo hacia mí y dijo:

—Tienes que dejarlo. Soy culpable. Yo lo maté. Déjame cumplir mi condena en paz, y si solo vas a venir a interrogarme, no vuelvas. —Dicho esto, apartó la silla de un empujón y salió furioso. El guardia lo alcanzó rápidamente, ya que no se suponía que debían empujar o patear el mobiliario.

A Darren no le gustaron mis preguntas, pero ¿por qué? Ya se había declarado culpable. ¿Era porque había un agujero enorme en su historia, a menos que estuviera más arriba en la organización de la droga y hubiera otra razón por la que mató a Toby June? Y eso era lo que necesitaba averiguar. ¿Quién era Toby June y quién más tenía un motivo para matarlo? ¿Y cuál era ese motivo? Si no tenía droga para vender, no estaba en el parque trapicheando.

Algo no cuadraba, y yo iba a averiguar el porqué.

8

MARTINA

El nombre que aparecía en el identificador de llamada me inquietó, pero descolgué de todos modos. —Hola, mamá.

—Hola, Martina. Acabo de hablar con Darren. Me ha dicho que has ido a verle. Eso es fantástico, cariño. Estoy muy contenta.

¿Por qué estaba tan contenta? ¿Sabía de lo que habíamos hablado? —Bueno, no estoy segura de que haya ido del todo bien.

—Dice que has estado preguntando por el caso, que lo estás investigando.

—Así es. Tengo el expediente del caso y estoy intentando corroborar todo lo que la policía encontró contra él.

—Es que sé que es inocente. Muchas gracias. Sé que lo vas a demostrar, cariño. Estoy muy orgullosa de ti.

Mamá estaba demasiado entusiasmada, demasiado segura de que su hijo era inocente. —Gracias por la confianza, mamá, pero ¿te ha contado Darren algo útil? No parecía querer responder a mis preguntas. —Al menos, no a las que de verdad podrían arrojar algo de luz sobre lo que ocurrió.

—No, y por supuesto, ha dicho que es culpable y que tengo que aceptarlo, y que va a hacer todo lo posible por ser un preso modelo y salir en cuanto pueda. Pero, Martina, puedo sentirlo. Lo siento en

todo mi instinto maternal. Él no hizo eso —dijo, con demasiada alegría en la voz.

Ciertamente, lo que había descubierto hasta ahora no parecía cuadrar, pero seguía siendo posible que Darren hubiese matado a Toby. Puede que no fuese por el motivo que constaba en el informe. Juró que había matado a Toby June por vender droga en su territorio. Pero ¿qué camello rival se reuniría para un intercambio de drogas? La historia no tenía sentido, lo que muy probablemente significaba que no era verdad. Significaba que Darren estaba ocultando la verdadera razón por la que Toby June había sido asesinado. Esto quería decir que sabía lo que había ocurrido realmente, pero eso no significaba que Darren fuera inocente. De hecho, empecé a sospechar que la razón de la muerte de Toby era algo más gordo que dos camellos rivales. Lo que necesitaba era hablar con la testigo para averiguar lo que vio de verdad, una descripción detallada.

—Mamá, no quiero que te hagas demasiadas ilusiones. Voy a demostrar lo que pasó, pero eso no significa que Darren sea inocente. Tienes que entenderlo.

—Te entiendo. Pero ¿de dónde crees que sacaste todo ese instinto? De mí. Es la intuición femenina. Tú la tienes, yo la tengo, y, cariño, te digo yo que tu hermano no hizo esto.

—Mamá, voy a ser sincera contigo. Hay cosas de las que Darren no me quiere hablar. No me está diciendo la verdad y no me lo está contando todo. ¿Por qué haría eso? —No quería hacerle daño a mi madre, sabiendo lo frágil que estaba con toda la situación, pero tenía que poner los pies en la tierra. Su hijo era un delincuente. Por mucho que escarbara en el pasado, no podría rebatir ese hecho. La pregunta clave era qué delitos había cometido.

—No lo sé, cariño, pero sé que lo averiguarás. Es que estoy tan preocupada por él ahí dentro. Creo que le han estado dando palizas.

No era algo raro. Había muchas peleas en la cárcel. —Por desgracia, así es la vida en prisión. ¿Tienes alguna otra razón para creer que podría estar en peligro?

—No, pero le he visto algunas heridas. Cuando le pregunto, dice que no es nada y cambia de tema.

El típico código carcelario. —Haré lo que pueda. Voy a demostrar los hechos del caso, pero no puedo prometerte nada más, ¿vale?

Con tono condescendiente, dijo: —Vale, Martina. Te entiendo. Vas a demostrar los hechos. Excelente.

Puse los ojos en blanco. ¿Estaba teniendo una especie de crisis nerviosa? ¿La condena por asesinato de Darren la había llevado demasiado lejos? Llevaba sobria casi una década. Tenía un nuevo marido que era dulce y cariñoso, un buen compañero. ¿Podría ser esto lo que la empujara al abismo, su creencia maníaca de que su hijo era inocente, a pesar de su declaración de culpabilidad?

Quizá debería andarme con más tiento con mi madre. No quería empujarla del todo por ese precipicio. ¿Cómo podría mantener sus expectativas dentro de lo realista? La última semana ya había tenido suficiente con fallarle a la gente. La familia de Eliza había quedado destrozada cuando les dimos la noticia. Y no quería decepcionar a más madres afligidas.

—Mamá, cuídate. Voy a seguir trabajando.

—Vale, cariño. ¿Zoey y tú seguís viniendo a cenar el domingo?

—Por supuesto.

Nos despedimos, y esperé no romperle aún más el corazón a mi madre, pero tenía que saber la verdad, por dolorosa que fuera. Eché un vistazo a las declaraciones de los testigos. Candace Mason, la testigo ocular; Jack Jefferson, que llegó después del tiroteo; y Mark Flowers, el hombre que llamó al 112 y relató lo que estaba sucediendo en el momento en que llegó al lugar de los hechos.

Teniendo en cuenta que mi hermano no me hablaba, los interrogaría a los tres. Y me gustaría encontrar esa pistola. El expediente del caso no incluía el informe de balística para determinar si el arma se había utilizado en otros delitos. Tomé nota mental de añadir a mi lista de tareas una llamada al departamento de balística.

Sin perder tiempo, cogí el teléfono, ignoré la molesta sensación de que estaba a punto de destrozar a mi madre o al Departamento del Sheriff del Condado de CoCo —a ambos les tenía un gran aprecio —, y marqué el número de la experta en balística con la que había trabajado en el pasado. Una voz de mujer respondió: —Balística.

—¿Podría hablar con la señora Pinkerton, por favor?

—Soy yo. ¿Quién es?

—Hola, soy Martina Monroe.

—Ah, hola, Martina. ¿Cómo has estado? Cuánto tiempo.

—Muy bien, muchas gracias. ¿Y usted?

—No me puedo quejar, aquí trabajando para llegar al fin de semana. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Estoy trabajando en un caso de asesinato cerrado de Toby June, y se utilizó un arma de fuego que nunca se recuperó. La bala del cuerpo debería haber sido enviada. ¿Sabe si se pasó por balística para ver si el arma estaba relacionada con algún otro delito?

—¿Cuál es su número de caso?

Le recité el número de caso y esperé pacientemente mientras tecleaba en su ordenador. Si el arma se había utilizado antes, podríamos vincularla con otro tirador, o descubriría que mi hermano había matado antes. Tal vez eso era lo que intentaba ocultar. Veinticinco años era mucho menos que veinticinco años más otra cadena perpetua, lo que significaba que nunca saldría de la cárcel.

—Vale, lo veo aquí, y desde luego lo analizamos para ver si coincidía con alguna otra bala encontrada en otras escenas del crimen, y no hubo ninguna coincidencia.

—Gracias —dije con exasperación.

Era un callejón sin salida.

—Siento no haber podido ayudarla.

—Le agradezco su rápida respuesta.

—De acuerdo, salude a Hirsch de mi parte.

Prometí hacerlo y colgué. El arma no se había utilizado en otros delitos; estaba limpia. Lo cual era coherente si iban a ejecutar a alguien: un arma limpia, desechada, no relacionada con ningún otro lugar, registro o delito, resuelto o sin resolver.

Quizás Toby June realmente fue víctima de un asesinato por encargo, pero parecía demasiado sofisticado para Darren. Pero ¿qué sabía yo realmente de mi hermano? Necesitaba saber quién era su proveedor, con quién trabajaba, así como los detalles sobre la víctima, Toby June. Era importante saber todo lo que pudiera sobre mi hermano y la víctima. Mi instinto me decía que podría llevar a

más preguntas. Pero necesitaba respuestas, y sabía exactamente de quién podía obtenerlas.

9

CANDACE

SEIS MESES ANTES

La primera vez que seguí a Travis, poco antes de que muriera, sentí una inmensa culpabilidad. Culpabilidad por no confiar en mi marido, el hombre con el que había jurado pasar el resto de mi vida. Esa culpabilidad se convirtió en desolación cuando lo vi entrar en el aparcamiento de un parque al otro lado de la ciudad.

Se acercó a un hombre que llevaba unos vaqueros anchos, de pelo castaño y lacio y con una cicatriz en el cuello. Ambos miraron a su alrededor con cautela. Me agaché en el coche para que no pudieran verme. Cuando volví a asomarme, Travis le estaba dando algo al hombre y se apartó. Pocos minutos después, otro hombre, alto y delgado, de pelo castaño oscuro y con un abrigo demasiado grande, le entregó algo que no pude ver. Travis regresó a toda prisa a su coche.

Mientras Travis estaba concentrado en su nueva adquisición, salí a toda velocidad del aparcamiento y conduje a casa con las lágrimas corriéndome por las mejillas. Sabía que tenía un problema con las drogas. No debería decir que lo sabía, pero lo sospechaba. Las señales estaban ahí, pero esto lo demostraba. Había estado casada con un drogadicto, uno que no quería mi ayuda.

La segunda vez que lo seguí fue después de una fuerte discusión que tuvimos, en la que lo negó todo. Esa vez fui más precavida y, como sabía adónde iba, estaba preparada y sabía dónde aparcar para que no me vieran.

En silencio, salí del coche, me dirigí al borde del parque y observé desde detrás de un seto. El parque no era enorme, y podía ver los caminos de cemento que bordeaban el césped y que llevaban a un parque infantil y a lo que parecían unos aseos. Fue allí, detrás de los arbustos, donde pude ver mejor cómo se desarrollaba todo. Le daba el dinero al hombre de la cicatriz en el cuello y luego el hombre alto se acercaba rápidamente y le entregaba la bolsita de droga a mi marido. Con cada instante que pasaba, un trozo de mi corazón se rompía mientras me preguntaba si Travis y yo podríamos superar aquello. Sabía que los analgésicos solo podían calmarle el dolor físico, pero no su angustia mental. No había vuelto a ser él mismo desde el accidente y las drogas. Al final, nos habíamos convertido en dos extraños en lugar de la pareja enamorada que una vez fuimos.

Aun así, cuando recibí la llamada de que había muerto, me partí en dos.

Encontraron a Travis muerto en su todoterreno en el aparcamiento de un supermercado del barrio. No me enseñaron ninguna foto, pero aun así podía verlo vívidamente en mi cabeza. Era como una fotografía en mi cerebro, y ahí se quedó, negándose a ser relegada al fondo junto con todos los demás malos recuerdos.

Con un conocimiento íntimo de cómo se hacían los trapicheos y un plan en mente, entré en el aparcamiento de aquel maldito parque.

Tras apagar el motor, salí del coche vestida con ropa que había encontrado en una vieja caja con la etiqueta «donar». No me había cepillado el pelo y el maquillaje se había quedado en el cajón.

En el parque había media docena de personas pululando por allí. Afortunadamente, no había niños. Segura de mí misma, me dirigí hacia el hombre del dinero. Estaba justo a la izquierda; debía de ser su sitio habitual. Me acerqué a él con cautela y le dije:

—Oye, ¿qué tal?

—¿Qué pasa? ¿Qué buscas?

La misma cicatriz en el cuello. Era uno de los asesinos de Travis. Miré a mi alrededor y susurré:

—¿Tienes pastillas? Fentanilo.

Me miró de arriba abajo.

—Un gramo te costará doscientos.

Dudé.

—No llevo tanto dinero encima.

—Sin dinero no hay mercancía.

—No me di cuenta de lo que iba a costar. Pensé que serían más bien veinte. Las necesito para mi marido. —Con razón Travis se las había apañado para vaciar nuestra cuenta bancaria.

—¿Quién es tu marido? —preguntó, evaluándome.

—Se llama Travis. Es bombero.

Extendió la mano.

—¡Ah, sí! Buen tío. Soy June Bug.

—Crystal —mentí. No necesitaba saber mi verdadero nombre.

—¿Cómo está? No lo he visto por aquí.

¿Quién iba a decir que los traficantes eran tan amables? ¿De verdad era Travis amigo de esta gente?

—Estaba muy bien, pero se ha caído y tiene mucho dolor, así que me he ofrecido a venir a buscarle algo.

—Qué suerte tiene de tenerte.

La tenía, pero él no lo veía así. Eligió las drogas por encima de nuestro bebé y de mí.

—Volveré con el dinero.

—Claro. Dale recuerdos a Travis de mi parte.

—Gracias —dije, dándome la vuelta.

Él no sabía que uno de sus mejores clientes, mi marido, ya no le compraría más. Hacía un año que había muerto, uno pensaría que ya se habría dado cuenta. Pero, por otro lado, quizá no era amigo de Travis y no se fijaba en a quién le vendía. Antes de que pudiera volver a mi vehículo, se acercó otro hombre, de ojos ambarinos y piel olivácea. Era el hombre alto que entregaba la mercancía. Los rostros de los dos asesinos estaban grabados en mi cerebro.

—¿Hay algún problema? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No, no pasa nada. Volveré.

El hombre de los ojos ambarinos miró al otro y luego me preguntó:

—¿Eres poli?

Negué con la cabeza y me reí de lo ridículo de la idea.

—Ni de lejos. Solo intento conseguir algo para que mi marido se sienta mejor.

—Es la mujer de Travis —intervino June Bug, el hombre con la cicatriz en el cuello—. No sabía que costaba tanto. Está sufriendo.

El de los ojos ambarinos asintió.

—Toma. —Sacó una bolsita del bolsillo y me dio una pastilla diminuta—. Esto te servirá hasta que puedas volver con más pasta.

Si Travis estuviera vivo y yo de verdad hubiera ido allí a ayudar, podría haber considerado este gesto como algo amable. Pero no era el caso. Estaban intentando mantenerlo enganchado.

Lo que no sabían era que la vida de mi marido se había acabado, y hacía ya un año. Esos dos hombres no tardarían en darse cuenta y pagarían por sus crímenes. Cuando volviera, les arruinaría la vida como ellos habían arruinado la mía.

Pero ¿cómo? Esa parte aún no la tenía muy clara. ¿Debía grabarlos y llamar a la policía? ¿O tenía que pensar en algo más grande?

10

MARTINA

AL ACERCARME al cubículo de mi agente de narcóticos favorito, dije:

—Toc, toc.

Kiva me miró con sus grandes ojos marrones.

—Martina Monroe, ¿qué tal?

Kiva y Rourke formaron parte de nuestro equipo de narcóticos cuando perseguíamos a una organización criminal que se hacía pasar por una comuna. Habían sido de gran ayuda para resolver el caso. El dúo se había ganado mi respeto, desde luego, y yo esperaba que el sentimiento fuera mutuo y que me dieran la información que necesitaba.

—Las cosas van bastante bien —respondí.

—¿Cómo está Zoey?

Kiva y Rourke habían conocido a mi chica en algunas de las barbacoas que Hirsch había organizado a lo largo de los años. Zoey no pasaba desapercibida.

—Con demasiadas ganas de irse a la universidad para mi gusto.

—Debe de ser una locura que tu pequeña deje el nido.

—Lo es, y no me hace ninguna gracia. —¿Acaso era tan de locos como el hecho de que estuviera intentando demostrar que mi hermano era culpable de asesinato?

Kiva sonrió y dijo:

—Me da que necesitas algo.

—Culpable. Estoy investigando un caso. Un asesinato de hace seis meses. A un traficante llamado Toby June lo mataron a tiros.

—Ah, June Bug —dijo Rourke desde el otro lado del cubículo. Se levantó de un salto y añadió—: Hola, Martina, me ha parecido oír tu voz. ¿Qué quieres saber de June Bug?

Rourke se acercó a la mesa de Kiva y se sentó en el borde.

—Hola, Rourke. Pues, espero averiguar más cosas sobre su muerte.

—No estoy seguro de cuánto podemos ayudar. Uno de nuestros confidentes dijo que se lo había cargado otro camello. Después de que nos lo contara, actualizamos nuestro archivo.

—¿La gente de Homicidios no vino a hablar con vosotros?

Rourke y Kiva intercambiaron una mirada.

—No.

—Pues vaya. He revisado el expediente del caso y dice que el móvil del asesinato fue una disputa territorial. Que una banda rival se lo quitó de en medio por vender en su territorio. Pero si Homicidios no habló con vosotros, ¿cómo iban a saberlo? No aparecía en ningún sitio en los archivos.

—¿Quién fue el agente que lo detuvo?

—Leslie, de Homicidios.

—Vaya, es buena policía. Es raro que no viniera a hablar con nosotros.

Desde luego. ¿Cómo habrían llegado a la teoría de que fue una banda rival la que mató a Toby si ni siquiera sabían a qué banda pertenecía? Tendría que hablar con Leslie para conocer su versión de la historia. Esta era una pieza más que no encajaba en el puzle.

—Bueno, aparte de no haberos consultado durante la investigación del homicidio, ¿qué podéis contarme de June Bug?

—Era un camello de poca monta y un tío bastante majo, para ser un traficante. Pero empezó a consumir su propia mercancía. Eso está prohibidísimo. Se dice por la calle que le debía dinero al jefe.

—¿Quién es el jefe?

—Jaime Ragnar, de los 98Mob.

—Supongo que es de los malos, ¿no?

Kiva y Rourke asintieron al unísono.

—Oh, sí. No es que sea una organización enorme, pero creemos que compran la mercancía a los cárteles mexicanos. No forman parte del cártel, pero se rumorea que el líder de los 98Mob, Jaime Ragnar, aspira a ser el próximo gran capo de la droga de la bahía de San Francisco. Es un tipo joven, de unos treinta y pocos, muy ambicioso e inteligente, teniendo en cuenta que ha evitado que lo arresten. Los 98Mob operan sobre todo en las zonas de Tracy, Brentwood y Oakley, pero se dice que Jaime quiere expandirse.

Si Toby le debía dinero al jefe, eso era un móvil para el asesinato. Pero también lo era el territorio.

—Es bueno saberlo. ¿Qué podéis decirme de Darren Kolze?

—¿Darren Kolze? He oído que lo han encerrado. Mató a alguien. —Dejó que la frase flotara en el aire un momento—. Espera, ¿estás diciendo que Darren se cargó a June Bug?

—Confesó el asesinato.

—Eso no tiene sentido —dijo Kiva.

—¿Por qué?

—Darren es de los 98Mob. Aunque podría tenerlo. Quizá el jefe le pidió a Darren que se cargara a June Bug por sus deudas.

Esa era una explicación más plausible para que Darren hubiera matado a Toby que la de una banda rival, teniendo en cuenta que no lo eran. Negando con la cabeza, dije:

—Qué raro. El informe de Homicidios dice que mató a June Bug por vender en el territorio de Darren.

—No, eso no está bien. Trabajaban juntos, en el mismo equipo. Los dos son de los 98Mob. Si Darren liquidó a Toby, es porque se lo ordenó el jefe. Ambos eran de bajo nivel, no peces gordos.

—¿Se sabía que Darren hiciera el trabajo sucio del jefe? —¿Fue Toby la primera persona a la que Darren mató o simplemente la única por la que le habían pillado?

—No. Pero todo el mundo tiene una primera vez.

¿Sería esa la verdadera razón por la que Darren no quería hablarme del tema, porque estaba protegiendo a su jefe? Eso sí que tenía sentido. Si estaba protegiendo al jefe, no querría que yo investigara y descubriera una conspiración para cometer un

asesinato que implicara a Jaime Ragnar. Si Darren delataba a Ragnar, supuse que a este no le haría ninguna gracia y posiblemente se quitaría de en medio a Darren para silenciarlo. Eso explicaba la firmeza con la que Darren insistía en que era culpable y en que lo dejara estar. Puede que Ragnar incluso hubiera amenazado a la familia de Darren. A mi madre. A mí. A Zoey.

—Esto no cuadra, ¿eh? —preguntó Kiva.

—No, la verdad es que no. Hablé con Darren. Me confirmó el móvil, dijo que se cargó a Toby porque estaba vendiendo en su territorio.

—Si no es indiscreción, ¿por qué estás investigando este caso?

Mi nueva cosa menos favorita de explicar. Antes pensaba que era decir a la gente que mi marido había muerto y que yo era viuda, pero decir que tu hermano era un asesino convicto era harina de otro costal.

—Darren es mi hermano.

—Joder, ¿en serio?

—Sí, jura que es culpable. A mi madre le cuesta asimilar que su hijo haya matado a alguien. Solo estoy poniendo los puntos sobre las íes, asegurándome de que no se ha pasado nada por alto y, con suerte, intentando explicarle que las cosas son así y que tiene que aceptarlo.

—Lo siento mucho, Martina. No tenía ni idea. Qué duro.

—Lo es, pero supongo que no entiendo por qué habrían cerrado la investigación sin el móvil real. Su móvil es erróneo. Eso es extraño, ¿verdad?

¿Habría pensado Leslie que el caso iba a ser pan comido por el testimonio del testigo ocular del crimen y no se habría molestado en comprobar los hechos?

—Lo es, y es un poco raro que Homicidios no viniera a hablar con nosotros. No es propio de Leslie.

La verdad es que no. Leslie llevaba décadas en el cuerpo y era una detective de primera.

—¿Cómo lo pillaron? —preguntó Rourke.

—Un testigo presencial vio a Darren disparar a Toby. Había una bolsa de droga en el bolsillo de Toby con las huellas de Darren. Le

ofrecieron un trato: veinticinco años.

—Parece un poco flojo. ¿Encontraron el arma?

—No.

—Entonces, ¿no hay ninguna prueba física que relacione a Darren con el tiroteo?

El estómago se me revolvió. Si Kiva y Rourke pensaban que esto era inusual, no eran imaginaciones mías. Algo olía a podrido en este caso. ¿Debía ir directamente a ver a Leslie? ¿O a Hirsch primero? Miré mi reloj; iba a llegar tarde.

—Mirad, habéis sido de gran ayuda, pero, por desgracia, esto ha creado más preguntas que respuestas.

—Te entiendo. Habla con Leslie e intenta aclarar esto. Seguro que hay una explicación sencilla para todo.

Miré a Rourke directamente a los ojos y le lancé una mirada que decía que algo no encajaba y que yo no estaba tan segura. Él asintió levemente con la cabeza, como si lo entendiera.

—Ya veremos. Tengo que irme, pero gracias.

—Buena suerte, Martina. Cualquier cosa que podamos hacer para ayudar, lo haremos.

Les dediqué una sonrisa tímida y me dirigí hacia el centro de rehabilitación. Era hora de intentar inspirar a los adictos convenciéndoles de que la sobriedad era alcanzable y sostenible a largo plazo. Con una plegaria silenciosa por ellos y por mí, salí a toda prisa de la comisaría, intentando no pensar en los cabos sueltos que había encontrado en el caso de Darren.

11

MARTINA

Al entrar en el centro de rehabilitación, intenté borrar de mi mente la conversación con el equipo de Narcóticos porque necesitaba centrarme en la tarea que tenía entre manos. Pero me estaba costando. En lugar de respuestas sencillas sobre las afiliaciones de Darren y Toby con las drogas, los hechos solo daban pie a más preguntas. No solo preguntas sobre Darren y su móvil, sino también sobre el móvil de la detective al cargo de la investigación. Era alguien en quien había confiado. La falsa declaración de Darren tenía todo el sentido si el jefe de la 98Mob le había ordenado matar a Toby. Era instinto de supervivencia. Pero lo que no conseguía entender era por qué la detective Leslie había aceptado la declaración de Darren sobre el móvil sin corroborarla con el departamento de Narcóticos. Leslie había cerrado el caso cuando los hechos del mismo eran erróneos. ¿Qué más se le había pasado por alto?

Negué con la cabeza, abrí la puerta, entré, saludé con la mano a las recepcionistas del centro y me dirigí hacia las coloridas salas de terapia donde estaba mi puesto de trabajo. La coordinadora del programa estaba de pie junto a mi mesa.

—Buenas noches, Martina.

—Hola, Lisa. ¿Qué tal va todo?

—Bien. Tenemos un par de miembros nuevos a los que creo que tu historia les serviría de inspiración.

¿Podía servir de inspiración mientras me desmoronaba por dentro? ¿Habría tenido razón Hirsch? ¿Estaba ya metiéndome en un jardín con las incoherencias que había descubierto? ¿Adónde más podía acudir? No podía ignorar lo que había encontrado. No tenían móvil, en absoluto. Para una acusación sólida, se necesitaban los medios, el móvil y la oportunidad. Parecía que Darren había tenido la oportunidad, quizá incluso los medios, pero no tenía móvil, o al menos no uno que estuviera documentado en el expediente del caso.

—¿Va todo bien? —preguntó Lisa.

—Perdona. Sí. El trabajo ha estado un poco de locos.

—Con un trabajo como el tuyo, me lo imagino.

El trabajo era solo la mitad. La otra mitad era la preocupación por descubrir una mala praxis policial. ¿Cómo acabaría aquello? Apartando esos pensamientos, dije:

—Sí, pero estoy bien. ¿Cuál es el plan para esta noche?

—Después de las sesiones de grupo, hay un par de personas que quiero que conozcas a solas. ¿Te apetece? Sé que es tarde y seguro que has tenido un día largo, pero creo que hay una persona en particular a la que le vendría muy bien oír tu historia.

—Claro, me parece genial.

Sonaba a distracción, y a mí me venía de perlas. Centrarme en los problemas de los demás en lugar de en los míos era una de mis especialidades.

Tras la última sesión, me dirigía hacia mi mesa pensando en recoger y volver a casa. Lisa estaba de pie junto a mi silla con un hombre de tez olivácea y ojos marrones atormentados.

—Hola, Martina. Justo estaba hablando con uno de los nuevos miembros. ¿Tienes un minuto para conocerlo antes de irte?

Se me había olvidado por completo que quería que hablase a solas con un nuevo miembro.

—Claro.

Lisa se volvió hacia el hombre y dijo:

—Esta es Martina. Lleva nueve años sobria. Es extraordinario. Martina, ¿por qué no le cuentas cómo empezó tu viaje y qué te mantiene en el buen camino?

¿Nada más? Al menos me evitaría que mis pensamientos volvieran al caso de mi hermano. Clavé la mirada en la suya y dije:

—Hola. Pues sí, como decía Lisa, llevo nueve años sobria. No ha sido fácil. Entré en Alcohólicos Anónimos hace algo más de nueve años, después de casi matarme en un accidente por conducir borracha. Mi jefe me dijo: «O te pones sobria o te buscas otro trabajo». Vamos, fue un buen toque de atención. Pero fue la patada en el culo que necesitaba para tomarme en serio mi problema con la bebida —me apoyé en mi mesa—. Después de noventa días, volví al trabajo. Mi empleo es estresante y criar a mi hija sola fue una verdadera prueba, pero también la razón por la que sigo acudiendo a las reuniones y mantengo el contacto con mi padrino. Creo que todos somos capaces de mantenernos sobrios con un sistema de apoyo sólido. —¿Qué tal eso para servir de inspiración, y todo en menos de un minuto?

—Cuéntale a qué te dedicas —dijo Lisa.

Asentí.

—Soy copropietaria de una empresa de seguridad e investigación privada. Y también trabajo como contratista para el sheriff del condado de CoCo resolviendo casos antiguos.

—Martina ha salido en las noticias. Ella y su socio han resuelto algunos casos muy difíciles y famosos —dijo con orgullo.

—Hacemos mucho bien, pero pasa factura. He tenido sospechosos que han ido a por mi socio, mi hija y a por mí. Pongo a prueba mi sobriedad a diario, pero tengo a mi padrino Rocco en marcación rápida. Además, tengo a mis amigos, y mi madre también es madrina. Es una alcohólica en rehabilitación, sobria desde hace diez años. Me saca un año entero. Ella y mi hija adolescente me inspiran cada día —dije con una sonrisa.

—Es increíble. Y además eres madre soltera —dijo él.

Asentí.

—Sí, Zoey está a punto de irse a la universidad. Mi marido murió cuando ella tenía seis años, y la he criado yo desde entonces. He tenido mucha ayuda de nuestra niñera y de mi madre. Pero pronto solo estaremos Barney, nuestro perro mezcla de yorkie, y yo.

El hombre me miró con un brillo en los ojos.

—Parece que de verdad eres uno de los casos de éxito.

—Si lo deseas con suficiente fuerza, puedes conseguirlo. ¿Cuál es tu historia?

Esbozó una sonrisa ladeada.

—He sido adicto, con altibajos, durante años. Primero a la heroína; la vencí durante un año entero, y luego recurrí al alcohol, pensando que me arruinaría menos la vida. Eso no funcionó, así que, de nuevo, intenté ponerme sobrio y lo conseguí durante unos seis meses. Pero ha sido muy duro. He vuelto a caer, y ahora he decidido que de verdad necesito estar aquí y ponerme sobrio o será mi fin. Llevo tres años sin ver a mi hija de dieciséis, y quiero estar ahí para ella. Aunque me odie, que espero que no lo haga, porque de verdad quiero mejorar por ella y por mí. Su madre también es alcohólica, y a veces me odio por lo que le he hecho.

A este hombre se le estaban formando lágrimas en los ojos, y caí en la cuenta de que ni siquiera sabía su nombre. Nos habíamos saltado por completo las presentaciones, pero había algo en él que me hacía querer saber más.

Quizá era porque ambos teníamos hijas adolescentes y éramos alcohólicos. Parecía que él no tenía el sistema de apoyo que yo tenía, y quizá yo podría formar parte del suyo.

—Seguro que no te odia. Los hijos tienen una forma de perdonar a sus padres, incluso cuando la fastidiamos a lo grande. ¿En qué trabajas?

—Soy escritor. Solía escribir para periódicos, pero he estado trabajando en una novela y necesito mantenerme sobrio o voy a perder mi contrato con la editorial.

—Eso es increíble. ¿Qué tipo de historias escribes?

Empezó a hablarme de su libro y de los relatos que había escrito. De alguna manera, sentí una fuerte conexión con este hombre. Era extraño y alarmante, y algo estaba ocurriendo en mi interior que no sabía identificar.

—Perdona, te estoy dando la chapa. Es lo que tiene ser escritor. Pregúntanos por nuestras historias y no volverás a tener un momento de paz.

—No pasa nada, de verdad. Es una buena distracción. Ha sido un día complicado, la verdad —dije con una sonrisa tranquilizadora, y él me la devolvió. Y algo se revolvió de nuevo en mi interior. Fue desconcertante y me puse nerviosa.

En busca de una salida, miré el reloj.

—Se está haciendo tarde. Oye, vengo aquí una vez por semana. Espero que podamos volver a vernos y hablar.

Lisa me lanzó una mirada cómplice y decidí ignorarla. Sonó una alarma en mi teléfono y miré la pantalla. Gracias a Dios.

—Es mi socio. Tengo que irme. Me ha encantado conocerte. —Me marché a toda prisa sin haberme enterado de su nombre. En vez de eso, contesté: —¿Hirsch, qué pasa?

—¿Dónde estás?

—Todavía estoy en el centro de rehabilitación. Me voy ahora mismo —dije mientras salía a toda prisa del edificio hacia el cálido aire de finales de verano, sin estar segura de lo que acababa de pasar ahí dentro. Nunca me había sentido así después de conocer a alguien. Me rugieron las tripulaciones y me di cuenta de que me había saltado la cena, mi barrita de proteínas. Eso explicaba las sensaciones extrañas. Probablemente solo era una bajada de azúcar.

Para tener más privacidad, abrí el coche y me metí dentro.

—He estado hablando con Kiva —dijo Hirsch—. Me ha contado lo que has encontrado.

Ah, por eso llama.

—Es extraño, Hirsch. Los hechos del caso son erróneos. El móvil es erróneo. No se ha comprobado ninguno de los hechos. No son traficantes rivales. Están en el mismo equipo. ¿Cómo ha podido Leslie cometer ese error?

—No lo sé, pero te llamo porque necesito que seas prudente por si está pasando algo más gordo. Tenemos que mantener esto en secreto.

¿En serio?

—¿Así que no debería preguntarle a Leslie sobre ello?

—Todavía no. Deja que investigue un poco y ya te diré.

—¿En qué estás pensando, Hirsch?

—En que esto no es propio de Leslie, eso es lo que pienso. Y quiero darle el beneficio de la duda y averiguar por qué la investigación no se hizo correctamente. ¿Puedes darme unos días?

—Claro, Hirsch, lo que sea. Es que me… me ha sorprendido.

—Y a mí.

Dicho esto, más preguntas se arremolinaron en mi mente. ¿Había cambiado Leslie intencionadamente los hechos del caso? O, como mínimo, ¿no había investigado según el protocolo? Si era así, ¿por qué? Puede que no pudiera hablar con Leslie para aclararlo, pero sí podía volver a interrogar a los testigos.

12

MARTINA

Por suerte, Candace Mason había accedido a reunirse conmigo para hablar de la investigación del asesinato de Toby June. Los otros dos testigos, según las declaraciones de los agentes que acudieron al lugar, habían aparecido después de que se produjera el tiroteo. Uno intentó salvar a Toby y el otro llamó al 112. Por desgracia, la información de contacto de los testigos ya no servía, o quizá nunca lo hizo. Teniendo en cuenta dónde se encontraban durante el crimen, lo más probable era que no quisieran que la policía supiera de ellos. Quizá los testigos tenían familias que no sabían que eran drogadictos, o quizá eran ellos mismos traficantes. Era posible que los nombres de las declaraciones ni siquiera fueran reales.

Lo que me sorprendió de la declaración del hombre que había llamado al 112 fue que dijo que Candace Mason se había desplomado en la escena del crimen y que él la sujetó justo antes de que se golpeara contra el suelo. Sospechaba que estaba en estado de shock por el horror de ver morir a un hombre. Era comprensible a juzgar por las fotos de la escena del crimen. Un disparo en la cabeza resultó en una escena espantosa.

Para un civil, sería un shock, pero Candace era enfermera titulada. Habría pensado que podría haber soportado ver la sangre con más entereza, pero nunca sabes cómo vas a reaccionar cuando

ves cómo se apaga la vida de alguien ante tus propios ojos. Debió de ser algo terrible de ver.

Cumpliendo mi promesa a Hirsch, no pensaba interrogar a Leslie sobre todas las incoherencias de sus informes, sus conclusiones y cómo se las presentó al fiscal para la acusación. No estaba convencida de que Darren fuera inocente, pero sí estaba convencida de que algo fallaba en la investigación. Y fuera lo que fuese, pensaba averiguarlo.

Al hablar con Candace, esperaba obtener alguna información sobre lo que ocurrió durante el tiroteo que no se recogiera en el informe. Como si hubo una conversación entre Darren y Toby antes del disparo. El informe simplemente decía que un hombre alto de pelo oscuro se acercó a Toby, disparó su arma y dijo: —Este es el fin —, antes de salir corriendo, lo que no coincidía con lo que Darren me había contado.

Dentro del Mount Diablo Medical Center, me estremecí por el exceso de aire acondicionado y me aposenté cerca de una fila de sillas y una recepción. Llamé a Candace para decirle que había llegado. Había aceptado hablar conmigo en un lugar público dentro del hospital. Con suerte, el shock no habría alterado su recuerdo, ni lo habría borrado, ni lo habría ocultado para protegerla. Es un hecho conocido que el estrés y el trauma pueden afectar a la memoria.

Diez minutos después, una mujer de unos treinta y cinco años, con un pijama sanitario rosa y el pelo rubio recogido en un moño deshecho, se me acercó.

—¿Es usted Martina Monroe?

—Sí. Usted debe de ser Candace.

Asintió.

—Sentémonos.

Prefería poder ver a alguien cara a cara, pero una al lado de la otra tendría que bastar. Al sentarme, me giré hacia Candace.

Había una tristeza en ella, como si toda la vida se le hubiera escapado. Quizá presenciar un asesinato le hizo eso, pero quién sabía cuál era su historia antes de presenciarlo. ¿Por qué estaba en el parque ese día? ¿Era adicta? Parecía cansada, pero no demacrada por la droga. Al personal del hospital se le hacían pruebas de

drogas, así que no podía ser eso, a menos que fuera una antigua consumidora y se hubiera desintoxicado desde el tiroteo. Pero no me dio esa impresión, solo una abrumadora falta de esperanza.

—Me sorprendió recibir su llamada. Tenía la impresión de que el hombre estaba en la cárcel y el caso estaba cerrado.

Asentí, indicando que lo que decía era cierto.

—Lo está, pero de vez en cuando, comprobamos los hechos del caso. —Como cuando una investigación no se ha hecho correctamente.

—¿Y usted es del departamento del sheriff?

—Trabajo como contratista para el departamento del sheriff, pero en realidad soy investigadora privada. —Le di mi tarjeta y se la quedó mirando más tiempo del que parecía necesario. Quizá estaba sorprendida. A decir verdad, no había sido del todo sincera con mi afiliación. Sí, trabajo para el departamento del sheriff, pero no estaba allí en su nombre.

—Me gustaría que me contara lo que ocurrió el día que murió Toby June. Con sus propias palabras, solo para asegurarnos de que tenemos todos los hechos claros.

Dudó antes de mirar al suelo.

—Fue horrible. Yo estaba junto a los arbustos y vi a un hombre alto de pelo oscuro. Se acercó a June Bug y dijo: «Este es el fin», levantó el brazo y le disparó directamente en la cabeza. June Bug cayó al suelo y el hombre alto salió corriendo.

Ciertamente, podía describir a Darren, pero muchos hombres son altos y de pelo oscuro.

—¿Recuerda qué llevaba puesto?

—No.

—¿Fue «Este es el fin» lo único que dijo el hombre alto antes de salir corriendo? —Era una frase extraña.

—Nada más. —Coincidía con la declaración que había dado a la policía, lo que normalmente me llevaría a la conclusión de que la coincidencia significaba que probablemente era exacta.

—¿Qué aspecto tenía la pistola?

Candace arrugó la cara.

—Era negra. Una pistola.

Eso era coherente con un arma que utilizaba balas del calibre 22.

—¿Y cómo pudo identificar al tirador?

Ladeó la cabeza y me miró.

—¿A qué se refiere?

—¿Conocía al tirador? Ha dicho que era un hombre alto de pelo oscuro. ¿Lo identificó en una rueda de reconocimiento?

Asintió como si entendiera lo que le preguntaba.

—Después de que los sanitarios me llevaran al hospital para una evaluación… creo que me caí por el shock de toda la situación. Por suerte, había alguien allí para sujetarme antes de que me golpeara la cabeza contra el cemento. Bueno, un agente de policía vino a recogerme al hospital y me llevó a la comisaría para tomarme declaración.

—¿Habló con alguien más sobre lo que pasó antes de que el agente la recogiera en el hospital?

Negó con la cabeza, indicando que no.

—¿No habló con ningún familiar ni con su cónyuge?

Palideció.

—No, no tengo marido y no quería preocupar a mi familia.

¿No quería preocupar a su familia?

—¿Cuánto tiempo después del tiroteo la recogió el agente en el hospital?

—No sé, cuatro o cinco horas después. La detective Leslie fue muy amable.

—Sí, lo es. Es una gran persona y una gran policía. ¿Era la única presente cuando le tomó declaración?

—Sí.

—¿Puede explicarme qué pasó cuando estuvo en la comisaría?

Candace relajó los hombros.

—Le di mi declaración y luego me enseñó algunas fotos de sospechosos.

—¿Recuerda cuántas fotografías le enseñó?

—Eran seis.

¿Cómo había sabido la detective Leslie que debía mostrar a mi hermano entre las seis fotos de la serie si no conocía su relación con las drogas?

—¿Cuánto tiempo después de dar su declaración vio las fotografías?

—Fue, no sé, ¿quizá cinco minutos?

¿Cinco minutos? ¿Cómo pudo Leslie identificar a seis posibles sospechosos en solo cinco minutos con una descripción tan vaga?

—¿Los seis hombres de las fotografías se parecían?

Candace ladeó la cabeza, como si intentara recordar.

—La mayoría eran hispanos. Pero el tirador era caucásico, creo.

Era un procedimiento estándar que en las ruedas de reconocimiento fotográfico todos los posibles sospechosos se parecieran para que ninguno destacara sobre los demás. ¿Había sido intencionado?

—¿Le dijo la agente que el sospechoso podría no ser uno de los seis hombres?

Candace inclinó la cabeza como si intentara recordar.

—No me parece.

Otro incumplimiento del procedimiento. Normalmente, el agente le dice a un testigo que el sospechoso puede no estar en la rueda de reconocimiento para evitar presiones indebidas sobre el testigo y evitar una identificación errónea. Estaba bien documentado que un testigo es más propenso a elegir a alguien en una rueda que se parezca más al sospechoso, y no al sospechoso real, si cree que una de las personas en la rueda es, de hecho, el delincuente.

—¿Y qué pasó después de que mirara las fotografías?

Volvió a fijar la vista en el suelo.

—Señalé al sospechoso y la detective me dio las gracias por mi ayuda y me ofreció llevarme de vuelta a mi coche.

—¿Tuvo que hacer algún seguimiento, como una rueda de reconocimiento en vivo?

—Sí, al día siguiente. Me preguntó si podía echar un vistazo, lo hice y lo señalé. Era el mismo de la fotografía. Era el hombre alto de los ojos ambarinos.

La detective Leslie no había seguido el procedimiento adecuado para identificar a los sospechosos, pero el hecho de que Candace lo hubiera señalado dos veces era convincente.

—¿Había visto al tirador antes?

—No, nunca. ¿Por qué? No creerá que es inocente, ¿verdad?

Su pregunta me sorprendió.

—No lo sé. Solo estoy comprobando los hechos del caso.

—Oí que ambos eran asesinos y que se merecían lo que les pasó. No sé por qué al departamento del sheriff le importa tanto. Por lo que a mí respecta, los dos están justo donde deben estar.

¿De dónde salía eso?

—Creía que no conocía a Toby June ni al tirador.

Negó con la cabeza y se levantó.

—No, no los conozco. Pero oí más tarde que eran traficantes y, bueno, los traficantes matan a gente inocente todos los días con sus drogas y su violencia. Lo siento, señorita Monroe. De verdad que tengo que volver al trabajo. Espero haberle dado lo que necesita.

—Solo una cosa más. ¿Por qué estaba en el parque ese día?

El terror inundó su rostro.

—Yo… uh… no me acuerdo. Tengo que irme. —Y con eso, se fue corriendo hacia las profundidades del hospital sin decir una palabra más.

¿No se acordaba? Un escalofrío me recorrió la espalda y no supe si fue por el aire helado del hospital o por el extraño final de nuestra conversación.

13

CANDACE

El sonido de la puerta de la entrada al cerrarse resonó por toda mi casa vacía. Después de la muerte de Travis, me planteé vender nuestra casa junto con el sueño que una vez tuvimos de formar una familia, quizá tener un perro. El sueño se había hecho añicos y, con él, mi propia identidad. Si no era su mujer y su madre, ¿qué era yo? Una enfermera. Una mujer sola y con el corazón roto. Tenía la idea delirante de que, si encontraba un nuevo propósito, todo mejoraría.

Mi objetivo de vengarme ocupaba todos mis pensamientos. Mi razonamiento para arruinarles la vida a los camellos era noble: evitar que la siguiente esposa y la siguiente madre tuvieran que pasar por el dolor por el que yo había pasado. Le di bastantes vueltas a cómo iba a vengarme exactamente. En ninguno de mis pensamientos consideré matarlos.

Sin saber muy bien qué hacer, decidí averiguar más sobre ellos. Saber quiénes eran sus familias, adónde iban y qué era importante para ellos. Era necesario para darles una lección. Lo que descubrí fue que no tenían gran cosa. Ni hijos, ni esposas. Dormían en colchones en el suelo, se pasaban el día jugando a videojuegos y se reunían con gente turbia por la noche antes de ir al parque a vender su muerte. Al enterarme de sus tristes existencias, me sentí más

insegura que antes sobre cómo podría arruinarles la vida. Desde luego, no tenían una que yo envidiara.

En lugar de eso, me preguntaba cómo habían acabado con una vida así. Quizá antes habían sido buenos, como Travis. Quizá tuvieron un accidente y algo alteró su camino. Nadie nace adicto y camello. ¿Qué les había pasado?

La única manera de empeorar sus vidas era mandarlos a la cárcel. Además, si estaban en la cárcel, no podrían seguir vendiendo droga a gente inocente. Ese era el plan, de todos modos. Pero no había descubierto cómo iba a llevarlo a cabo. No es que hubiera muchas formas de grabar sus actividades y luego llamar a la policía sin que se dieran cuenta. Tal como estaban las cosas, ya me había fundido varios cientos en efectivo intentando acercarme a ellos y no quería seguir agotando mis ahorros ni que se familiarizaran demasiado conmigo.

Cuando le dispararon a June Bug, pensé que mi suerte había cambiado, que Dios había intervenido. El destino. Él se había llevado a mi marido y ahora alguien se lo había llevado a él.

Debería haber sido más lista y no pensar que era suerte.

Le di al interruptor y la cocina se iluminó. Estaba impecable. Cuando Travis aún vivía, era desordenado, no le gustaba fregar los platos y dejaba por ahí las tablas de cortar con cuchillos resecos encima, como si fuera a usarlos de nuevo ese día, pero nunca lo hacía. Pero sin Travis, la casa estaba limpia, nunca desordenada. Lo que daría por ver su toalla mojada en el suelo del baño.

Nada en mi vida había sido cuestión de suerte. ¿Por qué pensé que la muerte de su camello era una señal de que mi suerte había cambiado? ¿Y quién era esa Martina Monroe y por qué estaba comprobando los hechos del caso? El caso estaba cerrado. Al principio, pensé que quizá estaba trabajando con la inspectora en el asesinato de Toby. Pero parecía que estaba comprobando el trabajo de la inspectora. ¿Por qué? ¿Qué esperaba encontrar y tenía yo algo de lo que preocuparme?

Saqué una cena precocinada del congelador. Otra vez comida que recordaba a un pastel de carne y puré de patatas; una comida deprimente. Era apropiado. Mis días no habían sido alegres, ni

siquiera con June Bug muerto y Darren Kolze en prisión. El sol no había brillado para mí desde el día en que descubrí que estaba embarazada.

Sin Travis y sin mi bebé, era una cáscara vacía. El propósito que una vez tuve de hacer justicia por ellos parecía ahora hueco. Se habían ocupado de los dos camellos que mataron a mi marido: uno de forma permanente y el otro en prisión por veinticinco años. ¿Por qué no me sentía mejor? ¿Por qué no había sentido que podía pasar página? Y no me sentía victoriosa ni como si hubiera marcado la diferencia. Me sentía aún más rota que antes. Si mi suerte había cambiado debido a la desaparición de esos dos camellos, empezaba a temer que fuera para peor.

Después de tomar el último bocado de aquella sustancia aguada, granulosa y parecida al puré de patatas, enjuagué la bandeja de plástico en el fregadero y la tiré al contenedor de reciclaje.

¿Quién era Martina Monroe en realidad, y tenía que preocuparme? Me acerqué al escritorio del ordenador y me senté, encendiendo el viejo ordenador de sobremesa. Internet estaba lleno de información. Seguro que habría algo sobre Martina Monroe, teniendo en cuenta que su nombre figuraba en el membrete de su empresa.

Con el motor de búsqueda abierto, tecleé su nombre. Se me abrieron los ojos como platos al ver la larga lista de resultados que aparecieron. Hice clic en el primero. Había una foto en la que aparecía junto a un hombre alto y bastante guapo, de pelo rubio ceniza y ojos azules. Mientras leía el artículo, me enteré de que el hombre era el sargento August Hirsch, del departamento del sheriff del condado de CoCo, y que acababan de resolver un caso casi imposible de una chica desaparecida cinco años antes. El periodista comentaba que ambos eran conocidos por encontrar los secretos más profundos y oscuros, sacarlos a la luz y hacer justicia a los seres queridos, e incluso por encontrar a los desaparecidos y traerlos a casa.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al leer la última línea del artículo. «Si hay hechos enterrados, Martina y Hirsch los descubrirán sin duda alguna». Había varios artículos más con elogios similares.

Esto no presagiaba nada bueno para mí. O quizá estaba siendo paranoica. El caso estaba cerrado. Pero si simplemente era paranoia, ¿por qué le habían asignado a Martina la tarea de comprobar los hechos del caso? ¿Acaso el sargento Hirsch cuestionaba mi testimonio?

¿Debería llamar a la inspectora Leslie y preguntar qué estaba pasando? No, no podía. No me atrevía a hacer eso ni ninguna otra cosa que pudiera levantar sospechas sobre mí o cualquier otra persona. Y lo que dije era verdad: tanto June Bug como Darren estaban donde se merecían. Lo único que quedaba era desterrar la sensación de desasosiego que me decía que la pesadilla estaba lejos de terminar.

14

MARTINA

MIENTRAS ME ACERCABA al despacho de Hirsch, deseé que mi viernes por la noche y el fin de semana incluyeran planes emocionantes. Pero no era así. Zoey se iba a una fiesta y mi vida amorosa estaba muerta y enterrada desde que Wilder y yo lo dejamos. Mi mundo se estaba convirtiendo rápidamente en trabajo, voluntariado y acurrucarme con Barney en el sofá. Quizá no siempre sería así.

¿Por qué pensaba eso? ¿Era por el hombre que conocí en el centro de rehabilitación, que había despertado algo en mí? Apenas lo conocía, pero me había hecho ver lo rápido y fácil que podía conectar con alguien nuevo. Me gustaría conocer a alguien especial. Habían pasado más de seis meses desde que Wilder y yo rompimos. Me había escrito un mensaje hacía poco para decirme que le iba genial. Después de desearle lo mejor, lo dejé en el pasado.

Nunca he sido de sentirme sola, pero con la marcha de Zoey, me preocupaba cómo sería deambular por mi casa completamente sola. Cada vez veía más claro que me gustaría tener una pareja, y no solo una que me ayudara a resolver asesinatos. Al menos tenía el caso para mantenerme ocupada, en lugar de pensar en mi inminente soledad y en mi casa vacía.

Hirsch me saludó con la mano mientras volvía a colocar el auricular del teléfono en su base. —Hola, Martina.

Cerré la puerta a mi espalda y me senté frente a él. —¿Cómo estás?

Soltó un suspiro de exasperación. —¿Sabes? En este trabajo nunca hay días libres de verdad, ¿a que no?

—Eso no es ninguna novedad.

—No. Pero lo de Leslie… me tiene muy preocupado.

Claro que sí. Hirsch era un hombre recto que se regía por las normas. —A mí también. ¿Has hablado con ella para averiguar por qué se saltó el protocolo?

—Todavía no.

¿Por qué no? Eso no era propio de Hirsch. Añadí: —Ayer hablé con la testigo ocular y hay algo raro ahí, Hirsch.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, para empezar, le pregunté cómo identificó a Darren. Dijo que dio una descripción vaga del hombre que le disparó a Toby y que, pocos minutos después, Leslie volvió con una rueda de reconocimiento de seis sospechosos. ¿Cómo pudo deducir tan rápido que mi hermano podía ser un sospechoso?

—No pudo.

—Y eso no es todo. La testigo, Candace, dijo que cinco de las seis fotos eran de hombres hispanos. Darren es de piel clara, con ojos ambarinos y pelo oscuro. No creo que nadie lo haya confundido nunca con un hispano. También le pregunté a Candace si Leslie le había dicho que era posible que el sospechoso no estuviera en la serie de fotos. Dijo que no.

Su rostro palideció. —Incumplió el protocolo.

—Eso es solo el principio de sus meteduras de pata, Hirsch.

Echó un vistazo a su pequeño despacho antes de declarar: —¿Pero lo identificó en una rueda de reconocimiento en vivo, verdad?

¿Acaso importaba? Podría haber estado simplemente emparejando la foto con la persona real. O es culpable. —Sí.

Se pasó los dedos por su pelo dorado. —No sé qué pensar de esto. La mayoría de los agentes de la ley comprende que el testimonio de los testigos oculares es muy poco fiable, sobre todo con ese nuevo informe que afirma que alrededor del setenta por ciento de las condenas erróneas, anuladas con pruebas de ADN, se

debieron a testimonios de testigos oculares equivocados. No deberían haber podido procesar a Darren sin pruebas físicas que corroboraran el testimonio. Esto es un verdadero aprieto.

Al menos Hirsch se daba cuenta de que el caso apestaba. —Exacto. Y trabajaban para la misma organización, así que fácilmente podría haber sido que las drogas en su bolsillo fueran para reabastecerse. Es posible que Darren no estuviera ni cerca de Toby cuando le dispararon.

Hirsch ladeó la cabeza. —Salvo que hay algo que no puedes ignorar, Martina, y es que Darren confesó. Si siguiera proclamando su inocencia, te diría: «Sí, algo no va bien aquí, así que echemos un segundo vistazo a ver qué encontramos». Ya veo que Leslie no siguió el protocolo, que no hizo un seguimiento con el equipo de narcóticos y que no había pruebas físicas que demostraran sin lugar a dudas que Darren le disparó a Toby. Pero confesó, y está la testigo ocular.

Negué con la cabeza, sin aceptar la explicación de Hirsch ni la insinuación de que debía rendirme simplemente porque Darren había confesado. —¿Pero qué hay de la llamada? ¿Y qué hay del hecho de que en realidad no puedes corroborar que Darren fue el autor del disparo? No te fiarías de la palabra de un sospechoso sin más. Tienes que verificar que lo que dice es verdad. No hubo ninguna verificación.

—Mira, no sé qué decirte. Sí, algo salió mal en esta investigación, pero eso no significa que Darren sea inocente. He estado preguntando discretamente por Leslie. Preguntando si alguien ha visto que haga algo que no se ajuste a las normas. He revisado algunas de sus últimas investigaciones de homicidio para ver si había alguna incoherencia en cómo se llevaron a cabo. No he encontrado nada.

—Entonces, ¿por qué en esta?

—No lo sé.

Claramente, no estaba convencido de que hubiera algo más gordo, como yo lo estaba. —Y otra cosa. Cuando le pregunté a la testigo ocular qué estaba haciendo en el parque ese día, no

respondió. Simplemente se fue corriendo. Creo que aquí hay más de lo que parece.

Hirsch se levantó, se acercó a la segunda silla de visitas junto a la mía y dijo: —Martina, haré todo lo que pueda para ayudarte, pero creo que te estás metiendo en esa madriguera de conejo que tanto me preocupaba.

El pulso se me aceleró y la furia me invadió. No podía creer lo que estaba oyendo. Hirsch siempre me había cubierto las espaldas y sentía que estaba intentando silenciarme. Algo iba mal con este caso, así que ¿por qué intentaba frenar mi investigación? —Sé lo que dices, pero te aseguro que esto es diferente. La testigo miente y la detective Leslie no siguió el protocolo, por primera vez desde que la conocemos. Aquí pasa algo más y, si no me ayudas, lo averiguaré y sacaré a la luz lo que sea necesario, aunque eso signifique una mala praxis por parte del Departamento del Sheriff del Condado de CoCo.

Hirsch pareció horrorizado.

No recordaba la última vez que él y yo no habíamos estado de acuerdo en algo. Quizá fue cuando Vincent y yo trabajábamos para el departamento del sheriff hacía tantos años y nos metimos en un lío por filtrar información perjudicial a la prensa. Nos suspendieron y a Vincent casi lo despiden.

—¿Qué crees que vas a encontrar, Martina? ¿De verdad crees que Darren es inocente?

—No lo sé, pero sé que los hechos del caso son erróneos. No se siguió el protocolo y la testigo ocular que señaló a Darren miente. Tu caso no se sostiene —dije levantando la voz.

—¿Sobre qué miente?

Levanté las manos en el aire y dije: —¡No lo sé, pero no dice la verdad! Me conoces, sabes que no estoy simplemente buscando agujeros. Hay algo raro en ella. La entrevista iba como se esperaba, pero en mitad de ella, su actitud cambió y me preguntó si yo creía que Darren era inocente. Le dije que no lo sabía y ella exclamó que Toby y Darren eran ambos asesinos y que recibieron lo que se merecían. Está bastante claro que hay más en esta historia e, incluso si Darren es culpable, mentir a la policía y no seguir el protocolo no es aceptable.

Él exhaló, como si no pudiera creer lo que yo decía o que le estuviera haciendo perder el tiempo. —De acuerdo, pero a menos que tengas algo concreto, aparte de tu instinto diciéndote que crees que la testigo miente, yo me encargaré del asunto con la detective Leslie. Mantente alejada de ella hasta que pueda aclarar esto. Es lo mejor que puedo hacer.

Negué con la cabeza, incrédula. ¿De verdad mi mejor amigo me estaba dando la espalda, dejando de confiar en mí después de haber trabajado juntos tanto tiempo? ¿Después de habernos salvado la vida mutuamente en numerosas ocasiones? ¿O estaba acatando las órdenes de sus superiores? Conocía al sheriff Baldwin y, por muy recto que fuera, no le haría ninguna gracia que yo fuera pregonando que una de sus detectives de homicidios no había seguido el procedimiento ni comprobado los hechos del caso antes de enviar a un hombre a prisión por asesinato.

Pero Hirsch tenía razón.

El hecho de que Darren se declarara culpable no ayudaría a la situación ni despertaría ninguna simpatía por parte del sheriff o del público. Probablemente harían la vista gorda ante el chapucero trabajo policial, pensando que Darren era un sucio y despreciable traficante y asesino que no le importaba a nadie, así que, ¿para qué reabrir el caso? Pero era una persona y toda persona merecía un juicio justo. Si no teníamos eso, ¿entonces qué teníamos? ¿Para qué hacíamos este trabajo si no era para hacer justicia a las familias?

Me levanté de un salto y dije: —Bien, tú encárgate de la detective Leslie y averigua por qué no hizo su trabajo, y yo averiguaré por qué esa testigo miente y sobre qué miente.

Sin decir una palabra más, abrí la puerta y salí furiosa del despacho de Hirsch. No sabía qué le pasaba a Hirsch, pero no me gustaba y no iba a dejar las cosas como estaban. Encontraría la verdad, aunque eso significara enfrentarme a Hirsch y al Departamento del Sheriff del Condado de CoCo.

15

MARTINA

Mientras daba vueltas por mi despacho, no me habría sorprendido que me saliera humo de las orejas. No sabía cuántas normas de tráfico me había saltado de camino de la comisaría del sheriff a mi despacho, pero habían sido unas cuantas, y había tenido suerte de que no me dieran el alto.

Tenía la mente en blanco y no era capaz de asimilar que Hirsch le estuviera dando la espalda a mi investigación. ¿Estaba encubriendo a Leslie o había algo más?

¿O estaba exagerando?

Hirsch nunca me había dado motivos para creer que no estaba de mi parte o que no era trigo limpio, hasta ahora. La única vez que me había ocultado algo fue porque no tuvo más remedio. Quizá estaba investigando a Leslie, pero no podía decírmelo por el procedimiento del departamento.

Quizá debería haberle concedido el beneficio de la duda.

Se me encogió el corazón. ¿Me estaba metiendo en un berenjenal? ¿Tenía el juicio nublado por estar demasiado implicada en el caso? Era un procedimiento bastante habitual no trabajar en un caso con el que se tiene un vínculo personal. Por eso, cuando investigamos el asesinato del hermano de Hirsch, no le permitieron trabajar en él. Si era personal, perdías la claridad.

Maldita sea.

Eché un vistazo al reloj de la pared y me pregunté si sería demasiado tarde para llamar a Hirsch y disculparme. Pensando que necesitaba más tiempo para calmarme, decidí dejarlo para el día siguiente.

Quizá el verdadero problema era que la investigación y los cambios en mi vida me estaban superando. Mi madre y mi hermano se oponían y me presionaban mucho. Y Zoey se iba a la universidad. Y Hirsch probablemente estaba enfadado conmigo, pensando que por fin había perdido la cabeza.

Me dejé caer en la silla del escritorio y hundí la cabeza entre las manos. Y lloré. Quizá había abarcado demasiado. Debería dejarlo correr. Mi hermano insistía en que era culpable y que se iba a quedar en la cárcel, y mamá tendría que acostumbrarse. Quizá esta era la única vez que tenía que dejarlo estar, si no por los demás, por mi propia salud mental. Me habían llevado al límite. Quizá todos los agujeros que había encontrado en la investigación no significaban nada en absoluto. No era mi trabajo asegurarme de que los investigadores hacían su trabajo, a menos que estuviera investigando un caso, y nadie me había pedido que lo investigara, excepto mi madre.

Mi confianza se desmoronó al empezar a dudar de mí misma. ¿Qué me había pasado? Esa no era yo. Cogí un pañuelo de papel de encima del escritorio y me limpié la cara.

El sonido de unos golpes en la puerta captó mi atención. Levanté la vista y tiré rápidamente el pañuelo a la papelera.

—Hola, Vincent.

Estaba bronceado y parecía feliz, pero su expresión cambió a una de preocupación cuando sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Está todo bien?

Tras encogerme de hombros, negué con la cabeza. ¿Estaba todo bien? No lo sabía. Parecía que todo se estaba desmoronando. Era yo, ese perro con un hueso que no lo soltaba. ¿Por qué no podía soltarlo?

—Estaré bien. Es solo que el caso me está afectando.

—¿Estás trabajando en el caso de tu hermano?

—Sí, y he discutido con Hirsch. Me he marchado de su despacho dando un portazo.

—Eso no se parece en nada a vosotros. ¿Qué pasa, si no es indiscreción?

Vincent había demostrado ser un investigador, amigo y confidente valioso. Le indiqué la silla del escritorio frente a la mía. Entró, cerró la puerta tras de sí y se sentó.

—Cuéntame qué pasa. A lo mejor puedo ayudar.

Sin nada que perder, dije:

—He estado comprobando los hechos del caso de Darren… —Le expliqué todo lo que había averiguado, incluido que Leslie no había seguido el protocolo, la extraña sensación que me había dado el testigo ocular y cómo Hirsch me dijo que me mantuviera alejada de Leslie, afirmando que él se encargaría.

Vincent asintió y dijo:

—A lo mejor Hirsch ya está investigando. O Asuntos Internos, y no te lo puede decir.

Probablemente Vincent tenía razón.

—Puede ser.

—¿Puedo hablar con franqueza?

Tenía la sensación de que Vincent estaba a punto de decirme la verdad, brutal y honesta.

—Por supuesto.

—Parece que solo estás verificando los hechos de lo que hicieron los investigadores originales.

Cierto.

—Eso es exactamente lo que he hecho.

—¿Es así como empezarías normalmente una nueva investigación?

Me enderecé y dije:

—No, no es así como investigo un caso.

—Exacto. Empiezas la investigación como si fuera el primer día. Quizá al limitarte a comprobar los hechos, se te está escapando algo. Es igual que abrir un caso sin resolver. Si de verdad quieres saber la verdad sobre cómo mataron a Toby June, trátalo como si fuera el primer día. Quizás el no seguir tu propio protocolo te está

dificultando entenderlo. Además, a lo mejor lo que le sienta mal a Hirsch es que, básicamente, estás revisando el trabajo de sus detectives en lugar de lanzar tu propia investigación.

Lo que Vincent decía era absolutamente correcto. ¿Cómo se había vuelto tan sabio?

Como el caso involucraba a mi familia, dejé que mis emociones se descontrolaran y me salí del guion. Tenía que tratar el asesinato de Toby June como cualquier otro caso. Pero necesitaba un equipo. Y sabía que había una persona que sería perfecta para ayudarme.

—Tienes toda la razón. Creo que estaba cegada por mis propios sentimientos sobre el caso y por intentar ayudar a mi madre, así que no he seguido mi propio proceso, lo que me ha confundido por completo.

—Definitivamente, deberías investigar a lo Martina. Martina encuentra la verdad —dijo con una sonrisa.

—Cierto, pero también suelo tener un equipo bastante bueno conmigo.

—Oye, acabo de cerrar un caso. Me tienes para lo que necesites. Ni siquiera tienes que pagarme. Lo que necesites, Martina, cuenta con ello.

Mis emociones estaban ahora a flor de piel. Que un amigo me tendiera la mano para ayudarme, algo que necesitaba desesperadamente, era una verdadera bendición.

—Te lo agradezco, pero ya he hablado con Stavros. Esto es oficial. Vas a cobrar.

—Excelente. La señora prefiere que lleve un sueldo a casa.

Eso me hizo sonreír. Vincent y Amanda eran unos recién casados felizmente enamorados. Era maravilloso verlo.

—¿Cómo está la señora Teller?

—Está genial, y nos lo pasamos muy bien en nuestra luna de miel.

—Parece que pasasteis un tiempo al sol.

—Sí, siete días de diversión bajo el sol. Creo que podría vivir en Hawái, Martina.

Definitivamente, tenía un brillo especial.

—Te sienta bien.

—Quizá tengamos que irnos de luna de miel cada año que estemos casados.

—Me parece una idea estupenda.

Mi móvil vibró con una llamada de un número desconocido. Mi sonrisa se desvaneció al contestar:

—¿Sí?

Una voz de mujer dijo:

—Por favor, pare. Me equivoqué. Haga que pare, o será peor.

La llamada se cortó e inmediatamente intenté devolverla. El teléfono sonó tres veces antes de que yo dijera:

—Era la persona que llamó.

—¿La que dijo que tu hermano era inocente?

Asentí.

—Pero no contesta. Salta el buzón de voz.

—Bueno, ¿adivina dónde estamos? En el despacho de los mejores investigadores del mundo. Vamos a rastrearla.

Sin decir una palabra más, salimos corriendo de mi despacho y nos dirigimos a la sala de tecnología. Gracias al cielo por los amigos increíblemente talentosos y dispuestos a ayudar en cualquier momento.

16

MARTINA

INCLINADA sobre el hombro de Vincent mientras tecleaba en el ordenador, recé para mis adentros esperando que de verdad pudiéramos encontrar la ubicación o la identidad de la persona que había llamado. Era obvio que esa persona conocía detalles íntimos del asesinato de Toby June, pues primero había afirmado saber que Darren era inocente para luego dar media vuelta e intentar convencerme de que lo dejara estar. Ninguna de las dos llamadas ofreció una explicación útil del porqué.

Tres minutos antes, había sopesado la idea de abandonar el caso de mi hermano. Pero, tras la segunda llamada, era imposible que lo hiciera. Había demasiadas preguntas sin respuesta. Preguntas que mi hermano podría responder. El mismo hermano que también me había dicho que dejara de investigar el caso. Quizá pudiera hablar con mi madre y pedirle que lo convenciera de contarme la verdad, incluido el porqué del asesinato de Toby.

—¡Ajá! ¡Ahí está! —exclamó Vincent.

Se me disparó el pulso al ver un punto parpadeante en la pantalla.

—Los tenemos —dijo Vincent—. Están en Bay Point y se están moviendo.

Tras un rápido vistazo a mi reloj, dije:

—Tardaremos unos cuarenta minutos en llegar si no hay tráfico. Vincent, quédate aquí y no dejes de rastrear. Yo iré para allá e intentaré tener un cara a cara con quien ha llamado.

El parpadeo desapareció y el corazón se me encogió.

—Ha desaparecido.

Vincent se giró y me miró.

—O lo ha apagado o lo ha tirado. —Señaló la pantalla y añadió—: Estaba en el puerto deportivo. Creo que se ha deshecho de él.

Debería haber sabido que no iba a ser tan fácil. A veces, un golpe de suerte es todo lo que necesitas para resolver un caso. Pero no parecía que nosotros fuéramos a tener uno.

Apoyándome en el escritorio, dije:

—Bueno, al menos sabemos que esa persona no quiere que la encuentren. Y que es lo bastante lista como para deshacerse del móvil. Lo que nos deja exactamente donde estábamos.

—No necesariamente. Significa que a alguien no le gusta que estemos investigando el caso, lo que quiere decir que estás sobre la pista de algo. Podría ser algo gordo. ¿Qué te parece si empezamos a montar una pizarra de investigación?

Tiene razón. Otra vez. Esto empieza a ser embarazoso.

—Es tardísimo.

—Ah, ¿tienes planes?

Por supuesto que no.

—No, pero he pensado que a lo mejor tú sí.

—Llamaré a Amanda para decirle que llegaré tarde. ¿Y Zoey?

—Tiene una fiesta esta noche, y Barney está en casa de mamá y Ted.

Vincent sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, pues entonces parece que tú y yo tenemos una cita con una pizarra de investigación.

Asentí, agradecida de que Vincent me hubiera devuelto a un estado de cordura y lucidez.

Entramos en una sala de reuniones con una pizarra blanca, y Vincent dijo:

—Yo iré montando la estructura, pero, mientras lo hago, ve rellenando toda la información detrás de mí, ¿vale?

Con una sonrisita, respondí:

—A la orden, jefe.

Se volvió hacia mí y sonrió antes de coger un rotulador de pizarra y empezar a escribir.

Mientras rellenaba los datos de la víctima, me di cuenta de lo equivocada que estaba. Podría haber averiguado mucho si hubiera interrogado a la familia de la víctima. Solía ser lo primero que hacíamos en una investigación, ya fuera un caso reciente o antiguo, daba igual. Se podía averiguar mucho haciendo preguntas como: «¿Cómo se comportaba la víctima? ¿Tenía miedo de algo? ¿Hubo algún cambio en su rutina? ¿De quién sospecha que podría haber querido hacerle daño?». Si la familia no lo sabía, entonces nos daban una lista de amigos, novias o compañeros de trabajo. Averiguar en quién podría haber confiado.

Era todo tan obvio, tan delante de mis narices, que me sentí como una idiota. Lo único que sabía de Toby June era que había sido traficante de drogas, no estaba casado y no tenía hijos, al menos no que constara en ningún registro. En cuanto a la escena del crimen, tenía una dirección y fotos, pero ni siquiera la había recorrido. Ni siquiera podía visualizármela. Lo había hecho todo mal. Menos mal que estaba Vincent.

Una hora después, Vincent y yo estábamos de pie, uno al lado del otro, mirando la pizarra del asesinato de Toby June.

—Parece que hay muchas incógnitas, Martina —comentó Vince.

—Cierto. Creo que tengo que hablar con la familia. ¿Podemos consultar los registros para obtener una lista de parientes conocidos en la zona?

—A la orden, jefa —dijo él con un guiño.

—Y definitivamente tengo que ir a la escena del crimen, dar una vuelta, ver qué hay por allí, no solo mirar en Google Earth.

—Es una zona un poco chunga y sé que sabes cuidarte sola mejor que la mayoría, pero si quieres compañía, no tengo ningún plan fijo para mañana.

—Te lo agradecería. Quizá también podamos conocer a algunos de los socios de Toby y Darren y encontrar a alguien que presenciara el asesinato aparte de Candace.

—Eso podría decirnos mucho.

—Sí, eso creo. También me gustaría encontrar a cualquiera que pudiera haber visto a Candace, la testigo ocular, antes del asesinato. Creo que ella podría ser la clave de todo esto. —En realidad, lo que de verdad me gustaría saber era si Darren la había visto antes o si la conocía. Ambos ocultaban información, pero no lograba entender por qué. Lo único que podría tener sentido era que Darren hubiera matado a Toby por orden del jefe de los 98Mob. Pero entonces, ¿por qué Candace ocultaría información si no estaba involucrada en la organización? ¿Estaba Candace relacionada de alguna manera con los 98Mob?

—Un caso típico de Martina —bromeó Vincent.

Por desgracia, pensé que quizá lo fuera.

Normalmente, después de entrevistar a la familia y amigos de la víctima, entrevistaría a los sospechosos. En este caso, uno de los sospechosos era mi hermano. Y me di cuenta de que en realidad no sabía mucho sobre Darren y los detalles de su vida en los últimos veinte años. ¿Tenía novia o amigos cercanos? ¿Eran amigos él y Toby? Tantas preguntas. Necesitaba respuestas.

En el expediente del caso no había declaraciones de familiares y amigos. ¿Era por eso por lo que no se me había ocurrido volver a entrevistarlos como había hecho con los testigos? ¿Porque nunca los habían entrevistado para poder volver a entrevistarlos? Las únicas entrevistas realizadas fueron las de los tres testigos de la escena. Esa debería haber sido mi primera pista de que la investigación no iba bien encaminada.

Lo único que sabía era que había algo más en el asesinato de Toby June de lo que entendíamos. Y yo iba a averiguar qué era exactamente, con o sin la ayuda de Hirsch, aunque me sentía culpable por cómo me había comportado en su despacho. Era tarde y llamarlo estaba fuera de lugar. Cuando él y yo empezamos a trabajar juntos, no tenía mucha vida personal y siempre estaba disponible para una llamada. Pero eso había cambiado. El tiempo cambiaba las cosas. Quizá no era el mismo Hirsch que siempre había conocido, pero no podía creer que hiciera la vista gorda sabiendo que Leslie no había seguido el procedimiento. Quizá Vincent tenía

razón; estaba investigando por su cuenta antes de poder compartir cualquier información conmigo.

—¿Qué pasa? —preguntó Vincent.

—Me siento estúpida por no haberme dado cuenta de todo esto —admití.

—Tonterías. Simplemente estabas investigando el caso de tu hermano, y lo estabas haciendo sola. ¿Qué digo yo siempre? Cuatro ojos ven más que dos. Resolveremos esto, Martina, juntos. Además, no soy tu único amigo. Estoy seguro de que otros estarían más que encantados de ayudar si los necesitamos.

—Me alegro de que digas eso, porque hay una cosa sobre la que no tenemos información real, y es acerca de los 98Mob. Solo hablé brevemente con Kiva y Rourke. En circunstancias normales, ayudarían, pero como las cosas están tensas entre Hirsch y yo, no estoy segura de que podamos volver a recurrir a ellos. Pero supongo que tus amigos del FBI podrían saber más sobre los 98Mob, para ver si esto está conectado de alguna manera con el jefe y para entender cómo operan normalmente.

—Bien pensado. Me pondré en contacto el lunes. Estoy seguro de que nuestros colegas de crimen organizado podrán ayudar.

—De acuerdo, parece que ya tenemos un plan.

—Sí. Me pondré ahora mismo a buscar a todos los familiares y amigos conocidos de Toby June. Podremos empezar a entrevistarlos mañana, si los encontramos.

Con una palmada en el hombro, le sonreí a Vincent, sabiendo que el camino estaba despejado. Con mis amigos a mi lado, descubriría la verdad. Aun si esa verdad le rompía el corazón a mi madre y, quizá, un poco el mío.

17

CANDACE

Mientras frotaba los azulejos del baño, me pregunté si estaba intentando limpiar el suelo o mi alma. Ciertamente, había intensificado mi afán por la limpieza desde que Travis murió. Al principio, pensé que era porque por fin podía tener la casa limpia ahora que mi desordenado marido ya no estaba. Pero desde el asesinato de June Bug, había llegado a niveles extremos: limpiaba los suelos todos los días, incluso después de un turno de trabajo. Las ventanas relucían, los azulejos refulgían. La verdad es que me sentía culpable. No quería sentirme así, pero me sentía. Cuando me hice enfermera, fue porque quería ayudar a los demás. Madre mía, cómo me había desviado del camino.

Creía que era mejor que Travis. Yo no había mentido ni nos había arruinado la vida con las drogas, pero no era mejor. Y mi culpa no se extendía solo a la muerte de Toby, sino también a la de Travis. Debería haber insistido más para que buscara ayuda. Debería haber recurrido a su familia, a sus amigos, a lo que fuera para que se pusiera bien, para que siguiera conmigo, para tener la familia que siempre habíamos soñado. Ahora, mi mundo estaba vacío y era estéril.

Sonó el teléfono y me pregunté quién llamaría. Mis amigas habían intentado estar ahí para mí tras la muerte de Travis, pero las

aparté a todas. La única que se negó a dejar que me revolcara en mi miseria fue mi hermana mayor. Me quité los guantes de goma, me levanté y cogí el teléfono de la encimera.

—¿Sí?

—Candace, ¿eres tú? —preguntó una voz que me resultaba vagamente familiar.

Qué raro. No era mi hermana.

—Sí.

—Soy la inspectora Leslie. ¿Se acuerda de mí?

¿Por qué me llamaba?

—Por supuesto.

—Solo quería que supiera que hay una investigadora indagando en el asesinato de Toby June. No quiero que se preocupe.

¿Que no me preocupara? La inspectora Leslie iba con retraso en este asunto. Esa mujer, Martina Monroe, ya había venido a verme. Me había pillado desprevenida y me había hecho preguntas que la inspectora Leslie no, como por qué estaba en el parque aquel día. No tenía una buena explicación, solo una que me hacía parecer culpable y desquiciada. ¿Me había convertido en ambas cosas?

—Lo sé. Martina Monroe ha venido a hablar conmigo.

—¿Ah, sí? —La inspectora Leslie pareció sorprendida.

¿Acaso no lo sabía?

—Sí, acepté reunirme con ella. Me dijo que trabajaba para el departamento del sheriff del condado de CoCo. Supuse que trabajaba con usted.

La inspectora Leslie no respondió y, al cabo de unos instantes, no pude más.

—Inspectora Leslie, ¿sigue ahí?

—Sí, sigo aquí. Es que me sorprende que ya haya hablado con usted. Y sí, trabajamos juntas de vez en cuando, y ella colabora con el departamento del sheriff en casos sin resolver. Pero no es por eso por lo que está investigando el caso.

—¿No? —pregunté, sobresaltada.

—No, esta es su propia investigación privada. Verá, su hermano es Darren Kolze. Creo que está intentando demostrar que es inocente.

La noticia me cayó como un jarro de agua fría.

—¿Es la hermana de Darren?

—Sí, y es una gran investigadora y una buena persona. Pero en este caso, creo que quizá se lo está tomando como algo demasiado personal, que no está pensando con claridad. Usted limítese a su declaración y no tendrá ningún problema. ¿Cómo fue la conversación con ella?

No creía que hubiera ido muy bien, y no estaba segura de si la inspectora Leslie quería oír eso. Quizá se lo debía, ya que había metido al asesino entre rejas.

¿Martina Monroe era la hermana de Darren? Eso no había aparecido en mi búsqueda por internet. Y no podía creer que estuviera hablando con la hermana del asesino. Parecía tan agradable, tan normal, tan íntegra. La inspectora Leslie había dicho que era una buena persona. ¿Cómo era posible?

—Creo que fue bien. No cambié ningún detalle. Le conté exactamente lo mismo que a usted.

—¿Fue todo sobre ruedas? ¿No pareció perpleja ni le hizo preguntas con las que no se sintiera cómoda?

—Bueno, me hizo un par de preguntas que me desconcertaron. Y yo estaba en el trabajo, así que me marché sin... Estaba ocupada, simplemente, y no había pensado en aquel momento desde hacía mucho tiempo. Entonces todo volvió y como que... como que me tambaleé un poco, y le dije que tenía que irme.

Podía oír la respiración de la inspectora Leslie al otro lado, pero no respondió. ¿Lo había fastidiado todo?

—Lo siento muchísimo, pero creo que me echó una mirada, y supe que tenía que largarme de allí.

—¿Fue exacta la declaración que me dio?

Algún día recordaría aquel momento y me daría cuenta de que había definido mi brújula moral.

—Lo que le conté fue correcto.

—Vale, entonces no debería haber nada de qué preocuparse. Que pase una buena noche. Puede llamarme si tiene alguna pregunta.

—Gracias, inspectora Leslie.

La llamada terminó, y no pude evitar preguntarme, si la inspectora Leslie me había llamado, ¿quién sería el siguiente? Si Martina Monroe era de verdad la hermana de Darren Kolze, y tenía un historial impecable resolviendo casos y descubriendo la verdad, ¿estaba en problemas?

¿Sería yo la que pasaría mi vida entre rejas? El cuerpo me temblaba, e intenté ignorar los pensamientos en mi cabeza. Con determinación, volví a ponerme los guantes de goma y reanudé mi tarea de limpiar las juntas del suelo del baño. Tenía que estar limpio. Yo tenía que estar limpia.

18

MARTINA

Vincent y yo habíamos llamado con antelación para concertar una cita y hablar con la madre de Toby June. Parecía más que dispuesta y, de hecho, contenta de que quisiéramos saber más sobre Toby. La detective Leslie debería haber sido quien hablase con ella, la entrevistase y se enterase de todo sobre su hijo, pero no lo había hecho.

Le explicamos por teléfono que ambos trabajábamos para el Departamento del Sheriff del condado de CoCo, sin entrar en detalles ni explicar que esa afiliación no era el motivo de la visita. Era un poco engañoso y no me sentaba del todo bien, pero necesitaba saber la verdad. Vincent estaba de acuerdo.

De pie en el porche de la casa de los June, a la que no le vendría mal una mano de pintura y que alguien arrancara las malas hierbas del jardín descuidado, llamé tres veces a la puerta. Oí unos pasos antes de que la puerta se entreabriera.

—Hola —dijo la mujer que abrió. Tenía el pelo oscuro con raíces plateadas y la piel curtida. Supuse que era la madre de Toby June.

—Soy Martina Monroe y este es mi socio Vincent Teller. Hablamos por teléfono. —Le entregué mi tarjeta.

Ella le echó un vistazo y dijo: —¿Drakos Monroe Security & Investigations?

—Sí. Somos investigadores. Pero también nos hacemos cargo de casos para el condado de CoCo.

—Ah, de acuerdo. Soy Kat. Pasen, por favor.

Entramos y nos condujo a un sofá gastado y nos ofreció café. Tras rechazar su ofrecimiento, nos sentamos y ella ocupó el sillón reclinable que estaba frente a nosotros. —Admito que me sorprendió su llamada.

—Es un poco inusual. Mi compañero Vincent y yo hemos estado revisando el expediente y hemos visto que nadie la había entrevistado después de la muerte de Toby.

—Nadie me hizo ni una sola pregunta sobre él. Solo recibí la llamada de un agente para decirme que mi niño había muerto y fui al depósito a identificar su cuerpo. Eso fue todo. Ningún seguimiento. Ninguna condolencia. Es todo tan extraño.

No estaba segura de a qué se refería con «extraño». La policía no había hablado con ella, y eso era raro, pero ¿había algo más? —Esperamos saber más sobre Toby, sobre lo que ocurrió poco antes de su muerte. Como si parecía tener miedo de algo o de alguien, si se comportaba de forma distinta, si su rutina había cambiado. —Según los archivos, Toby vivía en casa con su madre, así que ella lo sabría.

La señora June suspiró. —No voy a mentirles. Mi chico tenía sus demonios. Pero tenía buen corazón y solía ser de gran ayuda en casa. Sin embargo, justo antes de morir, estaba consumiendo drogas con bastante frecuencia. Siempre que conseguía su dosis, estaba más o menos bien, pero creo que me estaba robando para pagarse más droga.

—¿Cuándo empezó el problema de Toby con las drogas?

—Al final de la adolescencia, en el instituto. Empezó a trapichear y luego a consumir. El hecho de que estuviera robando me hizo pensar que estaba en problemas.

—¿En qué sentido? —Yo ya sabía por nuestro equipo de narcóticos que le debía mucho a su jefe, el líder de la 98Mob, por consumir su propia mercancía y no pagarla.

—Dijo que le debía dinero a gente. Eso nunca es bueno en ese mundillo. Si le soy sincera, no me sorprendió demasiado que lo

mataran.

—¿Conocía a sus amigos, a la gente de ese mundo?

—Solo a Darren, y eso es lo más raro de todo. No me puedo creer que fuera Darren quien le disparó. De todos los amigos de Toby, Darren era el más majo, casi normal. Ya sabe, tenía cierta tristeza. Me imaginé que se había metido tan a fondo que nunca podría salir, pero era bueno en el fondo, o eso pensaba yo.

Atónita por la revelación, miré a Vincent.

Vincent preguntó entonces: —¿Así que conocía a Darren?

La señora June asintió. —Sí, venía por casa. Se quedó con nosotros unas cuantas veces. Él y su novia venían de visita. Les preparé la cena algunas veces. Ella era agradable y hacían buena pareja. Parecía que los dos tenían sus demonios, por supuesto, pero eran educados. Ella incluso se ofreció a fregar los platos.

Darren tenía novia. ¿Quién era? —¿Recuerda el nombre de la novia de Darren?

—No. Era un nombre poco común. No lo recuerdo. Solo la vi unas pocas veces.

—¿Cuánto tiempo antes de la muerte de Toby fue la última vez que vio a Darren y a su novia?

—Justo la semana anterior.

¿De verdad Darren mataría a su amigo? —¿Toby tenía novia u otros amigos o familiares en su vida? ¿Habla con su padre? —pregunté.

La señora June negó con la cabeza. —El padre de Toby se largó cuando él y su hermana todavía usaban pañales. Siempre culpé al padre de Toby de sus problemas. Toby no tuvo buenos modelos a seguir. Ojalá hubiera podido hacer más por él. No me puedo creer que ya no esté. —A la señora June se le escaparon unas lágrimas. Se las secó con el dorso de la mano y dijo—: Lo siento, pero, sabe, no era un mal chico. Siempre fue muy dulce, aunque sé que lo que hacía estaba mal, trapichear con drogas y consumir. Ese no era él en realidad. Era amable, generoso y cariñoso. Siempre lo había sido. Las drogas lo cambiaron un poco, sobre todo cuando no conseguía su dosis, pero yo sigo viendo a ese niño pequeño, esa sonrisa, su amor por los camiones Tonka cuando era pequeño. Lo echo de

menos, ¿sabe? No echo de menos los robos y el comportamiento errático, pero la mayor parte del tiempo, era agradable tenerlo cerca, y me hacía la compra si yo no tenía tiempo de salir. Se supone que no debes sobrevivir a tus hijos.

Desde luego.

¿Había sido yo culpable, igual que los demás, de asumir que Toby no era más que un traficante sin mujer ni hijos? Era una persona, un niño. Su madre estaba desconsolada por su muerte.

—¿Cuándo se enteró de la implicación de Darren?

—Me llamó el agente de policía para decírmelo y no me lo podía creer. Eran amigos, sabe. Es que no me puedo creer que Darren lo hiciera.

—¿Recuerda el nombre del agente con el que habló?

—Creo que era un detective. No era alguien con quien hubiera hablado antes.

—¿Tiene idea de por qué Darren habría traicionado a Toby?

—Para ser sincera, supuse que fue en nombre de su jefe. No debería estar diciendo esto por aquí, pero es lo único que tiene sentido. Eran amigos. Darren no parecía el tipo de persona que haría algo así, ¿sabe? No todos esos camellos son unos indeseables. Creo que mi chico y Darren lo estaban haciendo lo mejor que podían, dadas las circunstancias. ¿Ha hablado con él sobre el caso?

Vincent y yo intercambiamos una mirada. Aún no había revelado mi parentesco con Darren. —Dice que lo hizo, pero no quiere darme detalles. —Al menos no ningunos que fueran precisos.

—Tiene sentido. El jefe probablemente iría a por él si lo hiciera, ¿verdad? Se supone que no deben hablar con la policía.

—Cierto.

No es que fuéramos policías; yo era su hermana.

La señora June frunció el ceño. —Bueno, es una tragedia por todas partes. Solo puedo imaginar cómo se siente la madre de Darren.

—¿La conocía? —pregunté, un poco sorprendida por la preocupación de la señora June por la madre del asesino de su hijo.

Negó con la cabeza. —No, pero él hablaba de ella. Dijo que llevaba mucho tiempo sobria y que estaba casada con un sargento

de policía retirado. ¿Se lo puede creer?

—La verdad es que sí. —Tragándome el orgullo, dije—: Tengo que admitir que tengo un interés personal en el caso. Darren es mi hermano.

—Ah. —Inclinó la cabeza hacia mí—. ¿Qué espera encontrar? ¿Cree que Darren no lo hizo?

—No sé si lo hizo o no, pero, como usted ha mencionado, a mi madre le está costando mucho aceptar que haya hecho algo así. Solo intento entender los hechos del caso.

—Lo entiendo. A mí también me cuesta creerlo. Y le agradezco que me pregunte por Toby.

—Parece que era muy querido.

—No siempre hice un gran trabajo como su madre, pero sí que lo quería.

Y a veces, como padres, eso es todo lo que podemos hacer.

Nos despedimos y salimos. Vincent fue el primero en hablar. —Tenemos que encontrar a la novia de Darren.

De acuerdo. —A lo mejor la encontramos en el parque.

—Bueno, pues vamos a preguntar por ahí. A averiguar quién era. Quizás vio lo que pasó.

Se me ocurrió de repente. —Quizás ella es la persona que hizo la llamada anónima.

A esas alturas, cualquier cosa era posible.

Una mezcla de emociones se arremolinaba en mi mente. Una parte de mí sentía que estábamos en el buen camino para encontrar la verdad, quizás el porqué de las incoherencias en el informe de homicidio. La otra emoción era la culpa. Sabía muy poco sobre mi hermano. Como que tenía novia y amigos íntimos. No tenía ni idea de cómo había sido su vida en las últimas dos décadas. Por mucho que creyera que debía saberlo desde la perspectiva de una hermana, tenía la sensación de que, desde la perspectiva de una investigadora, necesitaba saber aún más.

19

MARTINA

MIENTRAS CONDUCÍA por el barrio que rodeaba el parque donde Toby June perdió la vida, comprendí mejor el entorno que había propiciado la escena del crimen. Vincent dijo lo que yo estaba pensando:

—Ya veo por qué el valor de las propiedades es más bajo por aquí.

—Sí. —Los jardines estaban descuidados, y había coches, la mayoría viejos y algunos sin ruedas, esparcidos por los alrededores de las casas. No era una zona rica. De hecho, era uno de los lugares más baratos de la Bay Area, donde los índices de delincuencia eran más altos y el valor de las propiedades, más bajo.

Unas vallas metálicas protegían algunos de los jardines y casas mejor cuidados. Sus dueños debían de saber que, si querían mantener sus parcelas en buen estado, tenían que mantener a raya a los malos elementos.

Puse el intermitente y giré a la izquierda para entrar en el pequeño aparcamiento que había junto al parque. Había unos cuantos coches, viejos y abollados, repartidos por una docena de plazas de aparcamiento. El parque no era grande. Tenía césped, árboles, una pequeña zona de juegos y un sendero que desaparecía tras las casas. Cuando se construyó la zona, seguramente se pensó

que los residentes darían un agradable paseo por el sendero, admirando las colinas de alrededor, y que sería un lugar estupendo para que jugaran los niños.

Una vez aparcados, salimos del coche y examiné la escena. Vincent se acercó a mi lado, miró una foto de la escena del crimen y señaló:

—Allí, junto a los setos. Ahí es donde lo encontraron. —No estaba muy adentro del parque. Cualquiera en el aparcamiento habría tenido una vista perfecta del asesinato, lo que lo hacía aún más extraño. Ocurrió a plena luz del día y solo hubo un testigo ocular.

De pie más o menos donde debió de estar el tirador, observé todo a mi alrededor. A la derecha estaban la zona de juegos, una arboleda espesa y unos merenderos, además de unos aseos.

—Darren dijo que no vio a la testigo. Debía de estar cerca de los arbustos o escondida para que él no la viera. Por lo demás, es un sitio bastante abierto.

—Podría haber estado en un coche —aventuró él.

—Cierto. —La declaración original no decía exactamente dónde había estado Candace cuando presenció el asesinato, pero sí que estaba en el parque, y no aparcada en su coche. Definitivamente, necesitaba averiguar más sobre Candace y conseguir que se sincerara conmigo sobre aquel día. Por qué estaba allí, dónde se encontraba exactamente cuando fue testigo del crimen… Todas esas cosas de las que debería haberse encargado el detective que investigaba el tiroteo.

Unos cuantos hombres y una mujer con un niño pequeño estaban cerca de la estructura de juegos, no juntos, pero sí cerca unos de otros. La mujer, de pelo oscuro y suelto, empujaba al niño en un columpio. Asentí en esa dirección y dije:

—Vamos a ver si conocen a Darren, a Toby o a Candace.

—A la orden, jefa.

La mujer apenas nos prestó atención, pero los dos hombres nos miraron con recelo. Los saludé con la mano, intentando parecer simpática, pero sus miradas permanecieron fijas en Vincent y en mí, sin asomo de sonrisa.

—Hola, me llamo Martina y este es mi socio, Vincent —me presenté.

—¿Son policías? —preguntó el hombre más alto.

—No, nada de eso. En realidad, soy amiga de un hombre que fue asesinado aquí, June Bug —expliqué.

—Si no son policías, ¿qué es para usted? —preguntó, sonando un poco confuso.

—Somos investigadores privados. Estoy trabajando con la familia para intentar entender qué pasó el día que murió June Bug. ¿Lo conocían?

—Oí que lo mataron —respondió el hombre corpulento del chándal negro.

—¿Estaban aquí ese día?

—Puede que sí, a veces traigo a los niños a jugar al parque —dijo con indiferencia.

Eché un vistazo a la joven, que había centrado su atención en nosotros antes de coger a su bebé del columpio y empezar a alejarse de la zona de juegos. Miré a Vincent, y él asintió, siguiéndola despreocupadamente.

—Lo único que intentamos averiguar es quién estaba aquí ese día. No estoy aquí para pillar a nadie —dije, tratando de tranquilizarlos.

—¿Por qué quiere saber la familia lo que pasó? Ya tienen al tipo que lo hizo. Está en la cárcel —dijo.

—Cierto, pero solo tuvimos una testigo ocular, y no contesta a mis preguntas. Solo estoy viendo si hay alguien más que pudiera haber estado aquí.

—No, ese día no estuvimos aquí —dijo con firmeza.

¿De verdad? Porque hace dos minutos has dicho que no estabas seguro. Saqué una foto de Candace y se la enseñé. —¿La han visto por aquí antes?

Negaron con la cabeza, y ninguno de los dos fue especialmente colaborador. Les di las gracias por su tiempo y me dirigí hacia Vincent, pero sin quitarles el ojo de encima a los dos hombres que probablemente estaban allí para trapichear. ¿Miembros de 98Mob? Si lo eran, seguro que no me lo dirían.

Cuando un par de mujeres subían por el sendero, pensé que quizá tendría suerte. Las saludé con la mano.

—Hola.

Me ignoraron y siguieron caminando, pero las alcancé y dije:

—Hola, me llamo Martina. Busco a cualquiera que sea amigo de Darren Kolze o de June Bug.

Una de las mujeres se detuvo, arrugó la cara y preguntó:

—¿Y usted quién es?

Al darme cuenta de que ser investigadora o parte de la oficina del sheriff del condado de CoCo no me ayudaría, decidí que ser la hermana de Darren quizá sí lo haría.

—Soy Martina. Soy la hermana de Darren y estoy investigando la muerte de Toby.

La mujer, que llevaba unos pendientes de aro bastante grandes, dijo:

—La verdad es que se parece un poco a Darren. Los mismos ojos.

—Sí, un regalo de nuestra madre. Estoy investigando la muerte de June Bug.

—¿No cree que Darren lo hiciera? —preguntó.

—No estoy segura. Solo intento descubrir la verdad, por mi madre y por la familia. ¿Estaba usted aquí el día que le dispararon a Toby?

La otra mujer, con maquillaje de ojos de gato, respondió:

—Yo estaba aquí, pero no vi cómo pasó.

Eso era algo.

—¿Conocía también a Candace?

—¿Candace?

Le enseñé la fotografía de Candace.

—Ah. Ella. La he visto por aquí unas cuantas veces. ¿Por qué?

—Bueno, estoy intentando averiguar por qué estaba aquí ese día.

—¿Cree que está implicada?

No lo había considerado.

—Dijo que fue testigo de todo. —Normalmente, no revelaría la identidad de un testigo ocular, pero era de dominio público.

La de los aros dijo:

—Interesante.

—¿Sabe por qué estaba en el parque?

—He oído que venía a comprar para su marido.

¿Candace tenía marido? No llevaba anillo.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Darren.

—Oh, ¿es usted amiga suya?

—Más bien conocidas.

Las mujeres probablemente también eran traficantes.

—¿Conoce a su novia?

—Sí. Izzy es genial.

—¿Suele venir por aquí?

—Solía hacerlo, pero desde que encerraron a Darren, ha dejado de venir. Pero trabaja en la pizzería de la calle Tercera.

—Se lo agradezco.

—Si es usted la hermana de Darren, ¿cómo es que no le pregunta a él todo esto?

—No le entusiasma que esté investigando el caso y no quiere hablar de ello, pero mi madre está bastante destrozada por todo esto. Como soy investigadora privada, me está presionando para que lo investigue. Jura que él no es capaz, aunque se declaró culpable.

La de los aros dijo:

—Lo entiendo. Darren es un buen tipo, no es de los que se cargan a alguien. Especialmente a June Bug. Bueno, si ve a Darren, dígale que Tracy y Ally le mandan saludos y que aguante.

—¿Sabe por qué pudo haberlo hecho?

Se encogió de hombros y dijo:

—No, lo siento.

Lo dudé, pero les di las gracias y me reuní con Vincent, que estaba de pie cerca de la entrada del aparcamiento.

—¿Has averiguado algo? —le pregunté.

—Sí —dijo, con los ojos como platos.

—¿Qué has averiguado?

—Una, que la madre soltera es amiga de la novia de Darren, Izzy. Dos, que Candace ha estado aquí varias veces y dijo que compraba para su marido.

Toda la gente que habíamos conocido en el parque probablemente conocía a Darren y a Toby, a pesar de lo que decían los dos tipos poco colaboradores.

—Eso es lo que me han dicho también mis nuevas amigas Tracy y Ally. ¿Tu nueva amiga te ha dicho algo de Izzy?

—No, solo ha dicho que era amiga suya, pero no ha querido darme el apellido. Ha dicho que ya me había contado demasiado.

—Bueno, esas señoras tan serviciales tampoco me han dado un apellido, pero sí me han dicho que Izzy trabaja en la pizzería de la calle Tercera.

Vincent consultó su reloj de pulsera.

—Es un poco pronto para comer, pero siempre me apetece un trozo de pizza.

—Pues un trozo de pizza será.

Ojalá hubiera visitado la escena del crimen antes. En treinta minutos, habíamos averiguado el nombre de la novia de Darren, dónde trabajaba y que Candace frecuentaba el parque para comprar droga para su marido.

¿Quién era el marido de Candace y dónde estaba? Ella dijo que no estaba casada y que no tenía hijos. Parecía que necesitábamos averiguar muchísimo más sobre Candace y tener una conversación con la novia de Darren. Puede que ella fuera la única persona lo bastante cercana a él como para poder explicar por qué Darren no quería hablar conmigo, y por qué podría haber matado a Toby.

20

MARTINA

VINCENT y yo no habíamos tenido suerte en la pizzería; solo descubrimos que Izzy libraba ese día y que no quisieron darnos su información de contacto. Optamos por dividirnos para abarcar más. Vincent investigaría los antecedentes de Candace para averiguar todo lo que pudiéramos sobre ella. Mientras tanto, yo interrogaría a mi madre, ya que había quedado para cenar el domingo en su casa, para ver si sabía algo sobre la novia de Darren y su vida durante los últimos veinte años.

—Mamá, pareces estar a mil leguas. ¿Qué te pasa?

Aparqué el coche delante de la casa de mi madre y dije:

—Lo siento. He estado pensando en el caso.

—¿El caso del tío Darren?

Me volví hacia Zoey y respondí:

—Sí, es más complicado de lo que pensaba al principio.

—¿Y crees que podría ser inocente? —preguntó Zoey con los ojos llenos de esperanza.

—No lo sé, pero me da que la gente no me está diciendo la verdad, incluido tu tío Darren.

—Eso debe de ser frustrante. Quizá la abuela sepa algo.

Eso era exactamente lo que esperaba. —Ojalá.

—Le pongo la correa a Barney.

—Genial, gracias.

Fuera del coche, subí por el sendero hacia la casa de dos plantas de estilo mediterráneo de mi madre y Ted. Unos instantes después, Zoey y Barney subieron dando botes a mi lado. A Barney le encantaba ir a casa de mi madre y Ted. Se habían ofrecido a cuidarlo durante el día mientras yo trabajaba, lo que me venía de perlas, ya que al cachorrito no le gustaba estar solo. Era un perro muy sociable y necesitaba mucho juego y cariño. Pensando en ello, supuse que, en realidad, los humanos no éramos tan diferentes.

Antes de que pudiera siquiera llamar, mi madre ya había abierto la puerta.

—¡Mis mujeres favoritas del mundo entero!

Tras un abrazo de mi madre, esta se dirigió a Zoey y, por supuesto, se arrodilló para rascar a Barney mientras él le lamía la cara. Zoey le quitó la correa y el perro entró corriendo en la casa.

Mi madre nos hizo pasar y cerró la puerta tras nosotras.

—Qué bien huele aquí.

—He preparado una receta nueva: albóndigas al chipotle con arroz basmati y calabaza delicata al horno.

—Suena genial.

—¿Qué postre has hecho, abuela?

—Oh, me conoces demasiado bien, Zoey. He hecho una tarta de limón y merengue de postre, pero necesitaré ayuda para tostar la parte de arriba. ¡Se usa fuego! —dijo con entusiasmo.

—Jo, cómo echo de menos que vivieras con nosotras, mamá.

—Sabes que podéis venir cuando queráis.

Nos acercamos a la cocina, con sus armarios blancos y encimeras de mármol, y saludé con la mano a Ted, que estaba mezclando una jarra de té helado.

—¡Hola, Martina! ¡Hola, Zoey! —Su mirada se desvió hacia el cachorro que no paraba de saltar—. Supongo que tú también me has echado de menos, Barney. —Le hizo unas caricias antes de volver a lo suyo—. ¿Has hablado con Hirsch últimamente? —preguntó Ted.

Aún tenía que armarme de valor para llamar a Hirsch y disculparme por mi reacción exagerada. —Todavía no, pero le debo

una llamada. Lo vi el viernes y, bueno, las cosas se pusieron un poco tensas.

—¿Ah, sí?

Mi madre se acercó a toda prisa. —¿Es por el caso de Darren?

Esperaba haberle dado al menos el primer sorbo al té helado antes de empezar a hablar de trabajo, pero se había descubierto el pastel. —Sí, tenemos un pequeño desacuerdo sobre cómo proceder. Parece que las cosas no se gestionaron como deberían.

Ted enarcó las cejas. —Eso no es algo que Hirsch suela tolerar.

—No, por eso es un poco raro, pero no quiero hablar de ello. Y...

—Pues a mí sí me gustaría hablar de ello. Nos afecta a todos, Martina, ¿no crees? —preguntó mi madre con el ceño fruncido.

—Supongo que sí. Lo que pasa es que no quiero que os hagáis ilusiones, eso es todo.

—Martina, soy tu madre, y mi hijo está en la cárcel por un crimen que no cometió. Un asesinato. Creo que merezco saber hasta el último detalle. Mis esperanzas son cosa mía.

Zoey apretó los dientes, con cara de alegrarse de no estar en mi pellejo. Ted sirvió un vaso de té helado y me lo entregó. Le di un sorbo y comenté:

—Está delicioso, gracias.

—Estás dándome largas, Martina.

Caray, de verdad que no iba a dejarlo pasar. Para bien o para mal, le expliqué el desacuerdo que había tenido con Hirsch, las incoherencias que había encontrado en los informes, la falta de seguimiento del procedimiento adecuado y el testigo ocular poco fiable.

—Oh, Martina, lo sabía. Hay algo que no encaja en este caso.

—Bueno, pues entonces necesito tu ayuda, mamá, porque Darren no quiere hablar conmigo. Me ha dicho que me quitará de la lista de visitas si le hago más preguntas sobre el tema. Jura y perjura que es culpable.

—Hablaré con Darren. Conseguiré que te diga lo que necesitas saber. Es que no sé por qué dice que es culpable. Sé que no lo es.

—Podría estar protegiéndose a sí mismo, y a ti, y a mí, y a toda esta familia. Si una de las teorías es correcta —que le ordenaron

eliminar a Toby June por el jefe—, está protegiendo al jefe. El jefe podría ir a por Darren y su familia —nosotros—, así que tenemos que andar con mucho cuidado con la información. Lo que te acabo de contar tiene que quedar entre nosotras.

—Es una situación delicada —terció Ted.

—Vincent me está ayudando investigando los antecedentes de Candace, la testigo ocular, y esperamos conocer a la novia de Darren. No sé si siguen juntos.

—¿Darren tiene novia? —preguntó mi madre, sorprendida.

—Sí. Cuando hablé con la madre de Toby, me dijo que habían ido a cenar a su casa y que era muy agradable, que incluso se ofreció a fregar los platos. Me da que podría ayudarnos. Quizá podrías hablar con ella, mamá.

—Cielo santo. ¿Tienes su número?

—No, pero sé dónde trabaja. Vincent y yo fuimos ayer, pero no estaba de turno. Esperamos que alguien que se preocupaba por Darren tanto como nosotras hable con nosotros.

—Vale, ¿pero intentaréis encontrarla?

—Ese es el plan.

—En cuanto la encontréis, me ofreceré a invitarla a cenar a casa, o podemos quedar con ella en algún sitio, lo que le venga mejor. Y hablaré con tu hermano. Tiene que darnos más información.

—O podrías darle una sorpresa —sugirió Zoey.

—¿Darle una sorpresa?

—Bueno, si vais juntas, tú y la abuela, a lo mejor estará más dispuesto a hablar contigo. Con la abuela allí, que es su madre, pues tiene que hacer lo que ella le diga.

Mi madre soltó una risita y dijo: —No sé si Darren ha hecho alguna vez lo que le he pedido. Pero Zoey tiene razón, podría ayudar que yo esté allí. Me rompe el corazón que a estas alturas de la vida seáis prácticamente dos extraños, pero lo entiendo.

—¿Ya le has dicho al tío Clark lo de quedar conmigo?

La expresión en la cara de mi madre fue primero de sorpresa y luego acusadora mientras se volvía hacia mí. —¿De qué está hablando Zoey?

—Mamá, le preguntaste a la abuela si podía conocer a Clark, ¿verdad?

Con sus miradas clavadas en mí, dije: —Lo siento, cariño, he estado muy ocupada y no he tenido ocasión de hablarlo con la abuela.

Por lo bajo, mi madre murmuró: «Claro, cómo no», como si no se creyera ni una palabra, y le dijo a Zoey:

—¿Quieres conocer a tu tío Clark?

—Sí. Y a Darren también. Quiero conocer a toda mi familia.

Ted y yo cruzamos una mirada, y vi que entendía mi preocupación, pero que sabía que era mejor no enfrentarse a su mujer por este tema. —Es que me preocupa la vida que lleva Clark. Hablando de eso, mamá, necesito que me cuentes todo lo que sepas sobre Darren. Podría ayudar en el caso.

Ella asintió. —No solía contarme mucho de lo que hacía. Ni siquiera sabía que tenía novia o que era tan amigo de Toby como para ir a cenar a casa de su madre.

Una parte de mí se alegró de que mamá no supiera más, pero la otra se sintió decepcionada por no haber averiguado nada nuevo. —Bueno, si puedes conseguirme una visita con Darren, podré preguntarle yo misma. —Mis expectativas de que eso ocurriera eran bajas. Y con eso, esperaba que se acabara la charla sobre el trabajo.

Mi madre dijo: —Haré lo que pueda. Zoey, ¿quieres ayudarme a terminar las tartas antes de cenar?

Zoey dijo alegremente: —Claro.

Mientras mi madre y Zoey se afanaban con los últimos retoques de las tartas de limón y merengue, miré a Ted y nos encontramos en el comedor. Dijo:

—Suena a que podría ser una situación muy peligrosa, Martina.

Por suerte, Ted, antiguo sargento y colega, comprendía a lo que me enfrentaba. —Eso es lo que me temo. Quiero que Darren me diga la verdad, pero, al mismo tiempo, si la teoría es correcta y actuaba por orden del jefe, entonces no nos lo va a decir por miedo a que atenten contra su vida y quizá contra las nuestras.

Ted asintió como si lo entendiera. —Hablaré con tu madre. Quizá pueda hacerle entender los peligros de presionar a Darren.

—Te lo agradecería. Hace mucho tiempo que decidí que ningún caso vale la pena como para morir por él.

—Exacto. Aunque me sorprende que Hirsch no esté ayudando.

—Vincent y yo tenemos la teoría de que está trabajando en ello, pero no puede contarme los detalles. —Suspiré, recordando cómo había salido furiosa de su despacho sin decir ni una palabra.

Ted sonrió de lado y dijo: —Seguro que está investigando el caso. Si uno de sus investigadores no siguió las normas, averiguará por qué. Puede que le lleve algún tiempo, quizá debas darle un poco de espacio. Los dos tenéis algo especial, una verdadera amistad. Una salida de tono o una discusión no va a acabar con eso.

—Gracias, Ted.

—Pero ten cuidado. Quizá algunos miembros más de tu equipo podrían ayudar si pueden. La 98Mob es peligrosa.

—Vamos a contactar con unos amigos del FBI para ver qué podemos averiguar.

—Es una sabia decisión, pero, como te he dicho, ten cuidado.

—Gracias.

Me dio una palmadita en el hombro con un gesto muy paternal. Ted había sido un gran sargento y era un gran padrastro. Al principio, me sentí un poco aprensiva de que mamá saliera con mi sargento, pero hacían una pareja estupenda y se compenetraban muy bien. Era bueno conmigo, con Zoey, y también con el pequeño Barney.

Estaba a punto de levantarme cuando sentí la vibración de mi móvil en el bolsillo. Un rápido vistazo a la pantalla me indicó que era otro número desconocido. Le eché una mirada a Ted y luego me llevé un dedo a los labios, pidiendo silencio. —¿Diga?

—Deje de hacer preguntas. Va en serio.

—¿Es usted Izzy?

La llamada terminó y solté el aire. Sabía que no debía llamar a Vincent para intentar que rastreara la llamada. No podría hacerlo.

Ted preguntó: —¿Qué ha sido eso?

Dudé. —He estado recibiendo llamadas anónimas diciéndome que deje de investigar. Es una voz de mujer. No se lo he dicho a mamá, pero creo que podría ser la novia de Darren. La primera

llamada que recibí decía que él no era culpable, y esta es la segunda que me dice que lo deje estar.

—Les estás cercando. Esto podría ser peligroso. Quizá Zoey y tú deberíais quedaros aquí un tiempo.

—¿Crees que es tan grave?

—Podría serlo. Tienen tu número de móvil personal. Puede que sepan dónde vives también.

Ted me había preocupado. Si sugería que me quedara con él y mi madre, quizá era más peligroso de lo que pensaba. O quizá estaba siendo sobreprotector porque a principios de año alguien disparó contra mi casa, y a Zoey y a mí nos habían metido en un piso franco. Fuera como fuese, ningún caso valía la pena como para morir por él, e iba a andar con cuidado, incluso más que antes.

21

CANDACE

Talia insistió en venir, como solía hacer. Aunque solo me sacaba dos años, a menudo me refería a ella como mi insistente hermana mayor, de las que no aceptan un «no» por respuesta. La observé mientras rebuscaba en mi cocina en busca de ingredientes de repostería. Me alegré de que hubiese venido; me vendría bien una distracción de todos los pensamientos sobre el asesinato de June Bug, las llamadas de la detective Leslie y el interrogatorio de Martina Monroe sobre lo que ocurrió aquel día. No…, no podía soportar más la idea de lo que pasaría si supieran la verdad. Si me descubrían, ¿qué harían? ¿En qué lío me metería?

Talia cerró el último armario con cuidado y se giró.

—No bromeabas. Apenas tienes ingredientes. Antes siempre tenías azúcar moreno, azúcar blanco, harina, pepitas de chocolate, levadura en polvo, bicarbonato. ¿Qué ha pasado con todo eso?

Después de leer un artículo que afirmaba que el azúcar estimula el cerebro de forma similar a la cocaína, decidí que también era una droga y lo tiré todo. Fue un poco precipitado, pero no quería saber nada de nada que se pareciera a una droga. Como si el azúcar pudiera arruinarnos la vida más de lo que ya lo había hecho.

—Lo he tirado todo. El azúcar es malo para ti.

Ladeó la cabeza y dijo:

—¿De qué hablas? Te encanta hornear, o al menos te encantaba. Venga, vamos al supermercado. A lo mejor te anima un poco.

—No sé. Es que…

—En serio, Candace, tenemos que hacer que vuelvas a vivir. Estás casi…, no sé, peor. Sé que ha sido duro, con Travis fuera y que luego presenciaras ese horrible asesinato. Simplemente creo que es hora de que salgas. Podemos ir a cenar, a una discoteca, ¡oye! —dijo mientras contoneaba las caderas y chasqueaba los dedos como si bailara.

—No sé yo si tanto, pero supongo que podríamos hornear algo. Quiero decir, podríamos probar una de esas recetas bajas en azúcar con proteína en polvo.

Talia sacó la lengua como si la idea le diera arcadas.

—Mira, te conozco desde que naciste. Estuve allí. Te vi. Y te he conocido cada día desde entonces. Travis no querría que fueras infeliz. Querría que siguieras adelante. Sé que cada uno lleva el duelo a su ritmo, pero parece que estás retrocediendo y la verdad es que estoy muy preocupada por ti. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Talia tenía toda la razón. Me conocía mejor que nadie. ¿Me odiaría si supiera la verdad?

—Tienes razón. Es que… una investigadora ha estado preguntando por el asesinato que presencié y la detective me ha llamado. Me está trayendo todos estos recuerdos a la mente y no duermo. He llamado al trabajo para decir que estaba enferma y ahora me han dado la baja.

A Talia se le demudó el rostro.

—Lo siento mucho, Candace. ¿Por qué no me lo dijiste? Sabes que puedo quedarme contigo un tiempo o puedes venirte a mi casa. No deberías estar sola. Esta casa ya no parece ser un buen lugar para ti. Es como si… —sus pensamientos se desvanecieron.

Intentaba tratarme con delicadeza, así que decidí echarle un cable.

—Estéril, sin vida.

Asintió.

—Por favor, déjame ayudarte. Eres mi única hermana. No puedo…, no puedo imaginarme perderte. Por favor, déjame

ayudarte.

Asentí y me pregunté si debía contarle toda la sórdida historia de lo que le había pasado a Travis. Mi familia no sabía que había muerto de una sobredosis ni que se había convertido en un adicto. Les había mentido a mis padres y a mi hermana. Les dije que había sido una complicación de una de sus operaciones. No estoy del todo segura de que me creyeran, pero tampoco me cuestionaron. Si quería superar esto, tenía que sincerarme.

¿No era eso lo que yo quería de Travis? ¿Que se sincerara, que se desintoxicara, que volviera a ser el de antes? Después de todo, yo me había vuelto igual de tóxica. En lugar de impulsarme hacia adelante, mi necesidad de venganza y de un propósito me había hecho retroceder.

Talia tenía razón, tenía que salir de esta casa para siempre. Ponerla a la venta. Era mi plan original, pero luego me quedé estancada y después vino el tiroteo. Tenía que hacer un esfuerzo. Tenía que volver al terapeuta. Yo no era así o, al menos, no era quien quería ser.

—Tienes razón. No quiero seguir así.

Mi hermana se apresuró a abrazarme mientras mi cuerpo se estremecía y yo lloraba por la persona en la que me había convertido y por mi necesidad de dejar de serlo. Quería ser la antigua Candace, la que tenía esperanzas y sueños y quería ayudar a la gente. Ese deseo había sido la razón por la que me hice enfermera. Pero me habían relegado a tareas de oficina y luego me habían dado la baja. Dijeron que notaban que necesitaba un descanso y me comunicaron que, cuando estuviera lista, podría volver. Era la señal definitiva de que ya no podía esconderme de mí misma.

Talia se apartó y dijo:

—Vamos a hacer que vuelvas. De verdad. Voy a estar contigo en cada paso del camino.

—Gracias, pero hay algo que deberías saber. —Antes de que pudiera terminar y soltarlo todo, llamaron a la puerta.

—¿Esperas a alguien?

Negué con la cabeza y un escalofrío de miedo me recorrió el cuerpo.

Talia dijo:

—¿Qué pasa?

El miedo debió de reflejarse en mi cara.

—Ah, nada. Voy a abrir. —Me apresuré y miré por la mirilla. Solo podía ver la coronilla de una cabeza de pelo oscuro. A decir verdad, no quería ver más.

Con Talia justo detrás de mí, dije:

—No creo que deba abrir.

—¿Por qué?

—No le veo la cara.

Un segundo golpeteo resonó en la puerta.

—Candace, sé que estás ahí.

Talia susurró:

—¿Llamo a la policía?

Negué con la cabeza, abrí la puerta y me quedé boquiabierta. El miedo se apoderó de mí y me paralizó.

—Hola, Candace. Hola, señorita —dijo con una voz empalagosamente dulce—. Solo necesito un momento de su tiempo. ¿Le importa si paso?

Congelada por el miedo, no podía moverme. Ahí estaba otra vez, luchar, huir o paralizarse, y yo estaba paralizada. Pero logré levantar la mano como para invitar al hombre a entrar en mi casa. El hombre estaba dentro de mi casa. ¿Cómo me había encontrado? Cerró la puerta tras él, pero no echó el cerrojo.

Menos mal; teníamos que poder correr si era necesario, si podíamos.

—Candace, veo que te sorprende verme. Lo que he venido a decir no me llevará mucho tiempo. —Hizo una pausa y me miró fijamente, ya que yo no podía hablar, y luego añadió—: No pasa nada. Ya hablo yo. —Le dedicó una sonrisa espeluznante a Talia y se volvió hacia mí—. Estoy aquí para asegurarme de que entiendes que necesitamos que mantengas tu testimonio tal cual. No puede haber cambios, ni uno solo, en tu declaración. ¿Me estoy explicando con claridad?

Asentí rápidamente, agradecida de poder moverme.

—Porque si no mantienes tu declaración exactamente como está, tendré que volver, y por lo que parece, no tienes muchas ganas de que vuelva. Ni siquiera de que esté aquí ahora mismo. Lo pillo, lo entiendo. Ya me voy, siempre y cuando nos haya quedado claro. —Hizo una pausa e inclinó la cabeza hacia mí.

Asintiendo rápidamente, solo quería que se fuera.

—Excelente. Que tengan un buen día. —Con eso, se dirigió a la puerta y salió.

Talia corrió hacia la puerta y echó el cerrojo. Se giró hacia mí con los ojos como platos.

—¿A qué ha venido todo eso?

Llena de pavor, dije:

—Hay algo que tengo que contarte.

22

MARTINA

En su momento, dejar que mi madre condujera hasta San Quentin me pareció una buena idea. Mi razonamiento había sido que así podría llamar a Vincent para hablar sobre lo que había descubierto de Candace Mason. Pero mamá era una conductora nerviosa y a mí también me ponía de los nervios. Quizá me ofrecería a conducir a la vuelta.

—¿Sigues estando de acuerdo con que atienda una llamada, mamá? —pregunté para asegurarme de que mi conversación no la distraería al volante. No merecía la pena tener un accidente.

—Por supuesto.

Tras pulsar un par de botones, me llevé el teléfono a la oreja y me quedé mirando las profundas aguas azules de la bahía que bordeaban la autopista.

—Hola, Martina.

—Hola, ¿qué has averiguado de Candace? —Me di cuenta de que me había saltado todos los formalismos y el típico «¿cómo estás?», pero Vincent sabía las ganas que tenía de cerrar este caso. Se estaba volviendo más peculiar y peligroso con cada nuevo acontecimiento.

—Después de investigar a fondo a Candace Mason, de soltera Candace Marie Davis, he descubierto que estuvo casada con un tal

Travis Mason, que murió hace un año y medio de una sobredosis. La causa de la muerte es indeterminada. Pudo ser accidental o intencionada.

Eso explicaba la tristeza que desprendía. —Confirma lo que dijeron de ella los testigos del parque, que tenía un marido adicto.

—¡Pero hay un giro inesperado! Cuando le dispararon a Toby, el marido de Candace llevaba más de un año muerto. Entonces, ¿por qué estaba en el parque ese día?

Esa podía ser la pregunta clave. —¿Hay alguna señal de que ella misma pueda ser consumidora? —Después de todo, podría haberles mentido a los camellos diciendo que las drogas eran para su marido, pero en realidad eran para ella.

—Bueno, puede que haya llamado a la empresa donde trabaja y haya hecho algunas preguntas. No ha sido del todo ortodoxo.

Y por eso yo nunca podría trabajar en las fuerzas del orden, porque a veces hay que moverse en la zona gris para llegar a la verdad. —¿Y bien?

—He descubierto que ahora mismo está de baja.

—¿Desde cuándo?

—Desde el viernes pasado.

—El día después de que hablara con ella en el hospital. ¿Una coincidencia?

Como no creía en las coincidencias, me pregunté si yo la habría provocado. Probablemente Candace todavía estaba de luto por la pérdida de su marido, y encima yo le recordé el terrible momento de ver cómo asesinaban a un hombre. ¿La había empujado al límite? Quizá. Pero eso no explicaba por qué estaba en el parque el día del tiroteo de Toby June. —¿No habrás averiguado si la obligaron a coger la baja, si la cogió ella misma o si es una baja médica, como para ir a rehabilitación?

—Me dijeron que no hablarían de ello, pero sí pregunté si se había cogido muchas bajas antes del viernes pasado. Dijeron que no, solo una corta temporada después del fallecimiento de su marido. Deduje las fechas basándome en los días que me dieron.

—¿Cómo conseguiste que te contaran toda esa información?

—Les dije que estaba solicitando una nueva hipoteca y me dieron los datos del sueldo, el tiempo de baja y las fechas de empleo.

—No demuestra que sea drogadicta, pero tampoco lo descarta. No sé, Vincent. Siento que ahora tengo todavía más preguntas.

—Y yo. Ya que vas de camino a visitar a tu hermano, ¿quieres que vaya a hablar con ella otra vez?

—Sí, inténtalo. Quizá podrías encontrártela por casualidad en algún sitio, como en un supermercado, para ver si de verdad está hecha polvo, o dar una vuelta por el hospital y preguntar por ahí si ha estado consumiendo drogas o si sospechan de ello.

—Mi sombrero, mis gafas y mi bigote falso están listos para la misión. También puedo pasarme por la pizzería a ver si encuentro a la novia de Darren.

Supuse que lo del bigote falso era una broma, pero no podía estar segura. Al fin y al cabo, estaba hablando con Vincent. —Preferiría ir contigo a la pizzería, si no te importa.

—Sin problema.

—Vale, gracias por ponerme al día, Vincent. Buena suerte. Ten cuidado.

—Tú también, jefa.

Colgué el teléfono y mi madre me preguntó inmediatamente qué pasaba. Lo único que le dije fue que estábamos investigando a uno de los testigos para intentar corroborar una historia. En un esfuerzo por desviar la conversación, empecé a hablarle de mi voluntariado en el centro de rehabilitación.

—Parece que te gusta mucho —observó.

—Sí. Estoy conociendo a gente interesante.

Mamá me miró de reojo. —¿Ah, sí?

—Sí, yo solo… No sé. El otro día estuve hablando con un hombre que es escritor. Dijo que era adicto a la heroína y que luego se convirtió en alcohólico. Ahora está intentando desintoxicarse de una vez por todas. Sabe que es ahora o nunca, a vida o muerte.

—Así suele ser.

Mis pensamientos volvieron a la conversación con el hombre del centro de rehabilitación. Había algo en sus ojos, en su energía. Me dio la sensación de que podría quedarme toda la noche hablando

con él. Una conexión real. Fue extraño e inesperado, y me di cuenta de que tenía ganas de volver a verlo en mi próximo turno.

¿Estaba perdiendo la cabeza o de verdad había conectado con alguien con quien había mantenido una breve conversación?

Finalmente llegamos a San Quentin y mi madre aparcó. —¿Estás lista para esto?

Sacándome de mis pensamientos, volví a centrarme. —Lo estoy.

—No seas demasiado dura con tu hermano —me advirtió.

—Solo busco información que nos ayude a averiguar qué pasó de verdad.

Estuvo de acuerdo en apoyar el esfuerzo y pasamos por los controles de seguridad hasta llegar por fin a la sala de visitas. Mamá y yo nos sentamos esperando nerviosas, sin hablar.

Finalmente, la puerta se abrió y un guardia trajo a mi hermano. Tenía un aspecto pálido y estaba aún más delgado que antes, si es que eso era posible.

—Hola, cariño, ¿cómo lo llevas? —dijo mi madre.

—Lo llevo bien, mamá. Hola, hermanita. ¿Has venido a interrogarme?

—No, la verdad es que no.

Se sentó y me di cuenta de que tenía que empezar la conversación con un poco de azúcar en lugar de vinagre. —¿Cómo te tratan ahí dentro?

—Como a un preso —dijo con una sonrisa vergonzosa.

Mamá frunció el ceño. —Ojalá me dejaran traerte algo de comida, pero recibiste el dinero que te ingresé en el economato, ¿verdad?

—Sí, gracias, mamá. ¿Cómo está Zoey? —me preguntó Darren.

Era casi como el comienzo de una conversación normal entre hermanos, si no fuera porque estábamos en una prisión de máxima seguridad. —Le va muy bien. Está empezando a decidir qué va a llevar a la universidad el mes que viene.

—No me puedo creer que tenga una sobrina que va a la universidad y ni siquiera la conozco.

Mamá intervino. —Pero tiene muchas ganas de conocerte. Anoche los invitamos a cenar y Zoey quiere conocerte a ti y a Clark

también.

Él asintió lentamente y luego me dirigió una mirada sincera. —Entiendo por qué no nos querías cerca, Martina. No te culpo por ello. Si yo fuera tú, no querría que mi hija se juntara con camellos y adictos. Me alegro de que tu vida diera un giro y de que tengas una hija estupenda. He oído que tu marido también era muy guay. No te guardo rencor. Me alegro de que mamá y tú os hayáis desintoxicado y llevéis una vida sana.

Traté de mantener la compostura, pero no era conocida por mi cara de póquer, y me preocupaba que se me notara la sorpresa en toda la cara. —Gracias por decir eso, Darren.

—Quizá algún día salga de aquí y podamos empezar de nuevo. Ser una familia de verdad.

Casi sin palabras, no pude responder. Mi madre dijo: —Oh, cariño, me encantaría. Sé que el cambio es difícil y me ha sorprendido lo mucho que has progresado desde que estás aquí.

¿Progresado? ¿Qué me había perdido? Después de recoger la mandíbula del suelo, dije: —¿Sabes?, estas últimas semanas me han hecho darme cuenta de lo poco que sé sobre ti y tu vida en los últimos veinte años.

—Bueno, no es que haya llevado una vida que se pueda describir en la felicitación anual de Navidad. Como seguro que sabes, he estado traficando y consumiendo drogas. No es algo de lo que esté orgulloso. Pero tengo que decir que, una vez que estás metido, es muy difícil salir. No es que lo haya intentado con mucho ahínco. Simplemente existía. Pero estar aquí dentro ha cambiado mi perspectiva y mi salud. ¿Quién iba a decir que te podías desintoxicar en la cárcel? No es que no pudiera conseguir drogas si quisiera —dijo con una sonrisita—. Pero la verdad es que hay recursos para ayudarme a estar sobrio y he empezado a ir a la iglesia.

Miré a mi madre, que tenía lágrimas en los ojos, y asintió como si todo fuera verdad. No me extrañaba que estuviera presionando tanto para sacarlo. Aun así, si Dios tenía un plan para Darren, quizá la cárcel era exactamente donde tenía que estar. Me gustaba pensar que todos teníamos libre albedrío, pero si no hubiera confesado el

asesinato, no estaría intentando cambiar su vida, aunque fuera entre rejas, y estaría allí durante veinticinco años.

Era increíble cómo algunos acontecimientos que parecían un fracaso estrepitoso podían en realidad dar un vuelco a todo tu mundo y obligarte a convertirte en la mejor versión de ti mismo. ¿Era eso lo que le había pasado a Darren? ¿Había sido su condena una bendición disfrazada, una oportunidad para sacarlo de las calles, de las drogas? ¿Podría nuestra familia volver a unirse?

—Eso es genial, Darren.

—Sí, es raro. Que me detuvieran ese día era lo último que quería, que me encerraran en una jaula como un animal. Pero últimamente, he estado viendo que quizá este es mi momento para reflexionar de verdad. Empezar de nuevo. Tampoco tengo mucho más que hacer mientras esté aquí —dijo con una sonrisa triste.

—Me alegro mucho de oír eso. —Quería preguntarle por Candace y por su novia, pero sentí que rompería de verdad este momento familiar. Mi madre podría enfadarse conmigo, o lo más probable es que me arrepintiera.

—Tengo que confesarte algo. He estado preguntando por ahí sobre lo que pasó… —Pero antes de que pudiera terminar, él negó con la cabeza.

—Te lo digo, Martina, tienes que dejarlo pasar. Olvídalo. No pasa nada. Ya me has oído, estoy bien. Estoy donde se supone que debo estar.

—Lo sé, solo que… no paro de recibir llamadas anónimas y alguien me dijo que tenías novia. Solo…

—El Señor dice que debemos perdonar, así que voy a perdonarte por venir aquí con falsos pretextos para interrogarme más sobre ese caso.

Vaya, eso ha sido como un puñetazo en el estómago.

—Solo voy a decirlo una vez más, Martina.

Antes de que pudiera terminar, mi madre dijo: —No seas tan duro con ella, Darren. Solo intenta hacer lo correcto después de que yo se lo suplicara.

Con voz severa, dijo: —Entonces necesito que las dos me escuchéis atentamente. Por favor, dejad esto. Estoy aquí. Voy a estar

aquí las próximas dos décadas. Estoy bien. Esto ha sido bueno para mí. Os ruego que lo dejéis estar.

No estaba segura de poder hacerlo. Pero una parte de mí se preguntaba qué pasaría si no lo hacía. ¿Nos pondría a todos en peligro?

Mi madre dijo: —Nunca nos rendiremos contigo, Darren.

—No te pido que te rindas conmigo, mamá. Te pido que me dejes cumplir mi condena. Cuando salga, podemos cenar todos. Por fin podré conocer a Zoey.

Darren no iba a cooperar. Eso era obvio. Pero yo ya había abierto esa caja de Pandora, y los gusanos se retorcían por todas partes.

23

MARTINA

Con un café extragrande en la mano, di un sorbo y supe que iba a necesitar toda la cafeína que pudiera conseguir. El largo viaje en coche a casa con mamá había estado cargado de emociones y todavía me estaba recuperando. Me contó lo de la sobriedad de Darren y que había encontrado a Dios, asegurando que era un hombre nuevo. Mi lado pesimista me decía que era posible que lo estuviera fingiendo, pero no se me ocurría ningún motivo para hacerlo. Si, por otro lado, estuviera gritando que es inocente y suplicando ayuda para limpiar su nombre y sacarlo de la cárcel, la historia sería diferente. Pero él decía que había encontrado a Dios, que era culpable y que dejara de investigar.

Confundida, no sabía qué hacer a continuación. Como me había suplicado que dejara de investigar el caso y lo olvidara, me preguntaba si sería capaz. Su postura me hacía dudar de su culpabilidad más que nunca. ¿Pero debía dejarlo estar? ¿Y si mi teoría era correcta y simplemente se estaba protegiendo a sí mismo y a nuestra familia? A pesar de lo que Darren le había pedido a mi madre, ella seguía queriendo que yo investigara el caso y demostrara que era inocente. Juraba que en el fondo de su corazón sabía que su hijo no debería estar en la cárcel.

Indecisa sobre si continuar con la investigación, pensé que ya había tendido algunos hilos, así que saber qué fruto habían dado esos esfuerzos no haría daño, ¿verdad? Si continuaba, tendríamos que ser más discretos. Quizá la idea de Vincent de un disfraz gracioso no era tan graciosa después de todo. Vi a Vincent junto a la máquina de café y me dirigí hacia él.

—Buenas tardes.

—Hola, Martina.

—¿Cogiendo fuerzas?

—Sí, ha sido una noche larga, pero he encontrado algunas cosas interesantes. De forma muy discreta, si me permites añadir —dijo, haciendo una pausa y apoyándose en el mostrador mientras la cafetera goteaba aquella infusión celestial en su taza—. Fui a casa de Candace. No estaba. Eché un vistazo por las ventanas, pero no había nadie. El coche no estaba en el garaje. Me quedé allí todo el día, toda la noche. No volvió.

Con razón estaba tomando café a esas horas de la tarde. —A lo mejor está de vacaciones o visitando a su familia. —Quizá esa era la razón de su excedencia en el trabajo.

—Es posible. Sus padres viven a unas horas de aquí. Pero su hermana vive en Pleasanton, así que pasé por su casa y eché un vistazo. Ni rastro de vida.

—¿Has intentado llamarla al móvil?

—Nueve veces. Salta directamente el buzón de voz.

—¿Lo has rastreado?

En realidad no se suponía que hiciéramos eso, y había que recurrir a canales extraoficiales para encontrar ese tipo de información. No era algo del todo legal.

—Sí. No se lo digas a nadie, ¿vale? —dijo, arqueando las cejas.

Era una de las grandes ventajas de trabajar donde lo hacíamos y del hecho de que yo fuera una de las jefas, así que podía hacer la vista gorda o fingir que nunca había ocurrido. No era como si intentáramos hacerle daño a alguien con la información, pero técnicamente, uno de nuestros informáticos había hackeado el sistema, lo que era altamente ilegal. Por supuesto, teníamos salvaguardas para asegurarnos de que no nos delatara.

—Soy una tumba.

—Vale, pues o se le ha agotado la batería, ha sacado la tarjeta SIM o lo ha tirado a la bahía.

—Así que es ilocalizable.

—Exacto.

Estaba a punto de preguntar si había comprobado los movimientos de las tarjetas de crédito o las cuentas bancarias de Candace Mason, cuando negó con la cabeza. —He comprobado la información de las tarjetas de crédito y del banco. Ningún movimiento. Nada.

—Eso es un poco preocupante. ¿Viste señales de forcejeo en su casa o en la de su hermana?

—No. Pero he llamado al FBI para ver qué saben sobre 98Mob y averiguar si conocen a Candace. Quizá esté involucrada en la banda. Aún estoy esperando que me contesten.

Gracias a Dios por Vincent. No sabía cuántas veces lo había pensado últimamente, pero eran bastantes. Me había salvado en múltiples ocasiones, con ideas geniales y su disposición a ayudar con el caso de mi hermano. —Así que ahora mismo no tenemos nada sobre Candace. Ha desaparecido y no tenemos forma de encontrarla.

—No podría haberlo dicho mejor —dijo mientras cogía su taza y me conducía hacia la sala de reuniones donde teníamos nuestro panel del caso.

La sala era pequeña, con solo una diminuta ventana en la puerta y un póster motivacional de un gato en la pared del fondo. Dentro, cerré la puerta a mi espalda y di otro sorbo a mi café. —Ya sospechaba de Candace antes, pero ahora estoy preocupada.

—Yo también. ¿Cómo fue la reunión con Darren?

Me encogí de hombros. —Nos ruega que no investiguemos más el caso. Dice que ha encontrado a Dios y que está limpio, y tiendo a creerle porque no tiene ninguna razón para mentir sobre ello.

—Son buenísimas noticias, pero supongo que eso significa que no te ha dado ninguna información.

—No, no me la ha dado, y ha dicho que me perdonaba por haberlo visitado con pretextos falsos.

Vincent apretó los dientes. —Uf. ¿Y qué ha dicho Betty sobre eso?

—Mamá quiere que demuestre que es inocente y que lo saque de la cárcel.

—Palabras mayores. Así que, ¿qué quieres hacer?

Ted me había metido de verdad en la cabeza la idea de que los de 98Mob podrían ir a por toda la familia si continuábamos, pero quizá jugar a la ofensiva impediría que vinieran a por mí y a por los demás. —Si 98Mob es tan peligrosa como sospechamos, puede que vayan a por mi familia, paremos o no. —¿Acababa de tomar mi decisión? Recé en silencio para que no fuera la equivocada.

—Cierto. El caso apesta, y creo que es más grande que tu hermano.

Mi instinto me decía lo mismo. —No te lo discuto, pero creo que tenemos que ser muy, muy discretos de ahora en adelante.

—De acuerdo, bueno, lo único que íbamos a hacer hoy era ir a la pizzería e intentar encontrar a Izzy.

—Yo no debería ir. Ya le he dicho a varias personas que soy la hermana de Darren. Quizá podría ir alguien más del equipo a preguntar por nosotros.

—Es una buena idea, aunque...

—Voy a ver quién puede ir en la oficina.

Él esbozó una sonrisa. —O simplemente podemos llamar.

¿Estaba perdiendo el juicio? ¿Demasiado metida en el asunto como para pensar como lo haría normalmente? Obviamente, podíamos simplemente hacer una llamada y preguntar si Izzy estaba allí. Si lo estaba, podíamos enviar a alguien para que hablara con ella. —Inteligente.

—Voy a coger uno de nuestros teléfonos ilocalizables y a llamar a la pizzería para preguntar si está trabajando.

Nerviosa por toda la situación, me alegré de no estar sola. Vincent era un compañero genial y tenía muy buena relación con nuestros amigos del FBI, lo que realmente podía ayudarnos.

Vincent volvió a entrar a toda prisa, teléfono en mano. Marcó el número y lo observé. Asintió cuando respondieron. —Sí, hola,

¿podría hablar con Izzy, por favor? ¿No? Ah, vale, debo de haberme equivocado de número. Gracias, adiós.

Dejó el teléfono sobre la mesa y dijo: —Dicen que no trabaja nadie con ese nombre allí.

—¿Lo ha dejado?

Vincent se encogió de hombros.

¿Acabábamos de toparnos con dos callejones sin salida? Candace había desaparecido y ¿ahora Izzy ya no trabajaba en la pizzería, o nunca lo había hecho? ¿Y ahora qué?

—Parece que tenemos que esperar a tener noticias del FBI.

Vincent enarcó las cejas. —O podríamos mirar los registros de visitas...

Entrar en una base de datos federal no era algo que nos gustara hacer. El bufete podría meterse en un buen lío por ello. Desdibujábamos los límites, pero había algunas líneas rojas que no cruzábamos. —Demasiado arriesgado para el bufete.

—O si pudiéramos encontrar a alguien en las fuerzas del orden que nos ayude. ¿Has hablado ya con Hirsch?

—Le he dejado un mensaje antes, pidiéndole que me devolviera la llamada, pero no lo ha hecho.

—¿Quizá tiene algo?

—O está demasiado enfadado conmigo como para devolverme la llamada.

—No lo creo. Mi sentido arácnido me dice que tiene algo. Ten fe, Martina.

Hirsch nunca me había fallado. Pero si había encontrado algo, ¿por qué no había llamado?

24

MARTINA

Después de un día de trabajo administrativo en el bufete, tenía ganas de que empezara mi turno en el centro de rehabilitación. Hirsch aún no me había devuelto la llamada, y el FBI tampoco. No quería tentar a la suerte y ponerme a preguntar por el parque otra vez. A Vincent y a mí no nos podían ver investigando. Una corazonada me decía que podría ser peligroso si la gente se enteraba, así que iba a tener que ser paciente, y esa no era mi especialidad. Prefería obtener respuestas de inmediato. Teniendo en cuenta la cantidad de veces que mi madre me había llamado para pedirme novedades, entendía de quién había heredado ese rasgo.

Saludé con la mano a la recepcionista que estaba sentada en su mesa y me dirigí a mi puesto de trabajo, entre un mar de cubículos bajos. Sentí mariposas en el estómago cuando vi al hombre, el escritor, en el pasillo, charlando con otro de los voluntarios. Lo saludé con la mano y sonreí. Si no lo conociera, diría que se le iluminaron los ojos cuando me devolvió el saludo. ¿Qué eran estos sentimientos? Solo lo había visto una vez.

El escritor terminó su conversación y vino directo hacia mí.

—Hola, ¿qué tal? Me alegro de volver a verte.

—Oh, yo también —dije, un poco nerviosa—. ¿Qué tal te ha ido la semana?

—Sobrio, y he escrito un poco, así que para mí, a estas alturas, eso es una gran victoria.

¿Seguía sonriendo? Oh. No. Estaba colada por él. ¿Cómo no lo había visto venir? Ya en mi mesa, le pregunté:

—¿Quieres sentarte?

—Por supuesto. —Se sentó en la silla de visitas y yo en la mía.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano por aplacar las mariposas, le pregunté:

—Y bien, ¿con qué tipo de dificultades te has encontrado esta semana?

—Ha habido unas cuantas. Ha sido una buena semana, pero siempre hay algo que me ronda la cabeza y que no me puedo quitar: la culpa.

La culpa era algo que podía consumirte, empezando poco a poco y extendiéndose por todo el cuerpo hasta apoderarse de ti por completo.

—¿Quieres hablar de ello?

Su sonrisa se desvaneció y la tristeza ocupó su lugar.

—Es mi hija. Le he hecho daño. La he perjudicado. La abandoné con una adicta: mi exmujer. No es que no sepa cuidarse sola, es increíble. Cuando era pequeña, casi no podía creerme que fuera mía. Tan lista… Pero, a pesar de su gran inteligencia y su carácter independiente, sé que todos los niños necesitan que su madre y su padre los quieran, que sean ellos quienes cuiden de ellos. No al revés.

Era lo que yo pensaba de Zoey. Desde el día que nació, me había preguntado cómo aquella chica podía haber salido de mí.

—Parece que estás preocupado por ella.

—La última vez que hablé con ella, su madre, mi ex, tenía a unos tipos raros rondando por casa. Es una chica excepcionalmente brillante, pero a veces la inteligencia no es suficiente. Y a menudo cree que sabe más que nadie y tiene la manía de decirle a la gente exactamente lo que piensa. Me preocupa que se cruce con la persona equivocada y le hagan daño.

Como uno de los novios de su madre. Era una preocupación justificada.

—Lo entiendo. Se parece a mi hija. Zoey tiene diecisiete años y el mes que viene se va a la universidad. Es muy brillante, pero a veces cree que sabe más que yo y, bueno, que casi todo el mundo. Incluso con una gran inteligencia, tienes razón, necesitan a un adulto, a alguien que los guíe, que les enseñe el camino. —Esa era la revelación que me había hecho mantenerme sobria. No podía dejar que Zoey se las apañara sola.

—Siento que no puedo darle eso porque todavía estoy buscando mi propio camino, ¿sabes?

Con empatía, dije:

—Lo sé.

—¿Sigues trabajando en ese caso tan difícil?

Se acordaba.

—Sí, este es personal, así que he pedido ayuda. Normalmente no permitimos que nuestro equipo trabaje en casos en los que está involucrado un familiar o un amigo. Pero soy la jefa, en cierto modo, y soy yo quien decide.

¿Haz lo que yo digo y no lo que yo hago?

—¿Te ha tentado a beber?

—La verdad es que no. Por suerte, tengo a mi padrino, con quien hablo de las cosas estresantes que me pasan, y eso ayuda. Sinceramente, probablemente debería buscarme un terapeuta y no molestarlo tanto, pero me ayuda a seguir por el buen camino.

—Yo también lo estoy aprendiendo. Como cuando te conocí la semana pasada, luego pensé en nuestra conversación, en lo fácil que fue y en lo mucho mejor que me sentí después.

Intenté reprimir la sonrisa. Él también lo había sentido. Era atractivo, del tipo moreno, de estatura media y guapo. Mientras el corazón me revoloteaba, noté que mis sentimientos crecían.

Eso no formaba parte de mi plan.

Se supone que no debes enamorarte de adictos, especialmente durante su primer año, ya que podría ser problemático. ¿Por qué no podía quitarme de la cabeza a este hombre? A este hombre del que ni siquiera sabía el nombre.

Mi móvil sonó y casi salté de la silla. Era mi madre.

—Lo siento, tengo que cogerlo.

Me hizo un gesto para que contestara.

—Hola, mamá, ¿qué pasa?

—Martina.

Apenas podía entender lo que decía. Estaba sollozando. Apenas lograba entender las palabras. Me incorporé, cada vez más preocupada.

—Mamá, ¿ha pasado algo?

Unos sonidos de estática precedieron a la voz de Ted, que salía del altavoz.

—Martina, soy Ted.

—¿Qué pasa?

—Han atacado a Darren hoy. No saben si lo va a lograr.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo y me temí lo peor. Darren nos había advertido que lo dejáramos estar, y no lo hicimos; y él había pagado el precio. ¿Iba a ser yo la responsable de la muerte de mi hermano?

—¿Qué quieres decir con que no están seguros? ¿Cuándo lo sabrán? ¿Dónde está?

—Lo han llevado de urgencia a un centro de traumatología local. Lo han apuñalado varias veces en el abdomen. Creen que le han alcanzado el hígado. Tiene una hemorragia interna. Acaba de salir de cirugía. Van a vigilarlo muy de cerca.

Negué con la cabeza, incrédula.

—¿Se le puede visitar?

—Sí. Voy a llevar a tu madre ahora. Está en el Hospital del Condado de Marin.

—Vale, recojo y nos vemos en el hospital. —Podía llamar a Zoey por el camino para contarle lo que estaba pasando.

—Ten cuidado, Martina.

—Nos vemos pronto. —Colgué y miré al hombre—. Lo siento muchísimo, tengo que irme.

—¿Está todo bien?

—No estoy segura. Nos vemos la semana que viene. Buenas noches. —Salí corriendo del centro de rehabilitación, esperando llegar al hospital antes de que Darren se fuera para siempre.

25

CANDACE

Con el último sorbo, miré a mi hermana y dije:

—Esto es justo lo que necesitaba. Gracias.

Después de confesarlo todo y sufrir un pequeño derrumbe emocional, Talia insistió en que todo iría bien y decidió que las dos necesitábamos un descanso.

—Por supuesto. Ya nos tocaba un viaje de chicas.

¿Qué mejor lugar que el valle de Napa? Viñedos pintorescos con colinas onduladas que ofrecían bebidas que te calentaban el alma. Sí, por favor. Habíamos hecho catas de vino y nos habíamos dado el capricho de unos masajes en el spa. Era exactamente lo que mi alma necesitaba: un lugar donde recuperarme, despejar la mente y empezar mi viaje para volver a ser yo misma. Para volver a ser una persona que no buscaba venganza, ni se metía en líos con traficantes, ni le ocultaba cosas a su familia por la vergüenza que sentía al decirles la verdad. Debería haber sabido que podía confiarle cualquier cosa a Talia. Si algo bueno había salido de esto, era que esta horrible experiencia nos había unido más. Lo único que me quedaba por hacer era evitar que hombres aterradores vinieran a mi casa a amenazarme, y todo iría bien.

La brillante idea de desconectar del mundo fue de Talia.

Apagamos los móviles para evitar cualquier distracción externa o desencadenante que pudiera hacerme entrar en barrena. Por supuesto, al final tendría que volver al mundo real, al trabajo, a lo que se suponía que debía estar haciendo con mi vida antes de que el duelo me engullera.

Pero había tomado algunas decisiones mientras bebía cabernet y chardonnay. Iba a vender la casa, sin duda. Ya no formaba parte de mi vida actual y se había convertido en un triste recordatorio de todo lo que había perdido. Necesitaba seguir adelante y empezar de nuevo, encontrar esa nueva normalidad de la que mi hermana no paraba de hablar. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía optimista sobre el futuro.

—¿Sabes? Podríamos quedarnos más tiempo si quieres. Podría llamar al trabajo y decirles que estaré fuera unos días más —ofreció Talia.

Contemplando las colinas doradas y las hileras de vides perfectamente ordenadas, respondí:

—No, creo que estoy lista. Con el tiempo libre del trabajo, puedo empaquetar la casa y empezar a llamar a agentes inmobiliarios.

—Tengo la agente inmobiliaria perfecta para ti. Te daré su número.

—Genial. Cuando la casa esté lista, puedo empezar a buscar una nueva o un adosado, un sitio con un jardincito. Podría tener un huerto. Y, por supuesto, tengo que decidir en qué ciudad quiero vivir.

—Bueno, tenemos unos sitios geniales en Pleasanton. Y estarías más cerca de mí —hizo una pausa y dejó su copa de vino vacía sobre la mesa—. ¡De hecho, es una idea estupenda! Si quieres, mientras la casa está en venta, puedes quedarte conmigo. Tengo una habitación de sobra. ¿Qué me dices?

Era una buena idea. Si lo hacía, no tendría que tomar ninguna decisión precipitada sobre mi nuevo hogar. Ojalá hubiera hablado con Talia antes. Podría haberme ahorrado gran parte del sufrimiento adicional que había experimentado en los últimos seis meses.

—Acepto —dije con una amplia sonrisa.

—¡No puedo esperar! —Talia prácticamente se levantó de un salto mientras juntaba las manos—. Seremos compañeras de piso.

Por supuesto, hasta que decidas que estás lista para encontrar un sitio nuevo, pero sin prisas.

—Muchas gracias. Por todo. Por entenderme y no juzgarme.

—No voy a decir que esté de acuerdo con todo lo que has hecho, pero creo que dejarlo todo atrás es lo correcto. Y una vez que esté en el retrovisor, no mires nunca más hacia atrás.

—Eso es exactamente lo que pienso hacer.

De vuelta en casa de Talia, encendí el móvil y me di cuenta de que estaba muerto de verdad, no solo apagado. Lo enchufé al cargador en la encimera de la cocina y dejé que se encendiera.

—¿Lista para la vida real y para vivir conmigo? —preguntó.

—Totalmente.

El iPhone, enchufado a la corriente, sonó, y vi un número conocido en la pantalla. Lo cogí rápidamente, todavía conectado al cable, y respondí.

—¿Diga?

—¿Candace?

La calma que había estado sintiendo se desvaneció rápidamente.

—Sí.

—Soy la detective Leslie.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarla, detective?

Talia dejó de trastear con su maleta y se acercó a donde yo estaba, en la cocina, observando.

—La llamo porque quería informarle de que es posible que el departamento del sheriff reabra el caso. Necesito que tenga cuidado con lo que le cuenta a la gente. Sobre todo, no hable con Martina Monroe, y asegúrese de cerrar bien las puertas y ventanas.

Apenas unos instantes antes, me sentía más ligera. Aquello fue sustituido por una pesadez que me oprimía.

—Alguien vino a visitarme. ¿Lo sabía?

—No, ¿quién fue?

Si no era por eso que me había advertido que cerrara bien las puertas y ventanas, ¿por qué lo había dicho? ¿Podía fiarme de verdad de la detective Leslie?

—No me dijo su nombre, pero era alto, de pelo oscuro, y me dijo que volvería a por mí si cambiaba mi declaración.

—¿Piensa cambiar su declaración?

—No, en absoluto. —No merecía la pena morir por Darren Kolze. Estaba cien por cien lista para seguir adelante y olvidar ese capítulo de mi vida.

—Bien. Si le soy sincera, el motivo es que el autor de los disparos, Darren Kolze, ha sido atacado en prisión. Está en estado crítico y todavía no sabemos si saldrá de esta. Creemos que ha sido un acto intencionado para silenciarlo, para asegurarse de que no se retracte de su declaración.

—¿Cree que intentarán silenciarme a mí? —pregunté con voz temblorosa.

Talia me puso una mano en el hombro, y la miré, tratando de transmitirle que la situación había ido de mal en peor.

—No lo creemos. Como ya ha recibido una visita, y si no cambia su testimonio, es probable que no corra peligro.

—¿Está segura? Si han ido a por Darren, ¿por qué no iban a ir a por mí?

—Puede que la consideren un cabo suelto menos importante —dijo, de forma poco convincente.

Después de la visita de aquel hombre aterrador, estaba claro que iba a cerrar la casa a cal y canto. No necesitaba que la detective me lo dijera. Pero quizá era como ella decía: yo era un cabo suelto menos importante. Si hubieran querido matarme, el hombre podría haberlo hecho cuando apareció en mi casa. Quizás la detective Leslie tenía razón. Quizás no estaba en peligro. O quizás me equivocaba al confiar en ella.

—¿Hay algo más que deba saber?

—Eso es todo. Puede llamarme en cualquier momento si algo le parece fuera de lo normal o si está preocupada.

—Vale, gracias. —Sacudí la cabeza y colgué, dejando el teléfono de nuevo en la encimera.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Talia.

Después de explicarle lo que me había dicho la detective, Talia sentenció:

—Te quedas aquí conmigo, y punto. No querrás estar sola. Ahora, si vienen a por ti, vendrán a por las dos. Haremos que instalen un sistema de seguridad de inmediato.

—No tienes que hacer eso por mí.

—Lo haré por ti, y por mí. Ya te lo he dicho, vamos a superar esto juntas. No estás sola en esto. Haré todo lo que pueda para protegerte, ¿vale?

Asentí, sabiendo que era mejor no discutir con mi insistente hermana mayor. Pero tenía razón. Sin duda, me sentía más segura con ella, en su casa con un sistema de seguridad, que sola en mi casa vacía, donde aquel hombre sabía dónde vivía.

26

MARTINA

Mis pasos resonaban por el pasillo vacío mientras me apresuraba hacia Ted, que estaba de pie junto a la puerta de la habitación de Darren en el hospital. Tras un rápido abrazo de saludo, le pregunté:

—¿Cómo lo lleva mamá?

Su expresión era sombría.

—Está hecha polvo, Martina. Nunca la había visto así. No sé qué hará si él no sale de esta.

Eso explicaba por qué estaba preocupado. Una alcohólica estresada, aunque llevara una década sobria, era un motivo de preocupación.

—Bueno, nos tiene a ti y a mí. La ayudaremos a superarlo. ¿Hay novedades?

—El médico ha dicho que la operación ha sido un éxito. Han podido detener la hemorragia. Creen que podría salir adelante. Tu madre no se ha separado de él desde que lo trajeron a la habitación.

Tras rezar una oración por Darren y por mi madre, le pregunté:

—¿Alguna idea de quién le ha hecho esto y por qué? —No es que no tuviera mis propias teorías, pero Ted había trabajado en las fuerzas del orden durante más de treinta años antes de jubilarse, así que estaba segura de que tendría viejos amigos que podrían darle información.

—He llamado al director de la prisión. Parece que sospechan de un miembro de la 98Mob.

Como era de esperar.

—¿Van a pedirle cuentas a alguien?

Ted frunció los labios y negó con la cabeza; la frustración era evidente en sus ojos.

—No, la misma historia de siempre: «nadie vio nada». En la cárcel no te chivas, pero corre la voz de que, en efecto, fueron los de la 98Mob.

—¿El director tiene alguna teoría sobre por qué fueron a por él? —No era habitual que una banda eliminara a uno de los suyos, a menos que se chivara o los traicionara.

—Esto no te va a gustar, Martina.

Cerré los ojos y me preparé para lo que se avecinaba.

—Ha sido por la investigación. Alguien se ha enterado. Querían asegurarse de que el caso siguiera cerrado. Es mucho más fácil con Darren muerto. Teniendo en cuenta que es mucho menos probable que la oficina del sheriff dedique tiempo a reabrir un caso cerrado con una confesión firmada por el sospechoso. Si estuviera vivo y lo hubieran condenado injustamente, y hubiera otro sospechoso, la historia sería distinta. Tendrían una buena razón para dedicar recursos a demostrar su inocencia.

Sabíamos que la 98Mob podría hacerle daño a Darren y al resto de nuestra familia, por las llamadas que recibí para que detuviera mi investigación.

—¿Han dicho cómo se enteraron de que estoy investigando el caso?

—Nada en concreto. Pero corre la voz de que algunos se están poniendo nerviosos de que alguien con tu historial de resolución de casos esté hurgando en sus asuntos. Has levantado ampollas. Y la teoría que se baraja es que están atando cabos sueltos.

Eso no era nada nuevo en mi mundo. Si alguien sabía de levantar ampollas, esa era yo. Pero esta era la primera vez que el crimen involucraba a un miembro de mi familia.

—Pero ¿por qué les importa? —pregunté, todavía sin poder creerme todo aquello.

—Nadie habla del «porqué», solo que no quieren que nadie reabra la investigación.

Aquello no me cuadraba.

—Gracias, Ted. ¿Le has contado algo de esto a mi madre?

—Sí.

—¿Y qué ha dicho? —¿Todavía quería que siguiéramos adelante con la vida de Darren en juego? ¿Y quizá también la de Candace, la testigo?

Miró hacia la entrada de la habitación justo cuando salía mamá, con los ojos rojos e hinchados. Corrí hacia ella y la rodeé con mis brazos. Al cabo de un momento, la solté y me dijo, con la voz ahogada por la emoción:

—Sigue dormido, pero está muy pálido. Odio todo esto, Martina. Me siento tan impotente.

Antes de que pudiera tranquilizarla, convencerla de que no dejaría de investigar y de que me aseguraría de que Darren estuviera bajo custodia protectora mientras estuviera en el hospital, se acercaron unos pasos. Miré por encima del hombro y me quedé de piedra.

Hacía mucho tiempo que no lo veía, pero era inconfundible. Metro ochenta y ocho, fornido, con el pelo oscuro encanecido en las sienes y esos ojos ambarinos. Clark. El parecido entre él y Darren era inconfundible. Me lanzó una rápida mirada antes de correr hacia nuestra madre.

—Clark, me alegro mucho de que estés aquí —exclamó mamá, con evidente alivio en la voz.

Sus ojos se desviaron hacia mí.

—Hola, Clark —dije, tratando de disimular la sorpresa en mi voz.

—Hola, hermanita —respondió él, con un matiz de calidez en el tono.

—Hola, Clark —intervino Ted, seguramente para llenar el silencio.

—Ted, ¿cómo va eso? —preguntó Clark mientras le estrechaba la mano—. Y bien, ¿sabéis qué ha pasado? ¿Quién ha sido?

Ted dijo:

—La policía todavía lo está investigando.

Con mi atención centrada en Darren y su afiliación a la banda, no se me había ocurrido investigar también a Clark. Pero tendría sentido que, si Darren traficaba para la 98Mob, Clark también lo hiciera. ¿Qué sabía él del asesinato de Toby June? Y, más apremiante, ¿qué sabía del intento de asesinato de Darren?

—A lo mejor tú puedes decirnos qué ha pasado. Estás más cerca de la calle que nosotros —sugerí con cautela.

Mi madre me fulminó con la mirada y dijo con severidad:

—Martina.

Aparté la vista, pero sabía que tenía razón al preguntar. No era ingenua respecto a lo que hacían mis hermanos. Clark me miró fijamente a los ojos y dijo:

—No me cuentan nada. Si lo supiera, lo diría.

Una oleada de emoción me recorrió. Clark parecía sincero, como si de verdad nos fuera a decir quién había herido a Darren. ¿Era posible que Clark también estuviera intentando cambiar de vida? Sus pupilas dilatadas sugerían lo contrario. Las bandas, o el crimen organizado, normalmente exigían a sus miembros lealtad a la banda por encima de todo. No era probable que sirviera de mucha ayuda, pero tenía que intentarlo.

—¿Podemos entrar a verlo? —pregunté, cambiando de tema.

—Han dicho que solo un minuto, pero tenía que verlo, Martina. Deberías hacerlo tú también —insistió mamá.

—Me gustaría —dicho esto, pasé por delante de Clark, lanzándole una mirada que pretendía transmitirle que no le quitaba ojo de encima.

Dentro, Darren yacía pálido y parecía al borde de la muerte, rodeado de tubos y luces parpadeantes. En ese momento, supe que tenía que impedir que esa gente fuera a por Darren, a por Clark, a por mi madre y a por la familia de cualquier otra persona.

Clark entró y se detuvo al borde de la cama. Bajó la cabeza y murmuró algo que no pude descifrar. Se acercó unos pasos más.

—No tiene buena pinta, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No, pero Ted dice que creen que saldrá adelante. La operación ha ido bien.

—Oye, Martina —dijo Clark en voz baja—, solo quería decir que me parece genial lo que estás haciendo, investigando esto. Pero si no paras, vendrán a por todos nosotros. A por ti. A por tu hija. A por mamá. Ni siquiera pueden verme hablando contigo. —Miró a su alrededor antes de completar su mensaje—. Hay gente muy mala metida en esto, Martina.

—¿Por qué lo hicieron? ¿De verdad Darren mató a Toby?

Bajó la mirada.

—No puedo decir más. Ya he dicho demasiado. Tal y como están las cosas, estar aquí ya es un riesgo.

Si Clark estaba metido en la 98Mob, entendía los riesgos que corría al venir a ver a Darren y hablar con nosotros. Me dolía el corazón al pensar que mi hermano podía perder la vida por hablar conmigo.

—Entiendo. ¿Estás a salvo?

—Por ahora. ¿Tú estás bien? Mamá dice que Zoey se va a la universidad y quiere conocerme.

Una oleada de emoción me invadió. Era extraño cómo mis hermanos y yo habíamos pasado tanto tiempo separados, nuestros caminos llevándonos en direcciones opuestas, y aun así, en el fondo, no importaba. Éramos familia y el amor que sentía por ellos nunca podría extinguirse. Y nunca podría dejar de desearles lo mejor y, a pesar de mi buen juicio, mantenía un ápice de esperanza de que algún día podríamos volver a ser una verdadera familia.

—En general, las cosas van bien. Y sí, desde el caso de Darren, Zoey ha sentido curiosidad por sus tíos.

—Entiendo que no la quieras cerca de nosotros. Si yo fuera tú, tampoco la querría, especialmente ahora.

—Si necesitas ayuda para salir, tengo recursos. Y tienes gente que te quiere y que te ayudará.

Negó con la cabeza.

—Con esta gente no, Martina. Tienes que tener cuidado, mucho cuidado. —Me dio una palmada en el hombro y salió.

Le oí intercambiar unas palabras con mamá y Ted, y luego el débil sonido de sus pasos alejándose cada vez más. Mi mirada volvió a posarse en Darren, que había intentado cambiar de vida y casi la

pierde. Mi otro hermano era incapaz de salir de esa vida. Eso no cambiaba el hecho de que allí había amor. Y supe, en mi corazón, que Clark había arriesgado su propia seguridad al venir al hospital para advertirme de los peligros si seguía adelante.

27

MARTINA

Tras apretarle la mano a Darren, me aparté de su cama y volví al pasillo con mi madre y con Ted. Un par de enfermeros pasaron por nuestro lado antes de que mi madre preguntara con un hilo de preocupación en la voz:

—¿Te ha dicho algo Clark?

—Me ha dicho que tenga cuidado.

La mirada de Ted se cruzó con la mía, transmitiendo un entendimiento mutuo. Clark había venido al hospital para entregar un mensaje, y lo habíamos recibido alto y claro. ¿Cómo podía seguir adelante sin provocar un peligroso ataque contra mi familia?

—Pero ahora tienes que verlo, Martina. No se merece estar en la cárcel —insistió mi madre, con la voz llena de convicción.

—Puede que sí, mamá, pero esto es muy peligroso. Podrían venir a por nosotros, a por ti.

Ojalá tuviera más ayuda para investigar el caso. Ayuda policial, por ejemplo.

—¿Ha sabido algo de Hirsch? —preguntó Ted, interrumpiendo mis pensamientos.

—No —pero me habría encantado que me llamara—. ¿Qué podemos hacer para asegurarnos de que Darren esté protegido mientras esté aquí? Es probable que vuelvan a atentar contra él.

—El director de la prisión ha dicho que no hay mucho que hacer. No es testigo de la fiscalía. Es solo un preso.

¿En serio? ¿Solo nos preocupaba la seguridad de un preso si beneficiaba al Estado? —¿Pero alguien ha intentado matarlo. No puede tener su propia celda o algo así? ¿Sacarlo del módulo común?

—Normalmente, los presos de alto riesgo, como los antiguos agentes de la ley, van a aislamiento o los alojan en unidades especiales, pero aun así sigue habiendo riesgo.

—¿No puedes pedirle el favor a alguien? —preguntó mi madre.

—Bueno, mientras esté como está, se quedará en este hospital, y habrá un guardia aquí, como es lógico, ya que es un preso.

Pero ese guardia podría estar comprado. No era tan ingenua como para no pensar en funcionarios de prisiones corruptos. Era probable que los tentáculos de la 98Mob fueran muy largos y que pudieran sobornar fácilmente a un guardia para que hiciera la vista gorda mientras uno de los miembros de su banda terminaba lo que había empezado. A falta de otras opciones, dije: —Haré que alguien del bufete venga a vigilar. Mi gente se asegurará de que nadie se meta con él.

—Bien, eso te da más tiempo para encontrar la verdad, Martina, para sacarlo de la cárcel y ponerlo a salvo —dijo mi madre, con un destello de esperanza y determinación en los ojos.

—No estoy segura de cómo voy a hacerlo. No quiero que vayan a por Zoey o a por ti. O a por Clark.

—No podemos dejar que lo maten, ¿no? Es mi niño, Martina.

¿Sacrificar a toda tu familia por uno solo? ¿Haría yo lo mismo si estuviera en su lugar? —No sé qué hacer.

Ted, la eterna voz de la razón, sugirió: —Ha sido un día muy largo. ¿Por qué no nos lo tomamos día a día? Martina, tú y Zoey podéis quedaros con nosotros mientras resolvemos esto.

Antes de que pudiera responder, noté la vibración del móvil en el bolsillo. Al sacarlo, me invadió una sensación de alivio. Respondí al primer tono y me aparté un poco. —Hirsch.

—Hola, Martina. He oído lo de Darren. ¿Cómo está?

—Ha salido de la operación. Creen que se pondrá bien. —Alejándome un poco más, añadí—: Estoy en el hospital ahora

mismo. Pero me preocupa que vuelvan a por él.

—Probablemente tenga usted razón.

¿Sabía Hirsch algo? —Quería disculparme por lo del otro día. Yo...

Me interrumpió.—No se preocupe. Tenía que investigar algunas cosas, y creo que tengo algo para usted.

Sabía que no me fallaría. —¿De qué se trata?

—Venga mañana a la comisaría. Leslie se lo explicará todo.

El corazón se me aceleró. —¿De verdad?

—Sí. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar con Darren?

—Voy a poner a alguien del bufete a vigilarlo en el hospital, pero, después de eso, no tiene protección. Mi madre le está suplicando a Ted que pida algunos favores.

—Esperemos que pueda. Es tarde. Hablemos más mañana.

—De acuerdo, gracias, Hirsch.

—Tenga cuidado.

Nos despedimos y miré a Ted, asintiendo levemente con la cabeza. No sabía qué había encontrado Hirsch, pero tenía la sensación de que era importante. Solo esperaba que fuera suficiente para salvar la vida de mi hermano y mantener a nuestra familia fuera de peligro.

Volviendo junto a mi madre y Ted, dije: —Voy a hacer que venga alguien a vigilar su habitación, y luego volveré con Zoey.

Ted sacó una llave con un llavero verde del bolsillo y dijo: —Toma, una llave de casa. Llámanos para decirnos que has llegado bien, ¿vale?

La evidente preocupación de Ted no contribuyó en absoluto a calmarme los nervios.

28

MARTINA

Con Zoey a salvo en casa de mamá y Ted, me levanté temprano y, con mi taza de viaje en la mano, salí de casa para reunirme con Hirsch. Era un poco extraño e inquietante estar en la habitación de invitados de mi madre, con Ted y ella no muy lejos. Pero su casa estaba fortificada con un sistema de seguridad, y Ted, un agente entrenado, era una ventaja añadida. Era tranquilizador saber que había alguien en quien confiar si traspasaban nuestro perímetro. A pesar de echar de menos la comodidad de mi propia cama, por el momento, aguantaría.

Al llegar a la recepción de la comisaría del sheriff del condado de CoCo, saludé con la mano a una cara conocida.

—Martina, ¿qué tal estás? Creo que no te he visto desde que tú y Hirsch cerrasteis el caso de Eliza Mitchell.

—He estado trabajando en otro caso. Me alegro de verte —le dije a la recepcionista antes de seguir hacia el despacho de Hirsch. Sorprendentemente, estaba solo, a pesar de haberme dicho que Leslie estaría allí. Me hizo un gesto para que entrara—. Hola, Hirsch.

—Hola, Martina, ¿cómo está tu hermano?

—Bueno, ha pasado la noche. Los médicos dicen que es buena señal. Mamá y Ted nos alojan a Zoey, a Barney y a mí.

—Tan preocupado está Ted, ¿eh?

—Lo estamos todos.

—Esperemos que Leslie pueda arrojar algo de luz sobre todo esto.

—¿Qué te ha contado?

—Dejaré que la interrogues tú. Ella puede explicarlo todo.

Tras echar un vistazo a su ordenado despacho, pregunté:

—¿Dónde está?

—Se reunirá con nosotros en la sala de conferencias, con su representante del sindicato al lado.

Representante del sindicato. Confirmaba lo que Vincent y yo sospechábamos. Hirsch estaba investigando a Leslie, pero no podía revelármelo, y probablemente había involucrado a Asuntos Internos. Estaba a punto de descubrir todo lo que Leslie había hecho mal y por qué. Recé para que nos diera lo que necesitábamos para poner fin a esta locura, para volver a nuestras vidas normales, en las que mi familia no sufría ataques y yo no visitaba prisiones y hospitales para ver a mi hermano.

—¿Puedo preguntarle lo que quiera?

—Ha accedido a responder a todas y cada una de las preguntas que tengas. Ha prometido ser sincera. La continuación de su empleo depende de ello.

Vaya. Hirsch se lo estaba tomando muy en serio. No debería haber dudado de él.

Se levantó y yo lo seguí a la sala de conferencias. Por el camino, me dijo:

—Si Zoey o tú necesitáis algo, házmelo saber.

—Gracias —respondí, sabiendo que lo decía de verdad.

Llegamos a la sala donde esperaba la detective Leslie. Tenía el rostro compungido y cubierto de vergüenza. A su lado se sentaba una mujer con un traje que le quedaba mal, probablemente la representante del sindicato, lo que confirmó su tarjeta de visitante.

Hirsch nos presentó. —Señora Daniels, esta es Martina Monroe. Es consultora aquí en el condado de CoCo y una de las dueñas de Drakos Monroe Security & Investigations.

Nos dimos la mano y le entregué mi tarjeta de visita. —Encantada de conocerla —dije, con un tono teñido de curiosidad—.

Hola, detective Leslie.

Con una mirada sincera en los ojos, respondió:

—Hola, Martina.

Hirsch, sentado a mi lado, comenzó. —Como todos los presentes en esta sala saben, estamos aquí para tratar el tiroteo de Toby June. Martina ha estado investigando el asesinato porque su hermano, Darren Kolze, se declaró culpable del tiroteo. Ha estado verificando los hechos del caso y ha encontrado incoherencias y procedimientos que no se siguieron. Abro ahora el turno de palabra a Martina para que le haga preguntas a la detective Leslie sobre el caso.

Asentimientos de acuerdo circularon por la sala.

—Martina, tienes la palabra.

Leslie se enderezó en su silla.

Allá vamos. —En primer lugar, gracias por reunirse conmigo. Este caso es personal, ya que involucra a mi hermano. No lo había visto ni había hablado con él en veinte años hasta su detención. Como saben, Darren se declaró inocente al principio y me pidió ayuda. Pero me sorprendió que, después de resolver otro caso en el que estaba trabajando, se hubiera declarado culpable y hubiera aceptado una condena de veinticinco años.

Las cabezas se inclinaron por la sala, dándome a entender que todos estaban al tanto. Continué: —Mi madre me pidió que investigara el caso. Cuando revisé el expediente, era más escueto de lo que habría esperado, y pronto comprendí por qué. La primera incoherencia que encontré fue con respecto al móvil del tiroteo. Se afirmaba que era una guerra territorial entre dos grupos de traficantes, pero cuando hablé con los agentes de narcóticos Rourke y Kiva, me dijeron no solo que Darren y Toby eran ambos traficantes para la 98Mob, sino que la detective Leslie nunca los consultó. No había nada que corroborara el móvil. La segunda incoherencia la encontré cuando interrogué a Candace Mason, la única testigo ocular, y describió cómo identificó al sospechoso en una rueda de reconocimiento, y estaba claro que no se siguió el procedimiento. Me gustaría pedirle a la detective Leslie que explique estas dos incoherencias e incumplimientos del protocolo.

La detective Leslie asintió. —Antes de explicar eso, tengo que ponerla en antecedentes. Tengo un hijo, Ethan. Tiene veintitrés años. Hace unos años, empezó a consumir drogas; pastillas con receta, al principio. Lo metí en rehabilitación, pero recayó repetidamente. Hace un año, desapareció. Llevaba dos días fuera, lo cual era inusual. Fui a buscarlo y lo encontré drogado en un parque, rodeado de consumidores y traficantes. Lo retenían porque debía dinero. Ese día conocí a su camello, pagué sus deudas y me lo llevé a casa. Ese camello se convirtió en un informante confidencial para mí. Es miembro de la 98Mob.

Sabía que tenía que haber una razón para que Leslie rompiera el protocolo.

Hizo una pausa y luego dijo: —El día que le dispararon a Toby June, recibí una llamada del informante confidencial. Afirmaba saber quién le había disparado a Toby, que lo había visto todo. Me dijo que vio a Darren Kolze dispararle a Toby. Así es como acabé con las fotos de ficha policial: una de Darren Kolze y otras cinco de conocidos pandilleros hispanos. El informante confidencial me dijo que hiciera obvio que era un hombre blanco, Darren en concreto.

—¿Cómo respondió la testigo ocular a la serie de seis fotos? ¿Le explicó que el sospechoso podría no estar incluido en las fotos?

—No, no le dije eso. No quería arriesgarme a que no eligiera a Darren. Solo tardó unos diez segundos en señalarlo —relató Leslie, con la voz teñida de alivio—. Me sentí incómoda al usar un soplo no tan anónimo y romper el procedimiento, pero ella lo identificó de inmediato.

Eso no era un buen presagio para Darren, a menos que Candace estuviera conectada de alguna manera con la 98Mob. —¿Y el móvil? ¿Cómo se le ocurrió?

—El informante confidencial volvió a llamar, proporcionando el móvil. Me dio instrucciones de no confirmarlo con narcóticos ni hablar del caso con nadie más, y de no interrogar a más testigos. Dijeron que ellos se encargarían del resto.

—¿Y usted simplemente lo aceptó? —pregunté, notando que las lágrimas se escapaban de los ojos de Leslie.

—No al principio —admitió Leslie, con la voz quebrada—. Me pusieron a mi hijo al teléfono. Lo tenían y amenazaron con matarlo. Cedí. Traje a Darren. Como recordará, le permití hablar con él. Luego confesó, y pensé que todo estaba resuelto. No seguí el protocolo. Debería haber interrogado a la familia de la víctima, rastreado el parque donde lo mataron y hablado con narcóticos para confirmar el móvil. Lo siento muchísimo.

—¿Le disparó Darren a Toby June?

—Sinceramente, no lo sé —admitió Leslie—. Supuse que sí cuando la testigo ocular lo eligió de la serie de fotos y mi informante confidencial lo identificó. Luego, unos días después de su arresto, se declaró culpable. Las instrucciones del informante confidencial eran extrañas, pero no había considerado que pudiera ser una encerrona o algo que no fuera la verdad.

¿Confió en la persona que había secuestrado a su hijo y amenazado con matarlo? —¿Qué le hizo pensar finalmente que el informante confidencial no estaba siendo sincero?

—Usted —dijo Leslie—. Narcóticos se me acercó, preguntando por qué no se les había consultado y me dijeron que el móvil era erróneo. Toby y Darren estaban ambos en la 98Mob. El informante confidencial me había mentido sobre el móvil. Así que empecé a preguntarme sobre qué más había mentido. Y la testigo ocular parecía bastante creíble, pero, sinceramente, ya no lo sé.

—Pero usted sabe que la única prueba física de que Darren estuvo siquiera cerca de Toby fueron las drogas en su bolsillo. Y ahora que sabemos que trabajaban juntos, esas drogas podrían haber venido de cualquier otro día. No ha encontrado el arma, y no hay ninguna prueba física que vincule a mi hermano con el asesinato en sí. Además, solo tuvo una testigo ocular. Ya sabe lo poco fiables que pueden ser. —La incredulidad teñía mi tono—. ¿No se le ocurrió cuestionarlo?

—Sí —reconoció Leslie, con la voz cargada de arrepentimiento—. Pero como he dicho, Martina, todo encajaba en ese momento. El informante confidencial dijo que fue Darren, la testigo ocular identificó a Darren y el propio Darren confesó. Si no hubieran amenazado a mi hijo, habría profundizado más, atado todos los

cabos. Ya conoce el procedimiento. Pero sí lo amenazaron. Sentí que solo tenía una opción, o podría perder a mi hijo.

Nunca tuvo sentido que Leslie llevara una investigación de homicidio de forma irregular, pero considerando que amenazaron a su hijo, sus acciones encajaban. Pero tenía otras opciones. Podría haber acudido a Hirsch. —Necesito saber más sobre la 98Mob. Son ellos los que señalaron a Darren. ¿Por qué delatarían a uno de los suyos?

Su historia planteaba aún más preguntas sobre la culpabilidad de Darren.

Leslie se encogió de hombros. —Sinceramente, no lo sé.

Hirsch, que había estado escuchando atentamente, inclinó la cabeza y dijo: —Martina, tienes razón, no tiene sentido. Reabriremos el caso.

Mis ojos se encontraron con los suyos y me dedicó un gesto tranquilizador.

—¿Qué significa eso para la confesión de Darren?

—Bueno, como has dicho, no podemos corroborar con pruebas físicas que él fuera el autor material del disparo. Necesitamos hablar de nuevo con el informante confidencial secuestrador y chantajista, y con la testigo ocular. Empezamos desde el principio.

Mi pozo de esperanza se volvió a llenar. Había recuperado a mi compañero. Nunca debí dudar de él. Si había alguien que fuera un proveedor de la verdad y la justicia, ese era Hirsch. Y nosotros dos —no, los tres, incluyendo a Vincent— encontraríamos la verdad.

29

MARTINA

ANTES DE LANZARME A HACER preguntas sobre Candace Mason y la identidad del informador, le dije a Hirsch que necesitaba un momento y salí de la sala para llamar a Vincent. Mi mente era un torbellino por las revelaciones de la detective Leslie, pero no podíamos seguir sin Vincent. Era un miembro crucial de nuestro equipo. Su agudeza y su forma de pensar poco convencional eran esenciales para formular las preguntas adecuadas, y quería que escuchara la historia de Leslie de primera mano. Con el móvil en la oreja, esperé con ansiedad a que Vincent respondiera.

—Hola, jefa, ¿qué pasa?

—Pues han pasado bastantes cosas —respondí, con la voz cargada por el peso de los acontecimientos de la mañana. Procedí a detallarle todo lo que había averiguado de la detective Leslie, incluida la noticia inesperada de que Hirsch iba a reabrir el caso.

—Vaya, menuda mañana has tenido.

—Ni que lo digas. ¿Puedes venir para el resto del interrogatorio?

—Sí, señora. Dame quince minutos.

Señora. Esa es nueva. —Nos vemos cuando llegues —dije, y colgué. Respiré hondo para ordenar mis ideas antes de volver a mirar hacia la puerta. La situación era extraña, no porque no me hubiera encontrado antes con agentes del departamento del sheriff

que ocultaran cosas, sino porque implicaba a una amiga. Alguien de quien nunca habría sospechado que fuera capaz de hacer la vista gorda ante un posible encubrimiento de homicidio y una trama de secuestro.

Sin estar segura de la inocencia de Darren, veía que varias piezas empezaban a encajar, pero también había más preguntas que nunca. Por ejemplo, ¿por qué lo delataría un miembro de su propio equipo? ¿Y por qué mataría Darren a alguien que no solo estaba en su equipo, sino que también era su amigo?

De vuelta en la sala de reuniones con Vincent a mi lado, nos presentamos e intercambiamos saludos. Vincent rompió el hielo abordando un punto crucial. —Martina me ha contado lo que ha pasado y supongo que una cosa que no he oído es la identidad del confidente y dónde podemos encontrarlo…, pero ya.

Tenía razón. El confidente, el que lo había empezado todo, sería nuestro objetivo. Leslie respondió: —Lo llaman Ace.

¿Porque siempre tenía un as en la manga? —¿Cuál es su nombre real?

—Anthony Hernandez. Tiene antecedentes. Puede buscarlo.

—¿Por dónde se mueve? —inquirió Vincent.

—Por uno de los parques de Bay Point. Solía parar en el parque donde mataron a Toby, pero cambió de sitio cuando lo ascendieron. Puedo darle la dirección de su territorio.

—¿Ascendido…, como dentro de la organización de los 98Mob?

—Sí.

¿Cómo de grande era la organización de los 98Mob? —¿Qué más sabe de él?

—Eso es todo. Solo sé lo del ascenso porque se jactaba de ello cuando llamó y me dijo que fuera a recoger a mi hijo.

Ace parecía un auténtico encanto. Traficante. Secuestrador. Chantajista. Sonaba a que necesitaba pudrirse entre rejas.

Volviéndome hacia Hirsch, dije: —Deberíamos hacer que unos agentes recogieran a Ace y lo trajeran para interrogarlo.

Antes de que Hirsch pudiera responder, Leslie dijo: —Obviamente voy a ayudar en todo lo que pueda, pero me preocupa que vayan a saco.

—¿Qué le preocupa? —pregunté.

—No solo mi hijo, Ethan, sino también mi seguridad y la suya, Martina, y la de su familia. Sé que fueron a por Darren.

En ese momento, no sabíamos si Leslie estaba siendo sincera y contándonos toda la historia o si su preocupación por la seguridad de su hijo la estaba llevando a tomar medidas desesperadas. Pero su preocupación parecía legítima. —¿Y Candace Mason, la testigo ocular? ¿Le preocupa ella?

Leslie desvió la mirada y dijo: —No lo sé. Si de verdad vio a Darren disparar a Toby, no debería pasarle nada.

¿Por qué no podía mirarme a los ojos? —¿Tiene motivos para creer que no fue así?

—Aparte de todo este lío, no.

Mirando a Hirsch, pregunté: —¿Dónde está su hijo ahora?

—Ethan debería estar en casa. Sigue consumiendo. Ojalá pudiera conseguir que se desintoxicara, pero parece casi imposible.

—Es un testigo. Conoce a Ace y quizá sepa otras cosas también. A lo mejor, si lo traemos, estará a salvo y podremos averiguar qué sabe de los traficantes.

—Se lo agradecería, Martina —dijo Leslie, con evidente alivio en la voz.

Hirsch se puso de pie. —Haré que unos agentes recojan a Ace. Es probable que haya muchas razones para traerlo aquí. Iré a dar la orden de que recojan a Ace y a Ethan.

—¿Puedo llamarlo para que sepa que van? —preguntó Leslie con preocupación en la voz.

Hirsch dudó antes de responder: —No creo que sea buena idea, Leslie.

—Tiene razón. Solo me preocupaba que se asustara. Pero si alguien se enterara de que le estaba avisando, podrían ir a por él —admitió Leslie.

—Exacto —afirmó Hirsch—. Estaré en mi despacho —dijo, y salió de la sala.

Si conseguíamos detener a Ace y hacerle hablar, podría ser la clave para resolver el caso.

Crucemos los dedos.

Con la puerta cerrada, Vincent le pidió a Leslie que le contara de nuevo todo lo que nos había dicho hasta ese momento. Era una táctica para encontrar inconsistencias en su declaración y ver si podía aportar alguna información nueva.

Después de que confirmara su historia original, dije: —¿Sabe algo más sobre el tiroteo de Toby June? ¿Alguna pista de por qué lo mataron en realidad? ¿Por qué delatarían a Darren y luego intentarían eliminarlo?

—Eso es todo lo que sé. Ace amenazó a mi hijo y me forzó la mano. Me dijo lo que tenía que hacer y no hice preguntas. Lo lamento. De verdad que sí —dijo Leslie con un deje de remordimiento en la voz.

—¿Y qué sabe de Candace Mason? —sondeó Vincent.

La detective Leslie dijo: —No mucho. Sé que debería haber investigado sus antecedentes. La primera vez que la vi fue cuando la recogí en el hospital el día del tiroteo. Charlé un poco con ella sobre cómo se encontraba, ya que estaba bastante alterada, pero una vez en comisaría, la interrogué sobre lo que vio, ni más ni menos. Me dijo que vio al tirador apuntar a Toby con el arma y efectuar un solo disparo.

—¿No le preguntó por qué estaba en el parque ese día? —preguntó Vincent.

—No, para cuando la recogí, yo estaba nerviosa y ella también. Quería acabar con todo aquello cuanto antes. Cerrar el caso y recuperar a mi hijo.

Leslie estaba actuando bajo coacción.

—¿Sabía que Candace…? —estaba a punto de divulgar más información, pero me detuve, censurándome. Estuve a punto de explicar que sabíamos que el marido de Candace Mason era drogadicto y que Toby era su camello. Sin embargo, tampoco quería revelar que no podíamos localizar a Candace. Dada la incertidumbre

sobre la lealtad de Leslie, era importante ser cautelosa—. ¿Ha vuelto a contactar con Candace desde el día del tiroteo?

Leslie bajó la mirada al suelo.

¿Qué era eso? —¿Leslie?

Me miró directamente. —Un par de veces.

—¿Cuál fue el motivo de esos contactos?

—Le pedí que viniera para la rueda de reconocimiento, le comuniqué que el caso estaba cerrado y le dije que no necesitaría testificar en el juicio.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?

—Anteayer.

No tenía sentido. El caso llevaba seis meses cerrado. Y también significaba que Candace no estaba desaparecida. —¿Por qué habló con ella?

—Después de enterarme de que habían atacado a Darren, la llamé para advertirle que tuviera cuidado.

—¿Por qué? Creía que había dicho que si de verdad vio a Darren disparar a Toby, no le pasaría nada. —¿Nos estaba contando Leslie todo o solo partes?

—Por si los 98Mob iban a por ella también.

Algo no cuadraba. —¿Cómo reaccionó ella?

—Dijo que alguien ya se le había acercado. Le dijo que no cambiara su testimonio o volvería.

¿Acaso Leslie no iba a contarnos esto? ¿Qué más no nos estaba contando? —¿Sabía quién era?

—No. Solo que era alto y con el pelo oscuro.

¿Como su descripción del tirador de Toby? Había algo raro en la implicación de Candace. Si de verdad vio a Darren disparar a Toby, ¿por qué a alguien le preocuparía que pudiera cambiar su testimonio? Teníamos que conseguir que Candace viniera a la comisaría y volver a interrogarla. —No tengo más preguntas para la detective Leslie. ¿Y tú, Vincent? —le pregunté, volviéndome hacia él, esperando que tuviera uno de sus momentos de lucidez.

—Supongo que no hay más detalles sobre el confidente, su motivo o sus socios que pueda contarnos, ¿verdad? —preguntó Vincent.

Leslie bajó la cabeza. —No. Pensé que cuanto menos supiera, mejor.

—En ese caso, diría que hemos terminado aquí —concluyó Vincent.

30

MARTINA

Fuera de la sala de reuniones, pregunté:

—¿Qué opinas de eso?

Vincent arrugó la cara.

—Siento decirlo, pero no estoy seguro de que nos esté contando todo. Como el hecho de que llamó a la testigo presencial y se enteró de que la habían amenazado, pero no nos lo dijo hasta que le preguntamos específicamente por su última conversación con Candace. No me ha gustado nada.

—A mí tampoco.

—Tenemos que traer a Candace para interrogarla. Me da la sensación de que ella tampoco está contando toda la verdad.

¿Puede alguien, por favor, empezar a contarnos toda la verdad?, pensé.

—¿Crees que está metida en lo de la 98Mob o que la están amenazando?

—Ni idea. Pero sospecho.

—Ya. Vamos a hablar con Hirsch y a decirle que tenemos que traerla y averiguar si ya han detenido a Ace.

—Buen plan, jefa.

«Jefa» era mejor que «señora».

Nos dirigimos al despacho de Hirsch, pero antes de llegar lo vimos inmerso en una conversación con Rourke y Kiva. La expresión en la cara de Hirsch cuando nos miró no fue nada tranquilizadora. Desde luego, no transmitía la sensación de que estuviera a punto de ser el portador de buenas noticias. Nos hizo un gesto para que nos uniéramos a ellos.

—¿Queréis las buenas o las malas noticias? —preguntó Hirsch, con un tono que indicaba que la situación era grave.

No me gustó cómo sonaba eso.

—¿Qué pasa?

—Estaba poniendo al día a Rourke y Kiva sobre el caso —empezó Hirsch, explicando que les había informado de nuestra decisión de enviar a los uniformados a detener a Ace—. Me han dicho que no hace falta. Saben exactamente dónde está. Esas son las buenas noticias.

—¿Ya está detenido? —se me escapó la pregunta, esperando que esa fuera la segunda parte de las buenas noticias.

Hirsch soltó un suspiro cansado.

—No. Está muerto.

Y esas eran las malas noticias.

Ace estaba muerto.

Darren yacía inconsciente en una cama de hospital.

El paradero de la novia de Darren era desconocido.

¿Qué podíamos averiguar de Candace y del hijo de Leslie, Ethan? ¿O desaparecerían ambos antes de que pudiéramos hablar con ellos también?

—¿Cuándo ha muerto?

Kiva dijo:

—Han encontrado su cuerpo hace treinta minutos. Le han asignado el caso a Jayda. Nos ha llamado después de que un testigo le diera a entender que estaba con la 98Mob.

—¿Algún testigo? ¿Alguna idea de quién lo ha matado?

—Jayda dice que nadie suelta prenda.

Miré a Hirsch y a Vincent.

—Hay algo muy podrido en este caso —dije, sintiendo una creciente inquietud—. Todo el que está relacionado con el asesinato

de Toby June está muerto o inconsciente. La testigo presencial es nuestra única pista con vida.

Hirsch dijo:

—Pero ¿no había otros dos testigos en la escena del crimen de Toby June cuando llegaron los primeros en responder?

—Sí, pero dijeron que no vieron el tiroteo. Y ambos testigos dieron números falsos. Los nombres también podrían serlo.

Hirsch miró a mis dos agentes de narcóticos favoritos y dijo:

—Creo que va siendo hora de que nos enteremos de todo sobre la 98Mob.

Vincent añadió:

—He llamado al grupo de trabajo del FBI contra el crimen organizado. Nos han ayudado antes, puede que puedan hacerlo de nuevo.

Rourke dijo:

—Nosotros también podemos contactar con los federales. Vigilan a la 98Mob y tenemos reuniones periódicas. Pero, mientras tanto, podemos darles una visión general de la organización de la 98Mob.

—Esto se complica más cada día —dije, dándome cuenta de la magnitud de la situación—. También quiero saber si mi hermano Clark está metido en todo esto.

Rourke y Kiva intercambiaron una mirada.

—Nos preguntábamos cuándo preguntaría por él.

—Lo pregunto ahora —dije con firmeza.

—Él también está metido. organicemos una reunión con el resto de nuestro equipo y lo repasaremos todo. Veré quién está disponible y si puedo localizar a los federales. Si tienen alguna operación en curso, puede que sepan por qué mataron a Toby y Ace y por qué ordenaron matar a Darren.

Y con eso, supe que llegaríamos al fondo del asunto con la ayuda de la división de narcóticos del condado de CoCo y la mitad de la antigua Unidad de Casos sin Resolver.

El equipo volvía a reunirse.

Después de que Rourke y Kiva se fueran a toda prisa para reunir al equipo, me volví hacia Vincent y Hirsch y dije:

—Tenemos algo de tiempo hasta que nos den los detalles sobre la 98Mob. Aprovechémoslo bien.

Vincent esbozó una sonrisa cómplice.

—Ya sé con quién me gustaría hablar.

—¿Con cierta testigo presencial que desaparece?

Hirsch asintió.

—Busquemos una sala y llamémosla. Yo, por mi parte, quisiera llegar al fondo de todo esto.

—Lo mismo digo —. Cuanto antes pudiéramos encajar todas las piezas, antes estaría a salvo mi familia.

31

CANDACE

Sujeté las solapas de la caja mientras Talia la sellaba con una tira de cinta de embalar. Con una sonrisa, dije:

—Creo que esta es la última.

—Genial, ahora podemos llevarte a mi casa. Ya han instalado el sistema de seguridad y la habitación de invitados ya es tuya. Solo nos queda cargar los coches e instalarte.

—Muchas gracias por tu ayuda.

—Para eso están las hermanas —dijo con una cálida sonrisa.

Ayer, tenía las emociones totalmente descontroladas después de la llamada de la detective Leslie, en la que me dijo que tuviera cuidado. Como si el hombre que apareció para amenazarme no hubiera sido advertencia suficiente. ¿Era la detective una poli corrupta? ¿Por qué me dijo que no hablara con Martina Monroe? ¿Fue porque Martina era la hermana de Darren o porque a la detective le preocupaba lo que Martina pudiera descubrir? No importaba. Iba a dejar atrás todo aquello. No pensaba mirar atrás. Aunque reabrieran el caso, me limitaría a decir exactamente lo mismo que había dicho antes. Sin problemas. Borrón y cuenta nueva.

Me sonó el móvil y Talia preguntó:

—¿Esperas alguna llamada? —Su tono era excesivamente protector.

¿Quién podía ser? Quizá del trabajo.

—No.

—¿Quieres que lo coja yo por ti?

—Claro.

Talia contestó:

—¿Diga? No. Soy su hermana. —Hizo una pausa, luego bajó el teléfono y susurró—: Es Martina Monroe.

Negué enérgicamente con la cabeza y ella respondió al teléfono:

—No, lo siento, Candace no está disponible en este momento. ¿Quiere que le deje un recado? —Talia me miró fijamente, con expresión preocupada—. De acuerdo, le daré el recado.

A pesar de mi recién descubierto optimismo, el corazón se me aceleró y me pregunté por qué llamaba Martina Monroe. ¿Qué quería? ¿Debería decírselo a la detective Leslie? Pensándolo bien, no quería involucrarme más.

—¿Qué quería?

—Dijo que era importante que la llamaras cuando tuvieras un momento.

—Pues, señorita Monroe, lo siento, pero no tengo ningún momento para devolverle la llamada —mascullé entre dientes.

—Es la hermana del que disparó, ¿verdad?

—Sí, la detective me dijo que no hablara con ella.

Antes de que pudiera describir la intensidad de la conversación que tuve con Martina Monroe en el hospital, mi móvil volvió a sonar. Le hice un gesto a Talia para que contestara.

—¿Diga? No, me llamo Talia. Soy la hermana de Candace. —La boca de Talia se abrió de par en par y me lanzó una mirada mucho más seria que cuando había llamado Martina Monroe—. Vale, eh, sí, aquí está. —Bajó el teléfono y dijo—: Es un sargento de la Oficina del Sheriff del condado de CoCo. Creo que deberías hablar con él. No creo que debas evitar hablar con la policía.

Sintiendo una mezcla de miedo y culpa crecer en mi interior, dije:

—Vale, dame el teléfono. —Me enderecé y me lo llevé a la oreja —. ¿Diga?

—Hola, Candace, soy el sargento Hirsch de la Oficina del Sheriff del condado de CoCo. ¿Cómo está hoy?

—Estoy bien, gracias por preguntar.

—Me alegro de oírlo. La tengo registrada como testigo en un tiroteo que tuvo lugar allá por febrero. ¿Es correcto?

—Sí, es correcto.

¿A dónde quería llegar? ¿Por qué llamaba? La detective Leslie sí que dijo que podrían reabrir el caso, y que todo lo que tenía que hacer era mantener la misma declaración que antes. Todo saldría bien. Este sargento debía de estar trabajando con la detective Leslie.

Dijo:

—Bueno, ha salido a la luz nueva información y vamos a reabrir el caso. Nos gustaría que viniera a la oficina del sheriff para que podamos hablar con usted. ¿Puede venir a la comisaría esta tarde?

—Hoy no me viene muy bien —fue lo único que se me ocurrió decir, una forma de ganar tiempo, sin ganas de volver a la comisaría del sheriff. Sacudí la cabeza, dándome cuenta de que no tenía nada de qué preocuparme. Todo lo que tenía que hacer era decirles exactamente lo mismo que había dicho antes. No había razón para estar nerviosa.

—¿Podría venir mañana, o incluso el sábado? Cuando le venga mejor.

—Puedo ir mañana, claro.

—¿A qué hora?

Me encogí de hombros.

—A las cuatro y media.

—Genial, muchas gracias. Nos vemos cuando llegue. En recepción, pregunte por el sargento Hirsch y saldré a buscarla.

—De acuerdo, por supuesto.

La llamada terminó y respiré hondo. Todo lo que tenía que hacer era decirles lo que les había dicho antes. Darren era un asesino. Estaba exactamente donde se merecía estar, ¿no? No había razón para estar nerviosa o sentirse culpable.

—Quieren que vaya a la comisaría para hablar del caso. Lo van a reabrir.

Vi la preocupación en los ojos de Talia y entendí por qué.

—Tú haz lo que te dijo la detective Leslie. Todo saldrá bien.

Eso esperaba, desde luego. Si no era así, no sabía qué sería de mí. Tenía que mantenerme optimista y creer que todo saldría bien. Si me atenía a mi declaración, no volverían a visitarme hombres aterradores para amenazarme. Todo volvería a la normalidad en mi mundo. Eso esperaba.

32

MARTINA

PERPLEJA por que Candace no me cogiera la llamada, pero sí hablara con Hirsch, sospechaba más que nunca. No tenía sentido. Quizá pensó que tenía que hablar con Hirsch por ser policía, mientras que yo era insignificante. Fuera cual fuera el motivo, me fastidiaba.

—¿En qué piensas? —preguntó Hirsch.

—Es raro que Candace no me cogiera la llamada, ¿verdad?

Hirsch se encogió de hombros. —Puede ser.

Tres hombres altos y musculosos entraron en la sala: Kiva, Rourke y otro al que no conocía. Detrás de ellos iba Jayda. Se sentó a mi lado. —Supongo que no puedo librarme de vosotros dos —dijo en tono juguetón.

—Nunca —bromeé.

Kiva y los otros dos se sentaron. —Hola a todos. La mayoría ya conocéis a mi colega, pero para Martina y Vincent, este es Buck. Es un traslado reciente de Narcóticos de la Policía de Oakland. Lleva unos años trabajando en el caso de la 98Mob.

—Encantada de conocerte, Buck. Soy Martina, y este es Vincent.

Vincent se rio entre dientes. —¡Espero que nuestras identidades fueran obvias! Hola.

Buck sonrió de oreja a oreja. —Me lo imaginaba. No soy ningún novato.

Varias sonrisas aparecieron por la sala.

Hirsch se levantó. —Gracias a todos por reuniros aquí. Como ya sabéis todos, vamos a reabrir el caso del asesinato de Toby June. Toby June era un conocido miembro de la 98Mob, un camello de poca monta que trabajaba con su presunto asesino, Darren Kolze. El testimonio de la testigo ocular situó a Kolze en la escena del crimen, lo identificó como el autor de los disparos y, con su propia confesión, el caso se cerró.

Hubo asentimientos.

—Sin embargo, desde que nuestra querida y tenaz amiga Martina empezó a investigar el caso porque Darren es su hermano, ha hecho algunos descubrimientos inquietantes. Uno: no se consultó a Narcóticos sobre el móvil ni para recabar información sobre ambas partes. El móvil consta como una guerra territorial, pero Martina confirmó con Narcóticos que ambos hombres trabajaban para la 98Mob. Segundo: no había absolutamente ninguna prueba física que corroborara la confesión de Darren Kolze. El arma nunca se recuperó y no tenía residuos de pólvora cuando lo trajeron a comisaría. —Me miró, y asentí de acuerdo.

—Desde entonces hemos sabido que uno de los nuestros, el detective Leslie, fue chantajeado para que señalara a Darren Kolze como el autor de los disparos y que su chantajista le dijo que no entrevistara a ningún otro testigo ni hablara con otros departamentos. Como sabéis, no es así como trabajamos aquí. Debido a la ruptura del protocolo, reabrimos el caso. Ahora voy a dejar que Martina repase algunos puntos clave, y luego Narcóticos nos hablará de la estructura de la 98Mob. Después de eso, Jayda tomará el relevo y nos contará lo que sabe sobre el asesinato del informante, Ace, la persona que chantajeó a Leslie para que cerrara el caso.

Era un trabalenguas, pero un resumen genial de dónde nos encontrábamos. —Gracias a todos por trabajar en este caso. Como ha dicho Hirsch, es personal. Mi hermano fue acusado y se declaró culpable del asesinato de Toby June. Lo único que apuntaba a la culpabilidad de Darren era el testimonio de una testigo ocular que estaba en la escena. Ya hablaré más de ella.

Tras recibir los asentimientos, dije: —Bueno, empecé a investigar el caso porque recibí una llamada anónima poco después del arresto de Darren, diciendo que él no era el autor de los disparos. Y mi madre me suplicó que limpiara el nombre de Darren. No pudimos rastrear la llamada. Posteriormente, mi hermano se declaró culpable y me rogó que dejara de investigar el caso. Desde entonces, he recibido dos llamadas anónimas, imposibles de rastrear, diciéndome que deje de trabajar en el caso. Ahora mi hermano lucha por su vida en la cama de un hospital tras un intento de asesinato. Después de saber el papel de Leslie en la investigación, intentamos contactar con el confidente que la chantajeó, pero está muerto. Nuestras preguntas abiertas son: ¿por qué el confidente, Ace, alias Anthony Hernandez, un miembro de la 98Mob, delataría a Darren si él era el asesino? Y, como Toby es miembro de la 98Mob, ¿por qué iba a dispararle Darren? Por consiguiente, ¿por qué atacarían a Darren en la cárcel para matarlo, y por qué el confidente también habría sido asesinado? Mi instinto me dice que está pasando algo mucho más gordo de lo que sospechaba en un principio. Espero que entre nuestro equipo de Narcóticos y Jayda podamos arrojar algo de luz sobre lo que podría estar ocurriendo.

Vincent dijo: —Y, para añadir a eso, he llamado al grupo de trabajo de crimen organizado del FBI para ver qué saben. ¿Habéis podido hablar con ellos?

Kiva dijo: —Acabo de colgar con ellos y con la DEA. Les he dicho que estamos trabajando con vosotros. Os mandan saludos y dicen que si necesitáis algo más allá de lo que la DEA os está proporcionando, que llaméis. También me han dicho que se está cociendo algo gordo.

¿Cómo qué?

Hirsch dijo: —Buena transición. Todo tuyo, Kiva.

Kiva se levantó de su asiento y cogió un rotulador de pizarra. —Bienvenidos a 98Mob 101. Soy vuestro instructor, Kiva.

Se oyeron algunas risas antes de que continuara: —Vale, en la cima, tenemos al jefe de la banda, Jaime Ragnar, y lo llamo jefe porque está intentando crear su propio sindicato del crimen organizado. Ha creado una estructura típica del crimen organizado:

lugartenientes en la cúpula y unos cuantos niveles por debajo trabajando para ellos. Todo el dinero se recoge en los niveles bajos —tráfico de drogas, prostitución, y sospechamos que trata de personas—. Todo el dinero se filtra hacia arriba a través de los diferentes niveles, alimentando en última instancia los bolsillos del jefe, lo que lo convierte en un joven muy rico. Solo tiene treinta y cinco años.

¿Dónde encajaban Darren y Clark?

—Toby está en lo más bajo, Darren un nivel por encima. Ace, Anthony Hernandez, está dos niveles por encima de Darren; es un lugarteniente. Los federales empezaron a sospechar cuando tres de la 98Mob fueron asesinados o sufrieron un intento. Eso son tres de unos treinta miembros de la 98Mob.

¿Cómo encajaba Candace Mason? ¿Llegarían a eso? Esperaba que sí. —¿Qué han dicho los federales?

—Bueno, con las alarmas encendidas, los federales contactaron con sus colegas de la DEA. Resulta que hay rumores de que se está produciendo un golpe de estado secreto dentro de la 98Mob. A algunas personas no les gusta cómo el jefe está llevando las cosas. Jaime se cree la leche y está mosqueando a alguna gente. Gente muy mala y peligrosa. La teoría actual es que hay una división dentro de la organización y los que no están a favor del nuevo rey están siendo eliminados.

De nuevo, ¿cómo estaba involucrada Candace? —¿Quién es el nuevo rey?

—En este momento, esa es la pregunta del millón.

Jayda dijo: —Tiene sentido. No hubo testigos en la escena del asesinato de Anthony Hernandez, pero le dispararon una vez en la cabeza, igual que a Toby June. No se ha recuperado el arma. Balística está analizando la bala para ver si el arma se usó en algún otro crimen. Pero considerando que fue un golpe muy similar al de Toby June, suponemos que es un golpe de la 98Mob. De qué lado de la moneda, no está claro.

Vincent levantó las manos en el aire y dijo: —¿Estamos en medio de una guerra de mafias?

Kiva dijo: —Es muy posible. No sabemos de qué lado de la guerra estaban Darren y Toby. Pero si la DEA está en lo cierto, puede que Ace esté con el nuevo rey y se encargara de Darren y Toby, que están en el equipo de Jaime.

—Entonces, ¿por qué eliminar a Ace?

—Hay varias teorías. Una, Jaime lo eliminó como represalia por Toby y Darren. Dos, el nuevo aspirante a rey lo eliminó para silenciarlo. O tres, mi favorita, Ace fue asesinado como castigo por la reapertura del caso de June. Demasiado chapucero. Puede que el nuevo rey no sea misericordioso.

¿Era Darren parte del golpe? ¿Era él el que disparó? —Vale, supongamos que una de las teorías es correcta. A Toby June se lo cargaron porque está en el Equipo Jaime; si Darren lo mató, ¿no lo pondría eso en el Equipo Nuevo Rey? ¿Y Ace está en el Equipo Jaime? ¿Y luego lo mató el Equipo Nuevo Rey?

—Esto se está volviendo confuso —comentó Vincent.

Era confuso porque no parecía correcto. Solo había un escenario que encajaba en mi cabeza. Pero podría ser mi propia parcialidad deseando que fuera verdad. —O, seguidme el rollo. ¿Qué os parece esta teoría? Toby y Darren están en el Equipo Jaime. Ace está en el Equipo Nuevo Rey. A Toby lo mata uno de los hombres del nuevo rey, que luego incrimina a Darren. Amenazan a Darren para que se calle y cargue con la culpa o lo matarán a él también. El nuevo rey se pone nervioso y decide eliminar a Darren para que no pueda retractarse. O Jaime lo elimina como represalia por Toby. Ace podría ser un objetivo tanto para el nuevo rey como para el antiguo.

Kiva asintió. —Funciona… excepto por la testigo ocular.

Pero si la testigo ocular mintió, explicaría por qué habían aparecido en su casa para amenazarla, para asegurarse de que su declaración no cambiara. —Hablando de la testigo ocular. Es interesante. No consigo que nos diga por qué estaba en el parque ese día, pero hemos averiguado que su marido era drogadicto y Toby era su camello. No hay señales de que ella sea consumidora, pero era conocida por algunos camellos del parque. Dijeron que había estado allí para comprar para su marido hace seis meses. Él murió hace casi dos años.

—Vale, pues eso va a la columna de lo confuso. ¿Coopera?

—Conmigo no, ya no. Me reuní con ella, y cuando le pregunté por qué estaba en el parque ese día, salió corriendo. La llamé hace poco; no me lo cogió. Hirsch llamó unos minutos más tarde, habló con él y accedió a venir mañana para una entrevista. Me está evitando, pero ¿por qué?

—Otra pregunta en este caso de locos —dijo Vincent, añadiendo un poco de ligereza a nuestra conversación.

Hirsch dijo: —Podemos preguntárselo cuando venga. Asegurémonos de sacarle el máximo partido a esa entrevista. Si puede decirnos por qué estaba en el parque, quizá pueda decirnos si de verdad vio a Darren disparar a Toby. Parece que tenemos trabajo por delante.

—Una cosa más —dije—. ¿Dónde encaja Clark Kolze, mi otro hermano, en todo esto?

—Clark está al mismo nivel que Ace, alias Anthony Hernandez. O sea que no es un camello callejero. Es un lugarteniente, lo que significa que está profundamente involucrado.

Una inquietud se apoderó de mí. ¿Mi hermano era un lugarteniente en un grupo de crimen organizado? —Vino al hospital a ver a Darren. Me dijo que tuviera cuidado. ¿Alguna idea de en qué bando está, en el de Jaime o en el del nuevo rey?

—Todavía no sabemos los detalles. La DEA y el FBI tienen una operación en marcha, y con el número de cadáveres que están cayendo, se está convirtiendo en una máxima prioridad para ellos.

Vincent se rio entre dientes y negó con la cabeza. Toda la sala se giró hacia él.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunté.

—Si incriminaron a tu hermano, vaya, incriminaron a la persona equivocada, ¿eh? Nadie se mete con los amigos y la familia de Martina Monroe —dijo, sin parar de reír.

Hirsch sonrió de lado. —Ya te digo.

Era verdad. Si no hubiera sido por mi hermano y mi madre rogándome que investigara el caso, puede que nunca hubiéramos descubierto que realmente había una guerra interna en la mafia. Pero, ¿quién estaba en cada bando? ¿Estaban Darren y Clark en el

mismo bando? ¿Perdería a Clark en todo esto? Las guerras de bandas eran peligrosas, y no sabía si mi madre podría soportar perder a uno o a ambos hijos.

Jayda dijo: —Martina, tienes el don.

—Que da y no para de dar. —Y a veces desearía que no lo hiciera.

Hirsch nos hizo volver al tema. —Vale, la testigo ocular viene mañana por la tarde. Quizá pueda responder a algunas preguntas abiertas. ¿Qué tal si nos reunimos de nuevo después de que Narcóticos reciba una actualización de los federales y la DEA?

Buck dijo: —Os avisaremos en cuanto sepamos algo.

—Hasta entonces. —Solté un suspiro de alivio. No era solo yo quien investigaba este caso. No éramos solo Vincent y yo. Eran el FBI, la DEA, el departamento de narcóticos, Jayda y Hirsch. No había un equipo mejor. A punto de dar las gracias a todos y despedirme, me detuvo una llamada entrante. —Tengo que coger esto. —Me levanté y me aparté a un lado—. Hola, mamá. ¿Qué pasa? ¿Cómo está Darren?

—¡Está despierto!

Gracias, Señor. —Eso es genial, mamá.

—Le he hablado del caso y de que Hirsch lo ha reabierto.

—¿Qué ha dicho?

—Dice que hablará contigo.

Sin creérmelo, dije: —¿Estás segura?

—Sí. Ven a hablar con él, Martina.

Era un viaje largo. —¿Está Zoey con Ted?

—Sí. ¿Te parece bien si viene ella también? Tiene muchas ganas de conocerlo.

Miré a Hirsch, y me dirigió una mirada perpleja. —Déjame hablar primero con Darren. Si es sincero, Zoey puede visitarlo.

—¡Oh, Martina! ¡Gracias! ¡Te veo en unas horas!

Tras colgar, me acerqué a Hirsch y se lo expliqué.

Él dijo: —¿Quieres compañía?

—Sí.

—Deja que llame a Kim y le diga que llegaré tarde.

33

MARTINA

MIENTRAS CORRÍA POR LOS PASILLOS FRÍOS y estériles del Hospital del Condado de Marin, rezaba para que Darren se recuperara del todo y tuviera información útil para nosotros. Información que pudiera poner fin, o al menos arrojar algo de luz, a la multitud de preguntas que me atormentaban. Preguntas sobre su implicación con la 98Mob y si nuestra familia corría peligro.

Cuando nos acercábamos a la habitación de Darren, Hirsch dijo:

—¿Ese es uno de los tuyos?

—Pues sí. ¿Conoces a Otto?

—Creo que no. Parece formidable.

Era quedarse corto. Otto medía un metro noventa y tres, era rubio, de ojos azules y estaba cachas como un toro. Personalmente, no me gustaría enfrentarme a él, pero me alegraba de que se hubiera ofrecido voluntario para vigilar la habitación de mi hermano en el hospital y asegurarse de que no hubiera más atentados contra su vida.

Nuestros pasos resonaban en el pasillo mientras nos acercábamos a Otto. Le sonreí y lo saludé con la mano; me devolvió la sonrisa, observando a Hirsch con cautela, como si evaluara si era una amenaza.

—Hola, Otto, ¿ha estado todo tranquilo por aquí?

—Sí. Tu madre está dentro con tu hermano.

—Genial. Otto, este es Hirsch. Hirsch, este es Otto.

No hacía falta mucho más para las presentaciones. El equipo de Drakos Monroe Security & Investigations conocía a Hirsch, teniendo en cuenta que era uno de mis mejores amigos y mi compañero en el Departamento del Sheriff del Condado de CoCo.

—Encantado de conocerle, Hirsch.

—Igualmente. He oído que Darren está en buenas manos con usted aquí.

—Mi objetivo es servir —declaró Otto, con un tono que reflejaba su entrenamiento en las Fuerzas Especiales del Ejército, un rasgo común en Drakos Monroe. Con su tamaño y habilidad, nadie pasaría de él.

Al entrar en la habitación de Darren, vi a mi madre sentada a su lado, con los ojos cerrados, posiblemente rezando. Darren dormía, pero había una notable mejoría en su aspecto; un color saludable había vuelto a sus mejillas.

Los ojos de mamá se abrieron, y se agrandaron al ver a Hirsch.

—Oh, me alegro mucho de que estés aquí —susurró—. Se acaba de quedar dormido, pero como que entra y sale. Está cansado, como te puedes imaginar —añadió en voz baja.

Al oír la voz de mi madre, los ojos de Darren se abrieron con un parpadeo. Miró su mano, esposada a la cama, que tintineó ligeramente.

—Hola, Darren. He traído a un buen amigo mío para que hable contigo. Este es el sargento August Hirsch, del Departamento del Sheriff del Condado de CoCo.

—Mamá lo llama August —masculló Darren con voz ronca.

No era de extrañar que mamá hubiera hablado de Hirsch.

—Sí, tanto Zoey como mamá se refieren a él por su nombre de pila, pero yo soy incapaz. Para mí es solo Hirsch.

—Vale —respondió Darren, con la voz cascada, probablemente dolorida por el tubo de respiración que le habían introducido. Era un alivio verlo con un aspecto más humano.

—Me alegro de que estés despierto, y parece que vas a salir de esta, siempre y cuando nadie más venga a por ti —dije con un matiz

de advertencia en mis palabras.

Asintió muy levemente, una clara señal de su persistente debilidad. Sabía que cualquier conversación que tuviéramos debía ser breve, y tenía que hacer que valiera la pena. No parecía tener mucha energía y necesitábamos sacarle la mayor cantidad de información posible.

—Mamá me ha dicho que querías hablarme de lo que pasó. De quién intentó matarte. Y de lo que le pasó realmente a Toby.

Sus ojos se desviaron hacia Hirsch.

Dije:

—Sí, él tiene la autoridad para imputarte, pero teniendo en cuenta que ya te has declarado culpable, ¿qué tienes que perder?

—La vida —dijo en voz baja.

—Según nuestra conversación con el departamento de narcóticos, si no hablas con nosotros, no podemos ayudarte y tu vida se habrá acabado de todas formas. El hecho de que estés tumbado en esa cama de hospital lo demuestra —dije con naturalidad.

—Me parece justo —concedió.

Fue él quien dijo que estaba dispuesto a hablar. ¿Por qué le daba tantas vueltas al asunto?

—¿Quién te atacó en la cárcel?

Quizás quería hablar, pero se estaba dando cuenta de que sería más difícil de lo que esperaba. Le costaba encontrar las palabras, y no creía que fuera únicamente por su estado de salud.

—No puedo dejar que se sepa, no hasta que todo el mundo esté a salvo.

—No sé si conoces a Otto, que está de pie fuera de tu puerta, pero nadie va a pasar de él. Y tengo a todo un equipo igualito que él. No tienes que preocuparte por nosotros —le aseguré.

—Zoey.

—Ted está con Zoey, y tienen seguridad completa. Ted será un poco mayor, pero es un policía entrenado. Están bien —le aseguré a él y a mí misma.

Soltó un suspiro y dijo:

—Fue un tipo al que llaman Lil Jon. No es grande, medirá uno setenta. Lo conocía de la calle.

—¿Es de la 98Mob?

Darren asintió.

—Sí.

Hirsch garabateaba notas en su cuaderno, pero yo sabía que no olvidaría los detalles.

—¿Te dijo por qué te atacó?

—No. Solíamos ser amigos, o conocidos, al menos. Estábamos hablando, sin más. Ni siquiera lo vi venir.

—¿Sabes algo sobre gente que ya no quiere trabajar para Jaime Ragnar? ¿Quizá que busquen un nuevo jefe, un nuevo líder?

Se encogió ligeramente de hombros y luego hizo una mueca, lo que indicaba que incluso el más mínimo movimiento le causaba dolor.

Hirsch dijo:

—Tenemos razones para creer que hay una guerra interna en la 98Mob.

Darren frunció el ceño.

—No estoy seguro de eso. Quizá. Tendría sentido.

—¿En qué sentido? —inquirió Hirsch.

—Bueno, por el hecho de que estoy aquí, por el hecho de que me dijeron que si no me declaraba culpable, irían a por mi madre.

Mi madre ahogó un grito ante la revelación, y me volví hacia ella, ofreciéndole una mirada tranquilizadora.

—¿Tiene alguna idea de por qué harían eso? —preguntó Hirsch.

—No, pero no iba a arriesgarme.

Centrada de nuevo en Darren, dije:

—¿Quién te dijo que te echaras la culpa?

Darren exhaló profundamente, claramente preocupado por la idea de delatar a sus compañeros de banda.

—Fue Ace. Con él no se juega. —Sus ojos se cerraron, delatando su agotamiento por la conversación.

Con la esperanza de mantenerlo despierto un poco más, le revelé:

—Ace está muerto.

Abrió los ojos de golpe, sobresaltado.

—¿En serio?

Sin inmutarme, dije:

—Sí. —Al darle la noticia, esperaba infundir en Darren una sensación de seguridad, suficiente para que fuera sincero sobre el asesinato de Toby. Era el momento de la pregunta del millón—. ¿Le disparaste tú a Toby?

Movió la cabeza de un lado a otro.

—No lo hice. Y no entendía por qué me lo estaban cargando a mí. Nunca lo habría matado. Era mi colega.

Eso cuadraba con la entrevista de la madre de Toby.

—¿Viste cómo le disparaban a Toby?

—No el disparo en sí. Estaba al otro lado del parque cuando oí el tiro, pero corrí hacia Toby después. Vi a un tipo alto con pelo oscuro que se marchaba corriendo. Estaba demasiado lejos para verle la cara o saber si era blanco o hispano.

Era la misma descripción que había dado Candace.

—¿Sabes por qué alguien querría matar a Toby?

Volvió a negar con la cabeza.

—No. Quiero decir, sabía que Toby tenía problemas de dinero, como que le debía al jefe, eh, a Jaime. Pensé que quizás por eso se lo habían cargado, pero en realidad no tenía sentido. No es el estilo de Jaime matar a uno de los suyos por algo tan pequeño. Pero nunca se sabe.

Miré a Hirsch, que me dirigió una mirada que indicaba que estaba sorprendido por toda la información que Darren nos estaba dando, pero se notaba que no estaba del todo convencido de que fuera verdad. Y tenía todo el derecho a ser escéptico, teniendo en cuenta que mi hermano, de hecho, estaba involucrado en el crimen organizado.

Pero si lo que Darren decía era cierto, ¿cómo lo había identificado Candace en la rueda de reconocimiento?

—¿Tienes idea de por qué el testigo ocular habría dicho que tú eras el tirador?

Sacudió la cabeza.

—No, es raro. Recuerdo a esa mujer. Solía comprar para su marido. Pero quizá alguien la presionó, le dijo que tenía que elegirme a mí. No lo sé.

Era una posibilidad. Con suerte, era algo que Candace podría explicar cuando viniera a la comisaría al día siguiente.

—¿Tienes idea de quién me ha estado llamando con un teléfono anónimo e ilocalizable?

—Sinceramente, no la tengo. —Los ojos de Darren se cerraron una vez más.

¿Estaba evitando el contacto visual o se estaba quedando dormido de verdad? Mi madre me puso la mano en el brazo y me giré hacia ella.

Con ojos suplicantes, dijo:

—Está cansado, cariño. Es justo como te dije. Sabía que él no lo hizo, no Darren. Quizá deberías dejarlo descansar.

Una rápida mirada a Darren, y vi que sus ojos seguían cerrados.

—¿Ha vuelto a pasar Clark por aquí?

—No.

Clark estaba más arriba en la organización de la 98Mob. No tardé mucho en darme cuenta de que él podría ser el hermano que podría responder a más de nuestras preguntas. Porque si estaba tan metido en la 98Mob como creían el FBI y la DEA, sabía exactamente lo que estaba pasando dentro de la organización. Como si había luchas internas por un nuevo rey que intentaba robar la corona y, quizá lo más importante, quién estaba en cada bando. ¿Era Clark parte del bando que intentó matar a Darren? ¿Intentaría de verdad matar a su propio hermano?

34

MARTINA

ERA UN BARRIO AGRADABLE, con jardines bien cuidados y casas bien conservadas, sin duda una de las mejores zonas de la ciudad. No sabía exactamente qué me esperaba, pero me habría sorprendido menos un barrio ruinoso y destartalado. En retrospectiva, esa imagen no encajaba. Si mi hermano Clark ocupaba un puesto alto en la organización 98Mob, entonces tenía dinero. Y, por mi experiencia, cuanto más alto se está en la cadena alimentaria del crimen organizado, menos aparentaban llevar una vida delictiva. Era parte de la tapadera para mantener a todo el mundo protegido.

Me había costado convencer a mi madre para que me diera la dirección de Clark, pero al final cedió cuando le expliqué que podría ser el único que pudiera ayudarnos, aparte de la policía, por supuesto. Ayudó a que se decidiera cuando acepté permitir que Zoey visitara a Darren en el hospital, ya que estaría allí bastante tiempo. En cierto modo, era una bendición. Cuanto más tiempo lo tuviéramos en el hospital, más tiempo tendríamos para limpiar su nombre y conseguir que anularan su acuerdo de culpabilidad.

¿Qué pasaría entonces? No estaba segura de si mamá le dejaría instalarse con ella y con Ted, o si Ted querría eso. No era el momento de preocuparse por ello, y me di cuenta de que sería un buen problema que tener que resolver. Mi hermano, fuera de la

cárcel y en un nuevo camino de sobriedad y fe. ¿No sería algo increíble?

Mientras aparcaba junto al bordillo de la acogedora casa de una planta de mi hermano, con un jardín de rocas y arbustos de romero adornados con hierbas altas, pensé: Puede que recupere a un hermano, pero no creo que sea Clark.

Se había montado una vida bastante cómoda, aunque peligrosa. Ya aparcada, me estiré hacia la guantera para sacar mi pistola y colocarla en la funda de la sobaquera, y una segunda arma, más pequeña, en la tobillera. Clark no sabía que iba a visitarlo, y yo no sabía quién estaría en la casa con él. Al presentarme sin avisar en casa de un mafioso, fuera familia o no, me estaba metiendo en una situación potencialmente peligrosa.

Para calmar cualquier posible tensión, todo lo que pude, decidí entrar sola. Si hubiera tenido a Vincent o a Hirsch a mi lado, Clark y quienquiera que estuviera en la casa podrían deducir que eran policías y negarse a hablar conmigo, o algo peor. Era la única ventaja de ser la hermana de Clark y una civil.

A Hirsch no le gustaba la idea de que entrara sola, pero llegamos a un acuerdo. Hirsch y un equipo de apoyo estaban apostados a unas manzanas de distancia, listos para intervenir si algo salía mal.

Al fin y al cabo, era un asunto familiar, no solo una cuestión de justicia y de lo que está bien o mal.

Armada, salí del coche e inspeccioné el barrio. Estaba tranquilo para ser un viernes por la mañana, seguramente porque la mayoría de los vecinos de Clark iban a un trabajo que no implicaba drogas ni delincuencia. Los niños estaban de vacaciones de verano, pero quizá estaban dentro leyendo, jugando en un parque bonito o, lo que es más probable, con los videojuegos o viendo la tele.

No era un barrio donde esperaras encontrar violencia de bandas. Era posible que la situación no fuera tan peligrosa como yo suponía, pero sabía que las apariencias engañan y no iba a correr ningún riesgo.

En la puerta principal, llamé y retrocedí unos pasos. Así, quien mirara por la mirilla me vería bien y, con suerte, pensaría que no era una amenaza.

La puerta se entreabrió y mi hermano Clark asomó la cabeza. La abrió más y se quedó allí, mirándome.

—¿Qué haces aquí?

Qué alegría verte a ti también, hermanito.

—Quería hablar contigo cara a cara.

Desde el interior de la casa, oí la voz de una mujer que preguntaba:

—¿Quién es, Clark?

Él suspiró y respondió:

—Es mi hermana.

—¿Tienes una hermana? —respondió ella, sorprendida.

A continuación oí unos pasos y una mujer apareció junto a Clark. Tenía el pelo rubio, los ojos marrones y pecas en la nariz, lo que le daba un aspecto saludable. ¿Sabría quién era realmente mi hermano y a qué se dedicaba?

—Sí, esta es mi hermana, Martina. Martina, esta es Naomi.

La saludé con la mano y di un paso adelante.

—Hola, Naomi, encantada de conocerla. —No me ofendió el hecho de que esta mujer fuera claramente la pareja de mi hermano y nunca hubiera oído hablar de mí.

—¿No vas a invitarla a entrar? —preguntó Naomi.

Me lanzó una mirada de fastidio y dijo:

—Pasa.

La interacción iba mejor de lo que esperaba.

Por dentro, el lugar estaba limpio y ordenado. A la izquierda había un conjunto de muebles de salón de aspecto moderno y una chimenea a la derecha. Había cuadros en las paredes, uno de los cuales parecía un Ansel Adams, con paisajes en blanco y negro. Clark me hizo un gesto hacia el salón y entré.

—Toma asiento —me ofreció.

—¿Le traigo algo? —preguntó Naomi.

—No, estoy bien, gracias —respondí.

Clark se sentó y yo hice lo mismo.

—Bueno, ¿de qué se trata?

—Quería que supieras que Darren ha despertado y que parece que se recuperará por completo.

Sin emoción, dijo:

—Me alegro de oírlo. —Miró a Naomi y dijo—: Cariño, ¿te importa traerme un té helado?

—Claro. Martina, ¿quieres uno?

—No, estoy bien, gracias.

Con eso, Naomi se fue a toda prisa a la cocina, en el interior de la casa. Clark se volvió hacia mí y dijo:

—No deberías haber venido, Martina. Te dije que tienes que dejar esto.

—Aunque dejara de investigar el caso, no va a desaparecer.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, solo intento mantener a nuestra familia a salvo. Sé que tú y yo no hemos estado en la vida del otro y que vivimos vidas muy diferentes. Pero se rumorea por ahí que alguien amenazó con hacerle daño a mamá si Darren no cooperaba. Tú elegiste tu vida y Darren parece que quiere cambiar la suya. Pero mamá es inocente en todo esto, y también mi hija, y Ted, y todos los que nos importan. No me gusta que los amenacen.

Naomi apareció de nuevo y anunció:

—No nos queda.

Clark puso los ojos en blanco y dijo:

—¿Puedes preparar un poco?

—Por supuesto, dame un segundo.

Sonreí con suficiencia.

—Parece maja.

—Sí, no está mal —respondió Clark con indiferencia.

—Mira, sé más de lo que crees. Estoy aquí suplicando ayuda para mantener a nuestra familia a salvo. Amenazaron a mamá.

Clark negó con la cabeza.

—No sé qué quieres que te diga, Martina.

—Sé que tanto tú como Darren sois parte de los 98Mob, y sé que la tasa de mortalidad de los 98Mob está aumentando. Alguien ordenó matar a Darren y ahora Ace está muerto. Tenemos testigos amenazados. Y quiero saber por qué.

No iba a compartir con él que creíamos que había una lucha de poder dentro de la banda. Los 98Mob no tenían ni idea de que la

policía les seguía la pista.

—Hay cosas que no entiendes, Martina —respondió Clark evasivamente.

—Oh, entiendo mucho más de lo que crees, Clark. Tengo amigos en las altas esferas —repliqué con confianza.

—Mira, podrías hacer que me maten por presentarte aquí. ¿Lo entiendes? No solo a mí, sino a ti también. No quieren exposición. ¿Vale? —El tono de Clark estaba cargado de preocupación.

—No soy policía.

Clark rio con amargura.

—No le temen a la policía. No es esa la exposición que les preocupa.

Su declaración me hizo especular sobre el verdadero motivo de los recientes asesinatos. Si no temían a la policía, ¿a quién temían? ¿Era todo un intento de encubrir algo gordo, una toma masiva de poder? ¿Intentaban pillar por sorpresa al jefe y yo me estaba interponiendo en su camino?

Suplicante, le dije:

—¿Hay algo que puedas decirme? ¿A quién le tienen miedo?

—No puedo decir nada más. Te estás metiendo con gente con la que no quieres meterte. Lo digo en serio. Por tu bien, por el de mamá, por el de Darren, por el mío. Esto es más grande que todos nosotros, y no les importa quién salga herido mientras sus intereses estén protegidos. —Las mejillas de Clark se pusieron como un tomate.

Naomi regresó y dijo:

—Aquí tienes, cariño.

Cogió el té helado.

—Gracias.

—¿Seguro que no puedo traerte nada, cielo? —Naomi parecía simpática. ¿Qué hacía con Clark?

Clark interrumpió:

—No, ya se iba.

Supuse que era mi señal para marcharme.

—Ha sido un placer conocerla, Naomi. Y Clark, me alegro de verte.

Simplemente asintió con la barbilla y no se molestó en levantarse mientras salía de su casa.

Cerrando la puerta tras de mí, volví a echar un vistazo al barrio. Mientras empezaba a caminar hacia mi coche, un sedán oscuro circulaba bastante despacio por la calle. No era buena señal. Podían estar inspeccionando el lugar o preparándose para disparar.

La cara del conductor era difícil de ver porque llevaba una gorra de béisbol. ¿Era vigilancia? ¿Era alguien de los 98Mob vigilando la casa de Clark o alguien siguiéndome a mí? No me había dado cuenta de que me siguieran de camino, pero todo era posible. Me apresuré a llegar a mi coche y me agaché mientras el coche pasaba. Con el corazón a punto de salírseme del pecho, apunté el número de la matrícula y lo introduje rápidamente en el móvil.

Cuando el vehículo sospechoso se perdió de vista, me acerqué a gatas a mi puerta y me levanté, echando un vistazo una vez más. No había moros en la costa y me metí en mi coche. Con el móvil en la mano, llamé a Hirsch.

—Tengo una matrícula que necesitamos que compruebes. El coche pasaba demasiado despacio por delante de la casa de Clark. No sé si me persiguen a mí o lo vigilan a él o si es el otro bando.

—¿Cuál es la matrícula?

Mientras recitaba el número de la matrícula, me sentí inquieta, pero también como si estuviéramos un paso más cerca de descubrir la verdad.

35

CANDACE

El sudor me corría por la espalda mientras corría hacia la puerta principal. Forcejeaba con las llaves, con los nervios de punta, y tardé una eternidad en meter la llave en la cerradura. Tras una breve plegaria, conseguí abrir la puerta y meterme dentro a toda prisa para ponerme a salvo. Di un portazo rápido a mi espalda, eché el cerrojo y corrí al sistema de alarma para volver a conectarla. Sin aliento, me pregunté si me estaba volviendo paranoica o si de verdad me estaba siguiendo alguien.

Había estado tan segura de que todo volvería a la normalidad, a mi nueva normalidad, pero ya no lo estaba tanto. Quizá me estaba volviendo paranoica y me asustaba de mi propia sombra, pero juraría que era él.

Aterrada por si me seguían, había dejado la compra en el coche. ¿Se estropearía? Seguro que no. Solo habían pasado unos minutos. Lo único que me preocupaba era entrar en casa y encerrarme para alejarme de ese hombre. ¿Por qué estaba allí? No había cambiado mi declaración. No había hecho nada para que volviera a por mí. Preocupada por si estaba fuera esperándome, me acerqué sigilosamente a la ventana de al lado de la puerta y eché un vistazo.

No se acercaba ningún coche y no se veía ni un alma.

¿Me lo había imaginado todo? No. Juraría que no. Mordisqueándome el labio inferior, decidí que si no aparecía nadie en los siguientes diez minutos, volvería a por la compra. Seguro que no le pasaría nada. Y si había una amenaza ahí fuera, que le dieran a la compra. Prefería las punzadas de hambre a la muerte.

Caminé de un lado a otro de la casa, intentando deshacerme de la energía nerviosa.

Si me estaba siguiendo, ¿qué podía hacer? No puedo ir a la policía. Eso solo podría provocarlo y puede que me hicieran preguntas que no puedo, o no quiero, responder. Pero, por otro lado, la detective Leslie me dijo que podía llamarla si algo iba mal o parecía raro. Quizá debería llamar.

Parecía una buena idea. Debía ir a la comisaría esa tarde para hablar con el sargento. ¿Podría ir antes? ¿O resultaría sospechoso?

No, llamaría a la detective Leslie. Hasta ahora no me había dado malos consejos. Saqué el móvil y la llamé.

—Detective Leslie. ¿En qué puedo ayudarla?

—Detective Leslie, soy Candace Mason.

—Hola, Candace. ¿Ocurre algo?

—Creo que me están siguiendo.

—¿Puede decirme por qué cree que la están siguiendo?

—Estaba en el supermercado, haciendo la compra como siempre. Pero era un supermercado nuevo porque me he mudado con mi hermana. Esta tienda está cerca de su casa. Bueno, el caso es que, cuando estaba en el pasillo de los cereales, juraría que noté a alguien detrás de mí, pero al darme la vuelta, no había nadie. Luego, después de pagar la compra y meterla en el maletero del coche, juraría que lo vi a él, al hombre que vino a mi casa y me amenazó.

La detective Leslie no dijo nada durante un momento, pero podía oír su respiración. Seguía ahí. —De acuerdo, tomaré nota. ¿Dónde está ahora?

—Estoy en casa de mi hermana. No lo veo por aquí, y estoy dentro de la casa. He mirado fuera y no he visto a nadie ni ningún coche.

—A veces, esto les ocurre a los testigos de actos violentos. Paranoia y ver cosas que no están ahí. Es una forma de trastorno de

estrés postraumático. Lo más probable es que todo esté bien.

¿Lo estaba? Quizá debería pedir cita con un psicólogo. No era mala idea. A decir verdad, había pasado por mucho y puede que la terapia me viniera bien. —¿Usted cree? —No estaba del todo segura de haber alucinado con el hombre. Era ese hombre.

La detective Leslie dijo: —Si hubiera estado allí, probablemente se le habría acercado en el aparcamiento o en casa de su hermana. Llámeme si vuelve a verlo, ¿de acuerdo?

—Ah, de acuerdo —respondí, sin estar segura de si estaba de acuerdo con ella.

Terminé la llamada, dándole vueltas a si la detective Leslie tendría razón. ¿Podría ser un TEPT? El hombre que vi no llevaba un arma, que yo viera.

Después de armarme de valor, volví a mirar por la ventana. No había ni rastro de nadie cerca de la casa. Respiré hondo, abrí la puerta y desactivé la alarma.

Salí al porche y miré a mi alrededor. No se veía a nadie, solo estaba yo. Debía de ser un hombre que se parecía a él en el aparcamiento. Quizá fuera un ramalazo de trastorno de estrés postraumático. Estaría bien. Todo iría bien.

Llegué al coche, cogí las dos bolsas de la compra y cerré el maletero antes de volver a entrar en la casa. Con la puerta bien cerrada a mi espalda y la alarma puesta, me dirigí a la cocina para guardar la compra.

Tenía los nervios a flor de piel, así que pensé que un poco de música quizá los calmaría. Fui a mi móvil y puse mi lista de reproducción favorita. Cantando mi canción preferida, mi ritmo cardíaco se estabilizó mientras metía los huevos en la nevera y guardaba la última de las latas. Doblé las bolsas de papel y las metí en el contenedor de reciclaje.

Todo iba a salir perfectamente bien.

Todo iría bien. Me había mudado a casa de mi hermana, ya había deshecho las maletas y llenado la casa de comida. Quizá en unos días, o en una semana más o menos, podría volver al trabajo, volver a vivir y dejar de esconderme. Travis habría querido eso. Habría querido que viviera mi vida plenamente. Travis, antes de que las

drogas se apoderaran de él, el antiguo Travis, era increíble: dulce, cariñoso, amable, un caballero.

Satisfecha de estar a salvo y recogida por hoy, todavía me quedaban unas horas antes de tener que ir a la comisaría a declarar. Delante del espejo, lo practiqué una y otra vez, para no olvidar ni un solo detalle. No había necesidad de levantar sospechas sobre mí.

Acomodada en el sofá, cogí la novela de bolsillo que había sobre la mesa de centro y empecé a leer una historia sobre una joven bruja con poderes mágicos. Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios. ¿No sería genial tener poderes mágicos, poder transportarte a cualquier lugar que quisieras, sin limitaciones? Me pareció una tontería pensar en eso y seguí leyendo.

Pasaron treinta minutos cuando sonó un golpe en la puerta. Como no esperaba a nadie, me puse en guardia mientras corría hacia la puerta y miraba por la mirilla.

Abrí los ojos como platos y corrí de vuelta hacia el salón, con el corazón retumbándome en los oídos. Pero no sabía adónde ir. Tenía que llamar a la policía… no, no llegarían a tiempo. ¿Qué debía hacer? ¿Salir corriendo por la puerta de atrás? ¿Podría escapar? ¿Sabía él que estaba sola en casa?

Mientras permanecía paralizada, decidiendo en qué dirección correr, sonó una fuerte explosión y me quedé de piedra cuando la puerta principal se abrió de golpe y volaron astillas en todas direcciones.

Y allí estaba él, con esos ojos y esa pistola.

A pesar del miedo, encontré el valor para hablar. —No he cambiado mi declaración. No tengo ninguna intención de cambiar mi declaración.

Él sonrió con suficiencia. —Sé que no lo hará —dijo, y levantó el brazo; en un instante, vi las estrellas antes de que mi mundo se fundiera a negro.

36

MARTINA

Sentada en el sofá, frente a la pequeña cocina donde estaba la querida cafetera, sorbía mi café mientras esperaba a que llegaran Hirsch y Vincent. Era el rincón más acogedor de toda la oficina del sheriff. No eran muchas las veces que no estaba en una sala de reuniones, en un despacho o simplemente pasando por la cocina a por una muy necesaria dosis de cafeína. Pero el sofá era cómodo y era lo que necesitaba para recargar las pilas antes de que nos reuniéramos para trazar un plan de cara al interrogatorio de Candace Mason. Tenía tantas preguntas que hacerle, empezando por por qué estaba en el parque el día que mataron a Toby June y por qué les había dicho a los otros camellos que compraba droga para su marido, que había fallecido hacía más de un año. ¿Y estaba afiliada a los 98Mob o habían amenazado a su familia si no les seguía el juego? ¿O era algo aún peor?

Saludé con la mano cuando Hirsch y Vincent se acercaron.

—Te veo muy relajada —dijo Hirsch con un toque de diversión en la voz.

Más bien agotada.

—No sé si usaría la palabra «relajada». «Agotada» sería más preciso. Ha sido un día muy largo.

Después de la mañana en casa de mi hermano Clark, volví para reunirme con Hirsch e intentar averiguar quién era el del coche que pasaba tan despacio por delante de la casa de Clark. La búsqueda de la matrícula sirvió para identificar al propietario registrado del vehículo. Para mi sorpresa y decepción, el propietario, Doug Kendle, de sesenta años, no tenía muchos antecedentes penales, aparte de algunas multas de aparcamiento. Eso no cuadraba con el comportamiento que yo había presenciado. Normalmente, pasar despacio era para vigilar o prepararse para un tiroteo desde un coche.

Yo era la primera en admitir que tenía los nervios a flor de piel y que podía estar viendo cosas donde no las había. Puede que el señor Kendle estuviera perdido o que simplemente fuera un conductor muy malo y lento. O a lo mejor lo estaba racionalizando y el señor Kendle tenía motivos perversos para pasar por delante de la casa de Clark. Insatisfecha con la información inicial sobre el sedán negro, le pedí al equipo de investigación que realizara una comprobación completa de los antecedentes de Douglas Kendle. Si el señor Kendle o alguien relacionado con él estaba involucrado en actividades delictivas, lo sabríamos en uno o dos días.

—Y todavía no ha terminado —añadió Vincent.

Sin moverme de los blandos cojines, dije:

—Pues no. Si necesitáis cafeína, servíos, y luego nos metemos en la sala de reuniones.

—Qué mandona eres —dijo Vincent con una sonrisita—. Me gusta.

Con una sonrisa, le respondí:

—Bien.

Hirsch negó con la cabeza como si no supiera qué pensar de Vincent. Pero yo sabía que disfrutaba del carácter alegre de Vincent tanto como el resto de nosotros. Y su alegría era justo lo que necesitábamos en momentos como este.

Vincent se acercó a la encimera y sacó dos tazas de los armarios. Colocó una bajo el surtidor y dio un paso atrás, haciéndole una reverencia a Hirsch. Hirsch pulsó el botón y dijo:

—Por fin. Un poco de respeto por aquí.

Hice una bola con la servilleta y se la tiré a Hirsch, dándole en el brazo.

—¡Eh!

—Coge tu café y deja de quejarte —dije guiñándole un ojo.

Vincent se partió de risa. Era como si le sorprendiera que Hirsch y yo también pudiéramos ser graciosos. Hirsch cogió su taza llena y dijo:

—Sí, señora.

Vincent cogió su taza, todavía riéndose entre dientes, y dijo:

—Bueno, basta de tonterías. ¿Sabemos algo de Rourke y Kiva?

Nos entró la risa tonta. Señal inequívoca de que estábamos agotados. Hirsch dijo:

—Kiva ha dicho que todavía no han tenido noticias ni del FBI ni de la DEA.

Tras otro sorbo de café, volví a ponerme seria.

—Yo, por mi parte, estoy deseando recibir algo de información de ellos. Quizá todas las pequeñas piezas que he conseguido de mis hermanos cobren sentido y por fin entendamos qué está pasando de verdad. —Tenía mis sospechas, pero pensé que era mejor guardármelas para mí hasta que tuviéramos más noticias de la DEA y el FBI. No tenía sentido andarse por las ramas sin nada más que una corazonada para respaldarlas. Además, se trataba de mi familia, y sabía que si fuera otra persona, y no yo, quien investigara un caso que involucrara a su familia, me tomaría lo que tuviera que decir con pinzas.

—¿Tenéis planes para el fin de semana? —preguntó Vincent mientras se servía su estímulo de la tarde.

Me levanté y dije:

—No, solo estaré por casa de mamá y Ted, pero probablemente trabajando si es necesario.

—¿Y tú, Hirsch? —preguntó Vincent mientras nos dirigíamos a la sala de reuniones.

—Tenemos pensado llevar a Audrey al zoo de Oakland este fin de semana. Debería ser divertido. Le encantan los animales.

—Zoey era igual cuando tenía la edad de Audrey. En realidad, le siguen encantando los animales.

—¿Sigue queriendo ser veterinaria? —preguntó Hirsch.

—Oh, sí, está bastante segura de que en ocho años nos referiremos a ella como la doctora Zoey Monroe. Por eso eligió ir a la Universidad de California en Davis. Aunque solo esté haciendo la carrera, espera que, si estudia allí el grado, le dará ventaja para que la acepten en la facultad de veterinaria.

—Vaya, es una chica lista. Todavía no ha empezado la universidad y ya tiene su futuro planeado —dijo Vincent.

—Ya lo sé. Yo desde luego no lo tenía todo claro a su edad. —El aprendizaje es una tarea de toda la vida. Cada nueva lección aprendida influía en nuestros pensamientos, decisiones y perspectivas. Zoey estaba segura de que se convertiría en veterinaria, pero quizá cambiara de opinión y decidiera que su destino era ser presidenta de los Estados Unidos. No me extrañaría. Mi niña podía hacer cualquier cosa.

Vincent dijo:

—Yo tampoco. Siento que todavía me estoy abriendo paso en la vida, descifrándola sobre la marcha.

Me sorprendió oír eso, teniendo en cuenta que llevaba seis años en el bufete y antes había estado en la oficina del sheriff del condado de CoCo unos cuantos años. Y se había casado hacía poco.

—Sí, a veces yo también me siento así. Parece que las cosas siempre están cambiando.

Después de un gran sorbo de café, un Vincent muy animado dijo:

—Pues sí. —Mantuvo abierta la puerta de la sala de reuniones y nos hizo pasar. Dentro, dijo—: ¿Estáis listos para empezar esta lluvia de ideas para que esa testigo nos cuente todo lo que queremos saber?

Con otro trago de café, miré a Hirsch y luego a Vincent.

—Estoy lista.

Una hora y media después, los tres nos miramos, perplejos, y Vincent dijo:

—Vale, lo digo yo. Llega una hora tarde. Ni una llamada, nada. ¿Quizá deberíamos intentar llamarla otra vez?

Hirsch hizo la llamada desde su móvil, por tercera vez. Esperamos, y esperamos un poco más. Negó con la cabeza.

—No lo coge.

¿Se había quedado atrapada en un atasco o se había olvidado de que teníamos una cita? ¿O era algo peor?

—Deberíamos pasarnos por su casa.

—Eso es un poco precipitado. Solo lleva una hora de retraso. Podría estar en un atasco —replicó Hirsch.

—Sí, pero podría ser mucho peor, teniendo en cuenta que la detective Leslie nos dijo que un hombre fue a su casa y la amenazó.

—Bueno, ¿y si está perfectamente a salvo y nos vamos, pero aparece y no estamos aquí? —preguntó Hirsch.

Era una pregunta lógica, y quería creer que era un escenario posible, pero algo me decía que todo esto estaba mal. Todo en este caso había estado mal. Nada era lo que parecía.

—Bueno, pues avisa a alguien del equipo de que va a venir. La casa de su hermana no está lejos de aquí. Volveríamos pronto. Haremos que Rourke o Kiva la entretengan, o incluso Jayda si todavía anda por aquí, hasta que volvamos.

Hirsch parecía escéptico, pero Vincent dijo:

—Estoy con Martina. Vayamos a comprobar su casa.

—Como estoy en minoría —dijo Hirsch—, supongo que está decidido. Vamos a buscar a Jayda y luego nos vamos.

Esperaba estar equivocada, pero tenía el mal presentimiento de que no lo estaba.

Hirsch condujo rápido, y cuando vimos las luces intermitentes frente a la casa de Talia, Vincent y yo intercambiamos una mirada. Hirsch aparcó el coche y, antes de que pudiera siquiera apagar el motor, salí y corrí hacia la puerta principal. Estaba custodiada por un agente de policía, pero pude ver el interior de la casa y el mal

presentimiento que había tenido antes se hizo realidad. La puerta principal estaba astillada y agrietada, apenas colgando de las bisagras, y lo más siniestro era el charco de sangre coagulada en la entrada.

Era mucha sangre.

¿Estaba Candace muerta? ¿Había sido porque había aceptado hablar con nosotros?

Hirsch se acercó corriendo, enseñándole sus credenciales al agente uniformado.

—Soy el sargento Hirsch, del condado de CoCo. ¿Qué ha pasado aquí?

—Ha saltado la alarma de seguridad. La compañía de seguridad ha llamado a la propietaria, que no estaba en casa en ese momento, para preguntar si todo estaba bien. Pero cuando ella ha llamado a su hermana, que debería haber estado dentro, y no ha obtenido respuesta, le ha dicho a la seguridad que llamara a la policía de inmediato. Los agentes llegaron y encontraron la puerta echada abajo y a una mujer tendida en un charco de sangre. Parecía una sola herida de bala en la cabeza.

Se me revolvió el estómago.

—¿Algún testigo? ¿Grabaciones de seguridad?

—No hay cámaras que podamos ver. Homicidios y Robos aún no ha llegado. Pero la propietaria, Talia Davis, no está aquí para responder a ninguna pregunta.

Se me revolvió el estómago. Candace estaba muerta. O no. Un destello de esperanza. Si Candace estuviera muerta, su cuerpo estaría en el sitio para que el médico forense lo examinara.

—¿Dónde está la víctima ahora?

—En el Centro Médico Mount Diablo. Está en estado crítico. La propietaria es su hermana y ha dicho que iba para allá.

—¿Creen que saldrá adelante? —pregunté incrédula.

—Es difícil, pero es posible.

Negué con la cabeza. Alguien estaba eliminando a personas relacionadas con el asesinato de Toby June. ¿Por qué? Si no era para evitar la atención de la policía, entonces, ¿para qué? ¿Qué tramaban los 98Mob?

37

MARTINA

LAS VISITAS DIARIAS a los hospitales de la Bahía me estaban desgastando. El aire viciado y la tristeza reinante eran deprimentes. Pero era inevitable, porque necesitábamos averiguar si Candace había sobrevivido y qué había sucedido antes del tiroteo. Entre la gente preocupada, vimos a un agente de uniforme hablando con una mujer angustiada. Nos acercamos a ellos a paso ligero. Hirsch sacó su placa. —Hola, siento interrumpir. Soy el sargento Hirsch, del Departamento del Sheriff del condado de CoCo.

—Soy el agente Angelo, del Departamento del Sheriff del condado de Alameda.

—Estamos aquí para preguntar por un tiroteo en el que está implicada Candace Mason. Es testigo en una investigación abierta en el condado de CoCo.

—Sí, claro. Esta es su hermana, Talia Davis.

Talia, de pelo oscuro y con lágrimas brillando en sus mejillas, tenía los mismos ojos azul claro que Candace.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Está en el quirófano. Tardará unas horas. Han dicho que no saben si saldrá de esta.

—Siento mucho oír eso. ¿Le importaría que le hiciéramos unas preguntas sobre lo que ha pasado? —preguntó Hirsch con

amabilidad.

Talia dudó, mirándonos a Hirsch y a mí antes de aceptar. —Claro.

Le dimos las gracias al agente Angelo y nos apartamos con Talia. —Esta es una de mis compañeras, Martina Monroe, y como le he dicho, soy el sargento Hirsch.

—¿Es su compañera? —preguntó Talia, visiblemente sorprendida.

—Trabajo como contratista para el Departamento del Sheriff del condado de CoCo resolviendo casos sin resolver. Hirsch y yo llevamos resolviendo casos juntos... ¿cuánto, nueve años ya?

—Más o menos —confirmó Hirsch con un atisbo de sonrisa.

—Ah, pensaba que era usted detective privada. Eso fue lo que dijo Candace —comentó Talia.

—También soy detective privada en mi propia agencia, Drakos Monroe Security & Investigations —aclaré.

Talia parecía confusa. —Sí, eso es lo que dijo. Pero creía que no debíamos hablar con usted.

Oír eso fue sorprendente e inquietante. Hirsch dijo: —¿Quién le ha dicho eso?

—Candace dijo que recibió una llamada de la detective Leslie. Le comentó que ustedes podrían reabrir el caso y le aconsejó que no hablara con Martina Monroe porque es la hermana del que disparó.

Hirsch y yo intercambiamos una mirada y la sangre me empezó a hervir. La detective Leslie, nuestra amiga y colega, le había aconsejado a Candace que no hablara conmigo. Vaya palo. ¿Qué más no sabíamos de la detective Leslie? ¿Y qué más nos estaba ocultando?

Hirsch aclaró: —La detective Leslie debe de haberse expresado mal. Martina está trabajando en el caso con nosotros. Sí, es la hermana del acusado, pero participa activamente en la investigación. Si le hace alguna pregunta, le agradecería que le respondiera.

Talia asintió en señal de comprensión.

Hirsch continuó: —¿Es por eso por lo que su hermana no le cogió la llamada a Martina el otro día, pero a mí sí?

—Sí, es por eso. Lo siento. Supongo que Candace debió de malinterpretar lo que dijo la otra detective.

Que la detective Leslie retuviera información me preocupaba. ¿Estaría relacionado con la afirmación de Clark de que a los 98Mob no les preocupaba que la policía los descubriera porque tenían a Leslie comida de la mano? Hacía poco que habíamos puesto a su hijo, Ethan, bajo custodia protectora y lo habíamos interrogado. No tenía mucho que contarnos, aparte de cómo comprar drogas y descripciones físicas de quienes se las vendían. Estaba a salvo, así que tenía que preguntarme qué baza podrían tener los 98Mob contra ella, ¿o se había vuelto corrupta por sí misma?

—¿Por qué no nos sentamos?

Talia asintió y nos dirigimos a las butacas de piel beis para visitas. Talia se sentó y Hirsch y yo nos acomodamos a su lado.

—¿Qué puede contarnos de lo que ha pasado hoy? —le pregunté.

—Recibí una llamada de la compañía de alarmas. Me preguntaron si era una falsa alarma o si debían llamar a la policía. Al principio, casi no le di importancia, pero entonces me di cuenta de que se suponía que Candace estaba en casa. La llamé, pero no contestó. Supe que algo iba mal, así que volví a llamar a la compañía de seguridad y les dije que llamaran a la policía.

—¿Dónde estaba cuando la llamó la compañía de seguridad?

—Estaba en el trabajo. Soy higienista dental en Pleasanton —respondió—. Después de colgar con la compañía de seguridad, conduje hasta casa, pero la policía ya estaba allí. Vi la sangre... Creí que había muerto. Pero la ambulancia estaba en camino y dijeron que le habían encontrado pulso. La trajeron aquí. No saben si va a salir de esta —dijo con la voz quebrada mientras rompía a llorar.

—Lo siento mucho, Talia —le dije con compasión.

—Con todo lo que ha pasado... No me lo puedo creer. Quiero decir, supongo que deberíamos haberlo sabido —dijo, secándose los ojos.

—¿Qué quiere decir? ¿Que deberían haberlo sabido? —pregunté, mirando de reojo a Hirsch. Saqué rápidamente unos pañuelos de papel de la mochila y se los ofrecí.

—Gracias —dijo ella, cogiendo un pañuelo para secarse los ojos —. Hace una semana, más o menos, estábamos en casa de Candace

y apareció un hombre. Era grande, alto y de pelo oscuro. La amenazó, diciéndole que más le valía no cambiar su testimonio sobre el tiroteo. Ella dijo que no lo haría y él se fue, no sin antes advertirle de que volvería si lo hacía. Pero no iba a cambiarlo, así que no sé por qué ha vuelto.

—¿Le ha contado esto a alguno de los agentes hoy? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—¿Cree que podría describir al hombre que se presentó en casa de Candace?

Talia asintió. —Oh, sí. No le quité ojo de encima en todo el tiempo que estuvo hablando con ella. Era grande, mediría como un metro ochenta y ocho, de complexión media, como si hiciera ejercicio. Pelo oscuro, ojos marrones, labios finos. Tenía la piel bronceada, como si fuera italiano o pasara mucho tiempo al sol. Tenía las cejas muy pobladas.

—Si trajéramos a un retratista, ¿cree que podría ayudarnos a hacer un retrato robot de ese hombre? —le pregunté.

Secándose los ojos con los pañuelos, dijo: —Podría intentarlo.

—¿Dijo el hombre algo más aparte de «no cambies tu testimonio o volveré»? —indagué.

—No, solo dijo que parecía que ella no quería que volviera. Ella asintió y eso fue todo. Decidimos que iba a dejarlo todo atrás y simplemente seguir adelante.

—¿Dejar qué atrás?

—Ah, bueno... Me contó lo de la sobredosis de su marido —empezó Talia con la voz teñida de tristeza—. Pensábamos que su muerte se debió a complicaciones de un accidente de coche, pero le ha estado mintiendo a la familia. Antes de morir, estaba vaciando sus cuentas bancarias para comprar drogas porque el dolor era insoportable y los médicos no le recetaban más. Un día tuvo una sobredosis y murió. Ella quedó destrozada. Se pasó un año entero nadando por la vida a cámara lenta. Empezó a animarse hace unos seis meses, justo después del primer aniversario de su muerte. Y fue entonces cuando se le ocurrió un plan.

Hirsch y yo intercambiamos una mirada. —¿Un plan? —repetimos al unísono.

—No recuerdo todos los detalles —dijo.

De repente, nos interrumpió una pareja mayor que se acercaba. —¡Ah, Talia! —exclamaron.

—Son mis padres —dijo Talia, levantándose y corriendo hacia un hombre y una mujer mayores que la abrazaron.

En voz baja, dije: —¿Cuál crees que era el plan de Candace?

—No lo sé, pero me encantaría averiguarlo.

Nos levantamos y alcanzamos a Talia para conocer a los padres de Candace. —Hemos venido en cuanto hemos podido —dijeron, claramente angustiados.

Hirsch se presentó y luego a mí.

—¿Quién le ha hecho esto a nuestra pequeña? ¿Van a encontrarlos? —preguntó la mujer con la voz llena de angustia.

Mirando a la señora Davis directamente a los ojos, le dije: —Tenga por seguro que averiguaremos quién ha hecho esto, y se hará justicia.

—Bien. Es que no me puedo creer que esté pasando todo esto. ¿Ha sido un allanamiento de morada? ¿Se han llevado algo? —preguntó.

A Talia se le descompuso la cara. —Sí y no. Hay algunas cosas que deberíais saber. Cosas que Candace no quería que supierais —dijo solemnemente.

La señora Davis se giró hacia nosotros. —Nos gustaría tener algo de intimidad, por favor.

—Por supuesto, señora —dijo Hirsch, y nos fuimos a un rincón, sobre ascuas. Estaba deseando escuchar lo que Candace tenía que contarles a sus padres y lo que les había estado ocultando. Tenía que estar relacionado de alguna manera con el asesinato de Toby June. ¿O se había metido ella misma en el mundo de las drogas? La verdad era que no lo sabríamos hasta que Talia o Candace nos lo contaran. Pero teniendo en cuenta que podían perder a Candace, no era el momento adecuado para presionar. Hirsch y yo volvimos a los asientos de visitas. —¿Sabes quién va a encargarse del caso?

Hirsch dijo: —Puedo llamar al condado de Alameda para averiguarlo.

Mientras Hirsch contactaba con el Departamento del Sheriff del condado de Alameda, eché un vistazo a la sala de espera del hospital. Enfermeros y médicos iban y venían con sus uniformes y batas, pero había un ambiente sombrío en el lugar, lo que no era de extrañar dadas las circunstancias. Hirsch colgó el teléfono. —El detective Olivio está en el lugar de los hechos. Ha dicho que nos llamará con alguna novedad cuando termine su evaluación preliminar.

Excelente. Habíamos trabajado con el detective Olivio en otro caso hacía varios años. Era bueno tener amigos en todas partes.

—¿Qué te parece la familia? —preguntó Hirsch, con tono reflexivo.

—Están destrozados. Tendremos que esperar para hablar con ellos y averiguar qué ha estado ocultando Candace. O, con suerte, Candace saldrá de esta y nos lo contará ella misma. Mientras tanto, deberíamos traer a un retratista para que hable con Talia.

—De acuerdo. El hombre que amenazó a Candace es probablemente quien le disparó. Llamaré a la comisaría para que venga el dibujante.

Hirsch se encargó de la logística dentro del departamento del sheriff mientras yo dedicaba mi tiempo a llamar a Zoey, enviar un mensaje a mi madre y rezar para que Candace lo superara. Un disparo en la cabeza era algo difícil de sobrevivir, pero los milagros ocurrían todos los días y no podíamos perder la esperanza.

Finalmente, una cirujana con uniforme azul y el pelo canoso recogido en un moño apretado se bajó la mascarilla. La familia de Candace corrió hacia ella y nosotros los seguimos. —Soy Talia, la hermana de Candace. Estos son mis padres, Haley y Donavan Davis.

—Soy la doctora Potter, su cirujana. ¿Y ustedes son?

—Soy el sargento Hirsch y esta es mi compañera, Martina.

Con un gesto de entendimiento, la doctora Potter dijo: —Ha sido una operación complicada, pero hemos podido extraer la bala que tenía alojada en el cerebro. Ha superado la cirugía, lo cual es una señal muy positiva. Sin embargo, las próximas veinticuatro horas son críticas.

Los gritos de alivio de la familia llenaron la sala.

Volviéndose hacia nosotros, la doctora Potter dijo: —¿Supongo que querrán el fragmento de bala?

—Sí, así es —confirmó Hirsch.

—Se lo entregaremos en breve —nos aseguró antes de marcharse a toda prisa.

Talia se volvió hacia nosotros. —¿Todavía necesitan que me siente con el retratista?

Fue bueno ver que estaba centrada en ayudarnos a encontrar a quien disparó a su hermana. —Sí, estará aquí pronto. Será crucial para averiguar qué le pasó a Candace.

Talia asintió levemente.

Con un tono suave, dije: —Sabemos que es un momento difícil, pero nos estaba contando el plan de Candace.

La madre de Candace interrumpió: —No vamos a hablar de los planes de Candace ni de lo que pasó en el pasado. Mi hija proporcionará una descripción del hombre que fue a casa de Talia y Candace, pero aparte de eso, no tenemos nada más que decir.

¿En qué estaba metida Candace?

Hirsch, siempre tan diplomático, dijo: —Comprendemos que es un momento difícil, pero cualquier información que puedan darnos sobre lo que Candace ha estado haciendo en los últimos meses podría ayudarnos a averiguar por qué le ha pasado esto.

—El retrato robot debería ser suficiente —afirmó la señora Davis con firmeza, sacando una tarjeta de visita de su bolso y entregándosela a Hirsch—. Soy abogada. Conozco los derechos de mi hija, y en este momento, no vamos a hacer ninguna declaración en nombre de Candace. Mi hija Talia proporcionará una descripción para el retrato. Ahora, si fueran tan amables de respetar nuestros deseos, se lo agradeceríamos.

—Por supuesto —aceptó Hirsch.

Fuera lo que fuera en lo que Candace había estado involucrada antes del tiroteo, debía de ser de naturaleza delictiva; de lo contrario, ¿por qué se negaría su familia a contárnoslo?

38

MARTINA

En el aparcamiento de la comisaría del sheriff del condado de CoCo, vi a Hirsch acercándose a la entrada. Lo saludé con la mano y corrí para alcanzarlo.

—Buenos días.

—¿Ya es de día? No recuerdo haber dormido —bromeó con expresión cansada.

—Venga ya, si a ti esto te encanta.

Hirsch suspiró.

—Martina, me estoy haciendo demasiado viejo para esto.

—Anda, calla. Todavía te quedan unos cuantos años buenos —le piqué, intentando levantarle el ánimo.

—Gracias.

Cambiando de tema, le pregunté:

—¿Sigue en pie lo de ir al zoo hoy?

—Si conseguimos salir de aquí antes del mediodía, lo del zoo sigue en pie. Si no, me parece que voy a perder muchos puntos como padre.

Escuchar a Hirsch hablar de Audrey era conmovedor. Era un padre tan natural y cariñoso… Me hacía gracia recordar que, cuando nos conocimos, era un acérrimo detractor de los niños y del matrimonio. Años después, se había transformado en un hombre

felizmente casado y en un padre para quien su pequeña era, a todas luces, la niña de sus ojos.

—¿Con quién nos vamos a reunir? —pregunté, con curiosidad por la agenda del día.

—Rourke y Kiva estarán aquí —empezó a decir—, y le he pedido a Leslie que venga. Es su día libre, pero creo que tenemos que hablar con ella.

Ya te digo.

—¿Cómo está su hijo?

—Bueno, parece que no le entusiasma estar encerrado, pero también le gusta estar vivo. Hasta que podamos averiguar por qué están acribillando a tiros a los socios de los 98Mob, está más seguro donde está.

—A lo mejor, mientras está encerrado, Ethan puede recibir ayuda para su problema con las drogas.

—Leslie está hablando con el centro de recursos para ver qué pueden hacer por él mientras está aquí. No me puedo ni imaginar por lo que está pasando. Si Audrey se viera alguna vez en esa situación, no sé qué haría.

Yo sabía exactamente lo que haría Hirsch. Por mucho que quisiera a Audrey, haría todo lo que estuviera en su mano para garantizar su seguridad. Pero no se limitaría a encubrirlo y a seguir como si nada. Llevaría a los responsables ante la justicia y pediría ayuda a sus amigos, como yo y el resto del departamento del sheriff. Ni de broma dejaría que se salieran con la suya y siguieran amenazándolos a él y a su familia.

—Yo creo que sí lo sabes, Hirsch.

—Probablemente tengas razón.

Era preocupante saber que la detective Leslie le había dicho a Candace que no hablara conmigo. No podía evitar inquietarme por qué más podría estar ocultando. Durante su entrevista, había tenido la sensación de que se estaba guardando algo, pero no estaba segura de qué preguntar para sacárselo. Pero hoy era un nuevo día y yo venía armada con una lista de preguntas bajo la manga, decidida a descubrir qué más escondía y por qué le había aconsejado a Candace que me evitara.

Dentro de la comisaría, el ambiente estaba extrañamente tranquilo para ser un sábado por la mañana. Seguramente la gente estaba en sus mesas, redactando informes, o en la calle. Todos los asuntos oficiales estaban en suspenso, salvo los servicios de emergencia.

Nos dirigimos hacia la zona de la oficina de narcóticos y vimos a Rourke y a Kiva enseguida. Estaban de pie, juntos, bebiendo de unas tazas lo que supuse que era café.

Kiva nos saludó con una sonrisa de un millón de vatios.

—Si no es nuestra alborotadora favorita… y el sargento.

Aquello le arrancó una risita a Hirsch. Sentí que se me subían los colores a las mejillas mientras sonreía.

—Buenos días. ¿Qué tienen para nosotros?

—Directa al grano. Me gusta. Le hemos echado un vistazo al retrato robot que nos envió. No es nadie que conozcamos.

Vaya, qué decepción.

—¿No coincide con nadie de la base de datos ni de los archivos de bandas?

Kiva nos hizo un gesto para que entráramos en la sala de reuniones de la derecha. Dentro, nos sentamos todos y nos explicó:

—Esta es la cuestión. He repasado la lista de los 98Mob y él no está. No es un socio conocido, nada.

—¿Podría ser que el tiroteo de Candace no estuviera relacionado?

—Imposible —replicó Kiva—. La hermana de Candace dijo que el hombre que la había amenazado le dijo que no cambiara su testimonio.

Rourke añadió:

—Y si nuestra teoría es correcta, que es el nuevo capo quien quería eliminarla, podría estar usando ayuda externa. Encaja.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté, con una sensación de urgencia.

—Podríamos acudir a la prensa. Sacar su cara en las noticias. «¿Alguien ha visto a este hombre?» —propuso Kiva, aunque no parecía seguro.

Rourke dijo:

—No, no creo que queramos llamar la atención sobre el hecho de que sabemos que existe. Queremos que quienquiera que esté detrás del tiroteo de Candace, y quizá de otros, se sienta seguro, cómodo. Hemos enviado el retrato a la DEA y al FBI. Obviamente, aún no hemos recibido respuesta, pero si saben quién es, podría resolver muchos interrogantes.

Crucemos los dedos.

—¿Cómo está Candace? ¿Algún cambio en su estado? —preguntó Rourke.

Yo había llamado al hospital esa misma mañana, así que le expliqué:

—Sigue inconsciente, recuperándose de la operación. Ha pasado la noche, lo cual es buena señal. Pero los médicos dicen que este tipo de lesiones son muy impredecibles. En el mejor de los casos, se despierta en un día o así, puede hablar, responde bien a la fisioterapia, se recupera y sigue con su vida. En el peor, no se despierta nunca, o se despierta y ha perdido la capacidad de andar, de hablar, y tiene una recuperación larguísima por delante.

Kiva dijo:

—Esperemos que se recupere y pueda seguir adelante. Por cierto, he oído que ha hablado con Clark Kolze.

—Así es. No fue del todo fructífero, salvo por el hecho de que me dijo que quienquiera que esté detrás de toda la violencia no le tiene miedo a la policía.

—Eso es preocupante —comentó Hirsch, con el ceño fruncido.

—Por más de una razón —asentí—. Pero mi idea es que, si están intentando mantenerlo todo en secreto, quizá estén tratando de encubrir que está a punto de producirse un golpe interno. O quizá no sea un golpe interno. A lo mejor es una fuerza externa que ha decidido tomar el control.

—Eso explicaría por qué el tipo del retrato robot nos es desconocido —sugirió Kiva.

—Exacto. Si es una fuerza externa, ajena a los 98Mob, es posible que los estén eliminando a todos. Quizá prometieron incorporar a algunos de los miembros existentes, como Ace, a la nueva organización, pero una vez que su utilidad expiró, se lo quitaron de

en medio. Eso también tiene cierto sentido —concluí—. ¿Y ni pío de los federales o de la DEA sobre quién creen que podría estar intentando hacerse con el control de los 98Mob?

—No, pero me hace pensar en el coche que pasó despacio por delante de la casa de su hermano.

—¿Ya está lista la comprobación de antecedentes?

—Todavía no —respondió Kiva—. Tenemos a los investigadores en ello. Con suerte, darán con algo útil. Podría haber sido simplemente un tipo perdido que daba vueltas.

—Pero si no lo era, y si este nuevo capo decide eliminar a la jerarquía existente, incluidos todos los lugartenientes, los 98Mob al completo podrían estar en peligro —añadió Rourke.

Si alguien quería eliminar a los actuales 98Mob, eso incluiría a mis hermanos. No pude evitar preocuparme por mi madre, porque no creía que pudiera soportar perder a dos hijos en una guerra de drogas, ni por ningún otro motivo.

—Avisadnos cuando sepáis algo.

—Lo haremos. ¿Ha llegado el informe de balística del tiroteo de Candace? —pregunté, en busca de alguna pista nueva.

Hirsch dijo:

—Aún no he tenido noticias de Olivio. Pero hablaré con él esta mañana para que me ponga al día.

—Quién iba a decir que la primera vez que nos conocimos, usted, Martina, íbamos a verla tan a menudo —bromeó Rourke, con una ligera sonrisa en el rostro.

¿Estaba flirteando conmigo? Era guapo, con la complexión de un linebacker.

Hirsch soltó:

—Tiene la habilidad de pegarse como una lapa.

—Oye, eso me ofende —repliqué en broma.

Mientras Hirsch y yo trabajáramos en casos sin resolver y mis investigaciones se solaparan con las suyas, nunca se librarían del todo de mí. Pero yo sabía que les encantaba.

Volviéndome hacia Hirsch, le dije:

—¿Listo para ir a hablar con Leslie?

—Tan listo como podría estarlo.

Nos despedimos, esperando cada uno que el retrato robot del hombre que amenazó a Candace proporcionara algo útil para entender lo que estaba pasando dentro de los 98Mob.

39

MARTINA

Después de que Hirsch hablara con el detective Olivio del condado de Alameda, nos llevamos una decepción al saber que Balística aún no había procesado la bala del tiroteo de Candace. Mientras tanto, nos encontramos a la detective Leslie esperando en el despacho de Hirsch.

—Buenos días, sargento, Martina —nos saludó afectuosamente, pero se le leía la preocupación en la cara.

Entramos y cerré la puerta tras nosotros. Tomando asiento junto a Leslie, intenté mantener la compostura.

—Esperemos que de verdad sean buenos días, Leslie.

—¿Qué pasa? —preguntó Leslie, con un deje de nerviosismo en la voz.

Y no era para menos.

Acerqué mi silla para ponerme frente a ella y dije:

—Eso es exactamente lo que nos gustaría saber. Anoche estuvimos en el hospital, hablando con la hermana de Candace. ¿Quieres saber lo que nos dijo la hermana de Candace? —le pregunté, observando atentamente su reacción.

Leslie negó lentamente con la cabeza y sus ojos se abrieron de par en par, llenos de preocupación.

—Nos dijo que la razón por la que Candace no me cogió la llamada fue porque tú le dijiste que no hablara conmigo. Me gustaría saber por qué le dijiste a Candace que no me hablara de la investigación.

—Quizá lo malinterpretó… —empezó Leslie, tropezando con las palabras como si estuviera decidiendo si seguir mintiendo.

Hirsch, con tono firme, la interrumpió:

—Leslie, es hora de que lo cuentes todo. Esta es tu ultimísima oportunidad. Si encontramos más incongruencias, o que estás manipulando a los testigos o que sigues en contacto con los 98Mob o con quien sea que esté intentando eliminar a los testigos y miembros de la organización, estás acabada. Estamos hablando de una posible pena de cárcel. Pero si lo cuentas todo ahora, podemos ver si conseguimos que evites la prisión.

Era raro ver a Hirsch tan alterado. Normalmente, él era el sensato, el que me calmaba cuando yo me apasionaba demasiado con un caso.

—¿Y bien? —la apremié, ansiosa por que hablara.

Leslie bajó la cabeza y la oí sorber por la nariz, seguido del sonido de ella secándose los ojos.

—Lo siento mucho. De verdad. Lo siento. Es que he estado metida hasta el fondo —confesó, con la voz quebrada por la emoción.

Hirsch, sin ceder, exigió:

—Necesito que nos cuentes absolutamente todo lo que sabes y en qué estás metida ahora mismo.

Ella asintió, con una mezcla de alivio y miedo en los ojos.

—Ace era mi contacto, eso era verdad. Él fue quien me dijo que retirara la foto de Darren Kolze, que él era el tirador, y que no buscase más, que cerrara el caso sin más preguntas. Él fue quien retuvo a mi hijo como rehén hasta que hice lo que quería. Pero, por supuesto, la gente como esa no se detiene ahí.

Hirsch le hizo un gesto para que continuara.

—Así que, después de recuperar a mi hijo, siguieron llamándome, pasándose por casa. Querían información. Sabían que Martina estaba investigando el caso y supusieron que, al final, el caso se

reabriría. Ace me había estado llamando para averiguar qué estaba pasando con la investigación.

—¿Con qué frecuencia se ponen en contacto contigo?

—Hablamos a diario —contestó, negando con la cabeza mientras las lágrimas le corrían por la cara—. Lo siento mucho, de verdad que lo siento.

La cara de Hirsch estaba roja como un tomate por la rabia. Era evidente que estaba furioso: teníamos un topo, una poli corrupta. Leslie no siempre había sido corrupta, pero como la habían comprometido, todos los casos en los que había trabajado también podrían estarlo. Eso era desastroso, no solo para este caso, sino que, si se hacía público, sus investigaciones de homicidio o los casos sin resolver que habíamos cerrado juntos podrían ser puestos en duda, y los criminales que había encerrado podrían ser liberados por sus indiscreciones. La rabia y la decepción de Hirsch estaban justificadas.

—Ace está muerto. Entonces, ¿quién te llama ahora?

Me miró y dijo:

—Es tu hermano, Clark.

¿Mi hermano era un traidor? ¿Mi hermano, en el bando que intentaba silenciar a Darren? ¿De verdad había intentado matar a su propio hermano? Si eso era cierto, ¿por qué me había advertido que me mantuviera alejada? ¿Quizá no tenía elección? Era abrumador, pero tenía que seguir adelante.

—¿Cuándo suele llamarte?

—Por la noche, a las diez. Tengo un móvil de prepago que me dieron.

—¿Qué te pregunta? ¿Qué le cuentas?

—Pregunta por los detalles del caso. Les conté todo sobre la reapertura del caso, las pruebas que tenemos y nuestras conversaciones —admitió, con la voz apenas por encima de un susurro.

Hirsch negó con la cabeza, decepcionado.

—Quédate aquí, Leslie. Martina y yo tenemos que hablar fuera un momento.

No hablamos hasta que estuvimos a mitad del pasillo. Juntos y en voz baja, dijo:

—No puedo dejarla ir, Martina, pero si tu hermano de verdad la está extorsionando, podría estar haciéndolo en nombre de quienquiera que matase a Ace, y quizá a Toby, e intentase matar a Candace. Tu hermano… podría estar en el bando equivocado, el del nuevo rey.

Como si no hubiera considerado yo ese horrible escenario.

—Lo sé, y si la teoría es que el nuevo rey está eliminando a cualquiera que formara parte del antiguo régimen, bajo el mando de Jaime, podrían ir a por Clark. Podrían estar usándolo y, cuando haya terminado, se desharán de él.

—Tienes razón.

Necesitábamos llegar al fondo de esto porque no me quedaban muchas fuerzas para esta batalla. Intentando pensar con claridad, dije:

—¿Y si metemos a Leslie en un calabozo? Tiene el móvil de prepago. La mantendremos aquí. Escucharemos la próxima llamada y la rastrearemos.

—¿Y si es Clark?

—Pues entonces es Clark, y lo vigilaremos de cerca. —Primero, porque podría tener información crucial y, segundo, porque quería mantenerlo a salvo.

—Después de que confirmemos que Clark es su conexión con los 98Mob, tendré que informar de todo esto a Asuntos Internos y ponerlos al corriente. Probablemente querrán iniciar el proceso para despedirla.

Era imposible que Leslie conservara su trabajo, y puede que acabara de despedirse de su pensión. Leslie probablemente lo sabía, lo que significaba que había que vigilarla de cerca.

—¿Crees que hay riesgo de que se suicide?

—No lo sé. Creía que la conocía, pero ahora no estoy tan seguro —admitió Hirsch, con la voz cargada de decepción—. Voy a volver a entrar. Le quitaré la placa, el arma y la meteré en un calabozo. Le diré cuál es el plan, y la pondremos bajo escucha.

—Lo siento, Hirsch.

Se lo estaba tomando peor de lo que admitiría.

Hirsch sonrió con desdén, con un atisbo de tristeza en los ojos.

—Adiós al zoo.

—Lo siento.

—De acuerdo. Te avisaré si me entero de algo.

El corazón me dolía desde todos los ángulos de la investigación. Hirsch estaba perdiendo a una detective y amiga en la que una vez confió, y mis hermanos eran criminales que ponían en peligro nuestras vidas.

40

CANDACE

MIS PÁRPADOS SE ENTREABRIERON, pero las luces que había sobre mí eran demasiado intensas. Gemí en voz baja y oí voces a lo lejos. —Ha movido los párpados. Creo que se está despertando —dijo alguien.

¿Quién era? ¿Dónde estaba? Tenía la mente nublada y no podía recordar qué había pasado. Intenté abrir los ojos de nuevo y, poco a poco, unas formas se materializaron ante mí: mi madre, mi padre. Desvié la mirada, vi una ventana y oí los pitidos constantes de una máquina. Bajé la vista y me di cuenta de que estaba en la cama de un hospital. —¿Candace, puedes oírme? —Aquella voz, inequívocamente la de mi madre, se abrió paso a través de la neblina.

La miré. Juntó las manos con alivio. —¿Puedes oírme, verdad? ¡Donovan, Donovan, que puede oírme! —exclamó mi madre con júbilo.

¿Por qué no iba a poder oírlos? ¿Qué me había pasado? Me llevé la mano lentamente a la cabeza y noté el tacto de las suaves vendas. ¿Qué me había pasado en la cabeza? ¿Por qué estaba tan cansada? Quizá me habían drogado. Eso explicaría la confusión y las voces apagadas.

Mi atención volvió a centrarse en mi madre y mi padre. Me di cuenta de que alguien salía corriendo de la habitación; me pareció que era mi padre.

Vi cómo se acercaba una mujer con bata blanca y me enfocaba con una luz en los ojos. Ya había bastante luz. Parpadeé frenéticamente hasta que por fin la apartó. —Candace, me llamo doctora Potter. ¿Puede oírme?

Me costó un esfuerzo colosal hablar, pero conseguí asentir levemente con la cabeza.

—Eso está muy bien, Candace, muy bien. ¿Puede decir algo? Si puede, diga «sí» —me animó.

Tragué saliva y reuní hasta la última gota de energía para graznar un apenas audible: —Sí.

A mi madre se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Por qué lloraba porque yo dijera «sí»?

—Es una señal maravillosa. Lo está haciendo fabulosamente —me aseguró la doctora.

Intenté hablar de nuevo, esta vez con más claridad. —¿Qué ha pasado? —Mis palabras salieron lentas y trabajosas.

—Sufrió una herida de bala en la cabeza. La operamos y le extrajimos la bala. Ahora está en el hospital. Lleva aquí dos días.

¿Me habían disparado en la cabeza? Tenía que haber vuelto. No lo recordaba, pero sí recordaba la sensación de que me seguían en el supermercado. No lo estaba imaginando. La detective Leslie me había dicho que no me preocupara y, sin embargo, ahí estaba yo, tumbada en la cama de un hospital. Después de todo, no podía fiarme de ella. Vaya momento para darme cuenta.

La doctora se inclinó y preguntó con delicadeza: —¿Recuerda quién le disparó?

Vacilé. No recordaba el disparo en sí, pero el recuerdo del hombre que me había amenazado era nítido. ¿Sería suficiente? Insegura, asentí levemente.

—Son muy buenas noticias. Vamos a llamar al detective y vendrá a hablar con usted, junto con el sargento, ¿de acuerdo? —dijo la doctora, esperanzada.

Asentí de nuevo, con una sensación de urgencia. Sin duda, había que detener a ese hombre, o podría volver a por mí.

El arrepentimiento era abrumador. Creía que podía dejarlo todo atrás, pero me equivocaba de lleno, al pensar ingenuamente que podría escapar.

La doctora dijo: —Cuídese. Volveré a ver cómo se encuentra dentro de un rato —antes de salir de la habitación.

Mi madre regresó a mi lado, con Talia junto a ella. El alivio de que Talia estuviera a salvo me inundó. No estaba segura de si ella estaba en casa durante el incidente.

Talia me saludó en voz baja: —Hola, Candace.

—Hola —respondí débilmente.

—Ay, cariño, cuánto nos alegramos de que estés despierta. Nos tenías muy preocupados —dijo mi madre, con la voz teñida de alivio.

Ellos estaban preocupados, y yo también. Mi madre se giró un momento y luego volvió a mirarme. —Cariño, quiero que sepas que Talia nos lo ha contado todo…, todo. Le ha dado a la policía un retrato robot del hombre que te amenazó. Van a buscarlo. Pero tú no vas a decirles nada más, ¿entendido?

Confundida, acerté a preguntar: —¿Por qué?

—Confía en mí. No solo soy tu madre, sino que, como sabes, también soy abogada. Si lo saben todo, podrías meterte en un lío, cariño, y no queremos que eso pase. No va a devolverle la vida a nadie. Estaré aquí contigo cuando vuelva el detective, ¿vale?

Asentí mientras procesaba sus palabras.

Volviéndome hacia Talia, me pregunté si guardar silencio sería otro error. Quizá aferrarme a mi declaración inicial e intentar pasar página fue un error. Tal vez la única manera de superarlo de verdad era afrontarlo de cara, decir por fin la verdad, fueran cuales fuesen las consecuencias. Sería mejor que vivir con el miedo constante por mi vida. Si le decía la verdad a la policía, quizá dejarían de perseguirme.

Insegura de si lo correcto era guardar silencio, estaba demasiado cansada para discutir y dije: —Vale.

Agotada por la conversación y la dura toma de conciencia de dónde estaba y qué había ocurrido, cerré los ojos y dejé que el

sueño me llevara.

41

MARTINA

En el aparcamiento del hospital, a media luz, Hirsch me puso al día de las últimas novedades. —Leslie está oficialmente de baja hasta que concluya la investigación sobre su papel en la 98Mob. La retenemos en comisaría por su propia seguridad. La llamada de las diez confirmó lo que dijo: pudieron rastrear la llamada hasta casa de Clark.

No eran noticias que mi madre fuera a incluir en el boletín de Navidad. —¿Y qué comentaron en la llamada?

—Leslie le dio a Clark detalles sobre la investigación de los tiroteos de Ace y Candace y sobre el estado del asesinato de Toby June. Le dijo que no habían avanzado mucho, pero que sospechaban que se trataba de una banda rival. Eso pareció alegrarle.

La idea de que mi hermano estuviera implicado en actividades tan ruines era descorazonadora y consolidaba su posición en la categoría de «el malo». —Al menos nos dijo la verdad.

—Cierto, y no le dio nada demasiado útil, pero lo mantuvo hablando el tiempo suficiente para el rastreo.

—¿Qué significa esto para Clark?

—Bueno, técnicamente no ha infringido ninguna ley por preguntarle sobre el caso. Pero si va a juicio y no lo pillamos por otra cosa, probablemente podamos acusarlo de un cargo relacionado con

los otros delitos de la 98Mob; como mínimo, como encubridor —explicó Hirsch.

La realidad me golpeó con fuerza. Diera igual cómo acabase todo esto, tendría al menos a un hermano en la cárcel, si no a los dos. —Bueno, ahora ya sabes por qué no he mantenido el contacto con mis hermanos —dije con un deje de resignación.

—¿Le has contado a tu madre lo de la implicación de Clark?

La idea de contárselo a mi madre era más de lo que podía soportar. —No, es mejor que no lo sepa. Al menos por ahora. No quería ponerla en la misma difícil tesitura que había comprometido a la detective Leslie.

Al pasar por delante de la recepción y meternos en el ascensor, cambié de tema. —¿Qué tal el zoo? Sabía que Hirsch había hecho un trato con Audrey para ir al zoo el domingo en lugar del sábado, como estaba previsto, a cambio de una visita a la heladería.

—A Audrey le encantaron los monos —respondió Hirsch con una leve sonrisa.

—Sí, ¿a quién no le gustan los monos? —dije, tratando de aligerar el ambiente.

—¿Crees que hablará con nosotros?

—No lo sé. Si su madre está ahí, puede que nos paren los pies.

Cuando oímos la noticia de que Candace estaba despierta y podía hablar, fue un alivio enorme. Sobrevivir a una herida de bala en la cabeza era poco frecuente. El médico nos había dicho que había sido una de las afortunadas. Con algo de fisioterapia y mucho descanso, se recuperaría del todo. Era la mejor de las situaciones posibles para Candace.

Cuando el ascensor sonó al llegar a la planta de Candace, salimos y caminamos hacia la habitación del hospital. Hirsch y yo entramos sin avisar.

Candace estaba medio incorporada en la cama, con la cabeza vendada, escuchando atentamente a su madre y a su hermana hacer planes para unas vacaciones una vez que se recuperara. La saludé con la mano y le dije afectuosamente: —Hola, Candace. Me alegro de verla despierta.

—Hola —acertó a decir con voz débil.

—Este es el sargento Hirsch. Habló con él por teléfono hace unos días. ¿Se acuerda? —pregunté, tratando de introducir la conversación con delicadeza.

Asintió a modo de reconocimiento.

—Estamos trabajando con la detective Olivio, de la policía del condado de Alameda, en el tiroteo. Hablamos con su hermana, Talia, y nos hizo un retrato robot del hombre que la amenazó y que muy probablemente fue quien le disparó.

Candace asintió para indicar que entendía. Saqué una fotocopia del retrato y se la puse delante. Abrió los ojos como platos. —Es él. Es el hombre que me amenazó.

—¿Es el hombre que le disparó?

—No me acuerdo. No me acuerdo del tiroteo.

Era habitual que las víctimas de disparos tuvieran lagunas de memoria sobre el incidente o los momentos, o incluso horas, que lo precedieron. —¿Había visto a este hombre antes de que fuera a su casa y la amenazara?

Candace miró a su madre y a su hermana, como si buscara su aprobación o guía, indicando que podría haber visto al hombre antes, pero que dudaba en revelar más. —Él… Yo no… No puedo decirlo —titubeó.

—¿Es el mismo hombre que le disparó a June Bug? —pregunté, observando atentamente su reacción.

Se le abrieron aún más los ojos, una mezcla de miedo y reconocimiento cruzó su rostro. Su madre, sintiendo la intensidad de nuestro interrogatorio, intervino. —Ya es suficiente. Si no tienen más preguntas, voy a tener que pedirles que se vayan. Mi hija está en un estado muy delicado y ustedes están aquí interrogándola —dijo, con un tono firme y protector.

Di un paso atrás, dirigiéndome directamente a su madre. —Hay una persona suelta que casi mata a su hija. ¿No cree que es importante que intentemos encontrar a esa persona y detenerla?

—Les hemos dado un retrato robot. Ha dicho que no se acuerda. No veo cómo más puede ayudarles —replicó su madre.

—Creemos que Candace sabe mucho más de lo que nos cuenta sobre el tiroteo de Toby June —dije, volviendo a mirar a Candace.

Candace parecía cada vez más nerviosa, apartando la vista para evitar nuestras miradas.

Ignorando las protestas de su madre, insistí. —Candace, sabemos que estuvo en el parque, supuestamente comprando drogas y diciendo a los camellos que eran para su marido. Pero su marido ya había fallecido. ¿Por qué estaba realmente allí?

Permaneció en silencio, una clara indicación de que no iba a responder a más preguntas.

No era sorprendente.

—Señora Monroe, ya basta —intervino con firmeza la madre de Candace—. Está muy cansada. Si no les importa, me gustaría que se fueran los dos.

Hirsch, manteniendo la compostura, miró a la madre y respondió: —Nos iremos para que descanse, pero esta situación no va a desaparecer. Descubriremos la verdad, con o sin la ayuda de Candace. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

—Que tenga un buen día, sargento —replicó la señora Davis secamente, con un tono que indicaba que la conversación había terminado.

Hirsch, sin inmutarse, se volvió hacia Candace y dijo: —Hay gente muy peligrosa ahí fuera que no se va a detener solo porque usted esté en una cama de hospital. Si decide guardar silencio, no solo está poniendo su propia vida en peligro, sino posiblemente también la de su familia.

Candace cerró los ojos, sin duda tratando de aislarse de la dura realidad de su situación. Su madre, roja de ira, nos advirtió: —Ahora, si no se van, llamaré a seguridad.

No pude ocultar mi desdén, y Hirsch tampoco. La fulminó con la mirada y dijo: —Nos vamos, pero como abogada, estoy seguro de que entiende que la obstrucción a la justicia es un delito. Y con eso, Hirsch nos sacó de la habitación del hospital, dejando una tensión palpable en el aire.

La reticencia de Candace a hablar con nosotros no hizo más que despertar mi interés. Claramente, ocultaba algo, pero ¿el qué?

42

MARTINA

ACORRALADA en la cocina de mi madre, sopesé cuánto debía revelar. Mamá no podía saber que su hijo no solo formaba parte del crimen organizado, sino que también estaba implicado en la extorsión a una detective de homicidios. Una detective que había sido amiga suya, pero que se cambió de bando cuando amenazaron a su única hija. Clark no solo iba a por los malos; también iba a por los buenos. Creo que por eso era más difícil de sobrellevar.

—¿Cómo va el caso? —preguntó mi madre con los ojos llenos de esperanza.

Después de lo que habíamos averiguado sobre la 98Mob, me había convencido de la inocencia de Darren, como pensaba ella. Pero todavía no era seguro, y no quería ilusionarla. —Estamos recopilando mucha información, lo cual es una buena noticia.

Aunque Darren quedara exculpado del tiroteo, no significaba que no estuviera implicado. Sabía que estuvo allí el día que mataron a Toby June, y seguíamos teniendo un testigo presencial que afirmaba que fue él.

—¿Eso es todo lo que nos vas a contar? —preguntó Zoey, perpleja. Como nos estábamos quedando en casa de mi madre y Ted, Zoey estaba presente en todas las conversaciones sobre la investigación del asesinato y el intento de limpiar el nombre de

Darren. Para mi gusto, era una cercanía excesiva. A Zoey siempre le habían interesado las investigaciones en las que trabajaba, ya desde pequeña, pero no necesitaba conocer los detalles más escabrosos.

—Lo siento, es una investigación en curso.

—Pero es mi hijo —protestó mamá.

Ted entró en la cocina saludando a todo el mundo alegremente, con Barney a su lado, meneando la cola.

—Buenos días, Ted.

Mamá se volvió hacia Ted. —Martina dice que no puede darnos detalles del caso porque es una investigación en curso.

Le lancé una mirada a Ted, esperando que entendiera que era mejor que no diera ningún detalle en ese momento.

—Bueno, Betty, a veces las cosas tienen que ser así. Podría comprometer la investigación —razonó Ted.

La cara de mamá estaba adquiriendo un horrible tono fucsia. —¡Somos familia!

Un miembro de nuestra familia podía ser la razón por la que Darren estaba en la cama de un hospital, pero no tuve valor para decírselo y no quería que se le escapara ningún detalle de la investigación a Clark.

—Betty, si Martina dice que no puede contarte detalles, entonces probablemente sea mejor que no los sepas. Tenemos que confiar en Martina —dijo Ted.

Articulé un «gracias» con los labios para Ted y me disculpé rápidamente. —Bueno, tengo que ir a trabajar.

—Vale, vete a trabajar con tu investigación secreta —replicó mi madre con un tono teñido de frustración.

—Sabes que eso está fuera de lugar. Hago mi trabajo lo mejor que puedo y tengo a mucha gente ayudándome —respondí, sintiendo una punzada de dolor.

—Lo siento, Martina, es que… —la voz de mamá se apagó.

—Tengo que irme —dije con firmeza.

Zoey abrió los ojos como platos. No era frecuente que discutiera con mi madre. Le di un beso en la mejilla a Zoey y le dije: —Hablamos luego —antes de salir a toda prisa de la casa.

Para ser sincera, no me gustaba ocultarle detalles a mi madre, ni a Ted, ni siquiera a Zoey, pero hasta que no entendiéramos de qué lado estaba Clark, no podía poner en peligro las operaciones de la DEA y el FBI. Ya no se trataba solo de Darren.

Vincent entró en la sala de reuniones y se sentó a mi lado. —Oye, has llegado pronto.

—Sí, el ambiente se estaba caldeando un poco en casa de mi madre.

Enarcó una ceja. —¿Ah, sí?

—A mamá no le gusta que no hable de los detalles del caso.

—Está claro que no entiende lo que hay en juego.

—No, no lo entiende. Al menos Ted ha venido a mi rescate. —Le expliqué cómo Ted había salido en mi defensa, quitándome algo de presión de encima.

—El sargento original… —dijo Vincent con nostalgia.

Era extraño pensar que Ted y yo solíamos trabajar juntos y que Hirsch ocupaba su antiguo puesto. —¿Alguna noticia de Narcóticos?

—No, solo han dicho que querían una reunión.

Hirsch entró, y lo saludé con la mano. —¿Algo del detective Olivio?

—Todavía no.

Genial. Ningún progreso. Mi especialidad.

—Me gustaría mucho que esto terminara rápido. Sé que lo digo en todos los casos, pero este me toca demasiado de cerca. —Hice una pausa y añadí—: Literalmente, en mi casa.

Hirsch dijo: —Lo entiendo. Creo que todo el mundo está haciendo todo lo que puede, no solo para ayudarte, sino para detener el derramamiento de sangre en las calles.

—Lo sé. Estoy agradecida. Es solo que me está superando.

—Es comprensible.

Nuestros colegas de Narcóticos entraron. —¿Qué tal va todo? —dijo Rourke con acento tejano.

No muy bien. —¿Va tirando. Y ustedes?

—Nada mal. Tenemos algunos detalles que creo que van a querer oír.

—Sí, ¿de qué se trata?

—Hemos terminado la investigación de antecedentes del conductor, el que vieron pasar por delante de la casa de Clark. El coche está a nombre de un tal Douglas Kendle, de sesenta años, pero en la investigación se ha descubierto que, aunque él es el propietario legal del coche, tiene un hijo llamado Jeremy Kendle que figura como conductor en la póliza del seguro. ¿Y quieren saber por qué es interesante?

Vincent dijo: —¿Porque es un gánster?

—Bingo, y Vincent gana el juego —declaró Rourke con una sonrisa irónica.

Vincent levantó los puños en el aire como si acabara de ganar un torneo de póquer.

—¿Con quién anda? —pregunté.

—Es uno de nuestros miembros conocidos de la 98Mob. De bajo nivel, no trafica, es más bien un reclutador de traficantes.

—¿Qué cree que hacía en casa de Clark? ¿Cree que es amigo o enemigo?

—¿De Clark, se refiere? —aclaró.

Asentí.

—Bueno, eso es completamente desconocido en este momento. Pero he estado hablando con Hirsch, y nos ha dicho que Clark ha sustituido a Ace en sus tratos con la detective Leslie. Entre estas dos cosas —que esté extorsionando a una agente de policía y que sea un miembro conocido de la 98Mob—, creemos que podría estar compinchado con el nuevo capo. Proponemos vigilancia de veinticuatro horas en casa de Clark. Podríamos conseguir algo valioso.

Dejé que la idea calara.

Estábamos poniendo a mi hermano, Clark, bajo vigilancia.

Hasta esa semana, no lo había visto en veinte años, y ahora íbamos a vigilarlo veinticuatro horas al día para atraparlo, para meterlo en la cárcel. A mamá no le iba a hacer ninguna gracia.

—Tiene sentido. Creo que deberíamos hacerlo. ¿Tenemos suficiente gente? —pregunté.

Vincent se ofreció voluntario: —Yo podría hacer la vigilancia.

Rourke dijo: —Tenemos a gente de Narcóticos, pero sí, si tienes a alguien de otros departamentos, Hirsch, podría ser de ayuda.

Hirsch añadió: —Tenemos gente que podríamos usar. Vincent, para empezar. Pero, Martina, creo que tú deberías quedarte al margen de esto, obviamente.

Con mucho gusto. —De acuerdo. Clark me reconocería.

Rourke se enderezó en su asiento. —Bien, estamos de acuerdo en la vigilancia de la casa de Clark, y vamos a hablar con un juez para ver si podemos conseguir también escuchas telefónicas.

—Un plan sólido. —No solo podría darnos información valiosa sobre el caso para acabar con esta locura, sino que quizá también mantendría a Clark a salvo. Si Jeremy Kendle era un enemigo, podría estar vigilando la casa de Clark para eliminarlo. Clark seguía siendo mi hermano, aunque estuviera en el lado equivocado de la ley —en el lado realmente equivocado, el opuesto—, en las sombras. Seguía siendo mi hermano y yo lo quería. Simplemente no me gustaban sus decisiones ni cómo había elegido vivir su vida.

Trazamos un plan, y Hirsch y yo nos quedamos para trabajar mientras Rourke, Kiva y Vincent se iban a organizar la vigilancia en casa de Clark.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Hirsch.

Después de explicarle mi mañana, dijo: —¿Le has contado a Ted lo que está pasando?

—No, no quiero ponerlo en la tesitura de tener que mentirle a mi madre. Se ha dado cuenta de que es grave. Él ya sabe que es mejor no pedir detalles.

—Bueno, esperemos que podamos llegar al fondo de esto pronto. La DEA tiene el retrato robot que proporcionó la hermana de Candace, y todavía estamos esperando los resultados de balística. Con suerte, cuando lleguen, obtendremos algunas respuestas.

—Amén.

43

MARTINA

HIRSCH Y YO acabábamos de volver de comer cuando vimos a Kiva en la zona de los cubículos. Nos saludó con la mano y se acercó corriendo.

—Acabo de recibir noticias de la DEA. Parece que tienen algo. ¿Tenéis tiempo para una llamada?

—Sí, por favor —respondí con entusiasmo.

Rourke y Buck entraron detrás de Kiva y volvimos todos a la mesa mientras Kiva marcaba el número.

—Somos Rourke, Kiva y Buck, del equipo de narcóticos, y también estoy aquí con Martina Monroe y el sargento Hirsch.

—Me imaginaba que este era un caso para Martina y Hirsch —respondió la voz al otro lado.

Sonreí a pesar de los nervios y la expectación por lo que estaba a punto de suceder.

—Bishop, ¿eres tú?

—El mismo. Vaya, chica, se te da de maravilla meterte en todos los fregados.

—Esta vez no ha sido culpa mía.

Una risita surgió del altavoz.

—He oído que Clark y Darren Kolze son tus hermanos.

—Sí, señor.

—Puede que no te guste lo que vamos a decir, pero sin duda tenemos noticias.

No me gustó cómo sonaba eso.

—Bueno, suéltalo, Bishop.

Habíamos trabajado con el agente Bishop y su compañero hacía unos cuantos casos, cuando un traficante merodeaba por la costa de Sonoma haciéndose pasar por el líder de una comuna.

—Hemos recibido el retrato robot del hombre que amenazó a vuestra testigo, Candace Mason. Nos ha llevado unos días, pero hemos confirmado su identidad. Se llama Jax Carvallo. Esa es la buena noticia. La mala es que es un sicario a sueldo de un cártel mexicano. El cártel lo dirige un tipo llamado Eddie Domingo. Lo interesante es que Domingo es proveedor de Jaime y los 98Mob. Aquí es donde entra en juego nuestra operación.

—¿Podemos preguntar en qué consiste vuestra operación?

—Sí, ya habéis demostrado todos que sabéis guardar un secreto. Tenemos a varios agentes infiltrados en los 98Mob y a algunos que llevan ya unos años de incógnito en los cárteles mexicanos. Hemos aumentado el contacto por la cantidad de cadáveres que están apareciendo. Por fin hemos descubierto lo que, creemos, está pasando de verdad.

—¿Y?

—Resulta que Domingo, que no es muy fan de Jaime, ha decidido que quiere la operación de los 98Mob en el Área de la Bahía. Y está usando a Jax para eliminar a cualquier miembro de los 98Mob que no esté dispuesto a unirse a su banda.

—O sea, que quiere el territorio que ahora controlan los 98Mob.

—Exacto. Son muy malas noticias. No nos hacen falta cárteles mexicanos operando en el Área de la Bahía.

—¿Qué significa esto para nuestro caso? ¿Creemos que Jax y Domingo están relacionados con los asesinatos de Toby June y Ace, los ataques a mi hermano y a Candace Mason, nuestra testigo en el asesinato de Toby June?

—Los rumores dicen que sí, que Domingo y su gente son responsables de todo.

La gravedad de la situación se apoderó de nosotros. Una enrevesada red criminal, que se extendía desde las bandas locales hasta los cárteles internacionales, estaba ahora en el centro de nuestra investigación. Mientras asimilaba la noticia, dije:

—Has dicho que las noticias no me iban a gustar. A ver, no son buenas, pero ¿te referías a algo específico sobre mis hermanos?

—Sí. Nuestra gente cree que Domingo se puso en contacto con distintos miembros de los 98Mob, miembros de alto nivel como los lugartenientes, para ver quién estaba dispuesto a quedarse bajo el reinado de Domingo. Se rumorea que contactaron con Clark y Ace.

—Entonces, si lo he entendido bien, ¿Clark ahora trabaja para un cártel mexicano? ¿Y esa gente está a punto de eliminar a los 98Mob, incluido Jaime Ragnar?

—Eso es lo que creemos que está pasando.

Más detalles para el boletín navideño de mi familia.

—¿Qué crees de Jeremy Kendle? ¿Está con Domingo o es leal a Jaime?

—No estamos seguros de qué lado está.

Kiva intervino:

—Esta mañana hemos puesto vigilancia en casa de Clark.

Vincent me había estado informando cada hora desde que montó el campamento. Era bueno tener allí a alguien de mi equipo de Drakos Monroe.

—Buena idea.

—¿Crees que Darren sigue en peligro? —Sabía que no estaba exactamente en lo más alto de la lista de prioridades de nadie, pero era mi hermano y estaba casi en lo más alto de la mía.

Bishop dijo:

—Es probable que siga siendo un objetivo.

—Tengo un guardia en la habitación de su hospital.

—¿Alguien de confianza? —preguntó Bishop.

—Es de mi empresa. Es de fiar.

—Bien.

—¿Es posible que vayan a por mi familia, teniendo en cuenta que han ido a por Darren y que quizá han estado vigilando a Clark? —pregunté, preocupada por Zoey y mi madre.

—Domingo no es conocido por ir a por los familiares. Suelen centrarse en ataques por encargo. No estamos del todo seguros de por qué intentaron eliminar a tu hermano Darren. Podría haber sido simplemente una forma de eliminar la estructura actual de los 98Mob —explicó Bishop.

—De acuerdo. ¿Qué creemos que va a pasar ahora?

—Creemos que va a haber un ataque coordinado contra Jaime y cualquiera que siga con él como parte de los antiguos 98Mob.

Al menos, parecía que mi familia estaba a salvo, a excepción de mis hermanos, que eran miembros de los 98Mob. Eran, al menos, algunas buenas noticias.

—¿Hay algo más que puedas decirnos?

—No por el momento. Tenemos una operación importante en marcha, así que todo esto no sale de esta habitación. Queremos acabar con ellos si podemos. Si jugamos bien nuestras cartas, podríamos evitar que los cárteles mexicanos se instalen aquí, en el Área de la Bahía.

—Me parece bien.

La llamada terminó y recé en silencio para que mi familia estuviera a salvo. Parecía que sí, pero no podía estar segura, así que supuse que me quedaría de invitada un poco más.

Sonó el teléfono de Hirsch y también los del equipo de narcóticos. Tenía que estar pasando algo gordo. Mi móvil vibró y vi que era Vincent. Respondí rápidamente.

—Oye, ¿qué pasa?

—Disparos en casa de Clark. Disparos.

Mi corazón se desbocó.

—¿Puedes ver algo? ¿Le han dado a alguien?

Como a mi hermano.

—El equipo de vigilancia ha entrado y ha abatido al tirador, pero hay un par de cadáveres. Los sanitarios están de camino.

Por favor, que Clark esté bien.

—Voy para allá.

La urgencia en la voz de Vincent era evidente. Cogí mi equipo sabiendo que cada segundo contaba. La situación se estaba

agravando y tenía que estar allí para ayudar a contenerla y proteger a mi familia.

44

MARTINA

Hirsch se ofreció a llevarme a casa de Clark, pero me negué. Si le había pasado algo a Clark, necesitaría ver a mi madre en persona, y Hirsch, como sargento, tendría otros deberes que atender. Cuando llegamos al barrio, la escena de la masacre era inconfundible. Las sirenas ululaban y una docena de coches patrulla se alineaban en las calles. Aparqué en el primer sitio disponible y me apresuré hacia un hombre que se parecía a Vincent. Mientras corría hacia él, me saludó con la mano, de pie junto a un hombre que tenía el porte de un agente de policía.

Vincent no dudó. —Martina, este es el agente Danbury. Trabaja en la Brigada de Vicio. Estaba aquí para la vigilancia.

—Encantada de conocerle. Soy Martina Monroe.

Nos dimos la mano y él dijo: —Su reputación le precede.

—Gracias, pero ¿sabemos cuál es la situación ahí dentro? Dijo que había cadáveres.

Vincent dijo: —Dos personas fueron alcanzadas por los disparos. Una era tu hermano y la otra, el tirador.

—¿Está bien?

—Está vivo. Los sanitarios se llevaron a Clark y al tirador hace unos minutos. Van de camino al hospital.

Di gracias a Dios en silencio. —¿Qué ha pasado aquí? ¿Lo sabemos?

—Un coche se detuvo junto al bordillo, un hombre alto, de metro ochenta y pelo oscuro, se acercó a la puerta principal, llamó, pero nadie respondió de inmediato. Como nadie abría la puerta, el hombre miró por la ventana, sacó un arma de la parte de atrás de los pantalones y abrió fuego dentro de la casa. Desde el interior de la casa respondieron al fuego contra el tirador, que corría de vuelta al coche. El conductor intentó huir, pero el equipo de vigilancia fue rápido y lo redujo. Como he dicho, el tirador va de camino al hospital y el conductor está detenido.

—¿Habéis identificado al tirador y al conductor?

—El tirador no llevaba documentación, afirmó no hablar inglés.

¿Podría ser Jax, el sicario? —¿Y el otro? ¿El conductor del coche?

—Jeremy Kendle.

Un enemigo. —Es a quien vi pasar con el coche por delante de la casa cuando estuve aquí hace unos días.

—Parece que estaba inspeccionando la zona para un ataque.

¿Era esto parte del ataque coordinado que la DEA sospechaba que Domingo y su gente tenían en preparación? —¿Han contactado con la brigada de estupefacientes?

—Oh, sí, se ha contactado con todo el mundo. Creemos que este es solo uno de los muchos que están ocurriendo ahora mismo. Todo el mundo está en alerta máxima y movilizando al personal.

Me pasé los dedos por el pelo y miré a Vincent. —¿Han dicho a qué hospital llevan a Clark?

—Al Mount Diablo Medical Center.

Con los nervios a flor de piel, pregunté: —¿Parecía que se pondrá bien?

—Todo ha pasado muy rápido, Martina. Desde donde yo estaba, parecía un impacto en el pecho. Es todo lo que sé.

—Es tu hermano, ¿eh? —preguntó el agente Danbury.

—Sí, y tengo a otro en el hospital del condado de Marin.

—Siento oírlo. Espero que salga adelante.

Sentí un cosquilleo en la nariz y contuve las lágrimas. Por si eso no fuera bastante malo, tenía que hacer algo que de verdad no

quería. Tenía que llamar a mi madre y decirle que otro de sus hijos iba camino del hospital con una herida que ponía en peligro su vida.

Vincent intervino: —¿Quieres que te acompañe al hospital?

Justo en ese momento, Hirsch se acercó corriendo. —Eh, Martina, Vincent. ¿Estabais a punto de ir al hospital a ver a Clark?

—Sí, pero tengo que llamar a mi madre antes de ir.

—Voy contigo —se ofreció Hirsch.

Me volví hacia Vincent. —Quizá deberías quedarte por si hay alguna pregunta sobre la vigilancia.

—Entendido, jefa. Buena suerte, y espero que todo salga bien —dijo Vincent, dándome una palmada en el brazo.

—Gracias.

Y con un enorme peso sobre los hombros, saqué el móvil antes de dirigirme a mi coche.

45

MARTINA

En la sala de urgencias con Hirsch, pedí hablar con los médicos de Clark.

—¿Es usted familia?

—Sí, pero también soy agente de la ley. Ha ingresado con una herida de bala. Se llama Clark Kolze.

—Ah, sí, el doctor saldrá en seguida —respondió la recepcionista.

Oí unos pasos apresurados que se acercaban. Por encima del hombro, vi a mi madre con Ted y Zoey. ¿Por qué había traído a Zoey? Ni siquiera conocía a su tío Clark, y desde luego no era un buen día para ello. —Hola.

—¿Cómo está? ¿Va a salir de esta? —exclamó mi madre, angustiada.

—El médico debería salir pronto a hablar con nosotros.

Como si lo hubieran invocado, se acercó un hombre con pijama quirúrgico azul oscuro y bata blanca. —¿La familia de Clark Kolze?

Mi madre se precipitó hacia él, y Hirsch y yo intercambiamos una mirada mientras la seguíamos. —Soy el sargento Hirsch, del Departamento del Sheriff del condado de CoCo, y esta es mi compañera, Martina, que además resulta ser la hermana de la víctima. Esta es su madre, Betty, su padrastro, Ted, y su hija, Zoey.

—Hirsch titubeó, como si acabara de darse cuenta de que Zoey también estaba allí.

—¿Qué puede decirnos? —pregunté.

—El señor Kolze ha tenido suerte. Sufrió una herida de bala en el hombro, por poco no le alcanza el corazón. La bala lo ha atravesado; no se le ha quedado alojada. Lo hemos vendado. Debería poder irse a casa en unos días... o adonde sea que vaya —dijo el médico, mirando de reojo a Hirsch.

—Gracias. ¿Podemos verlo ya? —preguntó mi madre.

—Sí, pueden. Está despierto. Un poco malhumorado, pero vivirá.

—Gracias a Dios —exclamó mi madre.

Hirsch dijo: —Han traído a otro hombre. Herida de bala.

El médico respondió: —Sí, todavía está en el quirófano. Pueden comunicar en recepción que están esperando noticias sobre su estado.

—Gracias —dijo Hirsch, y se volvió hacia mí—. La acompañaré a ver cómo está Clark y luego volveré para esperar noticias sobre el estado del tirador.

—Gracias.

El médico acompañó a mi madre y al resto del grupo, pero yo detuve a Zoey. —No quiero que entres ahí ahora mismo.

—Pero casi se muere, mamá.

—No sé si me siento cómoda con que hables con él ahora mismo. Este caso es muy peligroso, y tu tío forma parte de él —dije en voz baja.

Hirsch esperaba a unos pasos de distancia.

Zoey protestó: —Entonces, ¿me voy a quedar aquí sentada yo sola mientras toda mi familia está ahí dentro?

Tenía razón. —¿De verdad quieres conocerlo?

—Sí. Por favor, mamá. Si de verdad está metido en un mundo tan peligroso, puede que esta sea mi única oportunidad de conocerlo.

La súplica de Zoey me provocó un enorme sentimiento de culpa. —Vale. De acuerdo. Pero te presentaré yo.

Hirsch me dedicó una mirada que transmitía su comprensión de la confusión por la que estaba pasando.

Dentro de la habitación, mamá le cogía la mano a Clark, con Ted a su lado como si la estuviera protegiendo. Hirsch entró y se presentó, pero a Clark no pareció hacerle mucha gracia su presencia.

Manteniendo a Zoey detrás de Ted, dije: —Hola, Clark, veo que ya conoces al sargento Hirsch. Es uno de mis compañeros.

—Genial —respondió Clark con sequedad—. ¿Estáis aquí para interrogarme?

Miré a Zoey y dije: —Haremos eso en unos minutos. Primero, quería asegurarme de que estabas bien.

—El médico dice que voy a vivir. Qué suerte la mía —dijo Clark con pesimismo.

Miré a Zoey; su expresión reflejaba mis propias inquietudes. —Antes de que el sargento Hirsch y yo hablemos contigo sobre lo que ha pasado hoy, quiero que conozcas a alguien.

Los ojos de Clark se abrieron de par en par por la sorpresa cuando acerqué a Zoey junto a mi madre. —Clark, esta es Zoey, mi hija. Zoey, este es tu tío Clark.

Sin rastro de timidez, Zoey lo saludó con entusiasmo. —Hola. Encantada de conocerte por fin.

—Hola, Zoey, encantado de conocerte. Ojalá fuera en otras circunstancias —dijo Clark, con un tono de arrepentimiento en la voz.

Y se quedaba corto.

Zoey y Clark se estudiaron el uno al otro como si intentaran pintar una imagen mental que pudieran conservar para siempre.

Al darme cuenta de que se nos acababa el tiempo, decidí hacer que las cosas avanzaran. —Vale, ahora que hemos visto que Clark está bien, Hirsch y yo necesitamos unos minutos para hablar con él a solas.

—Martina, ¿de verdad esto es necesario ahora mismo? —intervino mi madre.

Su actitud empezaba a agotarme la paciencia. —Hay gente muy peligrosa ahí fuera, y necesitamos información de Clark para asegurarnos de que nadie más salga herido. Espero que puedas entenderlo, mamá. —Dirigiéndome a Zoey, dije—: Vete con la abuela y con Ted. Te veo pronto. —Afortunadamente, Ted pareció

comprender la gravedad de la situación y los acompañó fuera de la habitación.

—Me sorprende que la hayas traído —dijo Clark, con voz apenas audible.

—Ha sido mamá. Yo no lo habría hecho.

—Se parece a ti, salvo por los ojos, de un azul brillante.

Los ojos de Jared.

—Sí.

—Está bien. Lo entiendo. Pero gracias por dejarme conocerla.

Tratando de mantener la compostura, dije: —Claro.

Por suerte, Hirsch intervino. —Miembros de nuestro equipo de narcóticos, así como de la DEA, estarán aquí en breve para hablar con usted, pero quiero que sea usted quien me cuente qué ha pasado hoy.

Clark suspiró. —Si hablo, me matarán.

Lo miré directamente a los ojos. —Te matarán si no lo haces. Ya lo han intentado una vez.

Negó con la cabeza. —No voy a hablar sin un trato. Lo siento. Si no me matan, harán que desee estar muerto.

Antes de que pudiéramos insistir más, Kiva y Rourke aparecieron en el umbral. Hirsch les hizo un gesto para que entraran. —Adelante. Con nosotros no habla. Quizá hable con vosotros.

Pero yo seguía escéptica, consciente de la gravedad de la situación de Clark y del peligro inminente en el que se encontraba. Antes de que pudiera discutir más con Clark, mi teléfono vibró en el bolsillo. Salí a toda prisa de la habitación y contesté. —¿Jayda, qué pasa?

—He recibido una llamada del detective Olivio. Ya están los resultados de balística de la bala del caso de Candace Mason.

¿Por qué había llamado el detective Olivio a Jayda? Fuera cual fuera el motivo, estaba impaciente por saber lo que tenía que decir.

46

MARTINA

Volví a toda prisa a donde estaban Hirsch, Rourke y Kiva. —Espera un momento —dije al teléfono, girándome hacia Hirsch y el equipo de narcóticos—. Tengo a Jayda al teléfono. El detective Olivio la ha llamado con el informe de balística sobre el asesinato de Candace Mason.

Sin dudarlo, salieron de la habitación y, en el pasillo, le conté a Jayda con quién estaba. —¿Vale, qué han encontrado? ¿Y por qué te ha llamado Olivio? —le pregunté por teléfono.

—El detective Olivio me ha llamado porque la bala del caso de Candace Mason coincide con la de otros dos homicidios, uno en el que estoy trabajando.

¿Otros dos casos? Se lo repetí al equipo en voz baja. —¿Cuáles son los otros casos?

—Toby June y Anthony Hernandez, alias Ace.

Me quedé boquiabierta y el corazón se me aceleró. Compartí la noticia, alejándome unos pasos por el pasillo, pero sin perder de vista la habitación de Clark. —Es probable que sea el mismo tirador —les dije a Jayda y a los chicos.

Jayda respondió: —Es una posibilidad muy alta, teniendo en cuenta que nunca encontramos el arma en los asesinatos de Toby

June o Anthony Hernandez. Parece que, después de todo, tu hermano podría ser inocente.

Al menos Darren era inocente. ¿Clark, sin embargo? —Gracias, Jayda. Muchísimas gracias.

—Yo no he hecho nada. Ha sido todo cosa de balística. ¿Cómo está Clark?

—Saldrá de esta, pero no quiere hablar con nosotros.

—Bueno, eso no es ninguna sorpresa, ¿verdad?

—La verdad es que no. Hablamos pronto. —Me guardé el móvil en el bolsillo y luego dije—: Deberíamos avisar a la DEA de que coincide con los asesinatos de Toby June y Ace Hernandez.

—Voy a llamarlos. Después, entraré e interrogaré a Clark —dijo Rourke.

—El tirador está en el quirófano.

—Nos ocuparemos de él más tarde.

—Buena suerte.

Hirsch se acercó. —Parece que a lo mejor Darren no le disparó a Toby después de todo.

—Entonces, ¿por qué dijo Candace que sí lo hizo? —Caí en la cuenta de algo—. ¿Qué te parece si vamos a visitar a nuestra otra amiga al hospital?

—Candace.

Asentí.

—Vamos.

47

MARTINA

CON LA ADRENALINA A TOPE, me apresuré con Hirsch hacia los ascensores. Dando por hecho que Candace estaba en la misma habitación que antes, sabíamos exactamente dónde encontrarla. Entré de golpe. Candace estaba sola en la habitación; seguramente sus padres se habían tomado un descanso. Por fin, un poco de suerte.

—Hola, Candace. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor, pero me han dicho que puede que esté aquí una temporada.

Asentí, jugando la carta de la compasión.

—Tiene suerte de estar viva.

—Eso es lo que me dicen. ¿Han encontrado al tipo del retrato robot?

—El hombre que encaja con la descripción se ha visto envuelto en un tiroteo hoy mismo. Está en el quirófano. En cuanto se recupere, irá a la cárcel —dije, omitiendo a propósito el detalle de que estaba en el mismo hospital que ella.

Con los ojos como platos, dijo:

—¿Ha intentado matar a alguien más?

¿Estaba sorprendida?

—Sí. Creemos que es un sicario al que contrataron para matarla —revelé, al ver el miedo en su rostro. Necesitaba entender la gravedad de la situación.

Hirsch dijo:

—Candace, también hemos venido a decirle que ha habido otra novedad en su caso. La bala que le extrajeron de la cabeza coincide con una bala de otras dos escenas del crimen.

—¿Quiere adivinar cuál es una de ellas? —le pregunté.

Candace cerró los ojos, respiró hondo y luego me miró.

—¿Ese hombre va a ir a la cárcel?

—Sí, abrió fuego contra una casa delante de agentes de policía. Probablemente no salga de la cárcel en la vida —le aseguré—. Sabemos que la amenazaron antes de dispararle y creemos que no nos ha estado diciendo la verdad, al menos no toda. Esa gente es muy, muy mala. Necesitamos que nos cuente lo que sabe. Si no lo hace, no podremos protegerla.

Candace bajó la cabeza.

—Tiene razón. No se lo he estado contando todo. Ha llegado el momento. Se lo contaré todo.

Hirsch y yo intercambiamos una mirada y pensé: ya era hora.

48

CANDACE

JUSTO CUANDO ME DISPONÍA a contar mi historia, mis padres volvieron a entrar en la habitación. Mamá intervino rápidamente:

—Ya le hemos dicho que Candace no tiene nada más que decir. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué no está fuera buscando al hombre que le disparó?

Hirsch contestó:

—Con el debido respeto, señora, creemos que el hombre que le disparó a su hija está en el quirófano. Después, quedará bajo custodia.

—Mamá, papá, no pasa nada. Quiero hablar con ellos.

Mamá me fulminó con la mirada.

—Candace, ya hemos hablado de esto. No vas a decirles ni una sola palabra.

Ya era suficiente.

—Es mi decisión. Es mi vida. Es mi historia y a mí me corresponde contarla. Quiero contarles mi historia. Quiero decir la verdad.

Mamá negó con la cabeza, claramente decepcionada.

—Esto podría arruinar tu futuro, Candace.

—Estoy en la cama de un hospital con una herida de bala en la cabeza. No creo que pueda estar más arruinada. Las mentiras y la

energía negativa son lo que me ha traído hasta aquí. Ya no quiero ser esta persona. Pensaba que podría dejarlo atrás, pero no puedo. Necesito contar la verdad, es la única forma de que pueda seguir adelante. Espero que lo entendáis. De verdad que ya no quiero cargar con esto en mi conciencia.

Al final, mamá cedió y se sentó con papá en las sillas a la derecha de mi cama.

—Adelante —dijo a regañadientes.

El sargento Hirsch y Martina Monroe se quedaron de pie junto a mi cama.

—La escucho, Candace —dijo Martina para animarme.

Tragué saliva y decidí armarme de valor. Era hora de dejar esto atrás, pero la única forma de hacerlo era contar la verdad. Alguien dijo una vez que la verdad te hará libre. Eso era lo que necesitaba: la conciencia tranquila, el alma limpia.

—Empezó después de que mi marido muriera. Se volvió adicto al fentanilo tras un accidente de coche muy grave y, durante los últimos seis meses antes de morir, discutíamos y nos peleábamos porque descubrí lo de las drogas. Estaba vaciando nuestras cuentas bancarias. Nos peleábamos y yo apenas lo reconocía. Intenté que buscara ayuda. Él decía que lo haría y luego no lo hacía. Fue la época más dura de toda mi vida. Y luego, cuando tuvo la sobredosis, creo que una parte de mí murió o sencillamente se perdió por el camino.

Martina dijo:

—Lo siento mucho. Haber perdido a su marido... Es muy difícil seguir adelante.

—Lo fue. Me sentía como una sombra de lo que era y perdí las ganas de hacer cualquier cosa, de trabajar. Estaba perdida.

Martina me cogió la mano y dijo:

—La entiendo. Yo he pasado por eso. Créame, he pasado por eso.

Asentí, percibiendo una comprensión genuina en sus ojos. Había algo en ella que me hacía confiar y sabía que no me juzgaría. Es extraño cómo a veces apenas conoces a una persona, pero puedes sentir cómo es por dentro.

—Antes de que Travis muriera, lo había seguido un par de veces para ver adónde iba a comprar la droga. Esa fue una de las primeras veces que me enfrenté a él, porque negaba que se drogara. Pero en el aniversario de su muerte, se me metió en la cabeza la idea descabellada de que me vengaría de la gente que le vendía las drogas. Decidí que iba a volver y que fingiría que las compraba para Travis, aunque llevara muerto un año. Así que empecé a ir al parque. Conocí a June Bug y a Darren. Y empecé a entender cómo funcionaba el negocio. Le daba el dinero a Toby y luego salía Darren con la droga. Aunque es curioso. La primera vez que fui, no tenía ni idea de cuánto costaba la droga. Después de explicarles que eran para mi marido, Darren me dio una pastilla para que aguantara hasta que yo pudiera volver con suficiente dinero. Si no fueran traficantes, habría pensado que eran amables. Pero yo estaba tan llena de ira y rabia que quería que pagaran por lo que le hicieron a mi marido. Le vendieron las drogas que lo mataron. Los culpaba de su muerte.

Martina asintió de nuevo y dijo:

—Parece que sentía mucha ira, pero puede que ahora vea la situación de otra manera.

—Así es, pero un día estaba en el parque, observándolos. Iba a consumar mi venganza y no sabía muy bien cómo. Pensé que quizá podría grabarlos vendiendo droga y luego llamar a la policía para que los detuvieran. Estaba agachada detrás de unos arbustos cuando ese hombre alto con el pelo oscuro se acercó a Toby y, sin más, le disparó. No supe qué hacer. Eso no era lo que yo quería. Para nada.

El sargento Hirsch dijo:

—¿Era el mismo hombre que fue a su casa y la amenazó?

—Sí, era el mismo hombre. Por eso tenía tanto miedo. Era él.

—Entonces, ¿por qué dijo que fue Darren quien disparó a Toby?

—Al principio no lo hice. Le dije a la inspectora que era un hombre alto con el pelo oscuro, pero luego, cuando me enseñó las fotografías y Darren era uno de ellos, se me ocurrió que era una forma de vengarme de él por darle drogas a Travis. Así que dije que

fue Darren. Lo siento mucho. —Las lágrimas empezaron a brotar e intenté secármelas, muy avergonzada.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Martina.

—Al día siguiente volví a la comisaría para la rueda de reconocimiento y allí estaba Darren otra vez, así que volví a señalarlo. Sinceramente, no me lo pensé dos veces hasta que usted vino a hacerme preguntas al hospital y luego la inspectora Leslie llamó por el caso. Y después tuve la amenaza de ese hombre y aquí estoy.

—Entonces, ¿no conoce al hombre que le disparó?

Negué con la cabeza.

—No sé su nombre. Nunca lo había visto antes del día en que disparó a June Bug y no volví a verlo hasta que vino a amenazarme.

—¿Tiene alguna otra relación con June Bug, Darren o esa organización de narcotraficantes?

Volví a negar con la cabeza.

—No, yo solo... fingía comprar droga para Travis, para enterarme de cómo funcionaba su negocio y así poder encontrar una forma de vengarme por matarlo. Debería haberlo pensado mejor. Fue una idea terrible.

Notaba que Martina estaba que echaba humo. Cómo no iba a estarlo.

—Lo siento muchísimo. Sé que Darren es su hermano y he oído que también intentaron matarlo a él. Lo siento mucho. Me equivoqué. Es solo que… no quería que nadie muriera. Lo siento de verdad.

Los dos hablaron entre ellos, pero no pude oír lo que decían. ¿Estarían hablando de detenerme? ¿Era eso lo que merecía?

—¿Iré a la cárcel por mentir? ¿Por decir que Darren le disparó a June Bug? —pregunté con ansiedad.

El sargento Hirsch dijo:

—Tendré que hablarlo con el resto del equipo, pero el hecho de que confiese ahora podría ser muy útil en una investigación en curso. Si acepta testificar y firmar una declaración jurada, probablemente podamos llegar a un acuerdo.

—¿Está diciendo que no irá a la cárcel? —intervino mi madre. La omnipresente abogada defensora.

El sargento contestó:

—No le prometo nada, pero no es probable que pise la cárcel.

Aliviada, aunque todavía sintiéndome una estúpida, me di cuenta de que si hubiera dicho la verdad desde el principio, podría haber evitado todo esto. Mi propio miedo a ir a la cárcel o a meterme en líos era tan estúpido.

—Testificaré. Firmaré una declaración. Haré lo que sea para arreglar esto. Lo siento muchísimo. —Seguro que sonaba estúpida, pero era verdad. Lo sentía más de lo que jamás podría expresar.

Después de darme las gracias, se marcharon de mi habitación del hospital. Miré a mis padres y también me disculpé con ellos.

—Lo siento. Me doy cuenta de lo muy equivocada que he estado.

Mi madre me cogió la mano, su voz llena de apoyo.

—Te queremos, cariño. Estaremos a tu lado pase lo que pase.

Aunque la culpa seguía consumiéndome, mi corazón estaba lleno de gratitud.

49

MARTINA

De vuelta en el pasillo, me quedé de piedra y apenas podía procesar lo que acababa de oír. La testigo ocular del asesinato de Toby June había mentido. Ojalá nos hubiera dicho la verdad antes. Por otro lado, quizá fue por las mentiras de Candace por lo que seguimos escarbando y escarbando hasta que algo tuvo sentido. Y gracias a esa persistencia, la DEA y el FBI estaban a punto de desmantelar todo un cártel de la droga de México que intentaba infiltrarse en la bahía de San Francisco. Pero la investigación casi les había costado la vida a mis hermanos.

—¿Qué te parece? —preguntó Hirsch.

—Mi hermano era inocente todo este tiempo. ¿Cuánta gente más lo sabía? Para empezar, la persona que me llamó de forma anónima. Tiene que ser la novia de Darren, ¿verdad?

Hirsch se encogió de hombros. —No lo sabremos hasta que alguien nos lo diga. Podrías preguntarle a Darren.

—Cuando le pregunté, dijo que no sabía quién me estaba llamando. Quizá ya no importe. Jax mató a Toby. Entre el testimonio de la testigo ocular, suponiendo que esta vez diga la verdad, y que la bala del asesinato de Toby coincide con el tipo de arma que le encontraron a Jax tras el tiroteo en casa de Clark, sabemos la verdad.

Balística no había tenido la oportunidad de procesar el arma de fuego de Jax, pero era del mismo calibre que las balas encontradas en los lugares de los crímenes de Toby, Ace y Candace. Todos los indicios apuntaban a Jax. Por supuesto, tendríamos que confirmarlo.

—¿Se lo vas a decir a tu madre?

—Todavía no. —No hasta que supiéramos con certeza que todo el mundo estaba fuera de peligro. No habíamos tenido noticias del FBI ni de la DEA, y no sentiría que mi familia estaba a salvo hasta que supiera que habían detenido a todos los sospechosos.

Cuando estaba a punto de sugerirle a Hirsch que debíamos ponernos en contacto con Rourke y volver a la habitación del hospital de mi hermano, recibió una llamada y asintió.

—Hola. —Una pausa—. Estoy en el hospital. Estoy aquí con Martina. Kiva y Rourke están con Clark. Vale, reuniré a la tropa y te veré en la comisaría. —Hirsch se despidió y se giró hacia mí—. Tenemos que irnos. Están pasando cosas gordas.

Volvimos a toda prisa, bajando dos pisos por las escaleras hasta la habitación del hospital de Clark. Mi madre estaba fuera de la habitación, hablando con Kiva. —¿Vaya, ahí estáis? ¿Dónde os habíais metido? —preguntó mi madre.

Intenté hacerle una seña a Hirsch en silencio, pidiéndole ayuda para contenerla y evitar que hiciera tantas preguntas sobre el caso. —Teníamos que hablar con alguien —dije con evasivas.

Hirsch añadió: —Kiva, te necesitamos a ti y a Rourke. Hay una reunión en la comisaría a la que tenemos que asistir.

—¿Es necesario que estemos los dos? —preguntó Kiva, con evidente preocupación en su voz.

Me pregunté si le preocupaba la seguridad de Clark. —Mandaremos a un agente de uniforme para que vigile la puerta —aseguró Hirsch.

Kiva explicó: —El médico ha pasado para decirnos que el tirador ha salido de quirófano. Tendremos que interrogarlo cuando esté despierto, pero también que alguien vigile su habitación para que no intente escapar.

Hirsch dijo: —Pediré refuerzos.

Kiva dijo: —Muy bien, pero esperemos a que lleguen.

Agradecí que Kiva no se la jugara con la vida de mi hermano. Si ese día había habido un ataque coordinado y el equipo de Domingo decidía hacer una parada en el hospital, Clark podría estar en peligro.

Mi madre negó con la cabeza y dijo: —No me gusta nada de esto, Martina, y no me gusta no saber lo que está pasando.

Menos mal que Ted estaba jubilado cuando se casaron. No creo que hubiera podido soportar estar casada con un sargento de policía en activo. Mirando a mi alrededor, me di cuenta de que algo no iba bien. —¿Dónde está Zoey?

Mi madre dijo: —Ha bajado a la cafetería a por algo de comer.

—¿Sola?

Antes de que pudiera decir más, Ted intervino: —Ya que estáis aquí, iré a buscar a Zoey y la traeré de vuelta.

—Gracias —respondí, agradecida, pero todavía preocupada. ¿Cómo podían ser tan descuidados y dejar que Zoey fuera sola a la cafetería?

Mientras Ted se apresuraba por el pasillo, Zoey apareció dando saltos, con una patata frita en una mano y una bolsa grasienta en la otra. Saludó con la mano y sonrió. Quizá estaba exagerando. Había mucha tensión, pero no me gustaba la idea de no saber exactamente dónde estaba mi hija en un momento como aquel. Claro que la amenaza contra ella probablemente era muy baja a esas alturas, pero aun así.

Mi madre dijo: —Lo siento mucho, Martina. Clark dijo que estamos... dijo que no iban a venir a por nosotros y que estábamos a salvo.

Había decidido creer a su hijo, miembro del crimen organizado, que todos estábamos a salvo. Volví a negar con la cabeza, sin poder creer la situación. Le di a mi hija un rápido apretón y ella se echó hacia atrás. —¿Estás bien? —preguntó Zoey.

¿Que si estaba bien? No, no lo estoy. Estaba en medio de un caso de asesinato del crimen organizado que iba a por mis dos hermanos, y mi hija andaba por ahí dando vueltas por un hospital, expuesta a un ataque en cualquier momento. Quizá estaba exagerando, pero era mi única hija. No podía ni pensar en el hecho

de que se iba a la universidad el mes que viene y estaría lejos de mí todo el tiempo. —Estoy bien. Es que tenemos que ir a un sitio —dije, tratando de sonar tranquila. No estaba segura de haberlo conseguido.

Como si fuera una señal, un agente de uniforme se acercó a toda prisa.

—Bueno, tenemos que irnos. Hablo contigo más tarde. Te quiero, cariño.

—Yo también te quiero.

Después de dar las órdenes al agente de uniforme, los cuatro nos dirigimos de vuelta al Departamento del Sheriff del Condado de CoCo.

50

MARTINA

En la sala de operaciones, un hombre al que no conocía charlaba con Vincent. El desconocido medía, madre mía, casi un metro noventa y cinco, era calvo y fornido.

—Ustedes deben de ser Martina Monroe y el sargento Hirsch —dijo.

Vacilé un instante.

—Sí.

—Soy Bishop. Encantado de conocerlos en persona —saludó cordialmente.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro mientras nos dábamos la mano.

—Encantada de verlo, Bishop.

—Bueno, como se imaginarán, hoy están pasando muchas cosas. Quiero mostrarles lo que tenemos para asegurarnos de que no se nos escapa nadie. Tenemos que atar todos los cabos. ¿De acuerdo? —preguntó el agente Bishop.

Todos asentimos.

—Por supuesto que de acuerdo —añadió Vincent antes de sentarse.

El agente Bishop se acercó al proyector, pulsó un botón y el aparato cobró vida con un zumbido. Las luces parpadearon y en la

pantalla apareció un organigrama. —Gracias a su ayuda, y a la colaboración con Kiva y el equipo de narcóticos, creemos que hemos desentrañado una pista clave sobre la guerra de los 98Mob —prosiguió describiendo a todos los implicados en la banda de Domingo, señalando a Jax, el sicario, a varios lugartenientes y a sus subordinados. Luego, otro color resaltó a los 98Mob, con Jaime en la cima, mi hermano en el siguiente nivel con los otros lugartenientes y, dos niveles por debajo, mi otro hermano, Darren. Había círculos alrededor de Darren y Clark, y una macabra «x» sobre los nombres de Toby y Ace.

Mi cuerpo prácticamente vibraba de expectación ante lo que iba a revelar.

—Como pueden ver, aquí tenemos el cartel mexicano y aquí a los 98Mob de la zona de la Bahía. Pueden ver dónde hay solapamiento y dónde creemos que han estado los objetivos. Tenemos a todos los miembros del equipo de Domingo en Estados Unidos bajo custodia, a excepción de Jax, que sigue en el hospital. Pero la DEA lo vigila de cerca.

Se escuchó una mezcla de vítores y aclamaciones; eran noticias excelentes.

—En cuanto a los 98Mob, hemos arrestado a algunos de ellos, principalmente por tenencia de armas, solo para retenerlos y ver si conseguimos que hablen. Después de que capturáramos a Domingo acercándose sigilosamente al complejo de Jaime en Byron con seis hombres armados, Jaime accedió a venir a hablar con nosotros. Pero no está detenido.

—O sea, que has tenido un día ajetreado, ¿no? —dijo Vincent con una sonrisa burlona.

—No tienes ni idea. A ver, en cuanto a la banda de Domingo, todos tenían armas que no estaban registradas. La mitad no son ciudadanos estadounidenses, así que será fácil deportarlos. Esto es una gran victoria para la DEA, así que, de nuevo, muchas gracias —hizo una pausa para inclinar la cabeza en señal de gratitud y continuó—. En cuanto a los 98Mob, son un poco más complicados. Si tuviéramos algunos confidentes, nos podrían dar más contexto sobre lo que ha ocurrido en los últimos meses. De momento, no hay

voluntarios. Pero estamos seguros de que el equipo de Domingo se puso en contacto con los lugartenientes, e incluso con algunos de los niveles inferiores. No a todos les pareció bien el plan. Y como se estaba corriendo la voz, algunos empezaron a llevarse un balazo por problemas de lealtad. La lealtad a Jaime no era aceptable para Domingo. Quería a los que estuvieran dispuestos a hacerle el trabajo sucio, como Ace, y creemos que también a Clark —Bishop vaciló y luego añadió—: He oído que sigue en el hospital. ¿Cree usted que hablará con nosotros?

Con pesar, respondí:

—Se niega a hablar si no hay un trato. Dice que lo matarán.

Hirsch añadió:

—Parece que lo tiene todo resuelto. ¿Lo necesita?

—Si tenemos un confidente dispuesto a hablar, sin duda ayudaría. No creemos que Domingo y su banda en la zona de la Bahía actúen solos. Estamos bastante seguros de que está vinculado a un cartel más grande en México. Si podemos obtener información sobre eso, podría ser valioso tanto para los federales como para nosotros.

—Bueno, puede intentar hablar con él. Además, acabamos de tener una visita interesante de la testigo ocular del asesinato de Toby June. Se retracta de su testimonio de que fue Darren. Dice que fue Jax, basándose en su foto, quien disparó a Toby June y la amenazó.

—¿Por qué mintió? —preguntó Vincent.

La noticia era de última hora y no habíamos tenido tiempo de ponerlo al corriente.

—Mintió porque odiaba a mi hermano y odiaba a Toby. Ambos le vendían drogas a su difunto marido. Los culpaba de la sobredosis. Y cuando el inspector Leslie le enseñó la foto de Darren, lo señaló pensando que era su día de suerte, una forma de vengarse. Obviamente, ahora está arrepentida, mientras se recupera de una lesión cerebral por un disparo en la cabeza, cortesía de, creemos, Jax.

—El negocio de la droga es peligroso —dijo Bishop—. Pero si Clark está dispuesto a hablar a cambio de un trato, llamaremos a

nuestros amigos de los federales. A ver si podemos meterlo en el programa de protección de testigos. Lo más probable es que esté ocultando información que pueda requerir medidas extremas para proteger su seguridad.

¿Qué le parecería eso a mi madre? Nunca más podría volver a ver a Clark, como si estuviera muerto. Pero seguramente lo preferiría vivo en un lugar desconocido a muerto de verdad.

—Adelante —dije.

—Vale, parece que lo tenemos todo atado, pero me interesa mucho saber qué tiene que decir Clark.

Y a mí también. No solo eso, sino que me gustaría saber quién me hacía esas llamadas sobre el caso de Darren. Tenía que ser alguien que estuviera en contacto con él.

—Sé que esto no es una prioridad, pero ¿alguien podría comprobar los registros de la cárcel para ver quién visita a mi hermano Darren? Aún no hemos identificado a la persona que me llamaba para decirme que era inocente y luego para que abandonara el caso.

El agente Bishop dijo:

—Tenemos algunos amigos. No es que afecte mucho al caso, pero sería bueno saberlo. Podría ser alguien que sepa lo que está pasando. Cuantos más testigos, siempre es mejor.

—Exacto.

Darren dijo que no lo sabía, pero eso no significaba que no sospechara de alguien en particular. Era un caso de trabajo bien hecho, y estaría celebrándolo con más ganas si no tuviera a dos hermanos en camas de hospital y a mi madre hecha un desastre.

51

MARTINA

Vincent hizo una mueca. —¿Vaya, nochecita movida?

Desde luego, había sido una noche agitada. No necesariamente en el mal sentido. Hubo lágrimas de felicidad, frustración e ira; una mezcla tanto por mi parte como por la de mi madre. Como yo sospechaba, no le hizo ninguna gracia que nos esforzáramos por conseguir un acuerdo para Clark que lo pondría en el programa de protección de testigos. Significaba que podría no volver a ver a su hijo ni a saber de él nunca más.

Ted había intentado explicarle que era la única forma de mantener a Clark a salvo. La conversación continuó, salpicada de lágrimas, pañuelos de papel y tazas de té. Al final, mamá lo aceptó, dando por hecho que Clark estaría de acuerdo con las condiciones. Los federales le iban a presentar el acuerdo a Clark ese mismo día. Por supuesto, todo dependía de si tenía información relevante que pudiera ayudar a infiltrarse en la 98Mob y desmantelar los contactos de Domingo con el cártel mexicano. Si no sabía nada, si no era importante para ellos, Clark podría volver a casa. ¿Significaba eso que estaba a salvo? Probablemente no.

Tuve que explicarle a mi madre que uno no se larga sin más del crimen organizado. A menudo, la única salida era con los pies por delante. Esa revelación fue un duro golpe para ella. Hasta entonces,

yo creía que se había negado a ver el alcance de la implicación delictiva de su hijo. No era un camello de poca monta que intentaba salir del paso; estaba metido hasta el cuello en actividades delictivas graves.

Por otro lado, había buenas noticias. El informe de balística había llegado y demostraba que la bala encontrada en Toby June procedía del arma de Jax. La prueba de que Darren era inocente y no había matado a su amigo.

Mamá siempre había creído en su inocencia, y la confirmación le arrancó lágrimas de felicidad. Pero estaba muy descontenta con que Candace Mason, la testigo ocular que mintió y dijo que Darren era el tirador, no fuera a enfrentarse a ningún cargo a cambio de su testimonio contra Jax, el verdadero autor de los disparos. Tampoco Lil Jon, el agresor de Darren en la cárcel, de quien la DEA sospechaba que había pertenecido a la 98Mob pero que se había cambiado de bando y trabajaba para Domingo. Pero el único testigo dispuesto a hablar era Darren y, bueno, eso no era suficiente. Sin embargo, por otro lado, Lil Jon ya cumplía cadena perpetua y no podría volver a por Darren, suponiendo que consiguiéramos sacarlo de la cárcel.

Fue una montaña rusa de emociones en casa de mamá. En cierto modo, me alegré de que Zoey estuviera presente para que pudiera comprender las complejidades de mi familia. A lo largo de los años, me había preguntado por qué nunca había conocido a sus tíos y por qué, en sus primeros años, yo no tenía una relación muy estrecha con mi propia madre, que luchaba contra el alcoholismo. No todas las familias proporcionaban calor y consuelo. Algunas ponían tu vida en peligro al priorizar sus adicciones y su estilo de vida por encima de ti.

Zoey admitió que se alegraba de haber conocido a Clark en ese momento, de haberle visto la cara y haber hablado con él. No expresó ningún deseo de volver a verlo, quizá sabiendo que podría ser un encuentro breve y, posiblemente, el último. Me dijo que no le importaba, pero que sí tenía muchas ganas de conocer a Darren, sobre todo ahora que había sido exculpado, aunque técnicamente siguiera siendo un asesino convicto en el hospital.

Mi siguiente reto era ponerme en contacto con el fiscal del distrito para averiguar cómo podíamos sacarlo de la cárcel una vez que se recuperara de sus heridas. Era descorazonador oír hablar de las dificultades para liberar a alguien de prisión, incluso cuando una montaña de pruebas demostraba su inocencia. Por suerte, estaba protegido en el hospital y no de vuelta en una celda, donde su agresor podría volver a por él.

Le resumí la noche a Vincent: —Ha sido una nochecita.

—¿Cómo se ha tomado tu madre la noticia?

—Se ha alegrado mucho por lo de Darren, pero no tanto por lo difícil que puede ser sacarlo de la cárcel.

Vincent hizo una mueca. —Así es nuestro sistema judicial. Uno pensaría que sería sencillo, pero podrían pasar años antes de que lo suelten de verdad.

No iba a permitir que eso ocurriera. —Por encima de mi cadáver —mascullé. Por suerte, tenía contactos en el sistema judicial que, con suerte, acelerarían el proceso. Mis contactos incluían una línea directa con el fiscal del distrito que había redactado el acuerdo original para la condena de veinticinco años de Darren. Era mi turno de suplicar y rogar a los de arriba para que pusieran las cosas en marcha y limpiaran el nombre de Darren.

—Imagino que necesitas esto más que yo —dijo Vincent, ofreciéndome una taza recién hecha de café bien caliente.

—Sí, y si puedes seguir trayéndolos, te lo agradeceré —respondí, aceptando la taza—. ¿Más noticias? —levanté una ceja.

—Sí, he tenido noticias del agente Bishop. Tiene la lista de quiénes han visitado a tu hermano en la cárcel. He pensado que un nombre en particular podría interesarte.

—¿Ah, sí? —me animé—. ¿Y quién podría ser?

—¿Has oído hablar de una tal Isabel Henderson?

Tras casi escupir el café, dije: —¿Izzy?

—Quizá —insinuó Vincent.

Mi hermano y yo teníamos que hablar. Una parte de mí sentía que debía verlo en persona, hacerle saber que habíamos limpiado su nombre a pesar de su reticencia a que siguiéramos con el caso e

interrogarlo sobre Izzy. —Quizá vaya a ver a Darren con mi madre hoy y le pregunte por ella. O no.

—¿No? Ahora debe de estar más cooperador. Vamos, que su hermana le ha salvado la vida.

Qué mono. Pero no tenía ni idea de lo dispuesto que estaría a ayudar. Quizá no quería que conociéramos a Izzy. —No sé. Zoey quiere conocerlo. Quizá debería ir y matar dos pájaros de un tiro.

—Parece un plan decente.

¿Lo era? A decir verdad, me había estado escondiendo en el trabajo. Estaba deseando volver a mi casa y poner algo de distancia con mi madre. El amor y el aprecio que sentía por ella eran profundos, pero que estuviera tan metida en mi investigación era demasiado. —Hoy le presentan el acuerdo a Clark. Estaba pensando en ir a despedirme. No puedo hacer las dos cosas.

—Decisión difícil. Pero si Darren sale, tendrás muchas oportunidades de verlo.

Cierto. Vincent, el sabio. —Si sale pronto. —Antes de que otro recluso pudiera atacarlo.

—Bueno, si Greggs no se da prisa, podrías contactar con el Proyecto Inocencia. Tienen una delegación en Santa Clara. Podrían empezar a mover los hilos si nadie más lo hace. Pero, sinceramente, tienes muchos más amigos en el sistema que la mayoría.

—Cierto. Y supongo que es mi turno de pedir un favor.

En qué caso tan complicado se había convertido este. Cuando empecé, pensé que quizá había un atisbo de esperanza de que descubriría la verdad y volveríamos a ser una familia. Pero después de todo lo que habíamos averiguado, sabía que era una misión imposible. Un hermano, Darren, podría salir de esa vida y volver con nuestra familia. Ya estaba a medio camino, encontrando su fe y desintoxicándose. Pero mi otro hermano... para él solo había dos caminos: el programa de protección de testigos si delataba a la 98Mob, o volver a ella y acabar muerto. Un camino significaba que nunca volveríamos a verlo ni a hablar con él; el otro era peor.

Decisión tomada. —Voy a ver a Clark.

—Si yo estuviera en tu lugar, haría lo mismo. Ten fe. A veces las cosas salen como deben, ¿sabes? Y tengo un presentimiento sobre

esto. Creo que tendrás tu final feliz —me animó Vincent.

Normalmente, aceptábamos un final agridulce, but si Clark estaba a salvo y Darren volvía con nuestra familia, limpio y sobrio, alejado de una vida de delincuencia, eso sería sin duda un final feliz. El reto: hacer que todo sucediera.

Acompañada por el fiscal del distrito Greggs y un miembro del Grupo Operativo contra el Crimen Organizado del FBI, entramos en la habitación del hospital de Clark. Lo saludé con la mano. —Hola, Clark, ¿cómo te encuentras?

—Bastante bien. Me han dicho que hoy podría irme a casa.

—Nos alegramos de oír eso —dijo el agente Hammer.

—¿Quién es usted?

—Soy el agente Hammer, del FBI, Grupo Operativo contra el Crimen Organizado. Este es un colega, el fiscal del distrito Greggs, del departamento del Sheriff del condado de CoCo. Nos gustaría ofrecerle un trato —le explicó Hammer.

Clark me miró.

Dije: —Les cuentas todo lo que sabes sobre la 98Mob, el equipo de Domingo y sus conexiones en México, y consigues una vida nueva, un nuevo comienzo.

—¿Sabe mamá de esto?

—Sí, y entiende que esta podría ser la única salida para ti. Por un lado, vuelves a la 98Mob y estás en el radar de todo el mundo, ¿verdad? —miré de reojo al agente del FBI, que asintió—. La otra opción es que acabes criando malvas. Mamá lo entiende.

—¿Podría despedirme de ella?

Greggs intervino: —Sí, normalmente podemos organizar un último encuentro con la familia, de forma encubierta, por supuesto.

Clark se rascó la barbilla y dijo: —¿Por eso estás aquí? ¿Es tu despedida definitiva?

—¿Aceptas el trato?

—Entiendo que solo hay una forma de que sobreviva a todo esto, y es hablar. Verte a ti, ver a tu hija, a mamá... Me ha recordado todo lo que solía tener, o podría haber tenido si hubiera elegido una vida diferente. Estoy listo para una segunda oportunidad.

—Me alegro de que la aceptes.

—Bueno, me ha alegrado verte, hermanita. Y conocer a Zoey. Parece increíble —dijo Clark con voz suave.

Luchando contra las lágrimas, dándome cuenta de que esta era la última vez que vería a mi hermano, reuní todo mi coraje para mantener la compostura. —Dijo que también le ha alegrado mucho conocerte. Cuídate mucho.

—Tú también —respondió Clark con un deje de tristeza.

Greggs dijo: —Parece que tenemos un trato.

Con eso, salí de la habitación del hospital de Clark, dejándolo para que comenzara su segunda oportunidad en la vida. Sabía que era mejor que la alternativa, pero era mucho que procesar el hecho de que nunca volvería a ver a mi hermano. Pero estaría a salvo, y en mi corazón, él siempre estaría conmigo y yo con él.

52

MARTINA

TRES MESES DESPUÉS

MAMÁ SE ASOMÓ al horno para ver cómo iba el pavo mientras yo machacaba las patatas. Cerró la puerta del horno y dijo:

—Hoy tenemos la casa llena.

Con una cálida sonrisa, respondí:

—Sí.

Sonó el timbre, y la voz de Zoey resonó por toda la casa: «¡Ya voy yo!», al igual que los ladridos de alerta de Barney mientras la seguía.

Zoey había vuelto a casa, y yo no podía estar más agradecida. Solo habían pasado unos meses desde que se había ido a la universidad, pero su presencia en nuestro hogar de nuevo me llenaba el corazón. Su universidad estaba a solo una hora y media en coche, y yo la había visitado varias veces, pero verla en pijama y zapatillas de pelo, ayudándonos a preparar la cena de Acción de Gracias, hacía que todo pareciera estar en su sitio.

Gritó:

—¡Son Darren e Izzy!

Aparecieron en mi salón, y los saludé a cada uno con un fuerte abrazo.

Hace tres meses, no me habría creído que estaría abrazando a Darren y a su novia en mi casa. Si Clark hubiera estado allí, habría pensado que estaba soñando. Pero no lo estaba. Había testificado tanto contra la 98Mob como contra la organización de Domingo y estaba en el programa de protección de testigos, empezando una nueva vida en algún lugar desconocido para nosotros.

El camino de vuelta a casa de Darren había sido tumultuoso. Yo había presionado mucho, usando la influencia de Greggs y una presentación ante el gobernador de California, e hicieron falta dos semanas para limpiar su nombre. Para nuestra familia, dos semanas parecieron una eternidad. Pero, en realidad, Darren había tenido suerte. Su exoneración relámpago se debió sin duda a mis contactos dentro del sistema de justicia penal. Sin ellos, podría seguir encarcelado, buscando desesperadamente la ayuda del Proyecto Inocencia para salir de la cárcel.

La lealtad de Izzy hacia Darren era inquebrantable, e incluso empezó un programa de rehabilitación para desintoxicarse, inspirada por la transformación de él. Resultó que era ella quien me había estado llamando y quien había estado en el parque el día que le dispararon a Toby. Su llamada fue un intento de demostrar la inocencia de Darren, pero cuando se enteró de que la vida de Darren corría peligro si yo continuaba mi investigación, me suplicó que parara.

En los últimos dos meses, Izzy se había convertido en parte de mi familia. Nunca había tenido una hermana, pero Izzy estaba llenando ese papel rápidamente.

Zoey estaba loca de contenta de tener un tío y una tía en su vida. Era comprensible, dados sus limitados lazos familiares debido a su padre y a mi familia pequeña.

Por supuesto, habíamos encontrado nuestra propia familia especial a lo largo de los años. Con Hirsch y Kim, Audrey, Vincent y Amanda a nuestro lado, teníamos mucho que agradecer este año. Incluso había hecho un nuevo amigo. Y también habíamos perdido a una, concretamente a la detective Leslie, que fue despedida del departamento del sheriff. Pero evitó la cárcel. Tuvo suerte y

probablemente estaría a salvo en casa con su hijo, ya sin la amenaza de Domingo y su banda.

El timbre volvió a sonar.

—Ya voy yo —dije, dirigiéndome a la puerta.

—¿Es tu amigo del centro de rehabilitación? —preguntó Zoey con curiosidad.

Mi madre me miró con una mezcla de intriga y preocupación.

—¿Un amigo del centro de rehabilitación? ¿Es de este del que me has estado hablando?

—Sí, es él —dije, intentando mantener la calma—. No tiene familia por la zona, así que lo he invitado.

—Me parece genial, mamá —dijo Zoey con una sonrisa, su voz llena de aprobación.

Al acercarme a la puerta, sentí un enjambre de mariposas en el estómago. Respiré hondo, abrí la puerta y allí estaba él: un hombre de pelo oscuro, piel olivácea y una amplia sonrisa.

Durante meses, había intentado ahuyentar las mariposas, pero no cedían. Llevaba menos de un año sobrio, así que salir con alguien estaba descartado. Sin embargo, tuvimos una breve conversación sobre relaciones y acordamos que, por el momento, tendríamos que conformarnos con ser amigos. Ser amigos estaba bien. Y los amigos pueden ir a pasar Acción de Gracias con tu familia, ¿verdad?

—Feliz Día de Acción de Gracias.

—Feliz Día de Acción de Gracias. Casi toda la pandilla ya está aquí —dije con una sonrisa tonta en la cara.

—Ah, veo a uno —dijo, fijándose en Barney. Se arrodilló y le dio unas cariñosas caricias, que el cachorro disfrutó claramente.

Cerró la puerta tras de sí y lo conduje al salón, donde mi familia se había reunido.

Aunque todavía se esperaban algunos invitados, él fue el último de los que llegaron temprano. El grupo se quedó de pie, observándolo con una mezcla de curiosidad e intriga, sus expresiones reflejando más sorpresa que otra cosa. Hirsch, siempre perceptivo, me dedicó una sonrisa de complicidad. Conocía de sobra mis gestos.

Volviéndome hacia el grupo, empecé las presentaciones.

—Esta es mi madre, Betty; su marido, Ted; mi hermano Darren; su novia, Izzy; y, por supuesto, mi hija, Zoey. Y por aquí tenemos a Hirsch, su mujer, Kim, y su hija, Audrey. Rocco, Vincent y Amanda puede que vengan un poco más tarde, pero esta es la mayor parte del equipo.

—He oído hablar mucho de todos vosotros —dijo él cálidamente —. Es genial estar aquí. Gracias por compartir vuestro día festivo conmigo.

Zoey me dio un codazo y susurró:

—No lo has presentado.

Negué con la cabeza y me reí de mi despiste.

—Lo siento mucho. No lo he presentado, ¿verdad? —La sala compartió una risa ligera a mi costa, pero fue una risa cómoda y cariñosa. Al fin y al cabo, ya habían oído hablar de mi nuevo amigo.

Nuestra conexión era inesperada pero profunda. A menudo me preguntaba si nuestro vínculo se debía a nuestras experiencias similares con el desamor y la adicción o porque ambos habíamos sido bendecidos con hijas brillantes, regalos del cielo que nos hacían cuestionar si éramos dignos de ellas. La forma en que hablaba de su hija, Selena, con tanta devoción y esperanza, dejaba claro que era un hombre que se esforzaba por ser la mejor versión de sí mismo, anhelando su aceptación de nuevo en su vida. Era una mezcla de fuerza y sensibilidad y, he de admitir, muy atractivo.

Al cruzar su mirada con la mía, Hirsch me guiñó un ojo con picardía.

Con los nervios a flor de piel, finalmente lo presenté.

—A todos, este es Charlie.

El grupo se relajó entonces en una conversación informal; todos querían saber más sobre Charlie y expresaron su alegría por que se hubiera unido a nosotros ese año. Mientras charlaban, una profunda sensación de plenitud me invadió. Era un sentimiento que no había experimentado desde el fallecimiento de Jared.

Rodeada de mi familia, un grupo que no dejaba de crecer, me di cuenta de que estaba preparada para lo que el futuro me deparase. En ese momento, con mis seres queridos a mi alrededor, me sentí

preparada para cualquier cosa que la vida pudiera traer a continuación.

¡Gracias por leer *Las mentiras que contó*! La próxima entrega de *Los Casos de Martina Monroe* llegará muy pronto. ¡Haz clic aquí!

ACERCA DEL AUTOR

H.K. Christie es autora de más de veinte novelas de suspense y thriller criminal que han conquistado a lectores de todo el mundo. Con un estilo adictivo y giros inesperados en cada capítulo, sus historias combinan misterio, tensión psicológica y personajes inolvidables.

Apasionada por el género de la novela negra, H.K. Christie crea tramas llenas de secretos familiares, investigaciones policiales y asesinos implacables que mantienen al lector en vilo hasta la última página.

Si te gustan los thrillers psicológicos, los misterios llenos de suspense y las heroínas fuertes, las novelas de H.K. Christie se convertirán en tus próximas lecturas imprescindibles.